PENSAMIENTOS
SOBRE
LA RELIGION

B1904
.R4
P3
V.1
c.1

44940

.008283

1080020829

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas 201
Núm. Autor P278p
Núm. Adq. 8283
Procedencia -L-
Precio
Fecha
Clasificó 69
Catalogó

PENSAMIENTOS

SOBRE

LA RELIGION

Y OTRAS MATERIAS,

QUE ESCRIBIÓ EN FRANCES

BLAS PASCAL,

Aumentados de una Tabla Analitica, y traducidos de la edicion de 1821, *que comprende tambien algunos que no se habian publicado.*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

TOMO I.

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

MEJICO: 1834.

Imprenta de Galvan á cargo de M. Arévalo,
Calle de Cadena núm. 2.

44940 8283

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

B1904
.R4
P3
V.1

Propiedad de Mariano Galvan Rivera.

CAPILLA ALFONSINA
ALERE FLAMMAM VERITATIS
FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ

PREFACIO.

En que se manifiesta cómo fueron escritos y reunidos estos Pensamientos; los motivos que retardaron su publicacion; cuál era el designio de su autor al escribirlos, y de qué manera pasó los últimos años de su vida.

Blas Pascal nació en Clermont de Auvernia en 19 de junio de 1623, y falleció en Paris despues de largos padecimientos, en 19 de agosto de 1662, es decir, á los treinta y nueve años y dos meses de su edad.

A los treinta abandonó las matemáticas, la física y las demas ciencias profanas en que hizo tan grandes progresos; y aplicandose á cosas mas serias y elevadas, se entregó exclusivamente, en cuanto su salud lo permitia, al estudio de la Sagrada Escritura, de los Santos Padres y la moral cristiana.

Aunque no se distinguiese ménos en aquellas ciencias, como lo prueban algunos escritos que se tienen por bastante perfectos en su género; con todo, se puede decir que si Dios le hubiese permitido ocupar algun tiempo en el que proyectaba sobre la Religion, al cual queria dedicar el resto de su vida, habria excedido mucho esta obra á cuantas escribió; porque en efecto sus miras sobre la materia eran infinitamente superiores á las que habia manifestado sobre las demas.

"ALFONSO REYES"
080283

Nadie habrá, á mi juicio, que no se lo persuada fácilmente con solo ver los Pensamientos que se dan á luz, por imperfectos que parezcan, y mas sabiendo cómo los escribió y cómo se hizo la coleccion de ellos.

Pascal proyectó su obra algunos años ántes de su muerte; mas habituado á pensar mucho sobre todo, y á no descubrir nada que no hubiese digerido bien su entendimiento, no es de extrañar permaneciese sin escribir tan largo tiempo examinando qué materias debian ser las primeras ó las últimas, y el órden de cada una, á fin de hacerles producir el efecto que se proponia. Por otra parte, cuando despues de mucho estudio tomaba la pluma, como su memoria era tal que puede llamarse prodigiosa, pues llegó á asegurar no haber olvidado jamas nada de lo que habia aprendido bien, sin temer que sus pensamientos se le escapasen nunca, diferia con frecuencia escribirlos, ya por falta de tiempo, ya por no permitírselo una salud deteriorada mas y mas cada dia.

Esta fué la causa de haberse perdido á su muerte la mayor parte de lo que habia ya concebido sobre su designio; pues casi nada tenia escrito sobre las principales razones de que debia servirse, sobre los fundamentos en que debia apoyarse, y sobre el órden que debia guardar en su obra, lo que sin duda era muy interesante. Todo estaba perfectamente grabado en su entendimiento y su memoria; pero habiendo descuidado escribirlo cuando tal vez pudo, cuando quiso le fué imposible hacerlo.

Sin embargo, se ofreció una ocasion en que se le obligó, no á escribir, sino á decir alguna cosa á viva voz de lo que conservaba en su memoria sobre el asunto. Entónces, á súplica y en presencia de muchos de sus mas respetables amigos, desenvolvió

en pocas palabras el plan todo de su obra: les hizo presente la causa y el objeto de ella, las razones y principios en que se fundaba, y el órden y la serie de las materias de que se proponia tratar. Aquellas personas, tan capaces como es posible serlo para juzgar de cosas de esta especie, confesaron haber tenido el mayor placer en escucharle, pues jamas habian oido nada mas bello, mas sólido, mas interesante ni mas convincente; y que su plan bosquejado en un discurso repentino de dos ó tres horas, les habia hecho juzgar de lo que hubiera sido llevándole á la perfeccion de que era susceptible la fuerza y la capacidad de un hombre acostumbrado á pulir de tal modo sus obras, que sin satisfacerle casi nunca sus primeros pensamientos, por buenos que pareciesen á los demas, rehacia con frecuencia hasta diez ó doce veces, obras que cualquiera otro á la primera tenia por admirables.

Despues de haberles hecho ver cuáles son las pruebas que hacen mas impresion en el entendimiento humano, y que por lo mismo son las mas convincentes, emprendió demostrar que la religion cristiana tenia tantas señales de certidumbre y de evidencia, como aquellas cosas que reputamos por mas indubitables.

Comenzó desde luego por una pintura en que nada olvidó de cuanto podia servir á dar á conocer el corazon humano hasta en sus mas secretos movimientos; y despues fingió un hombre que en una ignorancia é indiferencia general, especialmente respecto de sí mismo por toda su vida, llega en fin á contemplarse en este cuadro y á examinar lo que es. Al descubrir este hombre una infinidad de cosas que jamas ha pensado, se sorprende sin poder evitarlo: lleno de admiracion y asombro nota todo lo que Pascal le hace sentir sobre su grandeza y

su bajeza, sobre sus preeminencias y sus debilidades, sobre las pocas luces que le quedan y las tinieblas de que está rodeado; finalmente, sobre todas las contrariedades asombrosas que se encuentran en su naturaleza. Entónces por mas limitada que sea su razon, no puede permanecer indiferente: despues de haberse conocido, cualquiera que haya sido su insensibilidad, debe desear saber de dónde viene y adónde se encamina.

Puesto en disposicion de procurar instruirse sobre dudas de tan grave importancia, le da Pascal á conocer los mas grandes filósofos de todas las sectas; mas al descubrirle cuanto han dicho sobre el nombre, le hace advertir tantos defectos, tantas flaquezas, tantas falsedades y contradicciones, que este hombre percibe en el momento que no es á ellos á quien debe atenerse.

Le hace recorrer luego todo el universo y todas las edades para darle igualmente á conocer la infinidad de religiones que ha existido y existe; pero al mismo tiempo le hace ver por razones tan poderosas y tan convincentes que todas ellas no estan llenas sino de vanidad, de locuras, de extravios. de extravagancias y de errores, que tampoco halla aquí nada capaz de satisfacerle.

Fijando en fin su vista sobre el pueblo judío, le hace observar en él circunstancias tan raras, que atrae fácilmente su atencion. Despues de haberle manifestado todo lo que este pueblo tiene de extraordinario, se detiene particularmente en hacerle notar un libro único por el cual se gobierna, y que á un tiempo comprende su historia, su ley y su religion. Apénas le abre cuando lée que el mundo es obra de un Dios que crió al hombre á su imágen, y le dotó de cuantas preeminencias de cuerpo y espíritu convenian á su estado. Aunque nada

le convenza todavía de esta verdad, no deja de agradarle; y la sola razon le es suficiente para encontrar mas verosimilitud en la suposicion de que un Dios es el autor de los hombres y de cuanto encierra el universo, que no en todo lo que estos mismos hombres han imaginado sin mas auxilio que el de sus propias luces. Lo que aquí le detiene es el considerar que segun la pintura que se le ha hecho del hombre, se halla este muy distante de poseer todos esos privilegios que ha debido tener al salir de las manos de su autor; pero no permanece largo tiempo en esta duda, porque apénas prosigue la lectura del libro, cuando ve que la primera accion del hombre despues de haberle criado Dios en la inocencia y con toda clase de perfecciones, fué rebelarse contra su Criador, y emplear en ofenderle sus mismos beneficios.

Pascal entónces le hace conocer que habiendo sido este crímen por esa reunion de circunstancias el mas grande de todos, no solamente habia sido castigado en el primer hombre, que por él decayó de su estado y se hundió de repente en la miseria, en la flaqueza, en la ceguedad y el error, sino tambien en todos sus descendientes, á quienes ha comunicado y comunicará su corrupcion en toda la serie de los tiempos.

En seguida le muestra los diversos lugares del libro en donde ha descubierto esta verdad. Le hace reparar que en él no se habla ya del hombre, sino con relacion á este estado de flaqueza y desórden; y que en consecuencia se repite muchas veces que toda carne está corrompida; que los hombres se han abandonado á sus sentidos y propenden al mal desde su nacimiento. Le hace ver asimismo que esta primera caida es el orígen no solo de todo lo mas incomprensible que hay en la naturaleza del hombre,

sino tambien de una infinidad de efectos que se hallan fuera de él, y cuyas causas le son desconocidas. En fin, le representa al hombre tan bien pintado en todo el libro, que siempre encuentra en él la misma imágen que le trazó al principio.

Pero no bastaba darle á conocer su estado lleno de miseria, tambien era preciso ofrecerle consuelos. En efecto, Pascal le hace notar que el mismo libro dice está el remedio en las manos de Dios; que él es á quien debemos recurrir para obtener las fuerzas que nos faltan, y que usará de su misericordia hasta el punto de enviar á los hombres un libertador, que supliendo su incapacidad, satisfará por todos ellos.

Despues de haberle explicado gran número de observaciones muy particulares sobre este libro del pueblo judío, le hace tambien considerar que es el único que ha hablado dignamente del Ser Supremo, y ha dado la idea de una verdadera religion. Haciéndosela concebir por las señales mas sensibles que aplica á las que da este libro, le obliga á poner especial atencion en consistir la esencia de su culto en el amor del Dios á quien adora; carácter absolutamente singular que la distingue visiblemente de todas las demas religiones, cuya falsedad se descubre en la falta de tan esencial muestra.

Aunque Pascal internado ya tanto con este hombre, á quien se habia propuesto persuadir insensiblemente, nada le haya dicho todavía para convencerle de las verdades que le ha hecho descubrir, le ha puesto, sin embargo, en disposicion de recibirlas con placer, y aun de desear vivamente que sean sólidas y esten bien fundadas, pues le ofrecen tan grandes ventajas para su reposo y para la aclaracion de sus dudas. Tal seria el estado en que se encontraria cualquiera hombre razonable luego que se impusiese de la serie de cosas que Pascal acaba de manifestar: hay por consiguiente, motivo para creer que despues cederia fácilmente á todas las pruebas que va á dar el autor á fin de confirmar la certidumbre y evidencia de las verdades importantes de que habia tratado, y son el fundamento de la religion cristiana que se proponia inculcarle.

Para decir en pocas palabras algo sobre estas pruebas, manifestaré que luego que demostró en general que las verdades de que habia tratado se hallaban contenidas en un libro de cuya veracidad no podia dudar hombre alguno de buen juicio; deteniéndose principalmente sobre el libro de Moises, donde se hallan esparcidas con especialidad, le hizo ver por un sinnúmero de circunstancias indudables que era igualmente imposible que aquel hombre hubiera dejado por escrito cosas falsas, y que el pueblo á quien se las dejó hubiese permitido que le engañase con ellas aun suponiendo en Moises un impostor.

Habló tambien de los grandes milagros que se refieren en este libro; y siendo estos de mucha importancia para la religion que enseña, probó la imposibilidad de que no fuesen verdaderos, no solo por la autoridad del libro en que estan contenidos, sino tambien por todas las circunstancias que los acompañan y hacen indubitables.

Hizo ver igualmente de qué modo era simbólica toda la ley de Moises: que cuanto habia sucedido á los judíos, no fué mas que una representacion de las verdades cumplidas á la venida del Mesías; y que corrido el velo que cubria estas figuras era fácil ver su cumplimiento en favor de aquellos que han recibido á Jesucristo.

En seguida trató de probar la verdad de la religion por las profecías; y como por miras del todo peculiares habia trabajado mucho sobre la materia,

las explicó por extenso de un modo muy inteligible, é hizo ver su sentido y su enlace con una facilidad maravillosa presentándolas en todo su esplendor y con toda su fuerza.

En fin, despues de haber recorrido los libros del Antiguo Testamento, y de hacer sobre ellos muchas observaciones convincentes para establecer y probar la verdad de la religion, pasó á tratar del Nuevo y á deducir sus pruebas de la verdad misma del Evangelio.

Empezó por la venida de Jesucristo; y aunque ya la hubiese probado, incontestablemente por las profecías y por todas las figuras de la ley, cuyo perfecto cumplimiento se veia en él, produjo tambien muchas pruebas sacadas de su persona misma, de sus milagros, de su doctrina y de las circunstancias de su vida.

Pasando luego á tratar de los apóstoles, despues de haber establecido que no podia acusárseles de falsedad, sino suponiéndolos impostores ó engañados, hizo ver claramente la imposibilidad de ambas suposiciones, y la verdad de la fe que por todas partes publicaron aquellos hombres voz en cuello.

Para concluir, nada olvidó de cuanto podia servir de comprobacion á la verdad de la historia evangélica, haciendo bellísimas observaciones sobre el mismo Evangelio, sobre el estilo de los evangelistas y sobre sus personas; sobre los apóstoles en particular y sobre sus escritos; sobre el número prodigioso de milagros, sobre los mártires, sobre los santos, en una palabra, sobre todas las vias por las cuales se ha establecido enteramente la religion cristiana. Así, aunque no hubiese podido tratar en un simple discurso una materia tan vasta con la extension que se habia propuesto hacerlo en la obra que premeditaba, dijo lo suficiente para convencer de que

nada de esto puede ser obra humana, y de que solo Dios pudo haber hecho que los efectos de causas tan distintas concurriesen igualmente á probar con tanta claridad la religion que él mismo vino á establecer entre los hombres.

Hé aquí sustancialmente lo principal del discurso en que Pascal no hizo mas que bosquejar la grande obra de que se ocupaba, sabido despues por medio de una de las personas que se hallaron presentes.

Entre los fragmentos que ahora se publican, se verá algo de aquel gran designio, pero á la verdad poco, y aun esto tan imperfecto, corto y mal digerido, que solo puede dar una idea muy grosera del modo en que se proponia llevarle al cabo.

Por lo demas no debe sorprender que en esto poco no se haya guardado su órden y sucesion de materias, cuando casi no se encontró nada seguido. Así pues, con poca diferencia se han colocado los fragmentos del modo que se ha creido mas propio y conveniente, atendiendo por otra parte, á que bien comprendido el designio del autor y bien consideradas las diversas materias esparcidas en ellos, habrá pocos lectores que no suplan por sí esta falta de órden, ni juzguen fácilmente á qué se deben referir siguiendo la idea del que los escribió.

Si á lo ménos tuviésemos aquel discurso en los términos en que fué pronunciado, pudiéramos en algun modo consolarnos de la pérdida de la obra proyectada conservando de ella esta pequeña aunque imperfecta muestra. Pero Dios no quiso que nos dejase ni uno ni otro, porque poco despues cayó enfermo de una languidez que le duró los últimos cuatro años de su vida, y que aunque pareciese muy poco en lo exterior, pues no le obligaba á permanecer en la cama ni en la alcoba, no deaba sin

embargo de incomodarle mucho inhabilitándole para aplicarse á cosa alguna; de manera que el cuidado mas grande y la principal ocupacion de los que le acompañaban era desviarle de escribir, y aun de hablar nada que pudiese excitarle una viva atencion, conversando solo de cosas indiferentes que no le fatigasen.

No obstante, en estos cuatro últimos años de enfermedad y languidez, escribió lo que se da á luz y lo que se conserva inédito sobre la citada obra. Porque aunque esperase restablecerse del todo para aplicarse con seriedad á escribir lo que ya habia digerido y coordinado en su mente, cuando se le ocurrian nuevas reflexiones, nuevas miras, nuevas ideas, y aun nuevas frases ó palabras que, previendo podrian servir alguna vez á su designio, temia no poder retener en la memoria como cuando gozaba de salud, escribia para sí su pensamiento en el primer papel que hallaba á mano, anotando muchas veces en medias palabras, por no fatigarse, solo aquellas especies necesarias para recordar sus ideas.

Escritos así la mayor parte de estos fragmentos, no debe sorprender el encontrar algunos que parezcan bastante imperfectos, demasiado cortos y muy poco explicados, y aun esto en términos y expresiones impropias ó poco elegantes. Con todo, algunas veces que Pascal se hallaba con la pluma en la mano, siéndole imposible impedir aquella natural propension de llevar adelante el pensamiento, solia extenderle un poco mas, aunque no fuese nunca con la misma fuerza y aplicacion de espíritu que cuando gozaba de salud. Por esta razon se hallan algunos mas extensos y mejor escritos, y capítulos mas seguidos y perfectos que otros.

Considerando, pues, cómo fueron escritos estos

pensamientos, estos ligeros apuntes y débiles ensayos que hizo para sí una persona enferma sin haberlos revisado ni retocado nunca, y solo con el fin de poder colocar nuevamente en su espíritu especies que temia se le escapasen; creo que nadie dejará de juzgar cuál habria sido la obra entera si recobrando su salud hubiese podido escribirla y darle la mano última con toda la fuerza del entendimiento y de las luces de que estaba dotado un hombre que disponia las cosas en un órden tan grande de claridad y belleza, que daba un giro tan singular, tan noble y elevado á cuanto queria decir, y que se proponia trabajarla en los diez años que dijo muchas veces necesitaba de salud para concluirla, mas que cuantas habia escrito hasta entónces.

Como ya se sabia que habia tratado de publicar una obra sobre la Religion, se tuvo á su muerte gran cuidado de recoger cuanto hubiese trabajado sobre la materia. Todo se halló reunido en diversos legajos, pero sin órden ni sucesion alguna; pues como ya he dicho, no habia mas que las primeras expresiones de sus pensamientos, escritas en pequeños pedazos de papel, segun se le ocurrian; y ademas, todo estaba tan imperfecto y mal escrito, que apénas podia descifrarse.

Lo primero que se hizo fué copiar los papeles en el mismo estado y confusion en que se hallaban. Siendo así mas fácil leerlos y examinarlos que en los originales, parecieron desde luego tan informes, tan poco seguidos y en su mayor parte tan mal explicados, que por mucho tiempo no se pensó de modo alguno en imprimirlos, á pesar de las continuas instancias de muchas personas respetables que lo solicitaban; porque desde luego se advertia que dados á luz en tal disposicion, era imposible satisfacer al público despues de haber for-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

mado una idea grande del mérito de la obra, sobre la cual ya se habia hablado mucho.

Pero al fin fué preciso ceder á la impaciencia y general deseo de verlos impresos, accediendo tanto mas fácilmente cuanto que se creyó que los lectores serian bastante racionales para distinguir un bosquejo de una obra acabada, y para juzgar de la obra por la muestra, por imperfecta que esta fuese. Se resolvió, pues, la impresion; mas como podia ser de muchos modos, se discutió por algun tiempo cuál deberia adaptarse.

El primero que se ofreció, y sin duda el mas fácil, fué imprimir todo en los mismos términos en que se habia encontrado; pero bien presto se advirtió que de esta suerte era perder el fruto que se debia esperar de su lectura; porque mezclados y como absorvidos los pensamientos mas seguidos, mas claros y extensos, entre tantos otros medio digeridos, y aun algunos casi ininteligibles á cualquiera que no fuese el autor, era natural que estos hiciesen desechar aquellos, y que solo se considerase el volúmen, inútilmente abultado con tantos pensamientos imperfectos, como un hacinamiento confuso, desordenado é inservible.

El otro medio de publicarlos era trabajar ántes en aclarar los oscuros, acabar los imperfectos, y penetrando el designio de su autor, suplir en algun modo la obra que se propuso hacer. Esto habria sido sin duda lo mejor, pero tambien era muy difícil ejecutarlo bien. Sin embargo, se pensó por algun tiempo, y aun se comenzó á trabajar con tal objeto; mas despues se resolvió igualmente prescindir de este arbitrio considerando que sobre ser casi imposible penetrar el pensamiento de un autor, y de un autor como Pascal, esto no hubiera sido publicar su obra, sino otra del todo diferente.

Entónces, para evitar ambos inconvenientes, se tomó en fin el medio que se ha seguido en esta coleccion. Suprimiendo todos los pensamientos demasiado oscuros ó demasiado imperfectos, y escogiendo entre su número únicamente aquellos que han parecido los mas claros y mejor acabados, se publican sin otra variacion que la de haberles dado alguna especie de órden, colocando bajo los mismos títulos aquellos que conciernen á los mismos asuntos, para evitar el desórden y dispersion en que se hallaron todos.

No por esto diré que los imperfectos y oscuros no contengan tambien cosas muy bellas, ni ofrezcan objetos muy grandes á quienes pueden penetrar su sentido; pero sin esclarecerlos ni acabarlos, generalmente hubieran sido inútiles. Citaré aquí uno para que se pueda formar alguna idea de los demas. Véase pues, cuál es el pensamiento y el estado en que se halló: „Un artesano que habla de riquezas, „un procurador que habla de la guerra, de la dig„nidad real, &c. Pero el rico habla bien de las ri„quezas, el rey habla friamente de un don gran„de que acaba de hacer: Dios habla bien de Dios.»

En este fragmento hay un pensamiento muy bello; pero pocas personas pueden comprenderle en una explicacion á la vez muy imperfecta, obscura, corta y compendiada: de manera que á no habérsele oido muchas veces al autor, seria difícil conocerle. Hé aquí con poca diferencia en qué consiste.

Pascal habia hecho observaciones muy particulares sobre el estilo de la Escritura, y en especial del Evangelio, donde hallaba bellezas que acaso ántes que él nadie advirtió. Entre otras cosas admiraba la sencillez, la simplicidad, y por decirlo así, la frialdad con que Jesucristo parece que habla en él de las cosas mas grandes y elevadas, por

ejemplo el reino de Dios, la gloria de los santos en el cielo, ó las penas del infierno, sin extenderse como lo han hecho los santos padres y cuantos han escrito sobre estas materias. Decia, pues, que aquel modo de hablar nada tiene de extraño; porque aunque tales cosas sean para nosotros infinitamente grandes y elevadas, no pudiendo serlo para Jesucristo, era natural tratase de ellas sin sorprenderse ni admirarse; así como, sin comparacion, se ve que un general habla friamente de una batalla sangrienta ó de un sitio importante, y un rey trata con indiferencia de una suma enorme, de que no hablaria sino con grandes exageraciones un particular ó un artesano.

Hé aquí el pensamiento contenido en las cuatro palabras de que se compone este trozo: observacion que, unida á otras muchas semejantes, á juicio de personas sensatas y de buena fe, puede servir de prueba de la divinidad de Jesucristo.

Creo que este ejemplo no solo bastará para formar un juicio aproximado de los demas fragmentos, sino tambien para manifestar la poca aplicacion y descuido, por decirlo así, con que casi todos ellos se escribieron; lo que convence de que, como he dicho, Pascal no los habia escrito sino para sí, bien léjos de presumir que jamas debiesen parecer en tal estado: son pues, dignos de excusa sus defectos.

Aunque en esta coleccion se encuentren todavía algunos pensamientos oscuros, creo, con todo, que por poca que sea la aplicacion, se logrará muy fácilmente comprenderlos, conviniendo ademas en que no son los ménos bellos, y en que ha sido mejor publicarlos como se encontraron, que ilustrarlos quitándoles acaso su viveza y haciéndolos molestos, cuando una de sus principales bellezas consiste en decir muchas cosas en pocas palabras.

De esto puede verse un ejemplo en uno de los fragmentos del capítulo de las *Pruebas de Jesucristo por las profecías*, concebido en estos términos: „Los profetas estan mezclados de profecías particu„lares y de las del Mesías, á fin de que estas no es„tuviesen sin pruebas, y de que aquellas no queda„sen sin fruto."

Este fragmento envuelve la razon por la cual los profetas que no habian tenido otro objeto que el Mesias, ni al parecer debian profetizar sino á él ó lo concerniente á él, muchas veces predijeron tambien cosas particulares, á primera vista indiferentes é inútiles á su designio. Quiere decir, pues, que esto era á fin de que cumpliéndose los acontecimientos particulares cada dia á vista de todo el mundo y de la manera que los habian predicho los profetas, fuesen estos incontestablemente reconocidos como tales, y no se pudiese dudar de la verdad y certeza de las cosas que profetizaban del Mesías. Por este medio las profecías sobre él sacaban de algun modo sus pruebas y su autoridad de las profecías particulares verificadas y cumplidas; y sirviendo estas para probar y autorizar las del Mesías, no eran infructuosas é inútiles. Hé aquí desarrollado el sentido de este fragmento: pero sin duda nadie hay que no reciba mayor satisfaccion en descubrirle por sí mismo en las solas palabras del autor, que no en verle manifiesto y explicado.

Mas para desengañar á algunos que tal vez pudieran esperar aquí pruebas y demostraciones geométricas de la existencia de Dios, de la inmortalidad del alma, y de otros muchos artículos de la fe cristiana, me parece oportuno advertirles que no era este el designio de Pascal. No pretendia probar las verdades de la religion por semejantes demostraciones fundadas sobre principios evidentes

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

capaces de convencer á los hombres mas endurecidos, ni por raciocinios metafísicos que muchas veces descarrian mas que persuaden la razon, ni por lugares comunes sacados de los diversos efectos de la naturaleza; sino precisamente por pruebas morales que se dirigen al corazon mas que al espíritu. Asegurado de que las pasiones y afectos viciosos que corrompen el corazon y la voluntad son los mas grandes obstáculos y los principales impedimentos para abrazar la fe, y de que siempre que se pudiesen remover no era dificil hacer que recibiese el espíritu aquellas luces y razones que podian convencerle; queria trabajar mas que en convencer y persuadir al entendimiento, en tocar y disponer el corazon.

Todo esto se deducirá fácilmente de la lectura de los Pensamientos que se dan á luz, y aun Pascal en uno de ellos se explica en estos términos: „Pres„cindo, dice, de pretender probar por razones na„turales la existencia de Dios, la Trinidad, la in„mortalidad del alma, ni cosa alguna semejante; no „solo por no considerarme con fuerzas suficientes „para hallar en la naturaleza con que poder con„vencer á los ateos endurecidos, sino tambien por„que sin Jesucristo este conocimiento es estéril é „inútil. Aun cuando un hombre estuviese persua„dido de que las proporciones de los números son „verdades inmateriales, eternas y dependientes de „una verdad primitiva en que subsisten y que se lla„ma *Dios*, no me pareceria muy adelantado en el „negocio de su salvacion."

Acaso tambien sorprenderá el encontrar en estos pensamientos una diversidad tan grande, y muchos de ellos, al parecer, bastante agenos del objeto que ocupaba á Pascal. Pero es menester considerar que su designio, mucho mas amplio y mas extenso de lo que se imagina, no se limitaba á im-

pugnar los raciocinios de los ateos y de los que combaten algunas de las verdades de la fe cristiana. El grande amor y singular aprecio que le merecia la Religion, haciéndole insufrible no solo que se la quisiese destruir y anonadar enteramente, sino aun que se le ofendiese ó corrompiese en lo mas mínimo, le habian decidido á declarar la guerra á cuantos atacan su verdad ó su santidad. Así pues, al proponerse combatir á los ateos y á los infieles y hereges que resisten someter á la fe las falsas luces de su razon y reconocer las verdades que ella nos enseña, pensaba dirigirse tambien á los cristianos y á los mismos católicos que formando el cuerpo de la verdadera Iglesia no viven, sin embargo, segun la pureza de las máximas que nos ha propuesto el Evangelio por modelo para reglar y conformar todas nuestras acciones.

Tal era su designio; y este designio era bastante extenso y grande para comprender la mayor parte de lo que se halla esparcido en esta coleccion. Podrán no obstante verse en ella algunas cosas sin relacion ninguna á tal objeto, y que en efecto no se habian destinado á él; mas habiéndose encontrado entre los papeles de Pascal, se creyó oportuno unirlo todo, porque este libro no se publica precisamente como una obra contra los ateos ó sobre la Religion, sino como una coleccion de pensamientos sobre la Religion y otras materias.

Para terminar este prefacio creo que solo falta decir algo sobre el autor despues de haber hablado de su obra; y me persuado que esto será tanto mas oportuno cuanto podrá servir de dar idea de los motivos que tuvo Pascal para adquirir los invariables sentimientos de amor y de aprecio hácia la Religion que le hicieron concebir el designio de su obra.

En la introduccion á los *Tratados sobre el equilibrio de los licores*, se ve cómo pasó su juventud, y sus breves y grandes progresos en todas las ciencias humanas á que quiso aplicarse, particularmente en la geometría y matemáticas; la facilidad extraña y admirable con que las aprendió á la edad de once ó doce años; las obrillas que solia trabajar excediendo siempre, con mucho, la fuerza y el alcance de una persona de su edad; el raro y prodigioso esfuerzo de imaginacion y de espíritu que descubrió en su máquina aritmética, inventada cuando apénas llegaba á los veinte años; y en fin, las bellas experiencias que hizo del vacio en presencia de las personas mas distinguidas de la ciudad de Ruan, donde estuvo algun tiempo cuando el presidente Pascal, su padre, se hallaba empleado allí de intendente de justicia. Por lo mismo, sin detenerme sobre nada de esto, me reduciré á manifestar brevemente, que así como en su juventud dió á conocer la fuerza, extension y penetracion admirable de su entendimiento, despreciando todo esto en los últimos años de su vida, acreditó la grandeza y solidez de su virtud y su piedad.

Por una proteccion particular de Dios, desde sus tiernos años fué preservado de aquellos vicios comunes en la juventud, y jamas propendió al libertinage sobre la religion, limitándose siempre á la investigacion de las cosas naturales, lo que es bastante raro en un genio tan curioso como el suyo. De este beneficio, entre otros, segun él dijo muchas veces, era deudor á su virtuoso y digno padre, que tributando á la religion el respeto mas profundo, se lo habia inspirado desde su infancia, dándole por máxima que todo lo que es objeto de la fe, no podria serlo jamas de la razon, y mucho ménos todavía someterse á ella.

Reiteradas con frecuencia tales instrucciones por un padre tiernamente amado, en quien á mas de mucha ciencia, hallaba un raciocinio fuerte y poderoso, hacian en su espíritu una impresion tan grande, que sin embargo de su corta edad, nada le alteraban cualesquiera que fuesen los discursos de los libertinos, á quienes veia como hombres que imbuidos en el falso principio de que la razon humana es superior á todo, no conocian la naturaleza de la fe.

Mas en fin, despues de haber pasado su juventud ocupado y distraido en cosas tan inocentes á los ojos del mundó, le tocó Dios el corazon de tal manera, que le hizo comprender perfectamente que la Religion cristiana nos obliga á no vivir sino para él, y á no tener por objeto mas que él. Tan evidente, útil y necesaria le pareció esta verdad, que se decidió á retirarse y desprenderse poco á poco de todo lo del mundo, para entregarse á Dios únicamente.

Este deseo del retiro y de llevar una vida mas arreglada y mas cristiana, le vino siendo aun jóven, y le condujo desde entónces al abandono de las ciencias profanas para aplicarse solo á aquellas que podian contribuir á su salvacion y á la de los demas; pero las continuas enfermedades que le sobrevinieron, desviándole por algun tiempo de su designio, le impidieron realizarle ántes de llegar á la edad de treinta años.

Entónces fué cuando empezó á trabajar seriamente; y para lograr su fin con mas facilidad, mudando de repente todas sus costumbres, se trasladó á vivir á otro barrio: despues se retiró al campo, en donde permaneció algunos dias; y á su regreso manifestó de tal modo que solo queria dejar el mundo, que por fin el mundo le dejó. En su retiro fun-

dó la regla de su vida en dos principales máximas que son, renunciar á todo placer y abstenerse de toda superfluidad.

Sin perder de vista estas dos grandes máximas, y procurando á cada instante perfeccionarse en su observancia, á ellas debió la paciencia inalterable que manifestó en sus enfermedades y aflicciones casi toda su vida, pues apénas le dejaron un dia sin dolor; la práctica de mortificaciones muy duras y severas para consigo mismo; la abnegacion de todo lo que podia agradar á sus sentidos, aceptando gustoso al mismo tiempo siempre que era preciso, cuanto podia desagradarle en las medicinas y alimentos; en fin aquel ardiente amor á la pobreza que al emprender cualquiera obra le ofrecia desde luego la consideracion de si en ella podia ser practicada. Obligándole este amor á renunciar á todo lo que juzgaba no serle absolutamente preciso en mantenimientos, en vestidos y en muebles, le privaba realmente de lo necesario para hacer limosnas, á veces considerables, y satisfacer el tierno afecto con que veia á los pobres, á quienes jamas negó su auxilio. No pudiendo tolerar el cuidado con que se le procuraban toda especie de comodidades, reprendia el ahinco de buscarlas y de sobresalir en muebles exquisitos y otras mil cosas semejantes sin hacer escrúpulo, teniéndolo por lícito, lo que él no juzgaba de este modo. Finalmente, se distinguió por otras muchas acciones cristianas muy notables, de que no hago mencion por no extenderme demasiado, y porque mi objeto no es referir su vida, sino dar alguna idea de su piedad y su virtud.

PRIMERA PARTE

Que contiene los pensamientos concernientes á la filosofía, moral y bellas letras.

ARTICULO I.

Sobre la autoridad en materias de filosofía.

El respeto á la antigüedad en materias sobre las cuales debiera ejercer su menor fuerza, llega hoy á tal punto, que convertidos en oráculos todos sus pensamientos, y sus mismas oscuridades en misterios, nada nuevo puede adelantarse sin peligro, y el texto solo de un autor basta para destruir las mas fuertes razones. Léjos de querer introducir un vicio para corregir otro, no intento reducir á menosprecio la estimacion á los antiguos, por mas que se les haya concedido en demasía; ni tampoco pretendo desterrar su autoridad para ensalzar al raciocinio solo, por mucho que se quiera establecer la sola autoridad con detrimento del raciocinio. Pero es menester considerar que entre las cosas que procuramos conocer, unas, puramente históricas, no tienen mas objeto que saber lo que los autores han escrito, y dependen

dó la regla de su vida en dos principales máximas que son, renunciar á todo placer y abstenerse de toda superfluidad.

Sin perder de vista estas dos grandes máximas, y procurando á cada instante perfeccionarse en su observancia, á ellas debió la paciencia inalterable que manifestó en sus enfermedades y aflicciones casi toda su vida, pues apénas le dejaron un dia sin dolor; la práctica de mortificaciones muy duras y severas para consigo mismo; la abnegacion de todo lo que podia agradar á sus sentidos, aceptando gustoso al mismo tiempo siempre que era preciso, cuanto podia desagradarle en las medicinas y alimentos; en fin aquel ardiente amor á la pobreza que al emprender cualquiera obra le ofrecia desde luego la consideracion de si en ella podia ser practicada. Obligándole este amor á renunciar á todo lo que juzgaba no serle absolutamente preciso en mantenimientos, en vestidos y en muebles, le privaba realmente de lo necesario para hacer limosnas, á veces considerables, y satisfacer el tierno afecto con que veia á los pobres, á quienes jamas negó su auxilio. No pudiendo tolerar el cuidado con que se le procuraban toda especie de comodidades, reprendia el ahinco de buscarlas y de sobresalir en muebles exquisitos y otras mil cosas semejantes sin hacer escrúpulo, teniéndolo por lícito, lo que él no juzgaba de este modo. Finalmente, se distinguió por otras muchas acciones cristianas muy notables, de que no hago mencion por no extenderme demasiado, y porque mi objeto no es referir su vida, sino dar alguna idea de su piedad y su virtud.

PRIMERA PARTE

Que contiene los pensamientos concernientes á la filosofía, moral y bellas letras.

ARTICULO I.

Sobre la autoridad en materias de filosofía.

El respeto á la antigüedad en materias sobre las cuales debiera ejercer su menor fuerza, llega hoy á tal punto, que convertidos en oráculos todos sus pensamientos, y sus mismas oscuridades en misterios, nada nuevo puede adelantarse sin peligro, y el texto solo de un autor basta para destruir las mas fuertes razones. Léjos de querer introducir un vicio para corregir otro, no intento reducir á menosprecio la estimacion á los antiguos, por mas que se les haya concedido en demasía; ni tampoco pretendo desterrar su autoridad para ensalzar al raciocinio solo, por mucho que se quiera establecer la sola autoridad con detrimento del raciocinio. Pero es menester considerar que entre las cosas que procuramos conocer, unas, puramente históricas, no tienen mas objeto que saber lo que los autores han escrito, y dependen

solo de la memoria: otras, enteramente dogmáticas, se dirigen al descubrimiento de verdades ocultas, y dependen solo del raciocinio. Esta distincion debe servir para reglar la extension de nuestro respeto á los antiguos.

En las materias en que únicamente se desea saber lo que han escrito los autores, como en la historia, en la geografia, en las lenguas, finalmente, en todas aquellas que tienen por principio el simple hecho ó la institucion, sea divina ó humana, es preciso necesariamente recurrir á sus libros, porque ellos contienen cuanto puede saberse sobre tales materias; de que resulta que este conocimiento puede obtenerse por entero, y que nada es posible añadirle. Si por ejemplo, se trata de saber quien fué el primer rey de los franceses, en qué lugar colocan los geógrafos el primer meridiano, qué palabras se usan en una lengua muerta, y todo lo demas de esta naturaleza, ¿de qué otros medios nos podremos valer para lograrlo? Y ¿quién podrá añadir nada nuevo á lo que nos dicen estos libros, puesto que no se quiere saber sino lo que contienen? Es claro que aquí la autoridad sola es la que puede suministrarnos luces. De consiguiente donde ella ejerce su fuerza principal es en la teologia: inseparable de la verdad en esta ciencia, y única que nos la ha dado á conocer obra esa autoridad de tal modo, que así para dar toda certeza a las materias mas incomprensibles á nuestra razon, como para mostrar la incertidumbre de las cosas á nuestro parecer mas verosímiles, basta hacer ver que se hallan ó no comprendidas en los libros sagrados; porque siendo superiores á la naturaleza y la razon los principios de la teologia, el espíritu humano, demasiado débil para alcanzar por sus propios esfuerzos conocimientos tan sublimes, no puede llegar á ellos, á no ser conducido por una fuerza omnipotente y sobrenatural.

No sucede lo mismo respecto de aquellas materias que vienen á caer bajo el dominio de los sentidos y del raciocinio: aquí la autoridad es inútil, exclusivamente la razon debe obrar. Separados los derechos de cada una, la que poseia toda la superioridad, cede el lugar á la que viene á reinar á su vez; y el espíritu humano con plena libertad para extenderse sobre objetos proporcionados á su capacidad, en su fecundidad inagotable, produce de continuo invenciones que á un tiempo pueden no tener fin ni interrupcion.

Así es que la geometría, la aritmética, la música, la física, la medicina, la arquitectura, y todas las ciencias sujetas al raciocinio y la experiencia, deben aumentarse para llegar á ser perfectas. En diseño solamente las dejaron á los antiguos sus antepasados, y nosotros las dejarémos á la posteridad en mejor estado del que las recibimos de nuestros predecesores. Como su perfeccion depende del tiempo y del trabajo, aun cuando nuestro trabajo y nuestro tiempo nos hubiesen producido menores adelantos que los que ellos hicieron con separacion de los nuestros, es evidente que unidos ambos esfuerzos, deben producir mayor efecto que cada uno en particular.

Puesta en claro esta diferencia, no puede ménos de causarnos compasion la ceguedad de aquellos que en vez del raciocinio y de las experiencias, presentan por prueba en materias físicas la

sola autoridad, y llenarnos de horror la malicia de los que emplean en teología el raciocinio solo, en lugar de la autoridad de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres. Es menester, pues, dar valor á los tímidos que nada se atreven á inventar en física, y confundir la insolencia de los temerarios que producen en teología opiniones nuevas.

Mas es tal la desgracia del siglo, que muchas de ellas, desconocidas de toda la antigüedad, se ven sostenidas con obstinacion y recibidas con aplauso, al paso que las que se manifiestan en física, aunque en corto número, parece que deben quedar convencidas de falsedad por poco que contrarien las admitidas; como si el respeto que se tiene á los antiguos filósofos fuese de obligacion, y el que se debe á los mas antiguos de los Santos Padres solamente de buen parecer.

Las personas de rectitud en el juicio, podrán advertir la gravedad de este abuso que trastorna las ciencias con tanta injusticia; y á mi entender pocas de ellas habrá que no deseen ver tomar á nuestras investigaciones un giro diverso, puesto que infaliblemente son errores las invenciones nuevas en materias teológicas; materias impunemente profanadas y absolutamente necesarias en toda su pureza para la perfeccion de tantas otras que, á pesar de ser de un órden inferior, no se atreverian á tocar.

Dividamos pues con mas justicia nuestra credulidad y nuestra desconfianza, y limitemos este respeto á los antiguos: la razon le ha hecho nacer, y ella debe medirle. Consideremos, ademas, que si hubiesen permanecido sin atreverse á añadir cosa alguna á los conocimientos que habian recibido, ni á admitir los nuevos con que les brindaban sus contemporáneos, se hubieran privado á sí mismos y á su posteridad del fruto de muchas invenciones.

Así como ellos no se sirvieron de las que les dejaron, sino como de medios para adquirir otras, y esta feliz audacia les abrió el camino á cosas grandes; nosotros á su ejemplo recibiendo como medios y no como fin de nuestro estudio las que nos adquirieron, lo que debemos es pensar en excederlos procurando imitarlos. Porque á la verdad, ¿puede haber cosa mas injusta que la dispensacion de un miramiento, de un respeto increible que no usaron con sus antepasados, ni han merecido de nosotros sino por no haber correspondido de este modo á quienes á su vez lograron sobre ellas las mismas ventajas?

Los secretos de la naturaleza están ocultos; aunque ella obre siempre, no siempre se descubren sus efectos: el tiempo los revela de edad en edad; y aunque siempre igual en sí misma, no siempre es igualmente conocida. Pero las experiencias que nos dan su inteligencia se multiplican sin cesar; y como estas son los únicos principios de la física, se multiplican á proporcion las consecuencias.

De esta suerte es como se pueden formar hoy otros juicios y nuevas opiniones sin menospreciar á los filósofos antiguos, ni faltar á aquella gratitud á que se hicieron acreedores. No solo les debemos los conocimientos por donde hemos subido y llegado á los nuestros, sino aun el ascendiente mismo que tenemos sobre ellos, pues colocándo-

nos en el grado á que supieron elevarse. el mas ligero esfuerzo por nuestra parte nos bastaba á excederlos: con mas fortuna, aunque con ménos gloria, les somos superiores. Desde el punto en donde nos hallamos podemos descubrir cosas que á ellos les era imposible percibir. Aunque conjeturasen tan bien como nosotros que habia que notar mucho en la naturaleza, no la conocian tanto: nuestra vista tiene mas extension, nosotros vemos mas.

Sin embargo, es tan extraña la veneracion á sus juicios, que se tiene por un atentado el añadirles, y por un crímen contrariarlos: no parece sino que agotados por ellos los conocimientos, no nos dejaron ya verdades que saber.

Y esto ¿no es tratar indignamente á la razon del hombre y ponerla en paralelo con el instinto de los animales cuando se le quita la principal diferencia que consiste en que los efectos del raciocinio se aumentan sin cesar, y el instinto permanece siempre en un estado mismo? Medidas por las abejas sus colmenas ahora mil años, así como hoy las miden, cada una hace hoy su exágono sin diferir del primer dia; y lo propio sucede en todo cuanto los animales producen por este movimiento oculto: la naturaleza los instruye á medida que son estrechados por sus necesidades; pero ellos pierden esta ciencia frágil con esas mismas necesidades que la exigen. Recibida sin estudio, no tienen la felicidad de conservarla, y siempre nueva cuando les es dada, solo les inspira aquel conocimiento uniforme y simplemente necesario para evitar su deterioro; pues teniendo por objeto la naturaleza mantenerlos en un órden de perfeccion reducida, no deben salir de los límites que les tiene prescritos.

No así el hombre: este ha sido hecho para la infinidad. Vive ignorante sus primeros dias; pero despues instruido siempre, no solo se aprovecha de su propia experiencia, sino tambien de la de sus predecesores: retiene en su memoria los conocimientos adquiridos por sí, y en los libros los que sus padres le dejaron. Conservando los conocimientos, es fácil aumentarlos: y por esto los hombres en cierto modo se hallan hoy como se encontrarian esos antiguos filósofos si pudiesen haber envejecido hasta ahora, añadiendo á los conocimientos que tenian los que sus estudios les hubiesen podido procurar á favor de tantos siglos. De aquí proviene que por una particular prerogativa no solo cada uno de los hombres adelanta en las ciencias de dia en dia, sino que á medida que envejece el universo todos hacen en ellas un continuo progreso, porque lo mismo viene á ser en la sucesion de todos que en las edades diferentes de cada uno. Así pues, toda la serie de los hombres en el curso de tantos siglos debe considerarse como uno mismo que subsiste siempre y sin cesar aprende; y aquí se ve con cuánta injusticia respetamos la antigüedad en sus filósofos: porque si la vejez es la edad mas distante de la infancia, ¿quién no advierte que la vejez de este hombre universal no se debe buscar en los dias próximos á su nacimiento, sino en aquellos que mas se alejan de él?

Nuevos eran en todo, á la verdad, y formaban propiamente la infancia de los hombres aquellos que nosotros llamamos antiguos: unida por

nosotros á sus conocimientos la experiencia de los siglos que los han seguido, en nosotros es donde puede encontrarse esa antigüedad que reverenciamos en ellos. Deben ser admirados en las consecuencias que dedujeron con acierto de los pocos principios que tenian, y excusados en el error de aquellas en que les faltó la dicha de la experiencia mas que la fuerza del raciocinio.

¿No eran pues excusables, cuando por la insuficiencia de sus ojos sin los socorros del arte, atribuian el color de la via láctea á una solidez mas grande en esa parte del cielo que despide la luz con mayor fuerza? Pero ¿no seriamos inexcusables nosotros siguiendo su opinion, cuando ayudados del auxilio de los anteojos que no tuvieron ellos hemos descubierto la multitud de pequeñas estrellas que resplandeciendo con mas brillo nos han dado á conocer la verdadera causa de la blancura de esa faja celeste?

¿No podian decir tambien que todos los cuerpos corruptibles se hallaban encerrados en la esfera del cielo de la luna, cuando despues de tantos siglos no habian advertido todavía corrupciones ni generaciones fuera de este espacio? Mas ¿no debemos nosotros asegurar lo contrario cuando toda la tierra ha visto sensiblemente inflamarse los cometas y desaparecer á gran distancia mas allá de esta esfera (*)?

El mismo derecho tenian para decir que la naturaleza no permitia el vacío, cuando sus experiencias todas les habian hecho creer que le era repugnante y no podia sufrirle. Si hubiesen visto

(1) En tiempo de Pascal todavía se ignoraba la verdadera naturaleza de los cometas.

las recientes, acaso habrian hallado razon para afirmar lo que habian tenido motivo de negar, y que hasta entónces no habia parecido. Por otra parte, asentando que la naturaleza no permitia el vacío, no entendieron hablar sino con respecto al estado en que la conocian: para decirlo en general, no les podia bastar el haberla observado constantemente en cien casos, ni en mil, ni en cualquier número por mas grande que fuese; pues uno solo que hubiese quedado por examinar habria sido suficiente á impedir una decision general. Con efecto, en todas las materias cuya prueba consiste en experiencias y no en demostraciones, no puede establecerse ninguna asercion universal sin que preceda la enumeracion general de todas las partes y de todos los casos diferentes.

Por lo mismo cuando decimos que el diamante es la mas dura de todas las piedras, ó que el oro es el mas pesado de todos los metales, se entiende que hablamos de los metales y piedras conocidas, y que no podemos ni debemos incluir los que no conocemos, pues seria temeridad comprender en proporciones generales cuerpos que no hemos llegado á conocer, aun que no sea imposible que existan en la naturaleza.

Así pues, sin contradecir á los antiguos, podemos nosotros asegurar lo contrario de lo que ellos decian; y bajo cualquier aspecto que esta antigüedad se nos presente, debe ser preferida la verdad. Aunque su descubrimiento sea reciente, siempre es mas antigua que cuantas opiniones se han formado sobre ella; y seria ignorar la naturaleza imaginar que su ser ha empezado cuando ha comenzado á darse á conocer.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

nosotros á sus conocimientos la experiencia de los siglos que los han seguido, en nosotros es donde puede encontrarse esa antigüedad que reverenciamos en ellos. Deben ser admirados en las consecuencias que dedujeron con acierto de los pocos principios que tenian, y excusados en el error de aquellas en que les faltó la dicha de la experiencia mas que la fuerza del raciocinio.

¿No eran pues excusables, cuando por la insuficiencia de sus ojos sin los socorros del arte, atribuian el color de la via láctea á una solidez mas grande en esa parte del cielo que despide la luz con mayor fuerza? Pero ¿no seriamos inexcusables nosotros siguiendo su opinion, cuando ayudados del auxilio de los anteojos que no tuvieron ellos hemos descubierto la multitud de pequeñas estrellas que resplandeciendo con mas brillo nos han dado á conocer la verdadera causa de la blancura de esa faja celeste?

¿No podian decir tambien que todos los cuerpos corruptibles se hallaban encerrados en la esfera del cielo de la luna, cuando despues de tantos siglos no habian advertido todavía corrupciones ni generaciones fuera de este espacio? Mas ¿no debemos nosotros asegurar lo contrario cuando toda la tierra ha visto sensiblemente inflamarse los cometas y desaparecer á gran distancia mas allá de esta esfera (*)?

El mismo derecho tenian para decir que la naturaleza no permitia el vacío, cuando sus experiencias todas les habian hecho creer que le era repugnante y no podia sufrirle. Si hubiesen visto

(1) En tiempo de Pascal todavía se ignoraba la verdadera naturaleza de los cometas.

las recientes, acaso habrian hallado razon para afirmar lo que habian tenido motivo de negar, y que hasta entónces no habia parecido. Por otra parte, asentando que la naturaleza no permitia el vacío, no entendieron hablar sino con respecto al estado en que la conocian: para decirlo en general, no les podia bastar el haberla observado constantemente en cien casos, ni en mil, ni en cualquier número por mas grande que fuese; pues uno solo que hubiese quedado por examinar habria sido suficiente á impedir una decision general. Con efecto, en todas las materias cuya prueba consiste en experiencias y no en demostraciones, no puede establecerse ninguna asercion universal sin que preceda la enumeracion general de todas las partes y de todos los casos diferentes.

Por lo mismo cuando decimos que el diamante es la mas dura de todas las piedras, ó que el oro es el mas pesado de todos los metales, se entiende que hablamos de los metales y piedras conocidas, y que no podemos ni debemos incluir los que no conocemos, pues seria temeridad comprender en proporciones generales cuerpos que no hemos llegado á conocer, aun que no sea imposible que existan en la naturaleza.

Así pues, sin contradecir á los antiguos, podemos nosotros asegurar lo contrario de lo que ellos decian; y bajo cualquier aspecto que esta antigüedad se nos presente, debe ser preferida la verdad. Aunque su descubrimiento sea reciente, siempre es mas antigua que cuantas opiniones se han formado sobre ella; y seria ignorar la naturaleza imaginar que su ser ha empezado cuando ha comenzado á darse á conocer.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

ARTICULO II.

Reflexiones sobre la geometría en general.

Tres objetos principales puede uno proponerse en el estudio de la verdad: descubrirla cuando la solicita, demostrarla cuando la posée, y distinguirla de lo falso cuando la examina.

Sin hablar del primero, tratando particularmente del segundo, quedará en este comprendido el último; porque sabido el método de probar la verdad, si resulta de su exámen que por la prueba dada conforme á las reglas conocidas está exactamente demostrada, se sabrá al mismo tiempo distinguirla.

La geometría, excelente en los tres géneros, ha explicado el arte de descubrir las verdades incógnitas: mas sobre este arte, á que ella da el nombre de *analisis*, seria inútil discurrir despues de las muchas obras magistrales que hemos visto.

El de demostrar y aclarar las verdades halladas de modo que su prueba sea invencible, es el único que me propongo dar á conocer. Para esto me basta explicar el método que la geometría sigue, porque esta le enseña con toda perfeccion; pero ántes me es indispensable dar idea de otro método todavía mas acabado y eminente. Nunca podrán los hombres alcanzarle, pues lo que excede á la geometria nos excede á nosotros; y con todo es preciso decir algo sobre él, por mas que sea imposible practicarle.

Este verdadero método, que si fuese posible llegar á él daria las demostraciones en el mas alto grado de excelencia, consistiria en dos cosas principales: la una, no emplear ningun término sin haber explicado su sentido con toda claridad; y la otra, no adelantar jamas proposicion alguna que no pudiese demostrarse por verdades conocidas: en una palabra, consistiria en definir todos los términos y probar todas las proposiciones. Mas para seguir el mismo órden que explico, es menester que manifieste lo que entiendo por *definicion*.

En geometría únicamente se reconocen las que llaman los lógicos *definiciones de nombre*, es decir, las solas imposiciones del que se da á cosas claramente designadas en términos perfectamente conocidos: de estas definiciones hablo.

Su utilidad y su uso es aclarar y compendiar el discurso, explicando por medio del solo nombre impuesto lo que no pudiera decirse sino en muchos términos; de modo que este nombre, desnudo de cualquiera otro sentido, si le tiene, solo designa aquel á que exclusivamente se le aplica. Por ejemplo:

Si entre los números se necesita distinguir los divisibles en dos con igualdad, de los que no lo son del mismo modo; para evitar el repetir su condicion en muchas palabras, se les da un nombre de esta suerte: á todo número que se divide en dos con igualdad, llamo *número par*.

Hé aquí una definicion geométrica; porque despues de haber designado claramente una cosa, á saber, todo número divisible en dos con igualdad, le da un nombre que destituido de cualquiera otro sentido, si le tiene, solo admite el de la cosa designada.

Parece, por lo mismo, que las definiciones son

muy libres, y que jamas estan sujetas á contradiccion, porque nada hay mas permitido que dar el nombre que se quiera á una cosa claramente designada. Solo es menester evitar el abuso de la libertad de imponerlos dando uno mismo á dos cosas diferentes, aunque esto no es decir que no sea permitido siempre que no se confundan las consecuencias y se hagan extensivas de una á otra. Mas si se incurre en este vicio, puede oponérsele el remedio seguro é infalible de sustituir mentalmente á lo definido la definicion, teniendo esta presente de tal modo, que cuantas veces se hable, por ejemplo, de número par, se entienda precisamente que es el divisible en dos partes iguales. Así pues, lo definido y la definicion deben permanecer tan unidos é inseparables en la mente, que desde que el discurso exprese lo uno agregue aquella lo otro; porque los geómetras y cuantos obran con método, imponiendo nombres para compendiar el discurso y no para disminuir ó cambiar las ideas de las cosas sobre que discurren, quieren que la mente añada siempre la definicion entera á los términos cortos, empleados solo para evitar la confusion que acarrea la multitud de palabras.

Este método, que es menester tener siempre presente, basta por sí solo á desterrar toda especie de dificultades y de equívocos: nada es capaz de alejar mas pronta y poderosamente las sorpresas capciosas de los sofistas.

Suficiente, á mi juicio, esta explicacion, vuelvo á la del verdadero método, que, como decia, consistiria en definir y probar todo.

Este método, el mas bello sin duda, es absolutamente imposible, porque siendo evidente que los primeros términos que se quisiesen definir supondrian otros para su explicacion, y que del mismo modo las primeras proposiciones que quisiesen probarse supondrian otras que las precediesen, jamas llegariamos al cabo.

Pero á poder siempre llevar adelante mas y mas las investigaciones, se iria necesariamente á terminar en palabras primitivas que ya no se pudiesen definir, y en principios tan claros, que no hubiese otros capaces de servirles de prueba.

Sin ser dado á los hombres el llegar á tal punto, parece que se hallan en una incapacidad natural é inmutable de tratar ciencia alguna, sea cual fuere, en un órden absolutamente cumplido; mas de aquí no debe deducirse que deba abandonarse toda especie de órden.

Porque hay uno, y este es el de la geometría, inferior á aquel á la verdad, mas no por eso ménos cierto. No define ni demuestra todo, y en esto consiste su inferioridad; pero no supone sino cosas claras y constantes por la luz natural, y he aquí por qué es perfectamente verdadero: lo que falta al discurso lo suple la naturaleza.

Este órden, el mas perfecto entre los hombres, no consiste en definir y probar todo, ni tampoco en no definir ni probar nada; sino en tomar el medio de no definir ni probar las cosas claras y conocidas de todos los hombres, probando y definiendo las demas. Contra este órden pecan igualmente los que emprenden definir y probar todo, y los que no cuidan de definir y probar aquellas cosas que no son evidentes por sí mismas.

Hé aquí lo que enseña con perfeccion la geo-

*

metría. Ella no define ninguna cosa como *espacio, tiempo, movimiento, número, igualdad*, ni el sinnúmero de otras semejantes, porque estos términos designan tan naturalmente las cosas que significan á los que entienden la lengua, que cualquiera explicacion que de ellos se hiciese produciria mas oscuridad que instruccion.

Nada es mas débil que el discurso de los que pretenden definir estas voces primitivas. ¿Qué necesidad hay, por ejemplo, de explicar lo que se entiende por la palabra *hombre*? ¿No es bastante sabido lo que se quiere designar por este término? Y ¿qué ventaja pensaba procurarnos Platon con decirnos que era un animal de dos piernas sin plumas? La idea que tengo naturalmente sin poder explicarla, es mas clara y segura que la que él me da en su explicacion inútil y aun ridícula; pues un hombre no pierde la humanidad perdiendo las dos piernas, ni la adquiere un capon quitándole las plumas.

Algunos llegan hasta el absurdo de explicar una voz por la voz misma. Ha habido quien defina la luz de esta manera: *La luz es un movimiento luminar de los cuerpos luminosos;* como si se pudiesen entender sin la palabra *luz* las de *luminar* y *luminoso*.

Es inevitable caer en el mismo absurdo si se emprende definir el ser. No pudiendo definirse una vez sin comenzar por la de *es*, ya sea expresa, ya tácitamente, para definir el ser seria preciso decir *es*; y así se vendria á emplear en la definicion la voz por definir.

Se ve, pues, con bastante claridad que hay voces incapaces de ser definidas; y si la naturaleza

no hubiese suplido este defecto por una idea semejante dada á todos los hombres, serian confusas las expresiones de que usamos con la misma seguridad y certeza que si se hubiesen explicado de un modo perfectamente exento de ambigüedad, porque la naturaleza en si misma y sin palabras nos ha dado una inteligencia mas clara que la que el arte nos ofrece en sus explicaciones.

No quiere decir esto que todos los hombres tengan la misma idea sobre la esencia de las cosas imposibles é inútiles de definir, como el tiempo, que entra en este número. ¿Quién podrá definirle y á qué fin, cuando todos conciben lo que quiere decirse con solo nombrarle? Sin embargo hay bien diferentes opiniones sobre la esencia del tiempo. Unos dicen que es el movimiento de una cosa criada; otros la medida del movimiento, &c. Así pues, no es la naturaleza de estas cosas la conocida de todos, sino simplemente la relacion entre el nombre y la cosa; de manera que á la expresion de la voz *tiempo*, todos dirigen su pensamiento al mismo objeto; lo que basta para que no sea necesario definir este término, aunque despues de examinarle se venga á diferir de opinion sobre su esencia, porque las definiciones se han inventado para designar lo que se nombra, y no para mostrar su naturaleza.

Es bien permitido llamar al tiempo *movimiento de una cosa criada*, pues como he dicho, nada hay mas libre que las definiciones. Pero despues de esta habrá dos cosas con un mismo nombre: la una el *tiempo*, que naturalmente entienden y denominan todos por esta voz comun á cuantos hablan nuestra lengua; y la otra *el movimiento de*

una cosa criada, nombre que la nueva definicion ha dado al tiempo.

Será pues necesario evitar los equívocos, y no confundir las consecuencias; porque de aquí no se seguirá que la cosa que naturalmente se entiende por la voz *tiempo*, sea en efecto el movimiento de una cosa criada. Ha sido permitido nombrar de un mismo modo estas dos cosas; pero no lo será hacerlas convenir como en el nombre en la naturaleza.

Así, al oir este discurso: *El tiempo es el movimiento de una cosa criada*, es menester preguntar qué es lo que se entiende por la palabra *tiempo*, es decir, si se le deja el sentido ordinario y recibido de todos, ó si se le quita en esta vez para darle el de movimiento de una cosa criada. Si se le destituye de cualquiera otro sentido, no se puede contradecir, y será una definicion libre, en consecuencia de la cual, repito, habrá dos cosas con un mismo nombre; pero si dejándole su sentido ordinario se pretende sin embargo que lo que se entiende por tiempo sea el movimiento de una cosa criada, puede contradecirse. Esta no es ya una definicion libre, es una proposicion que es menester probar, á no ser muy evidente por sí misma; en cuyo caso será un principio y un axioma, y jamas una definicion, porque de tal enunciacion no se entiende que la voz *tiempo* signifique lo mismo que las de movimiento de una cosa criada, sino que lo que se concibe por el término *tiempo* es este movimiento supuesto.

Si no estuviese persuadido de la necesidad de entenderse con perfeccion todo esto por la frecuencia de ocasiones semejantes en los discursos

familiares y científicos, no me hubiera detenido en su explicacion; mas la experiencia que tengo de la confusion en las disputas me ha dado á conocer que por mas que se quiera, no se podrá hacer entrar en ellas demasiado el espíritu de claridad, á cuyo fin escribo este tratado mas que por la materia de que en él me ocupo.

Porque ¡cuántos hay que creen haber definido el tiempo con decir que es la medida del movimiento, dejándole sin embargo su sentido ordinario! Esto es sentar una proposicion, y no hacer una definicion. ¡Cuántos del mismo modo creen haber definido el movimiento con decir: *Motus nec simpliciter motus, non mera potentia est, sed actus entis in potentia!* Dejando aquí tambien, como lo hacen, á la voz movimiento su sentido ordinario, tampoco esta es una definicion, sino una proposicion. Confundidas así las definiciones que ellos llaman *de nombre*, y son las verdaderas libres, permitidas y geométricas, con las que llaman *de cosa* y son en realidad proposiciones de ningun modo libres sino sujetas á contradiccion, se toman para estas la libertad que tienen para aquellas: define las mismas cosas cada cual á su modo con esa libertad tan permitida en unas como prohibida en otras; y en fin, perdiendo todo órden y luz, las embrollan de suerte que vienen á perderse ellos mismos en un laberinto inexplicable.

No se verán en él jamas siguiendo el órden de la geometría. Esta ciencia juiciosa está bien léjos de definir las voces primitivas *espacio*, *tiempo*, *movimiento*, *igualdad*, *mayoridad*, *diminucion*, *todo*, ni otra alguna de las que cualquiera entiende por sí mismo; y en las que define emplea términos de

tal manera claros, que para ninguno hay necesidad de diccionario: todos son perfectamente inteligibles por la luz natural ó por las definiciones que da de ellos.

Hé aquí como evita cuantos vicios puede haber en el primer punto que consiste en definir lo necesario únicamente, conduciéndose de la misma suerte respecto del otro, reducido á probar las proposiciones no evidentes.

Porque cuando ha llegado á las primeras verdades conocidas careciendo de otras mas claras para poder probarlas, allí se detiene y pide le sean concedidas; de manera que cuanto la geometría propone está perfectamente demostrado por la luz natural ó por las pruebas.

De aquí proviene que si esta ciencia no define ni demuestra todo, por la misma razon nos es imposible á nosotros hacerlo.

Parecerá tal vez extraño que la geometría no pueda definir ninguna de las cosas que principalmente tiene por objeto, como el movimiento, los números y el espacio, cuando de la consideracion é indagacion particular de estas tres cosas toma los tres diferentes nombres de *mecánica*, *aritmética* y *geometría*, perteneciendo el último al género y á la especie. Mas no sorprenderá esto si se nota que adhiriéndose esta admirable ciencia á las cosas mas simples solamente, la misma cualidad que las hace dignas de ser objetos suyos inhabilita su definicion; de suerte que la falta de ella, mas que un defecto, es una perfeccion, porque no dimana de su oscuridad, sino al contrario de su extrema evidencia, y tal que aunque carezca de la conviccion de las demostraciones, tiene toda su certi-

dumbre. Suponiendo, pues, la geometría, que ya es sabido lo que se entiende por las voces *movimiento*, *número*, *espacio*, sin detenerse inútilmente en definirlas, penetra su naturaleza y descubre sus maravillosas propiedades.

Estas tres cosas que comprenden todo el universo segun las palabras *Deus fecit omnia in pondere, in numero et mensura*, tienen un enlace recíproco y necesario; porque no se puede imaginar movimiento sin cosa que se mueva: siendo esa cosa una, esta unidad es el orígen de todos los números: y no pudiendo en fin haber movimiento sin espacio, en el movimiento se ve comprendido el espacio y el número.

En ellos se comprende tambien el tiempo mismo; porque teniendo la prontitud y la lentitud, que son las diferencias del movimiento, una relacion necesaria con el tiempo, este y aquel son uno á otro relativos.

Así pues, hay propiedades comunes á todas estas cosas, cuyo conocimiento abre el espíritu á las mas grandes maravillas de la naturaleza.

La principal comprende las dos infinidades que se encuentran en todas, una de grandeza y otra de pequeñez.

Porque sea cual fuere la prontitud de un movimiento, puede concebirse otro mas pronto, y siguiendo de este modo á lo infinito, no llegar jamas á no poder darle mayor velocidad; y al contrario, por mas lento que fuere, puede retardársele y retardar los sucesivos sin llegar nunca á un grado desde el cual no pueda descenderse á una infinidad de otros sin caer en el reposo. Por grande que sea un número se puede concebir otro

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
8283

mayor, y uno que sobrepuje al último sin llegar jamas á otro que no pueda aumentarse; y al contrario, por pequeño que sea, como la centésima ó diezmilésima parte, se puede todavía concebir otro menor siguiendo siempre á lo infinito sin llegar al cero ó á la nada. Por extenso que fuere un espacio, puede concebirse otro mayor sin llegar jamas á uno que no pueda aumentarse; y al contrario, por pequeño que sea, se puede siempre considerar otro menor sin llegar jamas a uno que no tenga extension, y que por consiguiente no pueda dividirse.

Lo mismo sucede con el tiempo. Siempre se puede concebir otro mayor sin fin, y otro menor sin llegar á un instante ó una mera nada de duracion.

En una palabra, cualquier movimiento, cualquier número, cualquier espacio, cualquier tiempo que fuere, tiene siempre uno mayor y otro menor; de manera que todos se sostienen entre la nada y lo infinito, permaneciendo siempre infinitamente distantes de los dos extremos.

Ninguna de estas verdades se puede demostrar, y sin embargo ellas son los fundamentos y los principios de la geometría. Mas como, segun he dicho ya, la causa que las hace incapaces de demostracion, no es su oscuridad, sino al contrario, su evidencia suma; el carecer de prueba más bien es una perfeccion que no un defecto.

Se ve, pues, que la geometría no puede definir los objetos ni probar los principios, pero por la sola y ventajosa razon de que unos y otros se presentan en una claridad natural tan extremada, que convence á la razon mas poderosamente que el discurso lo pudiera hacer.

Porque ¿habrá cosa mas evidente que la verdad de que cualquier número, movimiento ó espacio pueden ser aumentados y doblados? ¿Quién dudará que todo número puede ser dividido por su mitad, y esta mitad por otra? ¿No podria serlo porque esta mitad vendria á ser una nada? Y ántes ¿cómo estas dos mitades, que ambas serian cero, formaban un número? Un movimiento, por mas lento que fuere, ¿no puede disminuirse por mitad de modo que recorra el mismo espacio en duplicado tiempo, y este último movimiento tambien? ¿Llegaria á ser este un mero reposo? Y ¿cómo era que estas dos mitades de velocidad, que ambas serian reposo, constituian la primera velocidad? Finalmente, un espacio por pequeño que sea ¿no puede dividirse en dos partes y estas en mitades? ¿Podria hacerse que fuesen indivisibles y sin extension estas mismas mitades que formaban unidas la primera extension?

No hay conocimiento natural en el hombre que preceda á estos ni les exceda en claridad. Sin embargo, para que no falte un ejemplo de todo, se hallan entendimientos excelentes en muy distintas cosas, á quienes chocan estas infinidades y no pueden en modo alguno consentirlas.

Todavía no conozco una persona que haya pensado que un espacio no puede aumentarse; pero he hallado algunas, por otra parte muy hábiles, que han asegurado poder ser dividido en dos partes indivisibles por mas que esto sea absurdo.

Aplicándome á investigar en ellos cuál podia ser la causa de esta oscuridad, he hallado una principal que consiste en que no pudiendo concebir un continuo divisible á lo infinito, conclu-

yen que no puede haberle. Es una enfermedad natural en el hombre el creer que posée la verdad directamente, y de aquí proviene que esté siempre dispuesto á negar todo lo que le es incomprensible, cuando en realidad naturalmente no conoce sino la mentira, y no debe tomar por verdadero mas que aquello de lo cual lo contrario le parece falso.

Por lo mismo, siempre que una proposicion sea inconcebible, sin negarla por esta señal, se debe suspender el juicio; mas si examinando lo contrario se encuentra manifiestamente falso, puede afirmarse atrevidamente por incomprensible que sea. Apliquemos esta regla á nuestro asunto.

No hay geómetra que no crea el espacio divisible á lo infinito; ni puede serlo sin este principio, así como no puede haber hombre sin alma. Con todo, ninguno comprende una division infinita, ni se asegura de esta verdad sino por la sola razon de que se comprende perfectamente ser falso que dividendo un espacio pueda llegarse á una parte indivisible. Pero esta razon sin duda es suficiente; porque ¿puede haber nada mas absurdo que el pretender que dividiendo siempre un espacio se llegue en fin á dos mitades, cada una de las cuales quede indivisible, es decir, sin ninguna extension? Yo quisiera preguntar á los que así discurren, si conciben claramente que dos indivisibles se tocan: si es por todas partes, no son sino una misma cosa, y por tanto unidos son indivisibles: si no es por todas partes, se tocan por alguna; luego tienen partes, luego no son indivisibles.

Confiesen, como en efecto lo hacen cuando se

les estrecha, que su proposicion es tan inconcebible como la otra, y reconozcan que no debemos juzgar de la verdad de las cosas por nuestra capacidad para concebirlas, pues que siendo estas dos proposiciones contrarias del mismo modo inconcebibles, sin embargo, es necesariamente cierto que sea verdadera una de ellas.

Así, pues, opongan á estas dificultades quiméricas, que solo guardan proporcion con nuestra debilidad, claridades naturales y verdades sólidas. De ser cierto que el espacio estuviese compuesto de un número determinado y finito de indivisibles, se seguiria que doblado un espacio cuadrado, es decir, dejándole por todos sus lados igual y semejante, contendria el doble número de los indivisibles del sencillo. Sin olvidar esta consecuencia, ejercítense luego en colocar puntos en cuadros hasta encontrar dos, de los cuales el uno contenga el doble de los puntos del otro; y llegado este caso yo me encargo de obligar á que les cedan todos los geómetras del mundo. Pero si la cosa es naturalmente imposible: si hay una imposibilidad invencible en ordenar puntos en cuadros, de manera que uno contenga el doble de otro, como yo lo demostraria prácticamente si esto mereciese detenerse, deduzcan, pues, la consecuencia.

Para aliviar su fatiga en ciertos casos, por ejemplo, en concebir que un espacio contenga una infinidad de indivisibles, visto que se recorren en tan corto tiempo, es preciso advertirles que no deben comparar cosas tan desproporcionadas como lo son la infinidad de los divisibles y el poco tiempo en que son recorridos: comparen el espa-

cio entero con el tiempo entero, y los infinitos divisibles del espacio con los infinitos instantes de este tiempo; y entónces verán que recorriendo brevemente un reducido espacio, y una infinidad de divisibles en una infinidad de instantes, ya no hay esa desproporcion que los habia aturdido.

Si les parece extraño que un pequeño espacio tenga tantas partes como cualquier grande, adviertan que á proporcion son mas pequeños; y para hacerse familiar esta idea, mirando al firmamento por un pequeño vidrio, contemplen cada parte de aquel y cada parte de este.

En fin, si no alcanzan á comprender la posibilidad de dividir como ese firmamento partes tan pequeñas que no son perceptibles, el mejor remedio es hacérselas ver por anteojos que se las aumenten hasta una prodigiosa magnitud: fácilmente concebirán entónces que por medio de vidrios dispuestos con mas arte, se podrian engrosar hasta igualarlas al mismo firmamento cuya extension admiran. Mas al considerarlas divisibles con tanta facilidad por éste medio, recuerden que la naturaleza puede infinitamente mas que el arte.

Porque, despues de todo, ¿quién les ha asegurado que estos vidrios han cambiado, ó si al contrario han restablecido la magnitud natural de tales objetos, acaso mudada y encogida por la estructura de nuestros ojos, como lo hacen los vidrios de diminucion? Molesta detenerse en semejantes bagatelas; pero estas tambien tienen su tiempo.

Basta el decir á entendimientos claros que dos nadas de extension no pueden formar una extension: mas habiendo algunos que pretenden ofuscar esta luz por la maravillosa respuesta de que dos nadas de extension pueden formar una extension, así como dos unidades de las cuales no es número ninguna le forman en conjunto; es preciso replicarles que de la misma suerte podrian oponer que veinte mil hombres forman un ejército aunque no sea ejército ninguno de ellos; que mil casas forman una ciudad aunque no sea ciudad ninguna casa; que las partes forman el todo aunque no sea el todo ninguna de las partes; ó, para no salir de la comparacion de los números, que dos binarios forman el cuaternario, y diez decenas una centena, sin que los binarios sean cuaternarios, ni las decenas sean centenas. No es tener juicio exacto el confundir, por comparaciones tan desiguales, la naturaleza inmutable de las cosas con sus nombres libres, voluntarios y dependientes del capricho de los hombres que los han compuesto: porque es claro que para facilitar el discurso se ha llamado *ejército* á veinte mil hombres, *ciudad* á muchas casas, y *decena* á diez unidades; y que de esta libertad nacen los nombres de *unidad*, *binario*, *cuaternario*, *decena*, *centena*, diferentes por nuestra fantasía, aunque las cosas por su naturaleza invariable sean en realidad del mismo género, del todo proporcionadas entre sí y solo difieran en lo mas ó lo ménos, y aunque despues de estos nombres el binario no sea cuaternario, ni una casa una ciudad, así como una ciudad no es una casa. Pero aunque una casa no sea una ciudad, sin embargo, no es una nada de ciudad: hay mucha diferencia entre no ser una cosa, y ser una nada de esta cosa.

Para imponerse de esta materia á fondo, es

menester saber que la única razon en virtud de la cual la unidad no se halla en la clase de los números, es porque Euclides y los primeros autores que trataron de aritmética, hallando muchas propiedades aplicables á todos los números, ménos á la unidad, la excluyeron de la significacion de la voz *número*, en uso de la libertad de definir, para evitar decir frecuentemente: *en todo número fuera de la unidad se halla tal condicion.* Estaba tambien á su arbitrio la exclusion del binario, del ternario y de todo lo que hubiesen querido, pues esto puede hacerse advirtiéndolo como cuando, al contrario, se coloca la unidad y aun las mismas fracciones, en la clase de los números. Con efecto hay precision de hacerlo en las proposiciones generales, para no repetir á cada instante: *á todo número, á la unidad y á las fracciones conviene tal propiedad*; y en este sentido indefinido es como yo la he tomado en cuanto he escrito.

Pero el mismo Euclides que quitó á la unidad el nombre de número, (lo que sin embargo no le fué permitido para dar á entender que no es una nada de número, sino que al contrario es de su mismo género), define las magnitudes homogéneas de esta suerte: *Las magnitudes se dice que son de un mismo género, cuando multiplicada muchas veces la una, puede exceder á la otra.* En consecuencia, si la unidad multiplicada muchas veces puede exceder á cualquier número, es precisamente de su mismo género por su esencia y por su naturaleza inmutable, á juicio del propio Euclides que no quiso fuese llamada número.

Mas un indivisible respecto de una extension,

no solo difiere de nombre, que es voluntario, sino tambien de género por la misma definicion; pues multiplicado cuantas veces se quiera, está tan léjos de poder exceder una extension, que jamas puede formar sino un solo y único indivisible; lo cual es natural y necesario, como se ha demostrado. Mas fundada esta última prueba en la definicion de las dos cosas, *indivisible* y *extension*, voy á concluir y consumar la demostracion.

Indivisible es lo que no tiene parte alguna, y extension la que se compone de diversas partes separadas. Segun estas definiciones, dos indivisibles unidos no forman extension; porque si estan unidos, cada uno se toca por alguna parte; y así las partes por donde se tocan no estan separadas, pues á estarlo no se tocarian. Segun su definicion no tienen partes; luego no pueden tenerlas separadas; luego no son una extension segun la definicion de esta que supone la separacion de las partes.

Por la propia razon quedará demostrado lo mismo respecto de cuantos indivisibles quieran agregarse. Un indivisible multiplicado cuantas veces se quiera, no formará jamas una extension: luego el indivisible y la extension no son del propio género segun la definicion de las cosas que tienen uno mismo.

Así se demuestra que los indivisibles no son del de los números. De aquí proviene que siéndolo dos unidades, pueden formar un número; y que no siéndolo dos indivisibles, no pueden formar una extension.

Véase, pues, con cuán poca razon se ha compa-

rado la relacion entre la unidad y los números, con la de los indivisibles y la extension.

Mas si se quiere tomar de los números una comparacion que represente con exactitud lo que consideramos en la extension, es preciso que sea la relacion que hay entre el cero y los números; pues no siendo aquel del género de estos, ni pudiendo por consiguiente excederles por mas que se le multiplique, es un verdadero indivisible de número, como el indivisible es un verdadero cero de extension. Semejante relacion se hallará entre el reposo y el movimiento, entre un instante y el tiempo; pues todas estas cosas son heterogéneas á sus magnitudes, en razon de que por mas que se multipliquen, jamas podrán formar sino indivisibles, lo mismo que los de extension y por la propia causa. Así se podrá ver una correspondencia perfecta entre estas cosas que divisibles á lo infinito y sin caer nunca en sus indivisibles, se mantienen en medio del infinito y de la nada.

Hé aquí la admirable relacion que ha establecido en ellas la naturaleza, y las dos infinidades que ha propuesto á los hombres, no para concebirlas, sino para admirarlas. Mas á fin de concluir, añadiré por última advertencia que estos dos infinitos, aunque infinitamente diferentes, tienen no obstante una relacion tal entre sí, que el conocimiento del uno conduce necesariamente al del otro.

De que los números siempre puedan ser aumentados, se sigue absolutamente que tambien pueden ser siempre disminuidos. Es claro que si uno de ellos puede multiplicarse por ejemplo hasta

cien mil, dividiéndole por el mismo número que se le multiplica, se puede igualmente deducir su parte cienmilésima; de modo que todo término de aumento viene á ser de division mudando en fraccion el entero. Así, pues, el aumento infinito comprende necesariamente la division infinita.

En el espacio se halla la misma relacion entre estos dos infinitos contrarios, es decir, que de que pueda ser infinitamente prolongado, se sigue que puede ser infinitamente disminuido, como se manifiesta en el siguiente ejemplo. Si por medio de un vidrio se ve alejar un bajel siempre directamente, es claro que el punto que se quiera de él subirá siempre en el cuerpo diáfano donde se señalare, por un flujo incesante y á medida que se fuere alejando. Así, pues, si su curso sigue á lo infinito, este punto subirá de continuo; y con todo, sin poder llegar jamas á aquel en donde caiga el rayo horizontal que va del ojo al vidrio, aproximándosele siempre, siempre quedará espacio entre uno y otro. Véase ahora la consecuencia necesaria que desde luego se deduce de la inmensa extension que recorre el bajel, y de la division infinita é infinitamente pequeña que admite tan reducido espacio.

Los que no satisfechos con estas razones permanezcan creidos de que el espacio no es divisible á lo infinito, nada tienen que esperar de las demostraciones geométricas; y aunque acaso ilustrados en otras materias, sabrán muy poco de esta: un hombre muy hábil bien puede, con todo, ser mal geómetra.

Mas los que distingan claramente estas verda-

des admirarán la magnificencia y el poder de la naturaleza en esta doble infinidad que por todas partes nos rodea; y al verse colocados entre una infinidad y una nada de extension, entre una infinidad y una nada de número, entre una infinidad y una nada de movimiento, entre una infinidad y una nada de tiempo, contemplando tan grandes maravillas, sabran en consecuencia conocerse y estimarse á sí propios en su justo precio, y sobre todo, hacer reflexiones importantes de mucho mas valor que todo el resto de la geometría misma.

Me he creido obligado á extenderme sobre la materia á favor de aquellos que desde luego no comprenden esta doble infinidad, pero que son capaces de persuadirse de ella: y aunque haya muchos demasiado instruidos para necesitar de este discurso, siendo necesario á unos, podrá tambien no ser del todo inútil á otros.

ARTICULO III.

Sobre el arte de persuadir.

El arte de persuadir tiene una relacion necesaria con el modo en que los hombres consienten lo que se les propone, y con las condiciones de las cosas que se quiere que crean.

Nadie ignora que las principales potencias, entendimiento y voluntad, son las dos puertas por donde las opiniones se insinuan en el alma. La mas natural es el entendimiento, pues jamas se debia consentir sino en las verdades demostradas; pero, aunque contranatural, es mas comun la voluntad, porque todos los hombres casi siempre se

inclinan á creer lo que complace, mas que lo que convence. Sin embargo, reprobada por todos esta via extraña, baja é indigna, cada uno hace profesion de no creer sino lo creible, y aun de no amar sino lo amable.

No hablo aquí de las verdades divinas que me guardaria de someter al arte de persuadir, pues que siendo infinitamente superiores á la naturaleza, solo Dios, del modo que le plazca, puede colocarlas en el alma. El no ha querido que vayan del espíritu al corazon, sino del corazon al espíritu, así para humillar el soberbio poder de este raciocinio que pretende deber juzgar de las cosas que la voluntad elige, como para curar esta voluntad enferma, enteramente corrompida por sus indignas afecciones. Hé aquí por qué de la misma suerte que cuando se habla de las cosas humanas se dice que es menester conocerlas para amarlas, lo cual ha pasado por proverbio; los santos al contrario, dicen de las divinas que es preciso amarlas para conocerlas, y que no se puede entrar en la verdad sino por la caridad, de cuya virtud han formado una de sus mas útiles sentencias.

Parece, por lo mismo, que aquí estableció Dios un órden sobrenatural y del todo contrario al que debia ser natural á los hombres en las cosas naturales. Pero ellos han corrompido este órden haciendo con las cosas profanas lo que debian hacer solamente con las santas; porque en efecto, nosotros casi no creemos sino lo que nos lisonjea. De aquí proviene que nos hallemos tan distantes de consentir en las verdades de la religion cristiana, diametralmente opuesta á nuestros pla-

des admirarán la magnificencia y el poder de la naturaleza en esta doble infinidad que por todas partes nos rodea; y al verse colocados entre una infinidad y una nada de extension, entre una infinidad y una nada de número, entre una infinidad y una nada de movimiento, entre una infinidad y una nada de tiempo, contemplando tan grandes maravillas, sabran en consecuencia conocerse y estimarse á sí propios en su justo precio, y sobre todo, hacer reflexiones importantes de mucho mas valor que todo el resto de la geometría misma.

Me he creido obligado á extenderme sobre la materia á favor de aquellos que desde luego no comprenden esta doble infinidad, pero que son capaces de persuadirse de ella: y aunque haya muchos demasiado instruidos para necesitar de este discurso, siendo necesario á unos, podrá tambien no ser del todo inútil á otros.

ARTICULO III.

Sobre el arte de persuadir.

El arte de persuadir tiene una relacion necesaria con el modo en que los hombres consienten lo que se les propone, y con las condiciones de las cosas que se quiere que crean.

Nadie ignora que las principales potencias, entendimiento y voluntad, son las dos puertas por donde las opiniones se insinuan en el alma. La mas natural es el entendimiento, pues jamas se debia consentir sino en las verdades demostradas; pero, aunque contranatural, es mas comun la voluntad, porque todos los hombres casi siempre se

inclinan á creer lo que complace, mas que lo que convence. Sin embargo, reprobada por todos esta via extraña, baja é indigna, cada uno hace profesion de no creer sino lo creible, y aun de no amar sino lo amable.

No hablo aquí de las verdades divinas que me guardaria de someter al arte de persuadir, pues que siendo infinitamente superiores á la naturaleza, solo Dios, del modo que le plazca, puede colocarlas en el alma. El no ha querido que vayan del espíritu al corazon, sino del corazon al espíritu, así para humillar el soberbio poder de este raciocinio que pretende deber juzgar de las cosas que la voluntad elige, como para curar esta voluntad enferma, enteramente corrompida por sus indignas afecciones. Hé aquí por qué de la misma suerte que cuando se habla de las cosas humanas se dice que es menester conocerlas para amarlas, lo cual ha pasado por proverbio; los santos al contrario, dicen de las divinas que es preciso amarlas para conocerlas, y que no se puede entrar en la verdad sino por la caridad, de cuya virtud han formado una de sus mas útiles sentencias.

Parece, por lo mismo, que aquí estableció Dios un órden sobrenatural y del todo contrario al que debia ser natural á los hombres en las cosas naturales. Pero ellos han corrompido este órden haciendo con las cosas profanas lo que debian hacer solamente con las santas; porque en efecto, nosotros casi no creemos sino lo que nos lisonjea. De aquí proviene que nos hallemos tan distantes de consentir en las verdades de la religion cristiana, diametralmente opuesta á nuestros pla-

ceres. Habladnos cosas agradables, y os oirémos, decian los judíos á Moises, ¡como si la creencia se debiese reglar por el gusto! Para castigar este desórden por un órden proporcionado á él, no esparce Dios sus luces sobre el entendimiento sin haber domado ántes la rebelion de la voluntad por medio de aquella dulzura del todo celestial con que la embelesa y la arrastra.

Hablando, pues, de las verdades que estan á nuestro alcance, he dicho que el entendimiento y el corazon son como puertas por donde se reciben en el alma; pero ¡cuán pocas entran por el espíritu, al paso que sin el consejo del raciocinio se introducen tantas de tropel por los caprichos temerarios de la voluntad!

Cada una de estas potencias tiene sus principios y primeros motores de su accion. Los del entendimiento son aquellas verdades universalmente conocidas, como por ejemplo, que el todo es mayor que su parte; y ademas muchos axiomas particulares que unos admiten y otros no; pero que admitidos, aun cuando sean falsos, son tan poderosos como los mas verdaderos para arrastrar la creencia. Los de la voluntad consisten en ciertos deseos naturales y comunes á todos los hombres, como el de ser dichoso, del cual ninguno puede prescindir, y en otros muchos objetos particulares que cada uno sigue como medios para lograr esta dicha; los cuales aunque en realidad sean perniciosos, por la circunstancia de agradarnos, tienen tanta fuerza sobre la voluntad como si fuesen capaces de hacer su verdadera dicha.

Hé aquí lo que concierne á las potencias que

nos llevan al consentimiento. En cuanto á las cosas que debemos persuadir, son bien diversas en sus cualidades.

Unas, deducidas por consecuencia necesaria de principios comunes y de verdades admitidas, pueden infaliblemente persuadirse; porque demostrando su relacion con los principios convenidos, y resultando de esto aquel convencimiento inevitable que las coloca en la clase de verdades notorias, es imposible que no sean recibidas en el alma.

Otras, estrechamente ligadas con los objetos que nos ofrecen un placer cumplido, tambien son recibidas con certeza; porque desde que el alma percibe que una cosa puede conducirla á lo que ama en sumo grado, no es posible impedir que la abrace con júbilo.

Otras, enlazadas á un tiempo con las verdades admitidas y con los deseos del corazon, producen el efecto mas seguro que se puede esperar de la naturaleza; al contrario de aquellas que sin relacion alguna con nuestras opiniones ni con nuestros placeres, vienen á sernos importunas, falsas y enteramente extrañas.

Nada hay que dudar en todos estos casos. Pero á veces las cosas que quieren persuadirse, aunque bien establecidas sobre verdades incontestables, son al mismo tiempo contrarias á aquellas pasiones que mas nos dominan; y en tales circunstancias acredita una experiencia demasiado comun, que hay gran peligro en manifestar, como dije al principio, que esta misma alma imperiosa y envanecida de no obrar sino por la razon, sigue por una eleccion vergonzosa y temeraria los deseos de una voluntad corrompida, sea

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"
008283

cual fuere la resistencia que pueda oponerle el entendimiento mas claro.

Porque entónces contrabalanceando la verdad al placer, el conocimiento de lo uno y el sentimiento de lo otro producen un combate, cuyo resultado es tanto mas incierto, cuanto es mas difícil formar juicio de todo lo que pasa en lo interior del hombre, y que el mismo hombre casi nunca conoce.

Parece, en consecuencia, que sea aquello que fuere lo que se quiera persuadir, es menester considerar el entendimiento y el corazon de la persona con quien se discurre, qué principios concede y qué es lo que ama; y hacerle despues advertir en la materia de que se habla, la relacion que tenga con los principios que ha admitido, ó con los objetos que tiene por agradables en razon de los atractivos que les atribuye. Así pues, el arte de persuadir no consiste ménos en el de agradar que en el de convencer: ¡tal es la propension del hombre á ser regido por caprichos mas que por la razon!

Mas de ambos métodos, el uno de convencer y el otro de agradar, yo solo daré aquí las reglas del primero; y aun así, únicamente para cuando concedidos los principios se permanezca con firmeza confesándolos; porque de otra manera no sé si habria un arte para acomodar las pruebas á la inconstancia de nuestros caprichos. El modo de agradar es incomparablemente mas difícil, mas sutil, mas provechoso y mas admirable. Omito, como he dicho, tratar de él, por considerar esto tan superior á mi capacidad, que lo tengo por cosa absolutamente imposible.

No creo, con todo, que no haya reglas tan seguras para agradar como para demostrar, y que el que supiese perfectamente conocerlas y ponerlas en práctica, no consiguiese hacerse amar de los reyes y de toda clase de personas, con la misma seguridad que podria demostrar los elementos de la geometría á los que tienen bastante imaginacion para comprender sus hipótesis. Pero entiendo, y acaso mi debilidad me lo persuade, que es imposible conseguirlo. Solo sé que si alguno es capaz de lograrlo está entre las personas que conozco, y que ningun otro tiene sobre la materia tan claras y abundantes luces.

La razon de esta dificultad extremada proviene de que los principios del placer no son firmes y estables. Diversos en todos varian de tal manera en cada uno, que no hay hombre mas diferente de otro que de sí mismo en los diversos tiempos. Un hombre difiere de una muger en sus placeres; un rico y un pobre los tienen distintos; un príncipe, un guerrero, un mercader, un lugareño, un patan, los viejos, los mozos, los sanos, los enfermos, todos varian: los hacen mudar los mas ligeros accidentes.

Pero hay un arte, y este es el que yo ofrezco, para manifestar el enlace de las verdades con sus principios, sean de realidad ó de placer, con tal que los principios una vez confesados, permanezcan firmes y sin ser nunca desmentidos.

Como hay pocos de esta especie, y fuera de la geometría que solo considera figuras muy sencillas, casi tampoco hay verdades sobre las cuales pudiésemos estar siempre de acuerdo, y ménos objetos de placer de que no cambiásemos á

cada instante; no sé si habrá medio de establecer reglas fijas para acordar los discursos con la inconstancia de nuestros caprichos.

Este arte que he llamado *arte de persuadir*, y que propiamente no es mas que la guia de las pruebas metódicas y perfectas, consiste en tres partes esenciales: explicar por definiciones claras los términos que se hayan de usar; proponer principios ó axiomas evidentes para probar los puntos que se controviertan, y sustituir siempre mentalmente las definiciones á los definidos en la demostracion.

Es evidente la necesidad de la definicion, porque seria inútil proponer lo que quiere probarse, y emprender demostrarlo sin haberse comprendido con claridad todos los términos: lo es asimismo la de que la demostracion sea precedida de la peticion de aquellos principios evidentes que fueren necesarios, porque si no se aseguran los cimientos no puede asegurarse el edificio; y lo es, en fin, la de sustituir mentalmente las definiciones á los definidos al tiempo de la demostracion, porque de otro modo se pudiera abusar de los diversos sentidos que admiten las palabras. A primera vista se percibe la seguridad de convencer si se observa este método: comprendidos bien todos los términos ya inequívocos por las definiciones, acordados los principios, y sustituidas siempre mentalmente las definiciones á los definidos en la demostracion, no puede dejar de producir todo su efecto la fuerza invencible de las consecuencias.—Una demostracion con todas estas circunstancias, jamas ha podido admitir la menor duda; así como sin ellas jamas puede ninguna adquirir fuerza.

De aquí es que importa mucho comprenderlas y poseerlas. A este fin y el de facilitar su retencion en la memoria, voy á dar todas en un corto número de reglas, que encerrando cuanto es necesario para la perfeccion de las definiciones, axiomas y demostraciones, comprenden por consiguiente todo el método de las pruebas geométricas del arte de persuadir.

Reglas para las definiciones.

1.ª—No emprender definir cosa alguna de aquellas conocidas de tal manera por sí mismas, que no haya términos mas claros para explicarlas.

2.ª—No dejar sin definicion ningun término algo oscuro ú equívoco.

3.ª—No emplear en la definicion de los términos sino voces perfectamente conocidas ó explicadas.

Reglas para los axiomas.

1.ª—No sentar ninguno de los principios necesarios sin haberlo pedido, por mas claro y evidente que fuere.

2.ª—No pedir en axiomas, sino cosas perfectamente evidentes por sí mismas.

Reglas para las demostraciones.

1.ª—No emprender demostrar ninguna de las cosas de tal modo evidentes por sí mismas, que no haya otras de mayor claridad para probarlas.

2.ª—Probar todas las proposiciones algo oscuras, y no emplear en su prueba sino axiomas muy

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

evidentes, ó proposiciones ya demostradas ó acordadas.

3.ª—Sustituir siempre mentalmente las definiciones á los definidos, para no engañarse por la ambigüedad de los términos, restringidos por las definiciones.

Hé aquí las ocho reglas que contienen todos los preceptos de las pruebas sólidas é inmutables. Las tres primeras de cada una de las partes, no son absolutamente necesarias, y pueden descuidarse sin error, siendo ademas difícil y como imposible observarlas siempre exactamente, aunque de cualquier modo se debe procurar lo mas perfecto. Son pues

En las definiciones: No definir ninguno de los términos perfectamente conocidos.

En los axiomas: No omitir la peticion de ninguno de aquellos perfectamente evidentes y sencillos.

En las demostraciones: No demostrar cosa alguna de las que son muy conocidas por sí mismas.

Pueden descuidarse estas tres reglas, porque sin duda no es una falta grande el definir bien claramente cosas muy claras por sí mismas; el pedir con anticipacion axiomas que no pueden reusarse cuando son necesarios; y en fin, el probar proposiciones que se concederian sin prueba.

Pero las otras cinco reglas son de una necesidad absoluta, porque no pueden dispensarse sin un defecto esencial y muchas veces sin error. Volveré por lo mismo á recordarlas aquí en particular.

Reglas necesarias para las definiciones.

1.ª—No dejar ningun término algo oscuro ú equívoco sin definicion

2.ª—No emplear en las definiciones sino voces perfectamente conocidas ó explicadas.

Regla necesaria para los axiomas.

No pedir en axiomas, sino cosas perfectamente evidentes.

Reglas necesarias para las demostraciones.

1.ª—Probar todas las proposiciones, no empleando en su prueba sino axiomas muy evidentes por sí mismos, ó proposiciones ya demostradas ó acordadas.

2.ª—No abusar jamas de la ambigüedad de los términos, faltando á sustituir mentalmente las definiciones que los restringen y explican.

En estas cinco reglas se comprende todo lo necesario para hacer á las pruebas convincentes, inmutables y en una palabra, geométricas: pero las ocho juntas las hacen todavia mas perfectas.

Visto ya en qué consiste este arte de persuadir fundado en los principios de definir todos los nombres, y probar todas las proposiciones sustituyendo mentalmente las definiciones á los definidos; me parece oportuno prevenir tres objeciones principales que pueden hacerse.

La una es que este método nada tiene de nuevo: la otra, que es bien facil de aprender sin ser

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

para ello necesario estudiar los elementos de geometría, pues consiste en dos palabras sabidas á la primera lectura; y la tercera, finalmente, que es bastante inútil cuando su uso casi está reducido á las solas materias geométricas.

Es preciso, pues, manifestar, que nada hay mas desconocido y mas difícil en la práctica, y que nada es mas útil y mas universal.

En cuanto á la primera objecion, yo quisiera que las reglas de definir y probar todo, puestas aun por los mismos lógicos entre los preceptos de su arte (1), fuesen en realidad no solo conocidas, sino de tal manera practicadas, que me hubiesen ahorrado el trabajo de investigar con tanta aplicacion el orígen de todos los defectos de los raciocinios, que son verdaderamente comunes. Pero es tan al contrario, que á excepción de los geómetras, número bien pequeño en todos los paises y en todos los tiempos, nadie se ve que las sepa en efecto. Fácil será hacer que las entiendan los que hayan comprendido con toda claridad lo poco que sobre ellas he dicho: los que no lo hayan concebido de este modo, nada adelantarán por mucho que quieran estudiarlas.

Mas los que penetrando su espíritu reciban una impresion que se las deje firmemente arraigadas, conocerán cuanto varía lo que aquí llevo expuesto, de lo que algunos lógicos han escrito, tal vez como por acaso, en algunos lugares de sus obras.

La diferencia entre dos palabras semejantes, atendidos los lugares y las circunstancias, es conocida de cuantos poseen el espíritu de discernimiento. Si de dos personas que á un tiempo han leido y aprendido un libro de memoria, la una le comprende de manera que sabe todos sus principios, la fuerza de sus consecuencias, las respuestas á las objeciones que pueden hacérsele, y toda la economía de la obra; y en la otra solo hay palabras muertas y semillas que aunque semejantes á las que han producido árboles tan fecundos, permanecen secas é infructíferas en el espíritu estéril que las ha recibido sin provecho: ¿podrá creerse que estas dos personas que han leido y aprendido de memoria el mismo libro le sepan igualmente?

No todos los que dicen unas mismas cosas, las poseen de una misma manera; y hé aquí por qué el incomparable autor del Arte de confrontar (1), se detiene con tanta escrupulosidad en hacer entender que no se debe juzgar de la capacidad de un hombre por la excelencia de una agudeza que se le oiga. Al escuchar un buen discurso, en vez de extender la admiracion, penétrese, dice, el espíritu de donde ha salido: hágase una tentativa para ver si proviene de la memoria ó de una feliz casualidad: oígase con frialdad y menosprecio sin dejar de observar si el que discurre se resiente de que no se conceda la estimacion debida á lo que dice; y entón-

(1) Lógica de Port-Royal, part. 1. cap. 3.

(1) Montaigne. Véanse sus Ensayos, lib. 3. cap. 8.° titulado: *Del arte de confrontar*. Pudiera sorprender que Pascal dé aquí el título de incomparable á este filósofo cuando por otra parte le reconoce tan grandes defectos; pero en sus Reflexiones sobre Epicteto y Montaigne, donde manifiesta los defectos de este último, le da tambien el mismo epíto y hace ver en qué sentido. [*Nota del editor de* 1787.]

ces se verá con frecuencia que haciéndole desconocer á poco tiempo lo mismo que acaba de decir de un pensamiento, mas bello acaso de lo que él habia creido, se le hace caer en otro enteramente bajo, despreciable y ridículo. Es pues indispensable sondear de qué manera se halla colocado en la mente un pensamiento, cómo, por dónde y hasta qué punto le posée su autor: de otra suerte será precipitado el juicio.

Quisiera que hombres justos me dijesen si los principios, *La materia se halla en una incapacidad de pensar*, y, *Yo pienso, luego existo*, son realmente los mismos en Descartes que en San Agustin, que dijo lo propio mil y doscientos años ántes.

Estoy á la verdad muy léjos de decir que Descartes no sea el verdadero autor de aquel, aun cuando no hubiese podido aprenderlo sino leyendo á este gran Santo; pues sé la diferencia que hay entre escribir una palabra sin hacer una reflexion mas larga y mas extensa, y percibir en esta palabra una serie admirable de consecuencias, que prueban las naturalezas material y espiritual, para formar de ella un principio firme y sostenido de una metafisica completa, como Descartes ha pretendido hacerlo. Porque sin examinar si eficazmente ha logrado este fin, supongo lo ha intentado, y en tal suposicion digo que esta palabra en sus escritos difiere de la misma palabra en otros en que se ve de paso, como un hombre lleno de vida y de vigor difiere de un cadaver.

Cuando una palabra pronunciada sin comprender la excelencia de su significado, da á conocer á quien sabe entenderla una serie maravillosa de consecuencias, se puede asegurar con firmeza que ya no es la misma, ni se debe á aquel á quien se le tomó: es como un árbol admirable, ageno de quien hubiera arrojado su semilla sin conocerla ni advertirlo, en una tierra fértil que por sí misma la hubiese aprovechado.

Unos mismos pensamientos en otros espíritus suelen reproducirse de muy distinto modo que en el de sus autores: de estériles en su propio campo, pasan á ser fecundos trasplantados. Pero es mas frecuente que un buen entendimiento les haga producir en sí mismo todo el fruto de que son capaces, y que adoptándolos despues algunos que han sido estimarlos, vengan sin conocer su excelencia á adornarse con ellos: entónces, mas que nunca, es cuando se descubre la diferencia de una misma palabra pronunciada por diversas bocas.

Tal vez de esta suerte ha tomado la lógica las reglas de la geometría. Mas de haberlas colocado á la ventura entre las propias suyas sin conocer su fuerza, no se sigue que los lógicos hayan entrado en el espíritu de la geometría; y si no dan otras señales, muy distante de ponerlos en paralelo con los geómetras que aprenden el verdadero modo de conducir la razon, me veré al contrario bien dispuesto á excluirlos de su número, y casi á perder la esperanza de que entren nunca en él. Porque decirlo como al paso sin advertir que todo se encierra en su interior, y descarriarse hasta perderse en investigaciones inútiles para correr á lo que ofrecen y no pueden dar, en vez de seguir aquellas luces, es en

realidad manifestar ménos perspicacia todavía de la que hubiera sido menester para descuidarlas por no haber podido percibirlas.

El método de no errar es buscado diligentemente por todos. Los lógicos hacen profesion de llegar á él, pero los geómetras únicamente lo consiguen. Fuera de la ciencia de estos y de lo que la imita, no hay verdaderas demostraciones. Todo su arte se halla comprendido en los preceptos de que le hablado; y ellos solos bastan, solos ellos prueban; las demas reglas son dañosas ó inútiles. Así me lo ha enseñado una larga experiencia de toda clase de libros y personas.

Los que dicen que en estas reglas nada nuevo les ofrecen los geómetras porque ya las tenian, no atienden á que confundidas entre una multitud de otras inútiles ó falsas, no podian conocer su diferencia: esto es lo mismo que buscar un diamante de gran precio entre otros muchos falsos sin saber distinguirle, y vanagloriarse de poseerle con tener todos juntos; ó echar mano á la piedra escogida y buscada sin reflexionar ni desechar por ella todo el hacinamiento despreciable.

El defecto de un raciocinio falso es una enfermedad que se cura con los dos remedios indicados. De ellos se ha compuesto otro; pero envolviendo la multitud de malas yerbas de su mezcla la virtud de las buenas, le inutilizan y dejan sin efecto.

Para descubrir todos los sofismas y equívocos de los raciocinios capciosos han inventado los lógicos nombres bárbaros que aturden al oirlos: y en vez de desenredar los dobleces de tan difícil nudo por los dos cabos que designan los geómetras, señalando otros muchos extraños, en cuyo número han comprendido aquellos, no saben cual es bueno.

Al descubrirnos tantos caminos diferentes que dicen nos conducen al punto que deseamos, aunque para lograrlo solamente haya dos, de los cuales es menester saber señalar cada uno de por sí; se pretende que la geometría que los determina con certeza, no da sino lo que ya se tenia de los lógicos, pues en efecto los ofrecian, y aun mas: pero no se advierte que este regalo, quitando al añadir, perdia por su abundancia todo el precio.

Nada es mas comun que las buenas cosas; lo raro es distinguirlas: es cierto que son del todo naturales, que estan á nuestro alcance y aun que las conoce todo el mundo; pero es universal el no saber en qué difieren. En las de extravagancia y de capricho no es donde se halla la excelencia, sea el género cual fuere. Algunos se alejan de ellas pensando alcanzarlas elevándose, cuando para esto con mas frecuencia es preciso abatirse. Los mejores libros son los que cada lector se crée capaz de haber escrito; la naturaleza, que es solo la buena, á todos es comun y familiar.

Siendo pues verdaderas las reglas de que he hablado, no dudo sean tambien, como lo son, simples, sencillas, naturales. *Barbara* y *Baralipton* no hacen el raciocinio. Esa elevacion extraña, esa vana hinchazon, solo sirven para erguir el espíritu llenándole de una presuncion necia y ridícula, en vez de darle un nutrimento vigoroso y sólido. Entre las razones que mas alejan del ver-

dadero camino á los que desean adquirir estos conocimientos, la principal, acaso, es el imaginar que las cosas buenas son inaccesibles, al oirlas desde luego llamar *grandes, altas, elevadas, sublimes.* Así se pierde todo. Yo quisiera al contrario, llamarlas *bajas, comunes, familiares:* estos nombres les convienen mejor; aborrezco las palabras hinchadas.

ARTICULO IV.

Conocimiento general del hombre.

1.°—Cuando el hombre tiende su vista sobre sí, lo primero que se le presenta es su cuerpo, quiero decir, cierta porcion de materia que le es propia. Mas para conocerla y conocer sus justos límites, es menester que la compare con todo lo que está sobre ella y todo lo que tiene debajo.

No se reduzca pues á mirar simplemente los objetos de que está rodeado; observe la magestad de la naturaleza en toda su elevacion y plenitud. Despues de contemplar la antorcha que como eterna lámpara esparce la claridad de sus rayos sobre el universo, asómbrese al saber que la tierra que habita es solo un punto, comparada con el vasto círculo que recorre aquel astro (1),

(1) Pascal se explica aquí segun las ideas populares conformes al sistema de Tolomeo, que hacia girar el sol y los planetas al rededor de la tierra, considerada como centro del universo. Sin embargo, Copérnico desde 1530 habia publicado su sistema, ó mas bien el de Pitágoras ó de Filolao su discípulo, cuya evidencia, despues del descubrimiento de los telescopios por Galileo en 1610, fue reconocida de los sabios. ¿Cómo pues Palcal siéndolo tanto, y escribiendo cincuenta años despues de esta última época, era ó parecia ser de la opinion de los antiguos? No se halla otra razon para esto, que su temor de chocar con el clero, que todavia en su tiempo combatia el nuevo sistema con todas sus fuerzas. Parece que el auter así lo da á entender en otro pensamiento donde dice: *Está bien que no se profundice el sistema de Copérnico.* Part. 2. art. 17. § 19. [*Editor de* 1821.]

y que ese mismo círculo, respecto del que describen los demas planetas en el firmamento, tampoco es mas que un punto pequeñísimo. Si aquí se detiene su vista, siga adelante su imaginacion, seguro de que ella se cansará de concebir ántes que de ofrecerle objetos esta naturaleza en cuyo inmenso seno cuanto vemos del mundo es solamente un rasgo imperceptible. Por mas que procuremos inflar nuestras ideas, no somos capaces de formar ninguna aproximada de la extension de sus espacios, ni podemos producir sino átomos respecto de la realidad de las cosas que encierran. Finalmente, nuestra imaginacion se pierde en el pensamiento de esta esfera infinita cuyo centro se encuentra en todas partes sin hallarse en ninguna su circunferencia. ¡O cuán sensible nos hace este extravío uno de los mas grandes caracteres de la Omnipotencia divina!

Volviendo el hombre su atencion despues de esto á su propio individuo, considere lo que es comparado con todo lo que existe: mírese como descarriado en un rincon de la naturaleza, y sírvale de norma el reducido calabozo de este mundo visible en que se halla alojado para valuar la tierra, los reinos, las ciudades, y sobre todo, para estimarse como debe á sí mismo.

¿Qué es pues el hombre en lo infinito? ¿Quién

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

dadero camino á los que desean adquirir estos conocimientos, la principal, acaso, es el imaginar que las cosas buenas son inaccesibles, al oirlas desde luego llamar *grandes, altas, elevadas, sublimes.* Así se pierde todo. Yo quisiera al contrario, llamarlas *bajas, comunes, familiares:* estos nombres les convienen mejor; aborrezco las palabras hinchadas.

ARTICULO IV.

Conocimiento general del hombre.

1.°—Cuando el hombre tiende su vista sobre sí, lo primero que se le presenta es su cuerpo, quiero decir, cierta porcion de materia que le es propia. Mas para conocerla y conocer sus justos límites, es menester que la compare con todo lo que está sobre ella y todo lo que tiene debajo.

No se reduzca pues á mirar simplemente los objetos de que está rodeado; observe la magestad de la naturaleza en toda su elevacion y plenitud. Despues de contemplar la antorcha que como eterna lámpara esparce la claridad de sus rayos sobre el universo, asómbrese al saber que la tierra que habita es solo un punto, comparada con el vasto círculo que recorre aquel astro (1),

(1) Pascal se explica aquí segun las ideas populares conformes al sistema de Tolomeo, que hacia girar el sol y los planetas al rededor de la tierra, considerada como centro del universo. Sin embargo, Copérnico desde 1530 habia publicado su sistema, ó mas bien el de Pitágoras ó de Filolao su discípulo, cuya evidencia, despues del descubrimiento de los telescopios por Galileo en 1610, fue reconocida de los sabios. ¿Cómo pues Palcal siéndolo tanto, y escribiendo cincuenta años despues de esta última época, era ó parecia ser de la opinion de los antiguos? No se halla otra razon para esto, que su temor de chocar con el clero, que todavia en su tiempo combatia el nuevo sistema con todas sus fuerzas. Parece que el auter así lo da á entender en otro pensamiento donde dice: *Está bien que no se profundice el sistema de Copérnico.* Part. 2. art. 17. § 19. [*Editor de* 1821.]

y que ese mismo círculo, respecto del que describen los demas planetas en el firmamento, tampoco es mas que un punto pequeñísimo. Si aquí se detiene su vista, siga adelante su imaginacion, seguro de que ella se cansará de concebir ántes que de ofrecerle objetos esta naturaleza en cuyo inmenso seno cuanto vemos del mundo es solamente un rasgo imperceptible. Por mas que procuremos inflar nuestras ideas, no somos capaces de formar ninguna aproximada de la extension de sus espacios, ni podemos producir sino átomos respecto de la realidad de las cosas que encierran. Finalmente, nuestra imaginacion se pierde en el pensamiento de esta esfera infinita cuyo centro se encuentra en todas partes sin hallarse en ninguna su circunferencia. ¡O cuán sensible nos hace este extravío uno de los mas grandes caracteres de la Omnipotencia divina!

Volviendo el hombre su atencion despues de esto á su propio individuo, considere lo que es comparado con todo lo que existe: mírese como descarriado en un rincon de la naturaleza, y sírvale de norma el reducido calabozo de este mundo visible en que se halla alojado para valuar la tierra, los reinos, las ciudades, y sobre todo, para estimarse como debe á sí mismo.

¿Qué es pues el hombre en lo infinito? ¿Quién

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

puede comprenderlo? Mas para presentarle otro prodigio no ménos asombroso, busque con toda diligencia entre cuanto conoce, el mas menudo y delicado objeto. Sírvale ahora de ejemplo un arador, que por la pequeñez de su cuerpo presenta partes incomparablemente mas pequeñas. Le ofrece pues este insecillo, piernas con coyunturas, venas en estas piernas, sangre en estas venas, humores en esta sangre, gotas en estos humores, y vapores todavía en estas gotas. Si apurando con todo su discurso, se esfuerza en dividir estas partes hasta que el objeto último á que pueda llegar venga á ocuparnos, y por ventura crée que este es el mas pequeño de la naturaleza, aquí hallará un abismo nuevo: voy á pintarle, no solo el universo visible, sino tambien cuanto es capaz de concebir sobre la inmensidad de la naturaleza, sin salir del recinto de este imperceptible átomo. Atienda pues en él á una infinidad de mundos, cada uno de los cuales, como el que está viendo, tiene á proporcion su firmamento, sus planetas, su tierra: contemple á esta poblada de animales, de insectos, de aradores, en que sin fin ni interrupcion encontrará lo mismo que le ofreció el primero; y piérdase aturdido en estas maravillas tan pasmosas por su pequeñez como aquellas lo son por su grandeza. Porque ¿cómo es posible no admirar que nuestro cuerpo, el mismo que poco ha no se percibia en el universo y que era imperceptible en el seno del todo, se haya convertido ahora en un coloso, en un mundo, ó mas bien en un todo, comparado con la última pequeñez á la cual no es posible llegar?

El que de esta suerte considere el cuerpo que

le ha dado la naturaleza, se espantará sin duda al verse como suspendido á igual distancia entre los dos abismos del infinito y de la nada: no podrá ménos de temblar á vista de tales maravillas; y cambiada en asombro su curiosidad, mas que á investigarlas con vana presuncion, creo que estará dispuesto á contemplarlas en humilde silencio.

Porque en fin, ¿qué es el hombre en la naturaleza (1)? Una nada con relacion al infinito, un todo respecto de la nada, un medio entre la nada y el todo. Infinitamente separado de los dos extremos, no se halla su ser ménos distante de la nada de que ha sido sacado, que del infinito en que se encuentra hundido.

En la misma línea que su cuerpo en la extension de la naturaleza, se halla su inteligencia en el órden de las cosas; y así cuanto puede hacer es percibir alguna apariencia de su medio, sin esperanza de conocer jamas su principio ni fin. Habiendo salido todas de la nada y yendo á lo infinito, ¿quién puede seguir tan asombrosos pasos?

(1) Convengo en que es débil el hombre: se engaña en sus juicios, y sus miras son falsas y de corta extension. Si no tiene otra guia mas segura, su voluntad cautiva se extraviará en todos sus pasos. La prueba natural de hallarse reducida á tal estado, es que ella se extravia en efecto; pero su guia, aunque incierta, siempre vale mas que un ciego instinto. Una razon imperfecta es muy superior á su absoluta falta. Esta razon débil del hombre y sus juicios equívocos, le libran sin embargo de multitud de errores. Sin su auxilio estaria del todo embrutecido. No hay duda en que el auxilio es imperfecto, pero esta es una necesidad. La perfeccion infinita no admite participio: Dios no seria perfecto si otro alguno lo pudiese ser. (*El marqués de Vauvenargues.*)

Estas son maravillas que comprende su autor solo él puede alcanzarlas.

El medio entre los dos extremos se advierte en todas nuestras facultades. Nada extremado pueden percibir nuestros sentidos: nos ensordece un exceso de ruido y nos deslumbra un exceso de luz; una grande aproximacion nos impide la vista, y no vemos tampoco á una distancia grande; la demasiada concision en un discurso le oscurece, y lo mismo sucede si es demasiado extenso; mucho placer nos incomoda, muchas consonancias nos disgustan; nos es intolerable un frio excesivo y un calor extremado. Las cualidades excesivas nos son enemigas, pero no sensibles: cuanto mas las padecemos ménos las sentimos. La mucha juventud y la mucha vejez impiden la accion del espíritu, que así como se enerva por el mucho sustento del cuerpo y el demasiado poco, de la misma suerte por la mucha instruccion y la muy poca se embrutece. En fin, las cosas extremadas son para nosotros como si no fuesen: ó se nos escapan, ó nosotros nos escapamos de ellas.

He aquí nuestro estado verdadero. Tan incapaces de una ciencia perfecta como de una ignorancia absoluta, nuestros conocimientos se reducen á ciertos límites, y de estos no pasamos. Colocados en un extenso medio, siempre vacilantes é inciertos entre el conocimienio y la ignorancia, apénas queremos acercarnos á un objeto cuando este empieza á bambolearse; y escapándose en fin de nuestras manos sin que nada pueda detenerle, huye á ocultarse para siempre. Tal es nuestra condicion natural, la mas contraria sin embargo á nuestra inclinacion. Deseamos

vivamente profundizarlo todo, y construir una torre que se eleve á lo infinito; pero la tierra se abre hasta los abismos, y nuestro edificio se desploma.

2.°—Puedo concebir bien un hombre sin manos y sin piés, y aun le concebiria acaso sin cabeza, á no haberme enseñado la experiencia que en ella reside el pensamiento. Luego lo que constituye el ser del hombre es este pensamiento, sin el cual no puedo concebirle. ¿Qué es en nosotros lo que siente el placer? ¿Es el brazo, la mano, la carne, la sangre? Se verá que es preciso que sea alguna cosa inmaterial.

3.°—Es el hombre tan grande, que manifiesta su grandeza aun en lo mismo en que se conoce miserable. Un árbol carece de este conocimiento. Es sin duda miseria el conocerse miserable; pero es tambien ser grande el conocerlo. Así pues, todas las miserias del hombre prueban su grandeza: son miserias de un gran señor, son miserias de un rey destronado.

4.°—Si no es el que ha perdido un trono, ¿quién tiene por desdicha el no ser rey? Léjos de considerar desgraciado á Paulo Emilio por haber dejado de ser cónsul, todos le creian dichoso con haberlo sido, porque no era su condicion el serlo siempre. Al contrario Perseo: siendo la suya reinar miéntras viviese, luego que perdió el cetro se le tuvo por desdichado de tal suerte, que se extrañaba pudiese soportar la vida. ¿Quién se crée infeliz por no tener mas que una boca? Y ¿quién afortunado teniendo solo un ojo? Jamas acaso se le ha ocurrido á nadie el afligirse porque no tiene tres; pero está inconsolable el que ve con solo uno.

5.°—Tan elevada idea tenemos de nuestra alma, que no podemos sufrir que ella nos menosprecie. Necesitamos, pues, la estimacion de una alma: nuestra felicidad consiste en esta estimacion.

Si por una parte la falsa gloria que los hombres buscan es una señal de su miseria y su bajeza, por otra lo es tambien de su excelencia; por que sean cuales fueren las riquezas, la salud y la comodidad esencial de que se goce, nunca está nadie satisfecho si le falta la estimacion de los demas. Tan grande es nuestro aprecio á la razon del hombre, que ninguna ventaja puede hacernos felices sin estar en ella al mismo tiempo ventajosamente colocados. Este es el puesto mas bello y codiciado del mundo; y el deseo de ocuparle, de que no podemos prescindir, es la cualidad mas indeleble de nuestro corazon. Así pues, aquellos que mas desprecian á los hombres, aquellos que los ponen al nivel de las bestias, contradiciéndose á sí mismos por su propio sentimiento, quieren tambien ser admirados de los hombres: la naturaleza, superior á toda su razon, los convence de su grandeza con mas fuerza, que de su bajeza los puede persuadir esa misma razon.

6.°—El hombre no es mas que una caña, la mas débil de la naturaleza; pero caña que piensa. No es menester para destruirle que se arme todo el universo; una sola gota de agua basta para matarle. Mas aun cuando el universo le aplastase, siempre seria mas noble el hombre: este sabe que muere, y aquel ignora que tiene sobre él semejante ventaja. Nuestra dignidad, pues, consiste en el pensamiento únicamente: este es el punto desde donde debemos elevarnos, no del espacio ni de la duracion. Ocupémonos de pensar bien: hé aquí el principio de la moral.

7.°—Es peligroso descubrir mucho al hombre cuánto se iguala con las bestias: y siéndolo tambien hacerle ver demasiado su grandeza sin darle á conocer su pequeñez, lo es aun mas el dejarle en la ignorancia de uno y otro; pero es muy ventajoso representarle igualmente ambas cosas.

8.°—Téngase, pues, el hombre en lo que vale: ámese al contemplar en sí mismo una naturaleza susceptible del bien; pero no ame por eso las bajezas que en ella se encuentran. Menospréciese porque no posée el bien; mas no por esta causa menosprecie esa capacidad natural de conseguirle. Aborrézcase, ámese: capaz en sí de conocer la verdad y ser dichoso, no posée ninguna constante ó satisfactoria. Por lo mismo quisiera yo inclinarle al deseo de encontrarla, á estar en este caso dispuesto á seguirla; y sabiendo cuán obscurecido se halla por las pasiones su conocimiento, quisiera finalmente que desprendido de ellas aborreciese la concupiscencia que le arrastra, para que de este modo ni se cegase en su eleccion, ni se detuviese habiendo ya elegido.

9.°—Igualmente reprueba á los que toman el partido de elogiar al hombre, que á los que adoptan el de reprobarle y á los que siguen el de divertirle: no puedo aprobar sino es á aquellos que investigan llorando.

Los estoicos dicen: Volved á entrar en lo interior de vosotros mismos, y encontraréis allí vuestro reposo: esto no es cierto. Los otros dicen: Salid afuera, y buscad la dicha divirtiéndoos: tampoco esto es verdad. Vienen las enfermedades: la dicha no

está en nosotros ni fuera de nosotros; se halla en Dios y en nosotros.

10.°—La naturaleza del hombre se considera bajo dos aspectos: uno segun su fin, y entónces es grande é incomprensible: otro segun el hábito, como se juzga de la naturaleza del caballo y del perro por la costumbre de ver en ellos la carrera, *et animum arcendi;* y entónces el hombre es vil y abyecto. Tales son las dos vias que hacen juzgar de él con variedad y suscitar tantas disputas entre los filósofos, cuyas suposiciones se niegan mutuamente. El uno dice: no ha nacido á este fin, porque todas sus acciones lo repuguan; el otro asienta: se aleja de él cuando comete estas acciones bajas. Dos cosas instruyen al hombre de toda su naturaleza: el instinto y la apariencia.

11.°—Conozco que puedo no haber existido, porque este *Yo*, que consiste en mi pensamiento, no existiria si ántes de haber sido animado, mi madre hubiese muerto: luego no soy un ser necesario. Tampoco soy eterno ni infinito; pero veo bien que en la naturaleza hay un ser necesario, eterno é infinito.

ARTICULO V.

Vanidad del hombre. Efectos del amor propio.

1.°—No nos satisface la vida que tenemos en nosotros mismos; queremos igualmente gozar de una existencia imaginaria en la idea de los otros. Así, pues, olvidados de nuestro propio y verdadero ser, y afanados siempre en la conservacion y adorno de esta vida ideal, basta que poseamos, por ejemplo, la tranquilidad, la generosidad ó la fidelidad, para apresurarnos á hacer ostentacion de estas virtudes: aun las desprenderiamos de nosotros por hermosear con ellas nuestro ídolo fantástico, y con gusto seriamos cobardes á trueque de lograr la fama de valientes. ¡Gran prueba de la nada de nuestro propio ser, el no poder satisfacernos con aquello sin esto, y haber de renunciar mil veces lo uno por obtener lo otro! Tan poderosa así es la dulzura de la gloria: amable en todo cuanto se haga con istir, es grata aun en la muerte: infame seria aquel que no sacrificase su vida por conservar su honor.

2.°—El orgullo contrapesa todas nuestras miserias; porque ó nos las oculta, ó se vanagloria de conocerlas si llega á descubrirlas. Nos posée y nos domina tan naturalmente en medio de ellas y de nuestros errores, que como él sea lisonjeado, aun la misma vida perdemos con placer.

3.°—La vanidad se halla tan arraigada en el corazon del hombre, que basta un mozo de soldados, de cocina ó de cordel, se vanagloría y quiere tener admiradores: los filósofos mismos quieren tambien tenerlos. Aquellos que escriben contra la gloria, aspiran á la gloria de haber escrito bien, y los que los leen á la de haberlos leido: acaso yo al escribir esto tengo el mismo deseo, y puede ser que los que me lean le tengan igualmente.

4.—A pesar de la vista de todas nuestras miserias que palpamos, y por decirlo así, vemos con el pié sobre nuestra garganta, tenemos cierto instinto que no podemos reprimir y nos eleva.

5.°—Somos tan presuntuosos, que quisiéramos ser conocidos de toda la tierra, y aun de cuan-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®

tos vengan á ella cuando háyamos dejado de vivir: somos tan vanos, que la estimacion de cinco ó seis personas que nos cercan nos divierte y contenta.

6.°—La curiosidad no es mas que vanidad. Las mas veces no se quiere saber sino para lucir. No se atraviesan los mares por el placer único de ver sin la esperanza de hablar jamas sobre ellos.

7.°—No se procura la estimacion en las ciudades por donde se transita, pero se cuida cuando la mansion debe ser de algun tiempo ¿Y cuánto es menester? El proporcionado á nuestra duracion vaga y mezquina.

8.°—La naturaleza del amor propio del *Yo* humano, es no amar ni considerar mas que á sí mismo. Pero ¿qué hará? Le es imposible que su objeto querido no esté lleno de defectos y miserias. Le quiere grande, y le encuentra pequeño; le quiere feliz, y le halla miserable; le quiere perfecto, y le ve con mil imperfecciones; quiere atraerle amor y estimacion, y mira que sus faltas no merecen sino aversion y menosprecio. Embarazo tan grande produce en él la mas injusta y criminal pasion que puede imaginarse: concibe un odio mortal contra aquella verdad que le prueba y reprende sus faltas; quisiera anonadarla: y no pudiendo conseguirlo en ella misma, se esfuerza en destruirla en su propio juicio y en el de los demas; se esmera en ocultar á sí mismo y á todos, sus defectos, y no puede sufrir que se los hagan ver ni que los vean.

Sin duda es un mal el estar lleno de ellos; pero todavía lo es mucho mayor el no querer reconocerlos, porque esto es añadirles el de una

ilusion voluntaria. Si no queremos que los demas nos engañen, si no encontramos justo que exijan de nosotros mayor estimacion de la que en sí merecen; tampoco es justo que los engañemos y queramos que nos estimen mas allá de lo que merecemos.

Por lo mismo, cuando nos descubren vicios é imperfecciones que en realidad tenemos, es visible que como el descubrirlas no es causarlas, en vez de agraviarnos nos hacen un bien; porque así nos ayudan á librarnos del mal de la ignorancia de ellas. No debemos, pues, sentir que las conozcan: esto es justo, como lo es tambien que por lo que somos seamos conocidos, y despreciados si somos despreciables.

Tales son los sentimientos que nacerian de un corazon lleno de equidad y de justicia. ¿Qué debemos pues decir del nuestro al encontrar en él una disposicion enteramente opuesta? ¿No es cierto que aborrecemos la verdad y á los que nos la dicen, que queremos que se engañen á nuestro favor y nos tengan por muy diferentes de lo que somos en efecto?

He aquí una prueba de ello que me causa horror. La religion católica no obliga á descubrir los pecados indiferentemente á todo el mundo: tolera el permanecer ocultos respecto de los hombres, á excepcion de uno solo á quien manda se le descubra el fondo del corazon y se le manifieste tal cual es. No hay mas que este hombre á quien ella nos manda que desengañemos; y obligado por su parte á un secreto inviolable, le guarda de manera que el confiado depósito está en él como si no estuviese. ¿Puede imaginarse na-

da mas caritativo ni mas dulce? Sin embargo, es tal la corrupcion del hombre, que hallando todavía dureza en esta ley, ella ha sido una de las razones principales que ha sublevado contra la Iglesia gran parte de la Europa.

¡Cuán desrazonable y cuán injusto es el corazon del hombre para reprobar la obligacion de hacer con uno solo lo que en algun modo seria justo que con todos se hiciese! ¿Lo será acaso que los engañemos?

En esta aversion á la verdad hay diferentes grados; pero puede asegurarse que todos la tienen en alguno, porque ella es inseparable del amor propio. Esta falsa delicadeza de los que deben corregirse, obliga á los que se hallan en la necesidad de corregirlos, á echar mano de tantos miramientos y rodeos para evitar el choque. Es menester que disminuyan nuestros defectos, que aparenten excusarlos, y que agreguen elogios y testimonios de estimacion y afecto Con todo, la medicina no deja de ser amarga al amor propio: toma de ella lo ménos que puede, siempre con disgusto, y aun alguna vez con un despecho interior contra quien se la ofrece.

Así pues, si alguno tiene interes en ser amado de nosotros, alejándose de hacernos un servicio que sabe nos es desagradable, nos trata como queremos ser tratados: ve que aborrecemos la verdad, nos la encubre: que amamos la lisonja, nos lisonjea: que gustamos de ser engañados, nos engaña.

De consiguiente, siendo mas temible el ofender á aquellos cuyo afecto ó aversion es mas útil ó mas peligrosa, nos desviamos de la verdad á

medida que nos eleva en este mundo la fortuna. Puede ser un príncipe la fábula de toda la Europa, y solo él no llegar á advertirlo. No me admiro: la verdad es útil á quien la oye, pero desventajosa á quien la dice, porque atrae el odio. Luego los que viven con los príncipes y prefieren sus propios intereses al de aquel á quien sirven, no cuidan de procurarle semejante provecho con daño de sí mismos.

Sin duda esta desgracia es mayor y mas comun en las grandes fortunas; pero en todas se encuentra, porque siempre hay algun interes en atraerse el afecto de los hombres. Así la vida humana se reduce á una ilusion perpetua y mutuo engaño. Fundada en él la union entre los hombres, nadie habla de nosotros en nuestra presencia como en nuestra ausencia; y pocas amistades habria de duracion si cada uno supiese lo que dice su amigo cuando él no está presente, aunque hable entónces con sinceridad y sin pasion.

En fin, el hombre no es mas que embozo hipocresía y mentira para consigo mismo y para con los otros. No quiere decir ni escuchar la verdad; y estas disposiciones tan contrarias á la razon y á la justicia, se hallan naturalmente arraigadas en su corazon.

ARTICULO VI.

Flaqueza del hombre. Incertidumbre de sus conocimientos naturales.

1.°—Nada me admira tanto como el no ver á todos admirados de su debilidad. Siguiendo su

da mas caritativo ni mas dulce? Sin embargo, es tal la corrupcion del hombre, que hallando todavía dureza en esta ley, ella ha sido una de las razones principales que ha sublevado contra la Iglesia gran parte de la Europa.

¡Cuán desrazonable y cuán injusto es el corazon del hombre para reprobar la obligacion de hacer con uno solo lo que en algun modo seria justo que con todos se hiciese! ¿Lo será acaso que los engañemos?

En esta aversion á la verdad hay diferentes grados; pero puede asegurarse que todos la tienen en alguno, porque ella es inseparable del amor propio. Esta falsa delicadeza de los que deben corregirse, obliga á los que se hallan en la necesidad de corregirlos, á echar mano de tantos miramientos y rodeos para evitar el choque. Es menester que disminuyan nuestros defectos, que aparenten excusarlos, y que agreguen elogios y testimonios de estimacion y afecto Con todo, la medicina no deja de ser amarga al amor propio: toma de ella lo ménos que puede, siempre con disgusto, y aun alguna vez con un despecho interior contra quien se la ofrece.

Así pues, si alguno tiene interes en ser amado de nosotros, alejándose de hacernos un servicio que sabe nos es desagradable, nos trata como queremos ser tratados: ve que aborrecemos la verdad, nos la encubre: que amamos la lisonja, nos lisonjea: que gustamos de ser engañados, nos engaña.

De consiguiente, siendo mas temible el ofender á aquellos cuyo afecto ó aversion es mas útil ó mas peligrosa, nos desviamos de la verdad á

medida que nos eleva en este mundo la fortuna. Puede ser un príncipe la fábula de toda la Europa, y solo él no llegar á advertirlo. No me admiro: la verdad es útil á quien la oye, pero desventajosa á quien la dice, porque atrae el odio. Luego los que viven con los príncipes y prefieren sus propios intereses al de aquel á quien sirven, no cuidan de procurarle semejante provecho con daño de sí mismos.

Sin duda esta desgracia es mayor y mas comun en las grandes fortunas; pero en todas se encuentra, porque siempre hay algun interes en atraerse el afecto de los hombres. Así la vida humana se reduce á una ilusion perpetua y mutuo engaño. Fundada en él la union entre los hombres, nadie habla de nosotros en nuestra presencia como en nuestra ausencia; y pocas amistades habria de duracion si cada uno supiese lo que dice su amigo cuando él no está presente, aunque hable entónces con sinceridad y sin pasion.

En fin, el hombre no es mas que embozo hipocresía y mentira para consigo mismo y para con los otros. No quiere decir ni escuchar la verdad; y estas disposiciones tan contrarias á la razon y á la justicia, se hallan naturalmente arraigadas en su corazon.

ARTICULO VI.

Flaqueza del hombre. Incertidumbre de sus conocimientos naturales.

1.°—Nada me admira tanto como el no ver á todos admirados de su debilidad. Siguiendo su

condicion cada uno, porque esta es la moda y no porque en efecto sea bueno seguirla, obran con tanta seriedad como si supiesen, á no poder dudarlo, donde está la razon y la justicia. Verdad es que á cada instante se encuentran burlados; mas por una graciosa humildad atribuyen esta falta á sí mismos, y nunca al arte que se lisonjean de poseer siempre. Conviene que haya en el mundo muchas de estas gentes, para manifestar que el hombre es muy capaz de las mas extravagantes opiniones cuando lo es de creer, no que se halla en esta debilidad natural é inevitable, sino que al contrario posée la sabiduría natural.

2.º—La debilidad de la razon del hombre se descubre mucho mas en los que no la conocen, que en los que la conocen. El muy jóven no puede juzgar bien; el muy viejo tampoco puede hacerlo. Si se piensa mucho ó no se piensa bastante, se sigue al encaprichamiento el no poder encontrar la verdad. Considerando una obra inmediatamente despues de trabajada, hay todavía prevencion á su favor: pasado mucho tiempo no es segura la calificacion. No hay mas que un punto de vista indivisible y verdadero para examinar una pintura: los demas se hallan demasiado inmediatos, demasiado léjos, demasiado altos ó demasiado bajos. La perspectiva designa este punto en la pintura: en la verdad y en la moral ¿quién podrá designarle?

3.º—Esa maestra de error llamada fantasía y opinion, es tanto mas grande impostora cuanto que no lo es siempre; pues señalando infaliblemente la mentira seria una regla infalible de verdad. Pero siendo con mas frecuencia falsa, sin dar indicio alguno de su calidad, marca con los mismos caracteres lo verdadero que lo falso.

Esta soberbia potencia, enemiga de la razon, y que para manifestar hasta donde se extiende su poder se complace en censurarla y dominarla, ha establecido una segunda naturaleza en el hombre. Ella tiene sus dichosos y sus infelices, sus sanos y enfermos, sus ricos y pobres, sus locos y discretos; y nada despecha mas que verla dar á sus huéspedes una satisfaccion mas entera y cumplida que la que á los cuerdos ofrece la razon, insuficiente á lisonjearlos de tal modo. Cuando estos hablan llenos de temor y desconfianza, mirando aquellos á los hombres con imperio, y disputando con presuncion y atrevimiento, la seguridad y alegría de su semblante les da las mas veces la ventaja en el sentir de los oyentes: ¡tanto así favorece á los sabios imaginarios la opinion de los jueces á quienes se asemejan! Ella no es capaz de convertir en sabios á los locos; pero sí de dejarlos contentos á pesar de la razon, que solo puede hacer á sus amigos miserables. Aquella los colma de gloria, esta los cubre de vergüenza.

¿Quién sino la opinion dispensa el crédito y da el respeto y la veneracion á las personas, á las obras, á los grandes? ¡Cuán insuficientes son todas las riquezas del mundo sin su consentimiento!

De todo dispone la opinion: ella hace la hermosura, la justicia y la dicha, que es el todo del mundo. Con la mejor gana leeria yo ese libro italiano que solo conozco por su título: *Della opinione regina del mondo.* El solo vale por muchos libros, y yo me suscribo á el sin conocerle, salvo lo malo que tuviere, si lo tiene.

*

4.°—La cosa mas importante de la vida, que es la eleccion de oficio, depende de la casualidad: la costumbre hace los pizarreros, los albañiles, los soldados. Uno de aquellos dice: Nada hay comparable á un excelente pizarrero; para ser soldado es preciso carecer de juicio. El soldado á su vez dice al contrario: Solo la guerra es cosa grande; los que no son soldados son gente vil é indigna. Decidiéndose á elegir segun desde la infancia se oye elogiar un oficio y despreciar los otros, en la aplicacion es donde se peca únicamente; y la fuerza del hábito es tan grande, que hay países enteros compuestos de albañiles, así como otros en donde no se ven mas que soldados. Sin duda la naturaleza no es tan uniforme; y reducida á hacer amable la virtud y odiosa la imprudencia, aquí por lo comun no hace mas que ceder; pero sobreponiéndose á veces, mantiene al hombre en su instinto, á pesar de toda la costumbre, buena ó mala.

5.°—Al tiempo presente jamas nos reducimos. Nos anticipamos el porvenir como para apresurarle pareciéndonos demasiado lento, ó recordamos el pasado como para detenerle por demasiado pronto: y no ménos vanos que imprudentes vagando sin juicio por tiempos que no son de nosotros sin pensar para nada en el actual, dejamos escapar irreflexivos el único que nos pertenece. Esto dimana de que el presente ordinariamente nos ofende. Le ocultamos á nuestra vista cuando nos aflige, y sentimos que escape cuando nos agrada. En aquel caso procuramos sostenerle con la esperanza del futuro; y siempre pensamos en disponer de cosas fuera de nuestro alcance para un tiempo á que no tenemos seguridad alguna de llegar.

Examine cada uno su discurso, y le hallará ocupado siempre en lo pasado y lo futuro. Jamas es nuestro objeto lo presente: en ello casi nada pensamos, y si acaso lo hacemos, solo es á fin de que nos suministre luces para disponer lo futuro. Siendo, pues, nuestros medios lo pasado y lo presente, y nuestro objeto únicamente lo futuro, esperando vivir, no vivimos jamas, y disponiéndonos siempre á ser dichosos, es indudable que nunca lo serémos si no aspiramos á otra bienaventuranza muy diversa de la que es posible gozar en esta vida.

6.°—A fuerza de reflexiones continuas sobre el tiempo presente, sin reflexionar sobre la eternidad, nuestra imaginacion abulta aquel y minora esta de tal suerte, que haciendo de la eternidad una nada, convertimos la nada en una eternidad; y son tan profundas las vivas raices que esto ha echado en nosotros, que nuestra razon toda no es capaz de arrancarlas.

7.°—A no haberse puesto en la uretra (1) de Cromwel un granillo de arena, hubiera asolado toda la cristiandad; y perdida la familia real la suya hubiera sido para siempre poderosa. Mas cuando á su aspecto iba á temblar la misma Roma, esa arenilla, tan insignificante en otra parte, en aquella le mata, deprime á su familia y restablece al rey.

8.°—Casi nada se ve de justo ni de injusto que

(1) Canal de los riñones á la vejiga. Cuando en el nacimiento de él se forman piedras, es sumamente difícil su extraccion. No lo es tanto la de aquellas que se introducen en el mismo canal (*Ed. de* 1821).

no mude de calidad (1) mudando clima. Tres grados de elevacion del polo trastornan toda la jurisprudencia. Un meridiano ó pocos años de posesion deciden la verdad (2). Las leyes fundamentales cambian, y el derecho tiene sus épocas. ¡Chistosa justicia que se reduce a un rio ó á una montaña! Verdad por esta parte de los Pirineos, error por la de allá.

9.°—(3) El latrocinio, el incesto, el asesinato de padres y de hijos, todo ha tenido su lugar entre las acciones virtuosas. ¿Puede ofrecerse nada mas gracioso que un hombre con derecho á matarme porque vive mas allá del agua, y porque su príncipe tiene quejas del mio aunque yo no tenga motivo de ninguna con él?

Hay sin duda leyes naturales; mas todo ha corrompido, despues de corromperse, esta bella razon: *Nihil amplius nostri est; quod nostrum dicimus, artis est; ex senatusconsultis et plebiscitis crimina exercentur; ut olim vitiis, sic nunc legibus laboramus.*

De esta confusion nace que uno diga que la esencia de la justicia es la autoridad del legislador; otro, la comodidad del soberano; otro, la costumbre presente. Lo mas seguro es lo último: nada segun la razon sola es justo en sí; todo se mueve con el tiempo; la costumbre hace toda la

(1) Es decir, en la opinion de los hombres, no en su naturaleza. Este pensamiento está imitado de Montaigne. (*Ed. de* 1821).

(2) Parece que aquí debiera leerse: *Un meridiano decide la verdad. En pocos años de posesion las leyes fundamentales cambian* (Ed. de 1787).

(3) Casi todo este párrafo es sacado ó imitado de Montaigne. Véanse sus Ensayos, lib. 2 cap. 12. (*Ed. de* 1821).

equidad por el solo hecho de hallarse recibida; este es el fundamento místico de su autoridad. El querer volverla á su principio, es destruirla; y nada hay tan errado como esas leyes que enmendan los errores. Quien las obedece como justas, obedece á la justicia que imagina, mas no á la esencia de la ley: recopilada toda en sí, esta esencia es la ley, y nada mas. El que pretenda examinar el motivo, le hallará tan ligero y tan débil, que si no está habituado á contemplar los prodigios de la imaginacion humana, se admirará de ver que un siglo le haya adquirido tanta veneracion y tanta pompa. El arte de subvertir los estados, es alterar las costumbres establecidas subiendo hasta su orígen para hacer ver en él su falta de autoridad y de justicia. Es preciso, se dice, recurrir á las leyes fundamentales y primitivas del Estado abolidas por la corruptela; y he aquí un juego seguro para perderlo todo: en esta balanza nada se hallará justo. El pueblo fácilmente presta oido á estos discursos; y sacudiendo el yugo luego que le conoce, los grandes se aprovechan de la coyuntura para labrar su ruina y la de los curiosos examinadores de las costumbres recibidas. Mas por un defecto contrario, se crée á veces poder hacer con justicia todo aquello de que ya ha habido ejemplo. Esta es la razon porque decia el mas sabio de los legisladores, que para hacer bien á los hombres era menester con frecuencia engañarlos; y otro buen político: *Cum veritatem quâ liberetur ignoret, expedit quòd fallatur.* No debe permitirse que se le haga sensible la verdad de la usurpacion: introducida sin razon en otro tiempo, es preciso considerarla co-

mo auténtica y perpetua, y ocultar su principio si no se quiere verla tocar bien pronto el fin.

10.°—Si el mayor filosofo del mundo en pié sobre una tabla advierte un precipicio, aunque sea mas ancha de lo que necesite para andar, y á pesar de cuanto se le pueda decir para convencerle de su seguridad, el temor de caer prevalecerá siempre en su imaginacion. Muchos acaso no serian capaces de pensarlo sin sudar y mudar de color.... Mas ¿á qué detenerme sobre los efectos que esto pudiera producir, cuando la vista de un gato, de un raton, una chispa es bastante para sacar á la razon de sus casillas?

11.°—A vista de ese magistrado cuya venerable ancianidad impone respeto á todo un pueblo, ¿no diriais que dirigido por una razon pura y sublime juzga de las cosas por su naturaleza, sin detenerse en circunstancias vanas que solo atraen la atencion de los débiles? Vedle pues colocado en el lugar en donde debe administrar justicia, y dispuesto á oir con una gravedad ejemplar. Con todo, como al abogado que va á parecer le haya dado la naturaleza una voz ronca ó un rostro caprichoso; como su barbero le haya afeitado mal, ó quiere la casualidad que se presente con una mejilla embadurnada, he aquí mi apuesta á que pierde toda su gravedad el magistrado.

12.°—El espiritu del hombre mas grande no es tan independiente que no pueda turbarse al menor ruido que advierta al rededor de si. No es menester el estallido del cañon para impedir sus pensamientos; basta que se mueva una garrucha ó la veleta de una torre. No os sorprendais de que ahora no raciocine bien: una mosca está zumban-

do á su oido, y esto le hace incapaz de buen consejo. Si quereis que pueda encontrar la verdad, echad fuera ese insecto que tiene á su razon oprimida, y turba la poderosa inteligencia con que rige ciudades y reinos.

13.°—La voluntad es uno de los principales instrumentos de la creencia, no porque ella la forme, sino porque las cosas parecen verdaderas ó falsas segun el lado por donde se miran. Esta voluntad, que gusta de un aspecto mas que de otro, desvia al entendimiento para impedirle considerar lo que no quiere, y le detiene á examinar lo que le agrada. Así pues, marchando ambos unidos, y juzgando el entendimiento por lo que se le ofrece, regula insensiblemente su creencia conforme la voluntad se inclina.

14.°—Tenemos otro principio de error en las enfermedades. Así como las graves alteran y corrompen notablemente el sentido y el juicio, las leves hacen tambien en ellos una impresion proporcionada.

Nuestro propio interes viene á ser ademas un maravilloso instrumento para sacarnos dulcemente los ojos. Por el afecto ó por el odio se muda la justicia. Un abogado pagado bien y anticipadamente, ¡cuánto mas justa encuentra la causa que defiende! Pero por otra extravagancia del espíritu humano, ha habido, al contrario, quienes huyendo de ceder á este amor propio, han sido los hombres mas injustos. El mejor medio de perder un negocio, por mas que sea puesto en razon, es recomendarle á algun pariente próximo.

15.°—Frecuentemente por una estimacion fantástica abulta nuestra imaginacion en tanto grado

los objetos mas pequeños, que con ellos viene á ocupar toda nuestra alma; y de la misma suerte por una temeraria insolencia minora de tal modo los mas grandes, que llegan en fin á reducirlos hasta nuestra medida.

16.°—La justicia y la verdad son dos puntas tan sutiles y agudas, que nuestros instrumentos demasiado groseros no pueden tocarlas con exactitud. Aplastándolas si alguna vez les llegan, estriban á su alrededor todo, mas sobre lo falso que sobre lo sólido.

17.°—No son las impresiones antiguas las únicas capaces de recrearnos: el mismo poder tienen los atractivos de las nuevas. De aquí dimanan todas las disputas de los hombres que se echan en rostro el correr tras estas temerariamente, ó el no prescindir de las falsas que recibieron desde su niñez.

¿Quien guarda el justo medio? Que se presente pues, y pruebe que le guarda. No hay principio por mas natural que pu da ser, aun despues de la infancia, que no se suponga una falsa impresion, ya de la enseñanza ó ya de los sentidos. Unos dicen: Porque desde niño tuvisteis un cofre por vacio no viendo nada dentro, habeis creido que es posible el vacio: ved aquí una ilusion de vuestros sentidos que es preciso que la ciencia corrija. Los otros dicen al contrario: Cuando en la escuela se os ha dicho que no hay vacio, se os ha oscurecido vuestra luz natural que ántes le comprendia con tanta claridad: esa mala impresion la debeis corregir recurriendo á vuestra naturaleza primitiva. ¿Quién ha engañado pues? la instruccion ó los sentidos?

18.°—Todas las ocupaciones de los hombres tienen por objeto la adquisicion de bienes; y el título con que los poseen, si se atiende á su orígen, se funda solamente en el capricho de los legisladores. Ademas, sin fuerza alguna para poseerlos con seguridad, los pierden por mil accidentes. Lo mismo sucede con la ciencia: la enfermedad nos priva de ella.

19.°—¿Qué son pues nuestros principios naturales sino nuestros acostumbrados principios (1)? Del mismo modo que la caza en ciertos animales, son en los niños los que han recibido de la costumbre de sus padres.

Se ve por experiencia que una costumbre diferente puede inspirar otros principios naturales. Si hay algunos indelebles para la costumbre, tambien otros lo son para la naturaleza: esto depende de la disposicion.

Los padres temen que se borre el amor natural de sus hijos. ¿Cuál es pues esta naturaleza sujeta á ser borrada? La costumbre es una segunda naturaleza que destruye la primera. ¿Por qué no es natural la costumbre? Mucho me temo que esta naturaleza no sea otra cosa en sí que una primera costumbre, así como la costumbre es una segunda naturaleza (2).

(1) Alude aquí el autor á un pensamiento de Montaigne que recuerda adelante. Part. I. art. 8. § 10. (*Ed. de* 1821).

(2) Con facilidad se habla de la fuerza de la costumbre y de los efectos de la naturaleza ó de la opinion, pero tambien con poca exactitud. Las disposiciones fundamentales y originales de cada ser, son las que constituyen lo que se llama su naturaleza. Una antigua costumbre puede modificar estas disposiciones primitivas, y aun á veces su fuerza es tan grande, que les sustituye otras mas constantes, aunque sean

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

20.°—Si todas las noches soñásemos una misma cosa, acaso vendria á afectarnos tanto como

absolutamente opuestas; de manera que obrando despues como primera causa, establece el fundamento de un nuevo ser. De aquí ha venido la conclusion muy obvia de que es una segunda naturaleza, y este otro pensamiento mas atrevido de Pascal, de que lo que tomamos por naturaleza muchas veces no es mas que una primera costumbre: máximas las dos muy verdaderas. Con todo, ántes que hubiese una primera costumbre, nuestra alma existia con aquellas inclinaciones en que se fundaba su naturaleza; y así los que reducen todo á la opinion y á la costumbre no saben lo que dicen: toda costumbre supone una anterior naturaleza, todo error una verdad. Es ciertamente difícil distinguir los principios de esta primera naturaleza, de los de la educacion: son tantos y tan complicados, que el juicio se extravia cuando quiere seguirlos; y no es menos dificultoso conocer lo que la educacion ha mejorado, ó lo que ha corrompido en el natural. Solo puede notarse que los restos de nuestra primera naturaleza son mas vehementes y mas fuertes que lo que adquirimos por medio del estudio, de la costumbre y de la reflexion; pues el efecto del arte es debilitar aun cuando perfecciona y corrige: de modo que nuestras calidades adquiridas son á la vez mas perfectas y mas defectuosas que las naturales; y esta debilidad del arte no dimana únicamente de la resistencia demasiado violenta que opone la naturaleza, sino tambien de la propia imperfeccion de sus principios insuficientes ó mezclados de error. Contrayéndome á esto, advierto, sin embargo, en la literatura, que el arte es superior al genio de muchos artistas, los cuales no pudiendo alcanzar la elevacion de las reglas y hacer uso de todas, ni permanecer en su propio carácter, á su juicio demasiado bajo, ni en fin llegar tampoco al hermoso natural, vienen á quedar en el medio insufrible del envanecimiento y de la afectacion sin seguir el arte ni la naturaleza. Una inveterada costumbre les apropia este carácter forzado; y á medida que mas se alejan de su natural, creen elevar á la naturaleza: don incomparable y exclusivo de aquellos á quienes ella misma inspira con mas fuerza. Pero tal es el error que los halaga, y por desgracia nada es mas comun que ver á los hombres formarse, por estudio y por costumbre, un instinto particular, y desviarse de este modo en cuanto pueden de las leyes generales y origi-

las que todos los dias se nos ofrecen; de manera que si un artesano estuviese seguro de soñarse rey todas las noches por doce horas, creo que seria tan dichoso como un rey que á su vez lo estuviese de soñarse artesano. Del mismo modo, si despues de haber pasado el dia en ocupaciones diferentes, á semejanza de las que ofrece un viaje, siempre soñásemos que somos perseguidos y agitados por horribles fantasmas; semejante sueño, casi tan espantoso como la realidad, no seria ménos temible que el despertar á sufrir en efecto los males en él representados. Pero como los sueños son tan inconstantes y diversos, nos afecta mucho mas que lo que se nos figura cuando

nales de su ser, como si la naturaleza no hubiese puesto entre ellos bastantes diferencias, y fuese necesario añadir otras de opinion. De aquí proviene que tan raras veces convengan en sus juicios. Los unos dicen: eso se encuentra en la naturaleza ó fuera de ella, y los otros todo lo contrario. Hay algunos que en materia de estilo desprecian las repentinas transiciones de los orientales y las sublimidades atrevidas de Bossuet. El entusiasmo mismo de la poesía, su fuerza y su armonía, que embelesan tan poderosamente á cuantos tienen oido y gusto, no son capaces de moverlos. Consideran estos dones poco comunes de la naturaleza como invenciones forzadas y juegos de imaginacion, al paso que otros admiran el enfasis como el carácter y el modelo de un bello natural. En medio de estas inexplicables variedades de la naturaleza ó de la opinion, me parece que la costumbre dominante puede servir de guia á los escritores; porque proviene ó de la naturaleza dominante de los espíritus, ó de que doblegando esta á sus reglas, forma el gusto y los hábitos; de suerte que es aventurado el separarse de ella, aun cuando nos parezca manifiestamente viciosa. Solo á los hombres extraordinarios pertenece guiar y dar á conocer lo verdadero á los demas, sujetándolos á su genio particular; mas los que de aquí dedujesen que todo es opinion, y que de por sí no hay ni naturaleza ni costumbre mas perfecta una que otra, serian los mas inconsecuentes de los hombres. *Vauvenargues.*

estamos dormidos, lo que vemos hallándonos despiertos; porque aunque en este caso la continuidad no sea tan seguida y uniforme que no cambie tambien de algun modo, es con ménos violencia, á no ser realmente como cuando se viaja; y entónces decimos: parece este un sueño; pues al fin, mas ó ménos inconstante, no es la vida otra cosa.

21.°—Suponemos que todos los hombres conciben y sienten de la misma manera los objetos que se les presentan; pero careciendo de pruebas, esta es una suposicion muy gratuita. Bien veo que se aplican las mismas palabras en las mismas ocasiones, y que siempre que dos hombres, por ejemplo, ven la nieve, los dos explican la vista de este objeto con las propias palabras, diciendo ambos que es blanca. Mas aunque de esta conformidad de aplicacion se saque una poderosa conjetura de una conformidad de idea, y pueda apostarse por la afirmativa, esto no es del todo convincente.

22.°—Cuando vemos que un objeto se manifiesta siempre de una misma manera, concluimos de aquí una necesidad natural, por ejemplo, que será dia mañana, &c.; pero muchas veces la naturaleza nos desmiente desviándose de sus propias reglas.

23.°—Así como se contradicen muchas cosas ciertas, no hay quien contradiga muchas falsas, ni la contradiccion es señal de mentira, ni lo es de verdad el que no la haya.

24.°—Quien se instruye, comprende que llevando en todo la naturaleza la marca de su autor, casi todo participa de su doble infinidad; y así es que vemos que las ciencias todas son in-

finitas en la extension de sus indagaciones. ¿Quién duda, por ejemplo, que la geometría tiene una infinidad de infinidades de proposiciones que exponer, y que asimismo debe ser infinita en la multitud y delicadeza de sus principios, cuando los que propone por últimos no solo se sostienen por sí mismos, sino por otros y otros sin terminar jamas?

Al primer golpe de vista la aritmética sola nos suministra principios sin número: lo propio sucede en cada ciencia.

Aunque la infinidad en pequeño es mucho ménos visible, ella es adonde mucho mas han pretendido llegar los filósofos, y en ella es donde han tropezado todos. Hé aquí lo que ha dado lugar á esos títulos demasiado comunes de los Principios de las cosas, de los Principios de la filosofía y otros semejantes, tan fastuosos en realidad aunque no en apariencia como este otro que hace saltar los ojos, *de omni scibili* (1).

No busquemos, pues, ninguna seguridad ni firmeza: nuestra razon es siempre alucinada por la inconstancia de las apariencias, y nada puede fijar el finito entre los dos infinitos que le encierran y le huyen. Si esto se llega á entender bien, creo que cada uno se mantendrá en reposo donde la naturaleza le tiene colocado. Siempre distante de los extremos este medio que nos ha caido en suerte, ¿qué importa que tengamos alguna mas inteligencia de las cosas, cuando si la tenemos la tomamos de un poco mas arriba? ¿No nos

(1) Tésis que sostuvo con grande lucimiento en Roma en 1487 Juan Pico de la Mirándula, á los veinte y cuatro años de su edad.

hallamos siempre á una distancia inmensa de los dos extremos? La duracion de la vida mas larga que podemos tener ¿no lo está asi respecto de la eternidad?

Siendo iguales todos los finitos comparados con estos infinitos, no encuentro por qué pueda fijarse la imaginacion en uno mas que en otro. La sola comparacion que hacemos á lo finito de nosotros, nos es dura y molesta.

25.°—Las ciencias tienen dos extremidades que se tocan: una, la pura ignorancia natural en que se encuentran todos los hombres á su nacimiento: otra, aquella á donde llegan esas almas grandes que habiendo recorrido todo cuanto por los hombres se puede saber, hallan que nada saben, y se ven en la misma ignorancia de donde partieron. Pero esta es una ignorancia docta y conocida. Los que han salido de la natural y no han llegado á la otra con alguna tintura de una ciencia vana, hacen el papel de inteligentes, y trastornando el mundo juzgan de todo peor que los demas. El pueblo y los hábiles componen comunmente el séquito del mundo: los otros le desprecian y son menospreciados (1).

(1) Máxima admirable de Pascal, pero que es menester entender bien. Quien creyese que quiso decir que los hábiles deben vivir en la inaplicacion y la molicie &c., condenaria toda la vida de Pascal segun su propia maxima; pues bajo tal aspecto, ninguno ha vivido como el pueblo ménos que él. Asi, el verdadero sentido es que todo hombre que quiere distinguirse por apariencias raras, que menosprecia las máximas vulgares porque son del vulgo y no por malas, y que aplicado á conocimientos estériles puramente curiosos y de ningun uso, se infla no obstante con esta falsa ciencia sin poder alcanzar la verdad; semejante hombre, como dice Pascal un poco mas arriba, turba el mundo y juzga peor que

26.°—Naturalmente se considera el hombre capaz de llegar al centro de las cosas, mas que no de abrazar su circunferencia. Es tan visible como el mundo que nos excede su extension; pero excediendo nosotros á las cosas pequeñas nos consideramos mas capaces de poseerlas, sin atender á que es necesaria tanta capacidad para ir hasta la nada como para llegar al todo. En uno y otro caso es menester que sea infinita; y entiendo que quien hubiese comprendido los últimos principios de las cosas, podria llegar tambien á conocer el infinito. Lo uno depende de lo otro y se conducen mutuamente. Las extremidades tocándose y reuniéndose á fuerza de alejarse, vuelven á hallarse en Dios, y en él únicamente.

Si el hombre comenzase por el estudio de sí mismo, veria hasta qué punto es incapaz de pasar mas allá: ¿cómo pudiera ser que una parte conociese el todo? Tal vez aspira solo á conocer aquellas con las cuales guarda proporcion. Mas todas las del mundo tienen entre sí tal encadenamiento y relacion, que creo imposible conocer una sin otra y sin el todo.

El hombre, por ejemplo, con cuanto conoce está relacionado. Necesita elementos que le compongan, lugar que le contenga, calor y alimen-

los demas. En dos palabras, hé aqui el pensamiento explicado de otro modo: Los que no tienen mas que una capacidad mediana, sin llegar á penetrar el bien ó la necesidad que autoriza ciertos usos, se constituyen fuera de propósito en reformadores de su siglo: los hábiles, abandonando su exterior á la ligereza de la moda, saben proporcionarse á las necesidades y genios de cada uno, y se aprovechan de la costumbre buena ó mala. *Vauvenargues.*

tos que le nutran, tiempo para que dure, movimiento para que viva, aire para que respire: ve la luz, toca los cuerpos; finalmente está unido con todo.

Así es que para conocerle, es preciso saber de qué dimana su necesidad de aire; y del mismo modo para conocer este, es menester saber cuál es su relacion con la vida de aquel.

No subsistiendo la llama sin el aire, para conocer lo uno es menester conocer tambien lo otro.

Siendo, pues, todas las cosas, causadas y causantes, auxiliadas y auxiliantes mediata é inmediatamente, y manteniéndose todas por un lazo natural y sensible que une las mas distantes y las mas diferentes; tengo por imposible conocer las partes sin conocer el todo, de la misma suerte que conocer el todo sin conocer por menor todas sus partes.

Mas lo que acaso completa nuestra incapacidad de conocer las cosas es, que siendo ellas simples en sí mismas, nosotros estamos compuestos de dos naturalezas contrarias y de diversos géneros, á saber, de alma y cuerpo, pues la parte que raciocina en nosotros es imposible que deje de ser espirrtual: y si se pretendiese que fuésemos simplemente corporales, esto nos excluiria mucho mas del conocimiento de las cosas cuando nada hay en ellas tan inconcebible como decir que la materia se conoce á sí misma.

Esta composicion de espíritu y de cuerpo, es la que ha hecho confundir á casi todos los filósofos las ideas de las cosas, y atribuir á los cuerpos lo que pertenece á los espíritus, suponiendo en estos lo que solo puede convenir á aquellos.

Dicen atrevidamente que los cuerpos propenden hácia abajo, que aspiran á su centro, que huyen su destruccion, que temen el vacio, que tienen inclinaciones, simpatías y antipatías, cosas todas que no pertenecen sino á los espíritus; y hablando de estos los consideran como en un lugar, les atribuyen movimiento de un punto á otro, y en fin, cosas que solo pertenecen á los cuerpos.

En vez de recibir en nosotros las ideas de las cosas, teñimos con las calidades de nuestro ser compuesto cuantas cosas simples contemplamos.

Al vernos componer tantas cosas de espíritu y de cuerpo, ¿quién no creeria sernos muy comprensible esta mezcla? Sin embargo, esta es la cosa que comprendemos ménos. El hombre es á sí mismo el mas prodigioso objeto de la naturaleza: no puede concebir lo que es cuerpo, ménos todavía lo que es espíritu, y ménos aun que nada, cómo pueden estar unidos un cuerpo y un espíritu. Hé aquí el colmo de sus dificultades, y con todo, este es su propio ser. *Modus quo corporibus adhaeret spiritus comprehendi ab hominibus non potest; et hoc tamen homo est.*

El hombre, pues, no es mas que un conjunto de errores indelebles sin la gracia divina. Nada le descubre la verdad, todo le engaña. Ademas de faltar con frecuencia á la sinceridad los dos principios de ella, la razon y los sentidos, estos tambien mutuamente se engañan: seducida la una por las falaces apariencias que le ofrecen los otros, les devuelve á su vez en despique el mismo fraude. Las pasiones del alma turbando los sentidos, les causan impresiones sen-

*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

sibles é importunas; y así aquellas como estos se fascinan y mienten á porfia.

ARTICULO VII.

Miseria del hombre.

1.°—Nada puede conducirnos á formar una idea de la miseria humana, como el considerar la verdadera causa de la agitacion continua en que vivimos.

Sabemos que alojada el alma en nuestro cuerpo para hacer en él una mansion de pocos dias, esta no es mas que un paso á un viaje eterno, sin mas tiempo para prepararnos que el corto de la vida. Las necesidades naturales nos privan de gran parte, y así apénas nos queda muy poco disponibl ; mas este nos incomoda y embaraza tan extrañamente, que solo tratamos de perderle. No pudiendo sufrir el tormento de vernos obligados á pensar en nosotros y vivir con nosotros, todo nuestro cuidado es ocuparnos en cuanto pueda distraernos de esta idea, para olvidarnos de nosotros mismos, y dejar correr sin reflexion un tiempo tan reducido y tan precioso.

Tal es el origen de las ocupaciones tumultuarias de los hombres, y de todo lo que se llama diversion ó pasatiempo. En ellas no se tiene realmente por objeto sino dejar que corra sin sentirlo, ó por mejor decir, sin sentirse á sí mismo, y evitar á costa de perder esta parte de vida, la amargura y disgusto interior que necesariamente causaria la atencion á lo que nos debia ocupar en este tiempo. El alma, léjos de hallar en sí nada que la contente, solo encuentra motivos de afligirse; y viéndose forzada á divagarse, busca en la aplicacion á los objetos exteriores el olvido de su estado verdadero. En este olvido consiste su alegría: para hacerla miserable no es menester mas que obligarla á pensar en sí y estar consigo.

Casi desde la infancia se encuentran cargados los hombres del cuidado de su honor, de sus bienes, y aun del honor y de los bienes de sus parientes y de sus amigos. Se les abruma con el estudio de las lenguas, de las ciencias, de las artes y de los ejercicios. Se les encargan los negocios, persuadiéndoles que no serán dichosos si por su industria y su cuidado no se conducen de manera que se conserven bien su fortuna y su honor, y la fortuna y honor de sus amigos; y que la falta de una sola de estas cosas los hará desgraciados. Así se ocupan de los negocios y empleos que los traen afanados desde que la luz sale. Hé aquí, diréis, un modo bien extraño de hacerlos dichosos: ¿habria mejor medio para que fuesen infelices? ¿Decís, si habria otro medio? No era menester mas que quitarles todos esos cuidados; porque reconociéndose entónces y pensando en sí mismos, que es lo que mas repugnan, vendria á serles la vida insoportable. Por esta causa, si despues de sobrecargarse de negocios les queda algun tiempo de descanso, tratan de perderle igualmente en cualquier diversion que ocupándolos por entero los oculte á sí mismos.

De aquí es que deteniéndome á considerar las diversas agitaciones de los hombres, sus riesgos y trabajos en la guerra, en la corte, en el segui-

sibles é importunas; y así aquellas como estos se fascinan y mienten á porfia.

ARTICULO VII.

Miseria del hombre.

1.°—Nada puede conducirnos á formar una idea de la miseria humana, como el considerar la verdadera causa de la agitacion continua en que vivimos.

Sabemos que alojada el alma en nuestro cuerpo para hacer en él una mansion de pocos dias, esta no es mas que un paso á un viaje eterno, sin mas tiempo para prepararnos que el corto de la vida. Las necesidades naturales nos privan de gran parte, y así apénas nos queda muy poco disponibl ; mas este nos incomoda y embaraza tan extrañamente, que solo tratamos de perderle. No pudiendo sufrir el tormento de vernos obligados á pensar en nosotros y vivir con nosotros, todo nuestro cuidado es ocuparnos en cuanto pueda distraernos de esta idea, para olvidarnos de nosotros mismos, y dejar correr sin reflexion un tiempo tan reducido y tan precioso.

Tal es el origen de las ocupaciones tumultuarias de los hombres, y de todo lo que se llama diversion ó pasatiempo. En ellas no se tiene realmente por objeto sino dejar que corra sin sentirlo, ó por mejor decir, sin sentirse á sí mismo, y evitar á costa de perder esta parte de vida, la amargura y disgusto interior que necesariamente causaria la atencion á lo que nos debia ocupar en este tiempo. El alma, léjos de hallar en sí nada que la contente, solo encuentra motivos de afligirse; y viéndose forzada á divagarse, busca en la aplicacion á los objetos exteriores el olvido de su estado verdadero. En este olvido consiste su alegría: para hacerla miserable no es menester mas que obligarla á pensar en sí y estar consigo.

Casi desde la infancia se encuentran cargados los hombres del cuidado de su honor, de sus bienes, y aun del honor y de los bienes de sus parientes y de sus amigos. Se les abruma con el estudio de las lenguas, de las ciencias, de las artes y de los ejercicios. Se les encargan los negocios, persuadiéndoles que no serán dichosos si por su industria y su cuidado no se conducen de manera que se conserven bien su fortuna y su honor, y la fortuna y honor de sus amigos; y que la falta de una sola de estas cosas los hará desgraciados. Así se ocupan de los negocios y empleos que los traen afanados desde que la luz sale. Hé aquí, diréis, un modo bien extraño de hacerlos dichosos: ¿habria mejor medio para que fuesen infelices? ¿Decís, si habria otro medio? No era menester mas que quitarles todos esos cuidados; porque reconociéndose entónces y pensando en sí mismos, que es lo que mas repugnan, vendria á serles la vida insoportable. Por esta causa, si despues de sobrecargarse de negocios les queda algun tiempo de descanso, tratan de perderle igualmente en cualquier diversion que ocupándolos por entero los oculte á sí mismos.

De aquí es que deteniéndome á considerar las diversas agitaciones de los hombres, sus riesgos y trabajos en la guerra, en la corte, en el segui-

miento de esas pretensiones ambiciosas, orígen de tan grandes contiendas, de tantas pasiones peligrosas y pasiones funestas; he dicho muchas veces que toda su infelicidad no proviene mas que de no saber estarse quietos en un cuarto. Un hombre con suficiente caudal para vivir, sabiendo mantenerse en su habitacion, no iria á embarcarse ni á sitiar una plaza: el vivir sencillamente no demanda sin duda esas ocupaciones tan temibles y tan perniciosas.

Pero acercándome á ver con mas inmediacion, he hallado que esta propension del hombre á alejarse del reposo y de vivir consigo mismo, dimana de una causa harto efectiva, es decir, de la desgracia natural de nuestra condicion perecedera, débil y tan triste, que cuando nada nos impide contemplarla, reflexionando únicamente sobre nosotros mismos, sentimos un desconsuelo inexplicable (1).

(1) Los que consideran sin mucha reflexion las agitaciones y miserias de la vida humana, las imputan á nuestra actividad demasiado solícita, y no cesan de llamar á los hombres al reposo y á gozar de sí mismos. Estos filósofos, ignorando que los goces son el fruto y la recompensa del trabajo; que ellos de por sí son una accion; que no se puede gozar sino á medida que se obra, y en fin, que nuestra alma no se posée verdaderamente sino cuando se ejercita por entero; se empeñan en desviar al hombre de su fin y en justificar la ociosidad. Mas en este peligro viene la naturaleza á socorrernos. La ociosidad nos cansa mas pronto que el trabajo, y desengañados de la vanidad de sus promesas, nos vuelve á la accion: esto no se ha escapado á los moderadores de sistemas que se precian de conservar el justo medio en las opiniones de los filósofos. Pero estos moderadores que nos permiten obrar, reglando nuestra actividad y determinando segun sus miras la eleccion y medida de nuestras ocupaciones, son tal vez mas inconsecuentes que los

Hablo de aquellos que se consideran sin ninguna mira de religion. Porque no hay duda en que una de las maravillas de la nuestra es reconciliar consigo al hombre reconciliándole con Dios, y no solo hacerle soportable la presencia de sí mismo, sino aun hallar mas atractivos en la soledad y en el reposo, que en la agitacion del trato y del bullicio. Mas ella no obra estos prodigios encerrando al hombre dentro de sí mismo: los produce elevándole á Dios y sosteniéndole en el padecimiento de sus miserias con la esperanza de otra vida feliz que debe para siempre terminarlas.

Pero aquellos que solo se conducen por los movimientos que advierten en sí mismos y en su naturaleza, sin poder subsistir en un reposo que les permite verse y contemplarse, al momento se sienten atacados de la tristeza y de la pena. El hombre que nada ama si no es á sí mismo, nada aborrece tanto como el hallarse solo y en sí mismo. Nada busca que no sea para sí, y de nada huye tanto como de sí; porque léjos de hallar lo que él quisiera al contemplarse, solo encuentra un conjunto de miserias que no puede evitar, y un vacio de bienes verdaderos y sólidos que le es imposible cubrir.

Elíjase la condicion que mejor se juzgare, y únansele todos los bienes y satisfacciones al parecer capaces de llenar á un hombre. Pues con

otros; porque pretenden hacernos encontrar nuestra felicidad en la sujecion de nuestro espíritu, efecto puramente sobrenatural y que pertenece exclusivamente á la religion, no á la razon. Mas la prudencia no permite profundizar ciertos errores. *Vauvenargues.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

todo, siempre que el que se ponga en tal estado no tenga empleo ni diversion; viniendo por necesidad á reflexionar sobre lo que es, y á fijar su vista en un triste futuro, no podrá sostenerle esta felicidad enfermiza, y será necesariamente desgraciado si no halla distraccion fuera de sí.

La dignidad real ¿no es suficiente á hacer dichoso á aquel que la posée con solo contemplarla? ¿Será preciso distraerle de este pensamiento así como del suyo á la gente comun? Bien veo que ocupar todo el de un hombre en el cuidado de bailar con perfeccion, es hacerle feliz si por tal medio olvida sus miserias domésticas; pero un rey ¿podrá ser mas dichoso ocupado de estos pasatiempos? ¿Son preferibles á la consideracion de su grandeza? ¿Qué objeto mas satisfactorio se pudiera ofrecer á su espíritu? ¿No seria interrumpir su gozo el ocuparle de pensar cómo arreglará sus pasos á compas, ó cómo podrá colocar con destreza una bala, en vez de dejarle contemplar tranquilamente la gloria magestuosa de que se ve rodeado? Hágase sin embargo la prueba: déjesele sin acompañamiento, enteramente solo, sin ninguna satisfaccion de los sentidos, sin ningun cuidado del espíritu, de modo que pueda pensar en sí con toda libertad; y entónces se verá que un rey, cuando se considera á sí mismo, es un hombre lleno de miserias no ménos sensibles para él que para cualquiera otro. Por eso jamas falta cerca de los reyes un sinnúmero de hombres, que velando en hacer suceder la diversion á los negocios, y aprovechando todo el tiempo de que pueden disponer en ofrecerles placeres y juegos de modo que

no haya vacío alguno, cuidan maravillosamente de que no esten solos y en estado de pensar en sí mismos, sabiendo que en tal caso serán desgraciados por mas que sean reyes.

Así pues, el principal sosten de los hombres en los grandes empleos, por otra parte tan penosos, consiste en ser siempre desviados de pensar en sí mismos. Porque á la verdad, el empleo de superintendente, canciller ó primer presidente, ¿qué otra cosa es sino vivir ocupado de multitud de gentes que por todas partes se presentan, y no tener ni una hora libre cada dia para pensar en sí? Mas estos hombres á su caida son tambien miserables; porque aunque retirados á sus casas de campo, no carecen de bienes y domésticos que los asistan en sus necesidades, entónces ya nadie les impide que se vean a sí mismos.

De aquí proviene que tantos se ocupen del juego, de la caza y de otras diversiones que llenan toda su alma. No es esto porque se crea realmente que está la bienaventuranza en el dinero que se pueda ganar, ni en coger una liebre que en calidad de obsequio acaso no se aceptaria: es porque se quiere huir de aquel estado blando y apacible que nos deja ocupar de nuestra desgraciada condicion, para alejarla en el bullicio de nuestro pensamiento.

Amando así los hombres el torbellino y el tumulto del mundo, la prision se ha convertido en un suplicio horrible, y pocas personas hay capaces de sufrir la soledad.

Hé aquí cuanto estos hombres han podido inventar para hacerse dichosos. Los que se entre-

tienen simplemente en manifestar la vanidad y bajeza de sus diversiones, conocen bien, á la verdad, una parte de sus miserias, pues lo es y muy grande el poderse recrear en objetos tan ruines y tan despreciables; mas no conocen aun todo aquel fondo que se las hace necesarias miéntras no estan curados de la interior y natural de no poder sufrir la vista de sí mismos. Esa liebre comprada no les habria librado de esta vista; pero la caza se las ha ocultado. Si cuando se les hace ver que lo que buscan con un ardor tan grande jamas podrá satisfacerlos, pues nada hay mas bajo ni mas vano, discurriesen con juicio como debian hacerlo, no podrian ménos de convenir en ello; pero dirian al mismo tiempo, que no buscando sino una ocupacion impetuosa y violenta que los libre de su propia presencia, se proponen por la misma causa un objeto que los distraiga enteramente. No responden esto porque no se conocen á sí mismos. Un caballero crée con sinceridad que en la caza hay no sé qué de noble y grande, y dirá que este es placer digno de un rey. Lo mismo sucede respecto de las demas cosas que ocupan á la mayor parte de los hombres: siempre se imagina que hay en ellas algo de realidad y solidez. Sin conocer la insaciabilidad de los deseos, se crée que si se hubiese obtenido tal ó tal colocacion, se podria gozar luego del descanso; y buscando de buena fe el reposo, se busca en realidad la agitacion y la inquietud.

Los hombres se inclinan á la ocupacion y al entretenimiento en lo exterior, por un instinto secreto que dimana del resentimiento de su mi-

seria continua; mas por otro igualmente secreto que les ha quedado de su naturaleza primitiva, conocen que en realidad la dicha no se halla sino en el reposo. De estos dos instintos tan contrarios se forma en ellos un proyecto confuso y oculto á su vista en el fondo de su alma, que les hace propender al reposo por la agitacion, y á figurarse siempre que esa dicha de que carecen la obtendrán como la solicitan, si superando las dificultades que se les oponen, pueden por este medio abrirse la puerta al reposo.

Así, pues, pasa toda la vida en allanar obstáculos en busca del reposo sin conseguirle nunca; porque ó pensamos en las miserias que tenemos, ó en aquellas que nos amenazan: y aun cuando estuviésemos por todas partes guarecidos, ejerciendo su autoridad privativa el disgusto naturalmente arraigado en nuestro corazon, con su veneno nunca dejaria de inficionar toda nuestra alma.

Hé aquí por qué el consejo que Cineas daba á Pirro, cuando este le proponia gozar con sus amigos del reposo despues de haber conquistado gran parte del mundo, ofrecia graves dificultades. El decirle que haria mejor en anticiparse este reposo desde luego sin ir á buscarle con tantas fatigas, no manifestaba mejor juicio en Cineas que en Pirro su designio; porque ambos suponian que el hombre se puede contentar consigo mismo y sus bienes presentes, sin llenar el vacio de su corazon con esperanzas vanas; lo que es falso. Pirro no podia ser dichoso ántes ni despues de conquistar el mundo; y acaso la vida afeminada que se le aconsejaba era todavía ménos capaz de sa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tisfacerle, que la agitacion de las guerras y viajes que premeditaba este ambicioso jóven.

Se debe, pues, reconocer tan grande la desgracia del hombre, que aun cuando no hubiese causa alguna extraña de disgusto, por el solo estado de su condicion natural se disgusta á él mismo; siendo por otra parte tan ligero y tan vano, que aunque lleno de mil causas esenciales de disgusto, le divierte la menor bagatela. De modo que, considerado seriamente, es mas digno de lástima por entretenerse en cosas tan frívolas y bajas, que por afligirse de sus miserias verdaderas: infinitamente ménos razonables que su disgusto lo son sus recreaciones.

2.°—¿Cómo este hombre que acaba de perder á su hijo único, y que abrumado de pleitos y contiendas se hallaba esta mañana tan turbado, actualmente en nada de esto piensa? No os sorprendais: se ocupa todo en ver por dónde podrá escapar un ciervo que persiguen sus perros con ansia hace seis horas. No necesita mas el hombre por lleno de tristeza que esté. Si puede conseguirse hacerle entrar en cualquier diversion, miéntras esta durare le veréis en la dicha: no en una dicha que proceda de bien alguno real ni sólido; en una dicha falaz é imaginaria, hija de una ligereza de espíritu, que le hace perder la memoria de sus verdaderas miserias para apegarle á objetos despreciables y ridículos, indignos de su aplicacion y mucho mas todavía de su amor: no es la alegría de la salud de su alma, sino la de su desconcierto; es la risa de ilusion y locura de un frenético.

Asombra el contemplar lo que agrada á los

hombres en los juegos y en las diversiones. Es cierto que ocupando su espíritu le hacen olvidar el sentimiento de sus males, lo cual es efectivo; mas no le ocupan sino porque él forma de estas cosas un objeto imaginario de pasion en que se fija.

¿Cuál creeis que sea el del que juega á la pelota con tanta aplicacion de espíritu y agitacion de cuerpo? El de vanagloriarse al otro dia con sus amigos de haber jugado mejor que su contrario: este es el orígen de esa aplicacion. Otros, por lo mismo, sudan en su gabinete para manifestar la resolucion de una cuestion de álgebra que está por resolver. Otros, á mi juicio, tan neciamente como los primeros, se exponen á los mayores peligros por vanagloriarse de haber ganado una batalla ó tomado una plaza. Otros, en fin, se matan en el exámen de todas estas cosas, no para ser mas sabios, sino para manifestar que conocen la vanidad de ellas; y hé aquí por consiguiente los mas necios, pues los otros no lo serian acaso si tuviesen este conocimiento.

3.°—Hay hombre que pasa su vida sin disgusto jugando cada dia una friolera: y seria desgraciado si todas las mañanas se le diese el dinero que puede ganar, y no jugase. Se dirá acaso, que busca la diversion del juego y no la utilidad de la ganancia; pero indudablemente si se le hace jugar sin interes, la falta de este estímulo hará que le disguste el juego. No busca, pues, la sola diversion: un entretenimiento lánguido no le puede agradar. Es menester que se pique y acalore imaginandose dichoso en adquirir lo que no recibiria con la condicion de no jugar: necesita un

objeto de pasion que excite su deseo, su cólera, su temor, su esperanza.

Así pues, no solo son bajos los entretenimientos en que los hombres creen hallar su dicha; son igualmente falsos y engañosos, es decir, tienen por objeto fantasmas é ilusiones incapaces de ocupar su espíritu si no hubiesen perdido el sentimiento y el gusto del verdadero bien, ni estuviesen llenos de bajeza, de vanidad, de orgullo y de mil otros vicios. Las diversiones no pueden consolarnos en nuestras miserias sin causarnos otra mas grande y efectiva, cual es la de impedirnos el pensar en nosotros y hacernos perder el tiempo sin sentirlo. Sin ellas viviriamos indudablemente con disgusto; pero el mismo disgusto nos obligaria á buscar otros medios juiciosos para librarnos de él. Los entretenimientos no hacen mas que engañarnos y llevarnos insensiblemente al sepulcro.

4.°—No habiendo podido los hombres curar la muerte, la miseria y la ignorancia, han inventado únicamente para sobrellevarlas el convenirse en no pensar en ellas: ¡triste recurso que sin curar el mal solo le oculta por un poco de tiempo, para que durante él no se piense en buscarle remedio verdadero! Así es que, por un trastorno extraño de la naturaleza, aunque el disgusto sea el mas sensible mal del hombre, en cierto modo viene á ser su mayor bien, cuando él mejor que nada puede contribuir á su remedio; y la diversion en que se hace consistir este bien, siempre es en realidad su mayor mal, pues solo contribuye á distraerle de buscar un sólido consuelo. Mas siendo esto una prueba admirable de la miseria y corrupcion del hombre, al mismo tiempo lo es de su grandeza; porque ese fastidio que le inspira todo, y su conato por las ocupaciones tumultuosas, dimanan de la idea que conserva de su perdida dicha, y de que no pudiendo hallarla dentro de sí mismo, la busca inútilmente en todas las cosas exteriores, sin atender á que léjos de nosotros y de las criaturas, solo se encuentra en Dios.

5.°—Infelices por naturaleza, siempre y en todos los estados, nos figuran otro feliz nuestros deseos uniendo á aquel en que nos vemos los placeres de aquel en que no estamos: mas aun cuando pudiésemos llegar á tales goces, tampoco seriamos dichosos; porque entónces á nuestro nuevo estado se seguirian nuevos deseos.

6.°—Figúrese una reunion de hombres cargados de cadenas, y que condenados todos á morir unos á vista de otros, contemplando los que sobreviven su propia suerte en la de sus semejantes cada dia degollados, ya sin esperanza y con mutuo dolor aguardan solamente á que llegue su vez: hé aquí la imágen de nuestra condicion.

ARTICULO VIII.

Causas de algunas opiniones populares.

1.°—Sin órden escribiré aquí mis pensamientos. Esta confusion lleva el designio de un verdadero órden, que es el de señalar siempre mi objeto por el desórden mismo.

Vamos á ver que todas las opiniones populares son muy sanas; que el pueblo no es tan va-

objeto de pasion que excite su deseo, su cólera, su temor, su esperanza.

Así pues, no solo son bajos los entretenimientos en que los hombres creen hallar su dicha; son igualmente falsos y engañosos, es decir, tienen por objeto fantasmas é ilusiones incapaces de ocupar su espíritu si no hubiesen perdido el sentimiento y el gusto del verdadero bien, ni estuviesen llenos de bajeza, de vanidad, de orgullo y de mil otros vicios. Las diversiones no pueden consolarnos en nuestras miserias sin causarnos otra mas grande y efectiva, cual es la de impedirnos el pensar en nosotros y hacernos perder el tiempo sin sentirlo. Sin ellas viviriamos indudablemente con disgusto; pero el mismo disgusto nos obligaria á buscar otros medios juiciosos para librarnos de él. Los entretenimientos no hacen mas que engañarnos y llevarnos insensiblemente al sepulcro.

4.°—No habiendo podido los hombres curar la muerte, la miseria y la ignorancia, han inventado únicamente para sobrellevarlas el convenirse en no pensar en ellas: ¡triste recurso que sin curar el mal solo le oculta por un poco de tiempo, para que durante él no se piense en buscarle remedio verdadero! Así es que, por un trastorno extraño de la naturaleza, aunque el disgusto sea el mas sensible mal del hombre, en cierto modo viene á ser su mayor bien, cuando él mejor que nada puede contribuir á su remedio; y la diversion en que se hace consistir este bien, siempre es en realidad su mayor mal, pues solo contribuye á distraerle de buscar un sólido consuelo. Mas siendo esto una prueba admirable de la miseria y corrupcion del hombre, al mismo tiempo lo es de su grandeza; porque ese fastidio que le inspira todo, y su conato por las ocupaciones tumultuosas, dimanan de la idea que conserva de su perdida dicha, y de que no pudiendo hallarla dentro de sí mismo, la busca inútilmente en todas las cosas exteriores, sin atender á que léjos de nosotros y de las criaturas, solo se encuentra en Dios.

5.°—Infelices por naturaleza, siempre y en todos los estados, nos figuran otro feliz nuestros deseos uniendo á aquel en que nos vemos los placeres de aquel en que no estamos: mas aun cuando pudiésemos llegar á tales goces, tampoco seriamos dichosos; porque entónces á nuestro nuevo estado se seguirian nuevos deseos.

6.°—Figúrese una reunion de hombres cargados de cadenas, y que condenados todos á morir unos á vista de otros, contemplando los que sobreviven su propia suerte en la de sus semejantes cada dia degollados, ya sin esperanza y con mutuo dolor aguardan solamente á que llegue su vez: hé aquí la imágen de nuestra condicion.

ARTICULO VIII.

Causas de algunas opiniones populares.

1.°—Sin órden escribiré aquí mis pensamientos. Esta confusion lleva el designio de un verdadero órden, que es el de señalar siempre mi objeto por el desórden mismo.

Vamos á ver que todas las opiniones populares son muy sanas; que el pueblo no es tan va-

no como se pretende; y que por consiguiente, la opinion que destruyese la del pueblo, se destruiria á sí misma.

2.°—En cierto sentido es indudable que todo el mundo vive en la ilusion; pues aunque las opiniones populares sean sanas en sí mismas, no lo son en el pueblo, porque este crée que se halla la verdad donde no puede estar. Ella se encuentra bien en su opinion, mas no en el punto en que se la figura.

3.°—El pueblo venera á las personas de un elevado nacimiento. Los semisabios las desprecian diciendo que esta es una ventaja de la casualidad y no de la persona. Los verdaderos sabios, sin pensar como el pueblo las honran por miras algo mas elevadas. Algunos devotos de poca perspicacia, á pesar del respeto con que las ven los sabios, las menosprecian formando juicio de ellas por una nueva luz que la piedad les presta. Los cristianos perfectos, guiados por otra luz mas clara, las aprecian. De este modo van las opiniones á favor ó en contra, segun la mayor ó menor claridad de la luz de cada uno.

4.°—El mayor de los males es la guerra civil. Ella es infalible cuando se quiere recompensar el mérito, porque entónces todos creen merecer. El mal que se puede temer de un necio sucesor por derecho de nacimiento, no es tan seguro ni tan grave.

5.°—¿Prevalece la pluralidad por hallarse en ella la razon? No, sino porque aquí está la mayor fuerza. ¿Se siguen las antiguas leyes y opiniones por ser las mas sanas? No; pero son únicas, y nos quitan la raiz de la diversidad.

6.°—El imperio dulce y voluntario fundado en la opinion y en la imaginacion, reina por algun tiempo; el de la fuerza siempre. La opinion es la reina del mundo, la fuerza su tirano.

7.°—¡Cuán acertado ha sido distinguir á los hombres mas bien por su exterior que no por sus calidades interiores! De nosotros dos, ¿quién pasará primero? quién cederá el lugar? el ménos hábil? Lo soy tanto como él; será preciso que riñamos sobre esto. Pero él tiene cuatro lacayos y yo tengo solo uno: esto es claro, no hay mas que contar. Yo soy, pues, el que debe ceder, y seré un necio si quiero disputar. Por este medio vednos puestos en paz, que es el mas grande de los bienes.

8.°—La costumbre de ver á los reyes acompañados de oficiales, de guardias, de tambores y de aquel aparato que obliga la máquina á ceder por el respeto y el terror, hace que su semblante inspire ese terror y ese respeto aun cuando alguna vez se les vea solos; porque no puede separarse en la imaginacion la idea del séquito de la de sus personas, á las cuales comunmente está unido. Mas ignorando el mundo que este efecto proviene del hábito, le atribuye á una fuerza natural, y de aquí las palabras: *En su semblante se ve impreso el carácter de la divinidad.*

La potestad de los reyes se funda en la razon y locura del pueblo, y mucho mas sobre esta. Lo que hay en el mundo mas importante y grande tiene por fundamento la flaqueza; pero ese fundamento es admirablemente seguro, porque en el pueblo nada lo es mas que esta flaqueza. Lo que se funda en la sola razon, como la estimacion de la sabiduría, está muy mal fundado.

9.°—Nuestros magistrados han penetrado bien este misterio. Sus vestidos rojos, las pieles de armiño en que se forran como gatos, los palacios de sus tribunales, las flores de lis, todo ese aparato augusto les era necesario. De la misma suerte, si los médicos no tuviesen sotanas y mulas, ni los doctores gorros cuadrados y vestidos muy anchos y de cuatro partes, jamas hubieran engañado al mundo que no puede resistirse á la autenticidad de tales muestras. Los soldados no se disfrazan de este modo, porque su parte es en realidad mas esencial: así como aquellos por pliegues y gesticulaciones, estos se establecen por la fuerza.

Tampoco han gustado de semejantes embozos nuestros reyes. Para manifestarse como tales, en vez de enmascararse con vestidos tan extraordinarios, se hacen acompañar de guardias y alabardas, de esos mascarones que solo para ellos tienen manos y fuerza: las trompetas y tambores que los preceden y las legiones que los cercan, hacen temblar á los mas firmes. Carecen del vestido, solamente tienen el poder. Seria menester una razon muy depurada para considerar como cualquier otro hombre al gran señor en su soberbio serrallo cercado de cuarenta mil genízaros.

Si los magistrados poseyesen la verdadera justicia y los médicos el arte de curar, no tendrian sin duda necesidad de gorros: por sí misma seria venerable la magestad de las ciencias. Pero sin poseer mas que las imaginarias, es preciso echen mano de estos vanos adornos, que hiriendo la imaginacion, á la cual se dirigen, efectivamente les atraen el respeto.

No podemos ver un abogado con su gorro y

su ropa talar, sin formar desde luego una opinion ventajosa de su capacidad.

Los suizos se ofenden de que se les llame caballeros, y prueban ser plebeyos para que se les juzgue dignos de los grandes empleos.

10.°—Para gobernar un buque no se elige al pasagero de mas distinguido nacimiento.

Todo el mundo ve trabajar por conseguir lo incierto, en las batallas, en la mar, en todas partes; pero todo el mundo no ve la regla de los partidos (1) que demuestra cuál debe tomarse. Montaigne ha observado que ofende un entendimiento cojo, y que la costumbre hace todo; mas no ha notado la causa de este efecto. Los que solo ven los efectos sin las causas, son con respecto á los que las descubren, lo que aquellos que no tienen sino ojos respecto de los que ademas tienen discernimiento; porque los efectos son como sensibles, y las causas solo puede verlas el espíritu. Y aunque por el espíritu se vean los efectos, este espíritu comparado con el que ve las causas, es como los sentidos corporales respecto del espíritu.

11.°—¿De qué proviene no irritarnos un cojo, y que sí nos irrite un entendimiento que cojea? La causa es que un cojo reconoce que vamos derechos, y un entendimiento cojo nos dice que no

(1) En el discurso sobre la vida y obras de Pascal por M. Bossuet, se trata de un problema de los *partidos*, que debe proponerse á dos ó mas jugadores; problema cuya solucion habia dado Pascal; mas lo que este al parecer entiende aquí por la *regla de los partidos*, son las suertes ó riesgos en tomar tal ó tal. ¿Qué debo hacer en este caso? ¿Cuál es el partido mas ventajoso para mí? Aquel en que hay mas que ganar y ménos que perder [*Ed. de* 1821].

*

él, sino nosotros somos los que nojeamos: á no ser esto, mas que cólera nos causaria lástima.

De la misma suerte pregunta Epicteto, por qué no nos enfadamos si nos dicen que nos está doliendo la cabeza, y nos enfada el oir decir que discurrimos mal ó no sabemos elegir. La causa es que estamos tan seguros de no dolernos la cabeza como de no ser cojos, y no lo estamos igualmente de nuestro entendimiento y acierto en elegir. Aquí sin mas seguridad que la de ver con todos nuestros ojos, nos asombra y suspende que con todos los suyos otro vea lo contrario; y mucho mas nos suspende y asombra que sean muchos los que se burlen de nuestra eleccion; porque el preferir nuestras luces á la de tántos otros, es atrevido á mas de ser dificil. Semejante oposicion de juicios jamas se ofrece sobre un cojo.

12.°—El respeto consiste en decir, tomaos esta molestia. Tal expresion, en apariencia vana, en realidad es justa, porque quiere decir: Hallándoos en mi caso y yo en el vuestro, me molestaria mucho que olvidáseis un cumplimiento que de nada sirve, pero que se ha establecido para distinguir á los grandes. Si el respeto consistiese en estarse recostado en un sofá, respetando á todo el mundo no se harian distinciones; pero levantándose de él se distingue muy bien.

13.°—El vestir guapamente no es demasiado vano; es hacer ver que se da ocupacion á muchas gentes: es manifestar en los cabellos un perfumador y un ayuda de cámara; en la valona, el lino y los encajes. No es una simple superficie ó aderezo; es tener un hombre muchos brazos ocupados en su propio servicio.

14.°—Vaya! ¡se quiere que reuse mi respeto á un hombre vestido de brocado y seguido de siete á ocho lacayos! Cómo! me hará sacudir si yo no le saludo. Ese vestido es una fuerza: no sucede lo mismo á un caballo cuando ve á otro enjaezado.

Es gracioso Montaigne en no advertir la diferencia que hay entre admirar que suceda esto, y preguntar por qué.

15.°—El pueblo tiene opiniones muy sanas, por ejemplo, la de preferir la diversion y la caza á la poesía. Los semisabios hacen burla de esto, y como en triunfo creen haber demostrado que es una locura; mas por una razon que no penetran, tiene razon el pueblo. Hace igualmente bien en distinguir á los hombres por su aspecto exterior como por su nacimiento ó su fortuna. El mundo triunfa contra él del mismo modo, creyendo haber probado cuanto se desvia aquí de la razon; pero lo cierto es que obra muy conforme á ella.

16.°—El nacimiento es gran ventaja: hace que un hombre de diez y ocho á veinte años sea tan conocido y respetado como otro pudiera merecerlo á los cincuenta: son treinta años ganados sin trabajo.

17.°—Ciertos hombres para manifestar que se les agravia en no estimarlos, alegan siempre el ejemplo de personas de distincion que los estiman. Yo quisiera decirles: Hacednos ver el mérito que os ha proporcionado la estimacion de esas personas; tal vez entónces podrémos estimaros.

18.°—De un hombre que se pone á un balcon para ver los que pasan, ¿podré decir, si acierto á ir por allí, que se ha puesto con designio de verme? No, sin la menor duda; porque él no pien-

sa en mí en particular. Y el que ama á una persona solo por su hermosura ¿podrá decir que la ama? No, porque las viruelas quitando esa hermosura á la persona, le harán cesar de amarla. Y amándome por mi entendimiento ó mi memoria ¿soy amado? Tampoco; porque esas calidades sin dejar yo de ser puedo perderlas. ¿En dónde, pues, se encuentra este *Yo* que no se halla en mi cuerpo ni en mi alma? ¿cómo se puede amar á esta ni á aquel sino por esas calidades que no constituyen este *Yo*, pues son perecederas? ¿Pudiera amarse la sustancia de una alma abstraidamente y algunas calidades que en ella concurriesen? Esto no es posible, y ademas seria injusto. Jamas es amada la persona sino sus calidades; y si se ama, es preciso decir que es el conjunto de aquellas que la forman.

19.°—Comunmente son frioleras las cosas que mas afectan nuestro corazon, como lo es, por ejemplo, el ocultar la escasez de bienes de fortuna. Esta nada convertida en montaña por un capricho de la imaginacion cuando quiere se ignore, viene á ser descubierta sin trabajo por otro igual capricho.

20.°—Son raros los genios inventores; los que no inventan son en mayor número, y por consiguiente los mas fuertes. Estos por lo comun reusan á aquellos la gloria que merecen y á que aspiran por sus invenciones; y si los inventores se obstinan en quererla y en tratar con desprecio á los que no son capaces de inventar, solo consiguen que se les den nombres ridículos y se les trate de visionarios. Es menester, pues, cuando se logra esta ventaja, por mas grande que sea, guardarse

bien de la jactancia, y contentarse con la estimacion del reducido número de aquellos que conocen su precio.

ARTICULO IX.

Pensamientos morales sueltos.

1.°—En el mundo estan todas las buenas máximas, solo falta aplicarlas. Por ejemplo, no se duda ser preciso exponer la vida en obsequio del bien público, y así lo hacen muchos; pero por la religion casi ninguno. Es necesario que haya desigualdad entre los hombres; mas concedido esto, hé aquí la puerta abierta no solo á la mayor dominacion, sino tambien á la mayor tiranía. Es menester disminuir un poco la tension del espíritu; pero esto abre el camino á los mas grandes desarreglos. Señálense los límites, no hay ninguno en las cosas: las leyes tratan de ponerlos, y el espíritu no puede tolerarlos.

2.°—Con mucho mas imperio que un amo nos manda la razon: desobedecer á aquel, es ser un necio; desobedecer á esta, es hacerse infeliz.

3.°—(1) Por qué me matais?—Cómo! ¿no vivis de la otra parte del agua? Amigo, si viviéseis aquí y yo os matase, cometeria un asesinato: viviendo allí es muy justo, y yo soy un valiente.

4.°—Los desarreglados dicen á los que viven en el órden: Os alejais de la naturaleza: creen seguirla como los embarcados alejarse de los que estan á la orilla. De ambas partes se oye un mis-

(1) Véase la 1.ª parte art. 6 § 9.°

sa en mí en particular. Y el que ama á una persona solo por su hermosura ¿podrá decir que la ama? No, porque las viruelas quitando esa hermosura á la persona, le harán cesar de amarla. Y amándome por mi entendimiento ó mi memoria ¿soy amado? Tampoco; porque esas calidades sin dejar yo de ser puedo perderlas. ¿En dónde, pues, se encuentra este *Yo* que no se halla en mi cuerpo ni en mi alma? ¿cómo se puede amar á esta ni á aquel sino por esas calidades que no constituyen este *Yo*, pues son perecederas? ¿Pudiera amarse la sustancia de una alma abstraidamente y algunas calidades que en ella concurriesen? Esto no es posible, y ademas seria injusto. Jamas es amada la persona sino sus calidades; y si se ama, es preciso decir que es el conjunto de aquellas que la forman.

19.°—Comunmente son frioleras las cosas que mas afectan nuestro corazon, como lo es, por ejemplo, el ocultar la escasez de bienes de fortuna. Esta nada convertida en montaña por un capricho de la imaginacion cuando quiere se ignore, viene á ser descubierta sin trabajo por otro igual capricho.

20.°—Son raros los genios inventores; los que no inventan son en mayor número, y por consiguiente los mas fuertes. Estos por lo comun reusan á aquellos la gloria que merecen y á que aspiran por sus invenciones; y si los inventores se obstinan en quererla y en tratar con desprecio á los que no son capaces de inventar, solo consiguen que se les den nombres ridículos y se les trate de visionarios. Es menester, pues, cuando se logra esta ventaja, por mas grande que sea, guardarse

bien de la jactancia, y contentarse con la estimacion del reducido número de aquellos que conocen su precio.

ARTICULO IX.

Pensamientos morales sueltos.

1.°—En el mundo estan todas las buenas máximas, solo falta aplicarlas. Por ejemplo, no se duda ser preciso exponer la vida en obsequio del bien público, y así lo hacen muchos; pero por la religion casi ninguno. Es necesario que haya desigualdad entre los hombres; mas concedido esto, hé aquí la puerta abierta no solo á la mayor dominacion, sino tambien á la mayor tiranía. Es menester disminuir un poco la tension del espíritu; pero esto abre el camino á los mas grandes desarreglos. Señálense los límites, no hay ninguno en las cosas: las leyes tratan de ponerlos, y el espíritu no puede tolerarlos.

2.°—Con mucho mas imperio que un amo nos manda la razon: desobedecer á aquel, es ser un necio; desobedecer á esta, es hacerse infeliz.

3.°—(1) Por qué me matais?—Cómo! ¿no vivis de la otra parte del agua? Amigo, si viviéseis aquí y yo os matase, cometeria un asesinato: viviendo allí es muy justo, y yo soy un valiente.

4.°—Los desarreglados dicen á los que viven en el órden: Os alejais de la naturaleza: creen seguirla como los embarcados alejarse de los que estan á la orilla. De ambas partes se oye un mis-

(1) Véase la 1.ª parte art. 6 § 9.°

mo lenguage, y para juzgar es preciso tener un punto fijo. Abordo hay el del puerto; pero dónde podrémos hallarle en la moral?

5.°—Así como la moda hace el gusto, hace igualmente la justicia. Si el hombre conociese esta en realidad, no habria establecido una máxima, la mas general de cuantas hay entre nosotros: „Siga cada uno las costumbres de su pais." Todos los pueblos se hubieran entónces sometido á la verdadera equidad, y los legisladores no habrian tomado por modelo, en vez de esta justicia constante, las extravagancias y caprichos de los persas y de los alemanes: plantada en todo el mundo, se veria en todos los estados y por todos los tiempos (1).

6.°—Lo que se halla establecido es la justicia; y así todas nuestras leyes en el hecho de estarlo, serán necesariamente reputadas por justas sin ser examinadas.

7.°—Las únicas reglas universales son las leyes del pais, en las cosas comunes, y la pluralidad en las demas. ¿De dónde dimana esto? De su fuerza.

Y de aquí tambien proviene que los reyes, teniéndola por otra parte, no sigan la pluralidad de sus ministros.

8.°—Sin duda es justa la igualdad en los bienes; mas no siendo posible hacer que el hombre se vea forzado á ceder á la justicia, se le ha he-

(1) Este pensamiento y el siguiente son sacados de Montaigne. Hay fundamento para creer que Pascal, recordándolos, se proponia impugnarlos ó dar á conocer el sofisma que envuelven (*Ed. de* 1821).

cho obedecer á la fuerza: no pudiéndose fortificar aquella, se ha justificado esta, á fin de que unida con la otra se lograse la paz, que es el bien soberano: *Summum jus, summa injuria.*

La mejor via es la pluralidad, porque es visible y tiene la fuerza para hacerse obedecer; pero esta es opinion de los ménos inteligentes.

Si se hubiese podido, la fuerza se habria puesto en las manos de la justicia; mas como aquella por una calidad palpable, no se deja manejar como se quiere, y de esta por una calidad espiritual se dispone á placer, se ha colocado la justicia en manos de la fuerza; y así es que se llama *justicia* lo que es fuerza observar.

9.°—Es justo que lo justo sea seguido, y necesario que sea seguido lo mas fuerte. La justicia sin la fuerza es impotente; el poder sin la justicia, tiránico. La justicia sin la fuerza es contrariada, porque siempre hay inicuos; la fuerza sin la justicia es acusada. Es pues indispensable unir la justicia á la fuerza, haciendo que lo justo sea fuerte, y lo fuerte sea justo.

La justicia está sujeta á controversias; la fuerza desde luego se hace respetar mucho y sin disputa. Se debe, pues, tratar de dar la fuerza á la justicia. No pudiendo hacer fuerte á lo justo, se ha hecho justo á lo fuerte.

10.°—Es peligroso decir al pueblo que las leyes no son justas; porque él no las obedece sino en razon de tenerlas por tales. Es menester tambien que entienda que las debe obedecer porque son leyes, así como es preciso obedecer á los superiores, no por ser justos, sino porque son superiores. Si esto se puede persuadir, se precaven todas las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sediciones. He aquí todo lo que es propiamente la definicion de la justicia.

11.°—Seria bueno que se obedeciesen las leyes y costumbres porque son leyes, y que el pueblo entendiese que esto es lo que las hace justas: de este modo siempre subsistirian. Cuando se hace depender de otra cosa su justicia, es fácil hacerla dudosa; y ved aquí el principio de las revoluciones.

12.°—Cuando se trata de juzgar si se debe hacer la guerra, de matar tantos hombres y de condenar tantos españoles á la muerte, un hombre solo é interesado es el que juzga: debia hacerlo un tercero indiferente.

13.°—Son falsos y tiránicos estos discursos: Soy hermoso, luego debe temérseme; soy fuerte, luego debe amárseme; soy.... La tiranía es querer lograr por un camino lo que no se puede obtener sino por otro. Se cumplen diferentes deberes respecto de diferentes méritos: deber de amor al gusto, deber de temor á la fuerza, deber de crédito á la ciencia. Deben cumplirse estos deberes: es injusto reusarlos é injusto exigir otros. Del mismo modo es preciso ser falso y tirano para decir: No es fuerte, no le estimaré; no es hábil, no le temeré. La tiranía consiste en el deseo de una dominacion universal y fuera de órden.

14.°—Hay vicios de tal modo arraigados en nuestro corazon por otros vicios, que arrancando su tronco no se hace mas que cortar algunas ramas.

15.°—Cuando á un maligno le favorece la razon, la ostenta con arrogancia en todo su esplendor: cuando un hombre severo no ha podido llegar por un camino rígido al verdadero bien, y le es preciso retroceder á la senda de la naturaleza, esta se ensoberbece al recibirle.

16.°—El hallar gozo en los recreos no es ser feliz, porque este gozo procede de otra parte: viene de lo exterior, es dependiente, y en consecuencia está sujeto á ser turbado por mil accidentes que hacen inevitables las penas.

17.°—Al que tiene un talento extremado se le acusa de loco, de la misma suerte que al que le falta con extremo. Nada pasa por bueno si no es la medianía. La pluralidad que así lo ha establecido, hinca sus dientes á cualquiera que trata de escaparse por uno de estos cabos. No seré pertinaz, consiento que se me coloque en esa medianía; y si reuso ponerme en el cabo inferior, no es porque sea inferior, sino porque del mismo modo reusaria el superior siendo ambos cabos. Es salir de la humanidad salir del medio: la grandeza del alma se reduce á saber mantenerle; y tanto es menester para que esta grandeza consista en salir de él, cuanto ha sido preciso para haberla hecho consistir en conservarle.

18.°—Sin la señal ó muestra de poeta ó matemático, no se pasa en el mundo por hábil en poesía, ni por inteligente en matemáticas. Pero las gentes en realidad honradas no gustan de señales, ni hallan gran diferencia entre el oficio de poeta y el de bordador. Sin ser llamados geómetras ni poetas, juzgan de todos ellos. No se les adivina. Cuando se presentan en una concurrencia, siguen hablando sobre lo mismo de que se trataba ántes que entrasen. No se les percibe una calidad mas que otra si no hay necesidad de manifestarla pa-

ra hacer uso de ella; pero entónces la recuerdan, porque á estos hombres les conviene igualmente que no se diga que hablan bien cuando nadie se ocupa del lenguage, y que se diga que saben hablar cuando se trata de él. Es pues un falso elogio el que se hace de un hombre diciendo al verle parecer que se distingue en la poesía, y muy mala señal recurrir á él únicamente cuando se trata de juzgar de algunos versos. Pero se me dirá, es un gran matemático; yo no tengo que ver nada con ellos. Es hábil en la guerra; a nadie quiero hacérsela. Lleno el hombre de necesidades, solo ama á los que son capaces de satisfacerlas: necesitamos, pues, un hombre bueno que pueda acomodarse á todas ellas.

19.°—Cuando se goza de salud no es fácil decidir qué se hará estando enfermo; pero llegando el caso se toma con alegría cualquier brevage: la enfermedad resuelve. Careciendo entónces de aquellos afectos y deseos de recrearse que ofrecia la salud, incompatibles con las necesidades de la enfermedad, la naturaleza da los que convienen al estado presente. No es ella quien nos turba, sino los temores que nos damos á nosotros mismos; porque estos unen al estado en que nos vemos las pasiones de aquel en que no nos hallamos.

20.°—Los discursos de humildad son asunto de orgullo para los hombres vanos, y de humildad para los humildes. De la misma suerte los del pirronismo y de la duda lo son de afirmacion para los afirmativos. Pocos hombres hablan de la humildad humildemente; pocos de la castidad castamente, y pocos dudando de la duda. No somos mas que mentira, doblez, contradicciones.

Nos ocultamos y disfrazamos á nosotros mismos.

21.°—Las bellas acciones ocultas son las mas estimables. Mucho me complacen cuando suelo hallar algunas en la historia. Pero en fin, no han sido enteramente ocultas, pues las hemos sabido; y lo poco por donde se descubren disminuye su mérito: lo mas hermoso habria sido ocultarlas del todo.

22.°—Decidor de chistes, hombre de mal carácter.

23.°—El egoismo es odioso; y así los que sin proscribirle quedan contentos con paliarle, son siempre oborrecibles. Nada de eso, diréis; porque tratando bien á todo el mundo, nadie tiene motivo para aborrecernos. Eso seria verdad si solo se aborreciese en el egoismo el desagrado que nos causa. Pero siendo odioso por injusto, le aborreceré siempre. Es pues injusto en sí, porque quiere que como un centro se refiera todo á él: y molesto á los demas hombres, á quienes pretende sojuzgar, es igualmente un enemigo que quisiera tiranizar á todos. Quitándole con la civilidad lo molesto y no lo injusto, no podeis hacerle amable a los que aborrecen su injusticia, sino á los injustos que no ven en él á su propio enemigo: y no pudiendo agradar de este modo mas que á los injustos, vos mismo sois injusto.

24.°—No es para mí admirable un hombre que posea una virtud con toda perfeccion, si al mismo tiempo y en un mismo grado no posée la opuesta, como se veia en Epaminondas que igualaba su valor á su benignidad; porque de otra manera es caer y no subir. No se manifiesta la grandeza en colocarse en una de las extremidades, si-

no en tocar las dos llenando todo entre ambas. Tal vez esto solo es un movimiento rápido del alma, que sin estar en realidad mas que en un punto, en apariencia está en los dos extremos, como un fuego que girando velozmente al rededor de un círculo, se hace ver en todo él. Si no es posible que esto marque la extension del alma, por lo ménos da á conocer su agilidad.

25.°—Si nuestra condicion fuese dichosa verdaderamente, no habria necesidad de distraernos por no pensar en ella.

Poco se necesita para consolarnos, porque poco es menester para afligirnos.

26.°—Mucho tiempo pasé dedicado á las ciencias abstractas; mas el corto número de gentes con que pueden tratarse me desvió de su estudio. Cuando empecé el del hombre y advertí que sin ser propias de él, á medida que las penetraba me separaba de mi condicion mas que otros alejándose de ellas, perdoné á los que las han visto con descuido. Pero creyendo hallar muchos mas compañeros en el estudio del hombre, pues solo este le es propio, me he engañado: ménos aplicados hay á él que al de la geometría.

27.°—Cuando todo se mueve igualmente parece que no se mueve nada: sucede lo que abordo. Cuando todos van al desconcierto, á ninguno le parece que lleva este rumbo. Aquel que se detiene, sirve de punto fijo para notar el arrebato de los otros.

28.°—Los filósofos se consideran muy sutiles por haber comprendido toda su moral en ciertas divisiones. Mas ¿á qué fin hacer cuatro mas que seis? Por qué cuatro especies de virtudes y no diez?

¿Para qué encerrar la moral en *abstine y sustine* mas bien que en otra cosa? Aquí, me diréis, en una palabra se comprende todo. Sí; pero es inútil sin explicacion, pues las que haceis abriendo ese precepto en que se encierran los demas, los deja en la primera oscuridad que queríais evitar: cuando todos se hallan encerrados en uno, son ocultos é inútiles; cuando se desarrollan, vuelven á parecer en esa confusion que les es propia. La naturaleza ha establecido á todos, cada uno en sí mismo; y aunque pueda encerrarse uno en otro, subsisten independientes entre sí. Por consiguiente, todas esas divisiones y palabras no son de mas utilidad que la de ayudar á la memoria, y servirle de guia para encontrar lo que en ellas se encierra.

29.°—Cuando se quiere corregir con provecho y manifestar á otro que se engaña, es preciso observar bajo qué aspecto considera la cosa, segun el cual por lo comun es verdadera, y en tal caso confesarle esta verdad. Así se le contenta, porque ve que no se engañaba, y le faltaba solo mirar por todos lados. Avergüenza el engañarse, no el no poder ver todo; y acaso esto proviene de que naturalmente el espíritu no se puede engañar por el lado que ve, cuando es verdadera la aprension de los sentidos.

30.°—La virtud de un hombre no se debe medir por sus esfuerzos, sino por lo que hace comunmente.

31.°—Grandes y pequeños padecen unos mismos accidentes, unos mismos disgustos, unas mismas pasiones: pero colocados aquellos en lo alto de la rueda, estos con mas inmediacion al cen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tro, aunque sujetos al mismo movimiento, son ménos agitados.

32.°—Aunque ciertas personas no tengan interes en lo que dicen, no se debe deducir de aquí precisamente que no mienten; porque las hay que mienten por mentir.

33.°—El ejemplo de la castidad de Alejandro no ha hecho tantos continentes, como intemperantes el de su embriaguez. No se tiene vergüenza de no ser tan virtuoso como él, y parece excusable el no ser mas vicioso. Se crée no estar del todo sumergido en los vicios del comun de los hombres dándose á los vicios de los hombres grandes, sin advertir que en ellos se les toca por el mismo extremo en que tocan al pueblo. Por elevados que esten no se les ve suspendidos en el aire: sin estar separados de nosotros, se encuentran siempre bajo algun aspecto unidos al resto de nuestra sociedad. Si son algo mas grandes, es por tener algo mas elevada la cabeza; sus piés se encuentran donde se hallan los nuestros. Todos ellos, puestos bajo un mismo nivel, descansan sobre una misma tierra; y en esta extremidad, tan abatidos estan como nosotros, como los niños, como las mismas bestias.

34.°—En la lid de animales, el combate y no la victoria es lo que nos complace: no nos entretiene el furor encarnizado del vencedor contra el vencido. Si solo se quiere ver el fin de la victoria, ¿cómo es que apénas se consigue cuando sacia? Lo mismo sucede en el juego, y lo mismo en la investigacion de la verdad. Agrada ver en las disputas el choque de las opiniones; pero detenerse en contemplar la verdad que

se ha hallado, nada de eso. Para que se observe con placer es preciso hacer verla salir de la disputa. De la misma suerte en las pasiones hay gusto en ver chocar á dos contrarias; pero cuando una de ellas llega á sobreponerse, ya esto es brutalidad. Buscamos la investigacion de las cosas, no las cosas. En el teatro nada interesan los gozos sin temor, las extremadas miserias sin esperanza, ni los amores sin delicadeza.

35.°—No se enseña á los hombres á ser hombres de bien; todo lo demas se les enseña. Sin embargo, se vanaglorian de aquello mil veces mas que de esto, quiero decir, de saber la única cosa que no aprenden.

36.°—¡Qué necio proyecto de Montaigne el pintarse á sí mismo, no como de paso y contra sus principios, falta en que cualquiera suele caer, sino segun sus propias máximas, por un designio expreso y principal! El decir necedades por acaso y por debilidad, es un mal ordinario; pero de intento y como las que él dice, es insufrible.

37.°—El compadecer á los desgraciados no es contra la concupiscencia; al contrario, complace poder dar esta prueba de humanidad atrayéndose á poca costa la reputacion de sensible: de consiguiente, esto no es cosa de grande importancia.

38.°—(1) Un amigo del rey de Inglaterra, del

(1) Pascal quiere hablar aquí de las tres revoluciones que acaecieron en su tiempo, á saber: la cruel catástrofe de Cárlos I de Inglaterra en 1649; el retiro de Juan Casimiro, rey de Polonia, á la Silesia en 1655; y la abdicacion de Cristina, reina de Suecia, en 1654. Es menester no confundir este primer retiro de Casimiro con el segundo, que no fué hasta despues de su abdicacion en 1668, que Pascal ya habia muerto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

de Polonia y de la reina de Suecia ¿hubiera creido que podia faltarle en el mundo un lugar de retiro y de asilo?

39.°—Las cosas tienen diversas calidades y el alma diversas inclinaciones; porque nada de cuanto se le presenta es simple, ni ella se ofrece jamas simple á objeto alguno. De aquí proviene que á veces se ria y se llore por un propio motivo.

40.°—Son diversas las clases de espíritus: los hay fuertes, bellos, buenos y piadosos. Cada uno debe reducirse á su esfera; pero los fuertes se encuentran y baten neciamente con los bellos: como su magisterio es de diversos géneros, se disputan el campo. No se entienden; y su extravío consiste en querer reinar en todas partes cuando no lo puede conseguir la fuerza misma, que impotente en el pais de los sabios, jamas excede su dominio los límites de las acciones exteriores.

41.°—*Ferox gens nullam esse vitam sine armis putat.* Prefieren la muerte á la paz; otros la prefieren á la guerra. Toda opinion puede ser preferida á la vida cuyo amor parece tan fuerte y natural.

42.°—¡Cuán dificil es proponer una cosa al juicio de otro sin corromper su juicio al proponérsela! Si se le dice, me parece hermosa, me parece confusa; ó se arrastra su imaginacion á este dictámen, ó al contrario, se le irrita con él. Vale mas no hablar nada; porque entónces juzga segun lo que es, quiero decir, segun lo que es entónces y segun le dispongan las circunstancias que él advierta sin que se le hayan indicado; á no ser que este silencio haga tambien su efecto por el aspecto que le presente todo y la

interpretacion que tenga humor de darle, ó por las conjeturas que le haga formar el semblante y el tono de la voz: ¡tan facil así es desquiciar un juicio, ó por mejor decir, tan pocos son los que hay firmes y estables!

43.°—Tiene razon Montaigne: la costumbre se debe seguir desde que ella es costumbre y se halla establecida, sin examinar si es razonable ó no; entendiéndose siempre cuando no sea contraria al derecho natural ó divino. Es verdad que el pueblo no la sigue sino por la sola razon de creerla justa, y que de lo contrario dejaria de seguirla porque nadie quiere sujetarse mas que á la razon y á la justicia. La costumbre sin esto seria reputada por una tiranía cuando el imperio de la razon y la justicia no es tiránico, sino el del placer de los sentidos.

44.°—No nos consolará de la ignorancia de la moral en el dia de la afliccion, la ciencia de las cosas exteriores; mas nos servirá siempre de consuelo en la ignorancia de estas, la de las costumbres.

45.°—El tiempo amortigua las quejas y aflicciones, porque los hombres cambian, vienen á ser otros. Ni el ofensor ni el ofendido son los mismos. Es como si se irritase á un pueblo y se le viese despues de dos generaciones. Todavía son franceses, pero no los mismos.

46.°—Nuestra condicion es la inconstancia, la inquietud, el disgusto. Al que quiera conocer plenamente la vanidad del hombre, le basta la sola consideracion de las causas y efectos del amor. La causa es no sé qué; (Corneille), los efectos horribles. Este no sé qué, esta friolera que no

se puede conocer conmueve la tierra, los príncipes, los ejércitos, el mundo todo. Si hubiera sido mas pequeña la nariz de Cleopatra, la faz del universo habria mudado.

47.°—César, á mi entender, era harto viejo para ir á divertirse en conquistar el mundo. Este entretenimiento era propio del ardiente y jóven Alejandro: César debia ser mas juicioso.

48.°—El conocimiento de la falsedad de los placeres presentes y la ignorancia de la vanidad de los ausentes, producen la inconstancia.

49.°—Los reyes y los príncipes suelen juguetear y hacerse familiares: se disgustarian de estar siempre en sus tronos. Para gozar de la grandeza, es preciso desprenderse de ella algunas veces.

50.°—Mi humor depende poco del tiempo, y aun el buen ó mal estado de mis negocios no influyen en él mucho. Colocado en mi interior el papel que me debe servir de minuta, y la oportunidad de trabajar; así como á veces me manifiesto indiferente ó disgustado en la buena fortuna, otras veces tambien sobreponiéndome por mí mismo á la adversa, me la hace someter alegremente la gloria de sojuzgarla.

51.°—Se me suele escapar mi pensamiento al escribirle; mas este olvido, recordándome la flaqueza que huye de mi memoria á cada instante, no me instruye ménos que el pensamiento que yo queria escribir: sea cual fuere la via, el término es hallar siempre la nada de mi ser.

52.°—Fijando la atencion es cosa bien extravagante encontrar gentes que habiendo renunciado á toda ley divina y natural, se hayan dado

otras á sí mismos y las obedezcan puntualmente, como los salteadores de caminos, &c.

53.°—Es mio este perro, decian aquellos pobres niños; mi lugar está al sol: hé aquí el principio é imágen de la usurpacion de toda la tierra.

54.°—Teneis muy poca gracia; excusadme si os place. Sin esta excusa yo no hubiera advertido que hubo injuria. Cuando se habla reverentemente, lo único que hay malo es pedir esta excusa.

55.°—Por lo comun no se imagina á Platon y á Aristóteles sino con grandes vestidos talares, y como personages siempre graves y serios. Eran hombres honrados que, como los demas, se reian con sus amigos. Formaron sus leyes y escribieron sus tratados de política como jugueteando y para divertirse. Esta era la parte ménos importante y seria de su vida: la mas filosófica consistia en vivir sencilla y sosegadamente.

56.°—El hombre propende á la malignidad, pero nunca contra los infelices, sino contra los afortunados soberbios: juzgar de otro modo es engañarse.

Nada vale el epígrama de Marcial sobre los tuertos, porque no los consuela una agudeza que solo cede en gloria del que la escribió. Todo aquello que exclusivamente favorece á un autor, no vale nada. *Ambitiosa recidet ornamenta* (1). Es menester agradar á los que estan dotados de sentimientos humanos y tiernos; no á la inhumanidad y la barbarie.

57.°—No me puedo avenir á cortesías como

(1) Horat. Art. poet.

estas: Os he causado gran molestia; temo incomodaros; recelo que esto sea demasiado largo. Tales cumplimientos, ó me comprometen ó me irritan.

58.°—Es cosa de tan grave importancia un verdadero amigo, que aun los mismos grandes nada deben omitir para tenerle. En él encontrarán quien los elogie, y lo que vale mucho mas, quien defienda su reputacion cuando no estan presentes. Pero es preciso que sepan elegir, porque si su eleccion recae en un mentecato, ninguna utilidad les podrá producir: unas veces carecerá ese amigo de aquella autoridad indispensable para que se le crea; y en otras, conociendo su debilidad, formará cuerpo con los detractores.

59.°—¿Quereis que se hable bien de vos? No manifesteis que lo deseais.

60.°—No hay que burlarse de los que se hacen honrar por los cargos y empleos, cuando nadie es amado sino por sus calidades sobrepuestas. Todos los hombres se odian naturalmente; y doy por hecho que si llegasen á saber con exactitud lo que unos dicen de otros, no habria cuatro amigos en el mundo. Esto se advierte en las diferencias que causan á veces los chismes indiscretos.

61.°—Es mas soportable la muerte sin pensar en ella, que el pensamiento de la muerte sin riesgo de sufrirla.

62.°—¡O cuánto es admirable que desconocida una cosa tan clara como lo es la vanidad del mundo, parezca extraño decir que es necedad el buscar las grandezas!

Bien vano es sin duda el que no ve la vanidad del mundo. Pero ¿quién no la ve, á excepcion de esos jóvenes que arrebatados por el torbellino de los placeres no piensan en el porvenir? Y con todo, apénas los dejan las pasiones, cuando consumidos de una tristeza insoportable y reducidos á contemplarse á si mismos, aunque no conozcan la nada de su ser, experimentan todos sus efectos.

63.°—Cada cosa es verdadera en parte y falsa en parte. No así la verdad esencial, del todo pura y verdadera: esa mezcla la deshonra y destruye. Nada hay verdadero, quiero decir, de puro verdadero. Se dirá que el homicidio es malo. Sí, porque conocemos bien lo malo y lo falso. Pero ¿qué podrá decirse que sea bueno? La castidad? Digo que no; así acabaria el mundo. El matrimonio? No; la continencia es preferible. El no matar? No; porque serian horribles los desórdenes: acabarian los malvados á todos los buenos. El matar? No; porque esto destruye la naturaleza. No tenemos, pues, bueno ni verdadero sino en parte, y mezclado de malo y de falso.

64.°—El mal es fácil, y hay infinitos males; el bien, dificil y casi único. Sin embargo, cierto género de mal es tan dificil de encontrarse como lo que se llama bien, con cuya muestra se hace pasar muchas veces por tal el mal particular....; y aun para llegar á él como se llega al bien, es menester una grandeza de alma extraordinaria.

65.°—Los lazos de respeto de unos para con otros, son de necesidad por lo comun. Todos los hombres quieren dominar; y aunque todos no pueden lograrlo, como algunos lo pueden conseguir mas ó ménos, de aquí resultan diferentes gra-

dos de donde nacen lazos verdaderos. Mas aquellos que ligan el respeto en particular á tal ó tal, son lazos de imaginacion.

66.°—Somos tan desgraciados, que no podemos recibir gusto en cosa alguna, si no es á condicion de disgustarnos el mal éxito que puede tener, y que, por otras mil cosas, tiene en efecto á cada instante. Quien hubiese encontrado el secreto de gozar el bien sin tocar nunca al mal contrario, habria dado en el punto de la mayor dificultad.

ARTICULO X.

Diversos pensamientos filosóficos y literarios.

1.°—A medida que hay mayor perspicacia en el entendimiento, se encuentra mayor número de hombres originales. Las gentes comunes no advierten diferencia entre los hombres.

2.°—Se puede tener un juicio recto, y no caminar en todo rectamente: hombres de buen discernimiento en ciertas cosas se alucinan en otras. Unos, de muchos principios deducen bien las consecuencias; otros, solo de pocos las deducen de la misma manera. Así pues, los que por ejemplo comprenden bien los efectos del agua, sobre la cual hay muy pocos principios pero cuyas consecuencias son tan sutiles que solo una gran perspicacia es capaz de alcanzarlas, no serian acaso grandes géometras; porque puede ser tal la naturaleza de su espíritu, que penetrando á fondo los pocos principios no alcancen á las cosas en que hay muchos, como en la geometría que comprende un gran número de ellos.

Luego hay dos espíritus de diferente especie: uno el de penetrar viva y profundamente las consecuencias de los principios; y hé aquí el espíritu de exactitud (1): otro el de comprender un gran número de principios sin confundirlos; y hé aquí el de geometría. Este consiste en su extension, aquel en su fuerza y rectitud. Así pues, el espíritu puede ser fuerte y reducido del mismo modo que débil y extenso; y tambien puede hallarse en él lo uno sin lo otro.

Hay mucha diferencia entre ambos. En el espíritu de geometría los principios son palpables; y aunque tan desviados del uso comun, que por falta de hábito apénas puede volverse la cabeza hácia este lado, vistos de lleno por poco que se incline, seria preciso tener un juicio enteramente falso para discurrir mal; porque se manifiestan con tanta claridad y tan de bulto, que es casi imposible que se escapen.

No sucede lo mismo en el espíritu de sutileza: aquí son los principios de un uso general: se hallan á vista de todo el mundo, y no hay necesidad de volver la cabeza ni de hacerse violencia. Solo se trata de tener buena vista, pero es preciso tenerla penetrante; porque los principios son tan delicados y en número tan grande,

(1) Entiendo que debe leerse aquí *espíritu de sutileza*, por oposicion al *espíritu de geometría*, que es propiamente el espíritu de método, el *espíritu de exactitud*. Por otra parte, toda la serie de este pensamiento parece que lo prueba. Con efecto, se puede tener mucha vivacidad, mucha sutileza de espíritu, y carecer de juicio, es decir, de aquel espíritu de meditacion y raciocinio que penetra los principios, ve de una ojeada las relaciones de las cosas entre sí, y sabe deducir las consecuencias (Ed. de 1821.)

dos de donde nacen lazos verdaderos. Mas aquellos que ligan el respeto en particular á tal ó tal, son lazos de imaginacion.

66.°—Somos tan desgraciados, que no podemos recibir gusto en cosa alguna, si no es á condicion de disgustarnos el mal éxito que puede tener, y que, por otras mil cosas, tiene en efecto á cada instante. Quien hubiese encontrado el secreto de gozar el bien sin tocar nunca al mal contrario, habria dado en el punto de la mayor dificultad.

ARTICULO X.

Diversos pensamientos filosóficos y literarios.

1.°—A medida que hay mayor perspicacia en el entendimiento, se encuentra mayor número de hombres originales. Las gentes comunes no advierten diferencia entre los hombres.

2.°—Se puede tener un juicio recto, y no caminar en todo rectamente: hombres de buen discernimiento en ciertas cosas se alucinan en otras. Unos, de muchos principios deducen bien las consecuencias; otros, solo de pocos las deducen de la misma manera. Así pues, los que por ejemplo comprenden bien los efectos del agua, sobre la cual hay muy pocos principios pero cuyas consecuencias son tan sutiles que solo una gran perspicacia es capaz de alcanzarlas, no serian acaso grandes géometras; porque puede ser tal la naturaleza de su espíritu, que penetrando á fondo los pocos principios no alcancen á las cosas en que hay muchos, como en la geometría que comprende un gran número de ellos.

Luego hay dos espíritus de diferente especie: uno el de penetrar viva y profundamente las consecuencias de los principios; y hé aquí el espíritu de exactitud (1): otro el de comprender un gran número de principios sin confundirlos; y hé aquí el de geometría. Este consiste en su extension, aquel en su fuerza y rectitud. Así pues, el espíritu puede ser fuerte y reducido del mismo modo que débil y extenso; y tambien puede hallarse en él lo uno sin lo otro.

Hay mucha diferencia entre ambos. En el espíritu de geometría los principios son palpables; y aunque tan desviados del uso comun, que por falta de hábito apénas puede volverse la cabeza hácia este lado, vistos de lleno por poco que se incline, seria preciso tener un juicio enteramente falso para discurrir mal; porque se manifiestan con tanta claridad y tan de bulto, que es casi imposible que se escapen.

No sucede lo mismo en el espíritu de sutileza: aquí son los principios de un uso general: se hallan á vista de todo el mundo, y no hay necesidad de volver la cabeza ni de hacerse violencia. Solo se trata de tener buena vista, pero es preciso tenerla penetrante; porque los principios son tan delicados y en número tan grande,

(1) Entiendo que debe leerse aquí *espíritu de sutileza*, por oposicion al *espíritu de geometría*, que es propiamente el espíritu de método, el *espíritu de exactitud*. Por otra parte, toda la serie de este pensamiento parece que lo prueba. Con efecto, se puede tener mucha vivacidad, mucha sutileza de espíritu, y carecer de juicio, es decir, de aquel espíritu de meditacion y raciocinio que penetra los principios, ve de una ojeada las relaciones de las cosas entre sí, y sabe deducir las consecuencias (Ed. de 1821.)

que es sumamente dificil que no se escape alguno: y como el omitir cualquiera de ellos conduce al error, es menester desde luego que la vista sea clara para poder ver todos, y que despues sea el sepíritu exacto para no raciocinar falsamente sobre principios conocidos.

Así es que todos los geómetras serian sutiles si tuviesen la vista perspicaz, porque no raciocinan falsamente segun los principios que conocen; y los espíritus sutiles serian geómetras si pudiesen someter su vista á los principios de geometría, á que no estan acostumbrados.

El no poder inclinarse á ellos es causa de que ciertos espíritus sutiles no sean geómetras; mas la de que no sean sutiles estos, proviene de que no ven lo que tienen delante, y de que habituados á los principios claros y toscos de la geometría, sin raciocinar sino despues de haberlos examinado y manejado bien, se extravian en las cosas sutiles, cuyos principios no se pueden tratar de esta manera. Tales cosas apénas pueden verse: se dejan sentir mas bien que ver, y hay trabajo infinito en hacerlas sensibles á los que no las sienten por sí mismos. Son tan delicadas y tan numerosas, que se necesita un sentido muy fino y muy claro para percibirlas, sin poder las mas veces demostrarlas por órden como en geometría; así porque no se poseen como en esta los principios, como porque seria interminable el emprenderlo. Es preciso ver todo de golpe y de una sola ojeada; no por un raciocinio progresivo, á lo ménos hasta cierto grado. Son raros, pues, los geómetras sutiles; y del mismo modo se hallan pocos sutiles que sean geómetras: porque pretendiendo estos tratar geométricamente las cosas sutiles, no consiguen mas que hacerse ridículos al querer empezar por las definiciones y seguir despues por los principios; lo que es impracticable en semejantes raciocinios. No quiere decir esto que no lo haga el espíritu; pero lo hace tácitamente, de un modo natural y sin arte: el explicarlo excede la capacidad de los hombres, y el percibirlo pertenece á muy pocos.

Acostumbrados los espíritus sutiles á juzgar á la primera ojeada; cuando se les presentan proposiciones que nada comprenden y en las que para comenzar es preciso pasar por definiciones y principios estériles que por lo comun no ven menudamente, se aturden de tal modo, que desde luego se cansan y se hostigan. Pero los espíritus falsos no son ni sutiles ni geómetras.

Los geómetras que no son mas que geómetras, tienen pues el espíritu recto, pero con tal que se les expliquen bien todas las cosas por definiciones y principios: de otro modo son falsos é insufribles, porque no son rectos sino cuando caminan sobre principios puestos perfectamente en claro. Los espíritus sutiles que solo son sutiles, no pueden tener paciencia para descender hasta los primeros principios de las cosas especulativas y de imaginacion que nunca han visto en uso, y mucho ménos en el trato comun.

3.°—Muchas veces para probar ciertas cosas se echa mano de tales ejemplos, que esas mismas cosas pudieran servir para probarlos; mas esto no deja de producir su efecto: porque como siempre se crée que la dificultad está en lo que se pretende probar, parecen los ejemplos mas claros. De

la misma suerte cuando se quiere demostrar una cosa general, se da la regla particular de un caso; y si al contrario, se comienza por la regla general. Se encuentra siempre oscura la cosa que se quiere probar, y clara la que se emplea en su prueba: porque cuando se propone una cosa con el fin de probarla, desde luego la imaginacion se ocupa de la idea de que es oscura como de que al contrario es clara la que debe probarla; y así se comprende fácilmente.

4.°—Todo nuestro raciocinio se reduce á ceder á la impresion. Pero la fantasía es semejante y contraria á ella: semejante, porque no raciocina; contraria, porque es falsa: de modo que al que está colocado entre las dos le es muy difícil distinguir. Se me dice: Tu sensacion es fantasía, y mi fantasía es sensacion; y yo digo lo mismo por mi parte. Seria menester una regla; pues la razon dispuesta á ceder por cualquier lado, viene á ser enteramente nula.

5.°—Los que juzgan de una obra por regla, se pueden comparar á lo que son los que tienen relox respecto de los que no le tienen. Uno dice, Hace dos horas que estamos aquí; otro, No son mas que tres cuartos. Visto mi relox digo al primero, Estais incomodado; y al segundo, No os pesa el tiempo mucho, porque ha corrido ya hora y media. Así me burlo de aquellos que me dicen que el tiempo se me alarga: ignoran que no le mido por capricho sino por mi relox.

6.°—Algunos hay que hablando bien, no escriben de la misma manera. El lugar, el concurso y otras causas como estas, enardecen y hacen producir á su espíritu lo que no se veria sin tal estímulo.

7.°—Lo que tiene de bueno Montaigne no puede adquirirse sino dificilmente. Lo que tiene de malo (entiendo fuera de las costumbres) se hubiera podido corregir en un momento con decirle que escribia muchos cuentos y hablaba demasiado de sí mismo.

8.°—Es un mal grande el seguir la excepcion en lugar de la regla: se debe ser severo y contrario á la excepcion. Con todo, siendo cierto que hay excepciones de la regla, sin dejar aquí de ser severo, es preciso ser tambien exacto.

9.°—Ciertas gentes quisieran que un autor jamas hablase de cosas de que otros han hablado, acusándole de no decir nada nuevo. Si las materias no lo son, lo es la manera en que las trata. Una misma pelota sirve á dos jugadores, mas no recibe de ambos la misma direccion: el uno la sabe impeler mejor que el otro. Esta acusacion es semejante á la de usar de voces anticuadas; como si unos mismos pensamientos no formasen otro cuerpo de discurso por una disposicion diversa, así como las diferentes disposiciones de palabras forman pensamientos distintos.

10.°—Comunmente persuaden mejor las razones que ocurren al mismo á quien se quiere persuadir, que no las que se ofrecen al entendimiento de los que pretenden persuadirle.

11.°—Naturalmente el entendimiento crée, y la voluntad ama: de manera que á falta de objetos verdaderos, es preciso se adhieran á los falsos.

12.°—Los grandes esfuerzos de espíritu que á veces elevan el alma á cierto punto, son posiciones en que ella no puede mantenerse. Salta y llega á tocar, pero cae al momento.

13.°—El hombre no es ángel ni bestia; mas por desgracia hace de bestia el que quiere hacer de ángel.

14.°—Sabida la pasion dominante de alguno, es seguro agradarle. Sin embargo, como cada uno tiene sus caprichos contrarios á su propio bien en la idea misma que se ha formado de él, esta inconsecuencia desconcierta á los que tratan de ganar su afecto.

15.°—Un caballo no pretende hacerse admirar de su compañero. Se advierte en ellos cierta especie de emulacion en la carrera, pero aquí acaba todo: el mas feo y mas pesado no cede por esto su cebada al otro al verle en el pesebre. Lo contrario sucede entre los hombres: no se satisface su virtud por sí misma, ni estan contentos si no logran algun ventaja sobre los demas.

16.°—Del mismo modo que se corrompe el espíritu, se corrompe tambien el sentimiento. Uno y otro se forman por las conversaciones buenas, así como se vician por las malas. De consiguiente importa mucho saber escoger bien para formar el sentimiento y conservarle; mas esta eleccion no puede hacerse sino por quienes le tienen ya formado y puro. ¡Felices aquellos que le adquieren en una reunion de hombres como estos!

17.°—Cuando entre las cosas naturales que no tenemos necesidad de conocer, hay algunas sobre las cuales se ignora la verdad, tal vez no es malo que un error comun fije el espíritu, como sucede con la luna á que se atribuyen las mudanzas de tiempo, ó los progresos de las enfermedades; pues una de las principales que afligen al hombre, es una curiosidad inquieta por todo aquello

que no está á su alcance. Con todo, por mi parte no me atreveré á decidir si es menor mal para él seguir en el error en cosas de tal naturaleza, ó vivir agitado por esta curiosidad inútil.

18.°—Si el rayo cayese sobre lugares bajos, los poetas y todos aquellos que no saben raciocinar sino sobre cosas semejantes, carecerian de pruebas.

19.°—El órden del espíritu son los principios y las demostraciones; el del corazon es diferente. No se prueba deber ser amado exponiendo por órden las causas del amor: esto seria ridículo.

Jesucristo y S. Pablo prefirieron este órden, es decir, el de la caridad al del espíritu, porque su objeto principal no era instruir sino encender. Del mismo modo lo ha hecho S. Agustin. Este órden consiste especialmente en la digresion sobre cada punto que tiene relacion con el fin para mostrarle siempre.

20.°—Hay hombres que enmascaran toda la naturaleza. Para ellos no hay rey sino un augusto monarca; no hay Paris, sino una capital del reino. Unas veces es menester decir Paris, y en otras es preciso llamarle capital del reino.

21.°—Cuando en un escrito se encuentran palabras repetidas, y queriendo corregirlas parecen tan propias que quitándolas quedaria imperfecto el discurso, por solo esto es preciso dejarlas. Sin haber una regla general, la envidia que es ciega, crée que tal repeticion en tal lugar es una falta.

22.°—Los que hacen antítesis forzando las palabras, son como aquellos que hacen ventanas falsas para guardar la simetría. No es su regla hablar justo, sino que las figuras esten ajustadas.

23.°—Una lengua respecto de otra es una cifra en donde las palabras estan cambiadas en palabras, no las letras en letras; y así una lengua desconocida es descifrable.

24.°—Hay un modelo de gracia y de hermosura que consiste en cierta relacion entre nuestra naturaleza débil ó vigorosa, tal cual es, y la cosa que nos agrada. Todo lo que está formado por este modelo nos es grato: casa, jácara, discurso, verso, prosa, mugeres, pájaros, rios, árboles, alcobas, vestidos. Todo lo que no es conforme á él, desagrada á los hombres que tienen buen gusto.

25.°—Así como se dice belleza poética, se deberia decir tambien belleza geométrica y belleza medicinal. Con todo, no se dice; y la razon es que sabiéndose bien cual es el objeto de la geometria y cual el de la medicina, se ignora en qué consiste la gracia que tiene por objeto la poesía. No se sabe lo que es ese modelo natural que es preciso imitar; y por la falta de este conocimiento se han inventado voces extravagantes, como siglo de oro, maravilla de nuestros dias, fatal laurel, bello astro; dando á este guirigay el nombre de belleza poética. Quien se imagine una linda jóven vestida por tal gusto, al contemplarla cubierta de espejos y cadenas de azófar, en vez de parecerle agradable no le será posible contener la risa; pues mejor sabido es en qué consiste la gracia de una muger, que no la de los versos. Sin embargo, pareciéndoles acaso admirable en semejante arreo á los que no lo entienden, en muchos lugares dirian que era la reina. Por esta razon á los sonetos trabajados segun este modelo, hay quien les llame los de las reinas de lugares.

26.°—Cuando un discurso natural nos pinta una pasion ó un efecto, hallamos en nosotros mismos la verdad de lo que oimos, ántes oculta sin que lo supiésemos, y nos inclinamos á amar á aquel que no las hace sentir, porque no hace alarde de su propio bien, sino del nuestro. Este beneficio le atrae nuestro afecto, prescindiendo de la comun inteligencia que con él tenemos y necesariamente nos inclina á amarle.

27.°—Es menester que haya de lo agradable y de lo real en la elocuencia; pero es preciso que sea real lo agradable.

28.°—Cuando al abrir un libro se manifiesta el estilo natural, admira y enagena: esperando un autor se encuentra un hombre. Mas cuando los que tienen buen gusto creen hallar un hombre, se sorprenden al dar con un autor: *plus poeticè quàm humanè locutus est*. Honran bien á la naturaleza los que le enseñan que puede hablar de todo, aun de teología.

29.°—La última cosa que se sabe al trabajar una obra, es cuál se debe colocar primero.

30.°—Sin duda en el discurso se debe llevar el espíritu de una cosa á otra para aliviarle, pero solamente cuando es oportuno y no de otra manera; porque el descansar fuera de tiempo, cansa, fastidia y hace dejarlo todo. ¡Tan difícil así es obtener nada del hombre si no es por el placer, moneda en cuyo cambio damos cuanto nos piden!

31.°—¡Qué vanidad la de la pintura que atrae la admiracion por la semejanza de las cosas cuyos originales no se admiran!

32.°—Un mismo significado varía segun las palabras que lo expresan. Los significados en

vez de dar dignidad á las palabras, la reciben.

33.°—Aquellos que estan acostumbrados á juzgar por la impresion, nada comprenden de lo que está sujeto al raciocinio, porque quieren penetrarlo todo á la primera ojeada sin reducirse á buscar los principios. Los habituados, al contrario, á discurrir por ellos, tampoco pueden por la impresion comprender cosa alguna buscándolos y careciendo de la perspicacia necesaria para ver todo desde luego.

34.°—La verdadera elocuencia se burla de la elocuencia: la verdadera moral, de la moral; es decir, que la moral del juicio se burla de la desarreglada del espíritu.

35.°—Todas las falsas bellezas que afeamos en Ciceron, tienen admiradores en gran número.

36.°—Burlarse de la filosofia, es en realidad filosofar.

37.°—Hay muchos que oyen el sermon de la misma manera que las vísperas.

38.°—Los rios son caminos que marchan y conducen á donde se quiere ir.

39.°—Dos caras parecidas, de las cuales ninguna en particular hace reir, excitan la risa por su semejanza cuando se ven á un tiempo.

40.°—Los astrólogos, los alquimistas &c., no carecen absolutamente de principios, pero abusan de los pocos que tienen: luego el abuso de las verdades debe ser castigado lo mismo que la introduccion de las mentiras.

41.°—No puedo perdonar á Descartes. Bien hubiera él querido en toda su filosofia olvidarse de Dios; pero no pudo dejar de hacerle dar al mundo un papirote para ponerle en movimiento.

Despues de esto ya no se le ocurre hacer nada de Dios.

ARTICULO XI.

Sobre Epicteto y Montaigne (1).

1.°—Epicteto es uno de los filósofos del mundo que han conocido mejor los deberes del hombre. Antes de todo quiere que considere á Dios como su principal objeto; que viva persuadido de que gobierna todo con justicia; que se someta á él de corazon, y en fin, que siguiéndole voluntariamente en todo, pues nada puede hacer sino con una sabiduría infinita, disponga su espíritu á reprimir el descontento y las quejas, y á sufrir con resignacion los reveses mas duros. „Jamas, dice, „jamas digais, he perdido esto; decid al contrario, „lo he devuelto, he devuelto mi hijo, he devuelto „mi muger, he devuelto mi fortuna; y lo mismo „de todo lo demas. Acaso me diréis que os lo qui„ta un malvado; mas ¿á qué fin examinar cuál es „el medio de que se vale Dios para tomaros lo „que os ha prestado? Miéntras fuere su voluntad „que hagais de ello uso, cuidadlo como una pro„piedad agena, haced lo que en una hostería ha„ce un viajero. Ni aun debeis desear que las co„sas sean como quereis; debeis desear que se ha„gan como se hacen. Acordaos de que semejante

(1) Todo este artículo está extractado de un diálogo de Pascal con Saci, en el cual se han conservado solamente los pensamientos de aquel. Los que quieran leerle por entero, pueden ver el tomo 5.° de la continuacion de las Memorias de historia y de literatura, ó las Memorias de Fontaine tom. 2 (*Ed. de* 1821).

vez de dar dignidad á las palabras, la reciben.

33.°—Aquellos que estan acostumbrados á juzgar por la impresion, nada comprenden de lo que está sujeto al raciocinio, porque quieren penetrarlo todo á la primera ojeada sin reducirse á buscar los principios. Los habituados, al contrario, á discurrir por ellos, tampoco pueden por la impresion comprender cosa alguna buscándolos y careciendo de la perspicacia necesaria para ver todo desde luego.

34.°—La verdadera elocuencia se burla de la elocuencia: la verdadera moral, de la moral; es decir, que la moral del juicio se burla de la desarreglada del espíritu.

35.°—Todas las falsas bellezas que afeamos en Ciceron, tienen admiradores en gran número.

36.°—Burlarse de la filosofia, es en realidad filosofar.

37.°—Hay muchos que oyen el sermon de la misma manera que las vísperas.

38.°—Los rios son caminos que marchan y conducen á donde se quiere ir.

39.°—Dos caras parecidas, de las cuales ninguna en particular hace reir, excitan la risa por su semejanza cuando se ven á un tiempo.

40.°—Los astrólogos, los alquimistas &c., no carecen absolutamente de principios, pero abusan de los pocos que tienen: luego el abuso de las verdades debe ser castigado lo mismo que la introduccion de las mentiras.

41.°—No puedo perdonar á Descartes. Bien hubiera él querido en toda su filosofia olvidarse de Dios; pero no pudo dejar de hacerle dar al mundo un papirote para ponerle en movimiento.

Despues de esto ya no se le ocurre hacer nada de Dios.

ARTICULO XI.

Sobre Epicteto y Montaigne (1).

1.°—Epicteto es uno de los filósofos del mundo que han conocido mejor los deberes del hombre. Antes de todo quiere que considere á Dios como su principal objeto; que viva persuadido de que gobierna todo con justicia; que se someta á él de corazon, y en fin, que siguiéndole voluntariamente en todo, pues nada puede hacer sino con una sabiduría infinita, disponga su espíritu á reprimir el descontento y las quejas, y á sufrir con resignacion los reveses mas duros. „Jamas, dice, „jamas digais, he perdido esto; decid al contrario, „lo he devuelto, he devuelto mi hijo, he devuelto „mi muger, he devuelto mi fortuna; y lo mismo „de todo lo demas. Acaso me diréis que os lo qui„ta un malvado; mas ¿á qué fin examinar cuál es „el medio de que se vale Dios para tomaros lo „que os ha prestado? Miéntras fuere su voluntad „que hagais de ello uso, cuidadlo como una pro„piedad agena, haced lo que en una hostería ha„ce un viajero. Ni aun debeis desear que las co„sas sean como quereis; debeis desear que se ha„gan como se hacen. Acordaos de que semejante

(1) Todo este artículo está extractado de un diálogo de Pascal con Saci, en el cual se han conservado solamente los pensamientos de aquel. Los que quieran leerle por entero, pueden ver el tomo 5.° de la continuacion de las Memorias de historia y de literatura, ó las Memorias de Fontaine tom. 2 (*Ed. de* 1821).

„á un actor representais el papel que vuestro amo „os ha querido dar. Si os le da corto, representad„le corto; si largo, largo: permaneced en el teatro „el tiempo que le plazca, y pareced en él pobre ó „rico segun lo haya dispuesto. Os toca solo hacer „bien el papel que se os ha dado; á otro pertenece elegirle. Tenéd siempre á la vista la muer„te y los males que parecen mas insoportables, y „jamas pensaréis nada bajo, ni desearéis nada „con exceso."

De mil maneras muestra lo que el hombre debe hacer. Quiere que sea humilde; que oculte sus buenas resoluciones, sobre todo á los principios; y que las cumpla en secreto, pues nada las arruina mas que descubrirlas. No se cansa de repetir que todo el estudio y el deseo del hombre se deben reducir á conocer y seguir la voluntad de Dios.

Tales eran las luces de aquel entendimiento que conoció tan bien los deberes del hombre: ¡feliz si hubiese conocido de la misma suerte su flaqueza! Mas despues de haber comprendido con tanta claridad lo que debe ejecutar, se pierde en la presuncion de lo que puede hacer. „Dios ha „dado á todo hombre, continúa, los medios nece„sarios para el desempeño de sus obligaciones; en „su arbitrio estan siempre estos medios: y sien„do preciso no buscar la felicidad sino por el de„aquellas cosas que se hallan siempre á nuestro „alcance, pues Dios nos las ha dado á este fin, es „asimismo necesario ver lo que hay libre en nó„sotros. Los bienes, la vida y la estimacion no „estan sin duda en nuestro arbitrio, ni nos llevan „á Dios; pero el entendimiento no puede ser for-

„zado á creer lo que sabe ser falso, ni la volun„tad á amar aquello que sabe que la hace desgra„ciada: estas dos facultades son, pues, del todo li„bres, y por ellas solas podemos conocer á Dios „perfectamente, amarle, obedecerle, agradarle, so„breponernos á todos los vicios, adquirir todas las „virtudes, y en consecuencia hacernos perfectos, „santos y compañeros de Dios." Tan orgullosos principios son los que conducen á Epicteto á otros errores como el de creer que el alma es una porcion de la sustancia divina; que el dolor y la muerte no son males; que es lícito el suicidio en un caso de persecucion, tal que se puede creer que Dios nos llama, &c.

2.°—Montaigne, nacido en pais cristiano, hace profesion de la religion católica, en lo cual nada tiene de singular; mas queriendo buscar una moral fundada en la razon sin la luz de la fe, sienta en tal supuesto sus principios y considera al hombre destituido de toda revelacion. Oponiéndose igualmente á los que dicen que todo es incierto, y á los que dicen que todo no lo es, sin querer dar nada por seguro, pone todas las cosas en una duda tan general y tan universal, que llegando el hombre á dudar de si duda, gira su incertidumbre sobre sí misma y sin reposo en un perpetuo círculo. En esta duda que duda de sí, y en esta ignorancia que se ignora á sí misma, consiste la esencia de su opinion. Por ningun término positivo la puede explicar: pues si dice que duda, se contradice asegurando, cuando ménos, que duda; y siendo esto formalmente contra su designio, se ve reducido á explicarse por interrogaciones: no queriendo decir, No sé, dice, Qué sé? Ellas son su di-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

visa, y contrapesadas en una balanza por las contradictorias se hallan en perfecto equilibrio: en una palabra, es puro pirrónico. Todos sus discursos, todos sus *ensayos*, giran sobre este principio; y lo que él pretende establecer bien solo es la cosa. Insensiblemente destruye todo lo que se tiene por mas cierto entre los hombres, no para establecer lo contrario con una certidumbre de la cual sola es enemigo, sino para hacer ver únicamente que siendo iguales las apariencias por una y otra parte, nada encuentra en que apoyar su creencia.

Así, pues, burlándose de todas las seguridades, combate, por ejemplo, á los que han pensado establecer un gran remedio contra los pleitos por la multitud y pretendido concierto de las leyes: ¡como si fuese dable cortar de raiz las dudas de donde nacen los procesos! ¡como si hubiese díques con que detener el torrente de la incertidumbre y sujetar las presunciones! *Mas valdria*, dice con tal motivo, *someter una causa á la decision del primero que se encontrase por la calle, que no á jueces armados de tantos reglamentos.* No tiene la ambicion de cambiar el órden del Estado, y tampoco pretende que su opinion sea la mejor, ni crée que pueda haber ninguna buena; solo intenta probar la vanidad de las que se hallan mejor recibidas, manifestando que la exclusion de todas las leyes disminuiria el número de las diferencias mas que esa multitud que á su juicio solo sirven de aumentarlas; porque las dificultades crecen á medida que se pesan, y las oscuridades se multiplican por los comentarios. Dice que el mas seguro medio de comprender el sentido de un discurso no es examinarle, sino tomarle segun su primera apa-

riencia; pues segun él, por poco que se le examine, toda su claridad se disipa. De este modo juzga á la ventura de todas las acciones humanas y de todos los puntos de historia, ya de una manera, ya de otra, siguiendo libremente su primer objeto sin reducir su pensamiento á las reglas de la razon, que en su concepto solo puede tomar falsas medidas. Embelesado en mostrar por su ejemplo las contrariedades de un mismo espíritu en ese genio enteramente libre, le es igualmente bueno en las disputas arrebatarse ó no, teniendo siempre en ambos casos un medio de hacer ver la flaqueza de las opiniones; y en fin, se deja llevar de tal manera y con tanta ventaja por esta duda universal, que á la vez le hacen fortificarse en ella su triunfo y su derrota.

Colocado en este sitio, por mas que sea vacilante y mal seguro, combate con firmeza invencible á los hereges de su tiempo que decian conocer ellos solos el sentido de la Escritura; y desde allí tambien confunde la impiedad horrible de los que se atreven á negar la existencia de Dios, atacándolos particularmente en la apología de Raimundo de Sebonde. Al verlos voluntariamente despojados de toda revelacion y abandonados á su luz natural, dejando aparte toda fe, ¿con qué autoridad, les dice, os atreveis á juzgar de este Ser soberano, infinito por su propia definicion? ¡vosotros que no conoceis en realidad ninguna de las cosas mas pequeñas de la naturaleza! Les pregunta en qué principios se fundan, y los estrecha á demostrárselos. Examina todos aquellos que pueden producir, y con la perspicacia de su gran talento los penetra de modo que desvanece los que pa-

san entre ellos por mas claros y firmes. Pregunta si el alma conoce alguna cosa; si se conoce á sí misma; si es sustancia ó accidente, cuerpo ó espíritu: qué es cada cosa de estas, y si no hay nada que no sea de uno de estos dos órdenes: si ella conoce su propio cuerpo; si sabe qué es materia; si ella lo es, cómo puede raciocinar; y si es espiritual, cómo puede estar unida á un cuerpo particular y sentir sus pasiones. Pregunta si su ser ha empezado ántes ó con el cuerpo, si acaba ó no con él; si no se engaña nunca, y si sabe cuando yerra, visto que la esencia del engaño consiste en no conocer que lo es. Pregunta asimismo si los animales raciocinan, piensan, hablan: quién puede decidir qué es *tiempo, espacio, extension, movimiento, unidad;* cosas todas que nos rodean y son enteramente inexplicables: qué es *salud, enfermedad, muerte, vida, bien, mal, justicia, pecado,* de lo cual hablamos á cada momento: si tenemos en nosotros principios de lo verdadero, y si aquellos que creemos y llamamos *axiomas ó nociones comunes á todos los hombres*, son conformes á la verdad esencial. En el supuesto, dice, de que nosotros no sabemos sino únicamente por la fe que un Ser del todo bueno nos las ha dado verdaderas, pues nos crió para conocer la verdad, ¿quién sin esa luz podrá saber si formados por el acaso no son estas nociones inciertas, ó si debiendo nuestra existencia á un ser falso y maléfico no nos las ha suministrado falsas para seducirnos? Así demuestra que Dios y lo verdadero son inseparables, y que si lo uno es ó no es, si es cierto ó incierto, lo es necesariamente del mismo modo lo otro. ¿Quién sabe, añade, si el sentido comun, que de

ordinario tomamos por juez de lo verdadero, ha sido destinado á esta funcion por el Criador? ¿Quién sabe qué es verdad? Y sin conocerla ¿cómo se puede asegurar que se posée? ¿Quién sabe qué es un ser, aunque nada haya mas comun, cuando es imposible definirle, y sería menester para explicarle servirse del ser mismo diciendo tal ó tal cosa *es?* Sin saber, pues, qué es *alma, cuerpo, tiempo, espacio, movimiento, verdad, bien*, y ni aun lo que es el ser, hasta el punto de no poder explicar la idea que de esto nos formamos, ¿cómo asegurarémos que ella en todos los hombres es la misma? La señal que tenemos de la uniformidad de consecuencias á mas de ser única, no siempre marca los principios: cualquiera sabe que pueden ser bien diferentes, y que conduciendo, sin embargo, á las mismas conclusiones, muchas veces de lo falso se deduce lo cierto.

En fin, Montaigne examina profundamente las ciencias. Habla de geometría, procurando demostrar la incertidumbre en los axiomas y términos que ella no define, como *extension, movimiento*, &c.; de física y de medicina, deprimiéndolas de mil maneras; de historia, de política, de moral, de jurisprudencia, &c. De suerte que, segun él, sin la revelacion pudiéramos creer que la vida es un sueño de que solo en la muerte despertamos, y durante el cual tenemos tan pocos principios de lo verdadero como en el natural. Así, pues, reprende con tanta dureza y tanta fuerza á la razon desnuda de la fe, que poniéndola en la duda de si es racional, y si lo son ó no los animales mas ó ménos que el hombre, la hace descender de la excelencia que ha querido atri-

buirse, y la coloca, como por un favor, en paralelo con las bestias. Sin permitirle salir de esta esfera hasta que se instruya de su calidad por su mismo Criador, la amenaza, si no se conforma, de ponerla en grado inferior á ellas, lo que le parece tan fácil como lo contrario; y no le deja entretanto mas facultad de obrar que la que necesita para reconocer su flaqueza con sencilla humildad, en vez de engreirse con necia soberbia. Al ver en este autor confundida la orgullosa razon tan invenciblemente por sus propias armas, y la revolucion sangrienta del hombre contra el hombre, que de la sociedad con Dios, á donde él se elevaba por las máximas de su débil razon, le precipita á la condicion de las bestias; no es posible dejar de sentir inexplicable gozo. ¡Cuán amable seria el ministro de tan grande venganza, si como humilde discípulo de la Iglesia por la fe, hubiera seguido las reglas de la moral cristiana inclinando á los hombres que acababa de abatir con tanta utilidad, á no irritar por nuevos crímenes á quien únicamente puede sacarlos de aquellos de que ya los habia convencido capaces no solo de poder conocer! Pero al contrario, obra como pagano: veamos su moral.

Partiendo del principio de que fuera de la fe todo es incierto, y considerando cuánto tiempo ha que se busca lo verdadero y lo bueno sin lograr nunca la tranquilidad, concluye que este cuidado se debe dejar á los demas: que es preciso entretanto permanecer sin inquietud corriendo ligeramente sobre tales materias para no hundirse fijándose en ellas; y tomar lo verdadero y lo bueno segun su primera apariencia, sin estre-

char la mano, por ser tan poco sólido que á la menor compresion se escapa por los dedos y la deja vacía. Sigue la referencia á los sentidos y las nociones comunes; porque seria preciso violentarse para desmentirlas, y porque ignorando donde está lo cierto, tampoco sabe si esto le podria ser de utilidad. Huye tambien del dolor y la muerte, porque se ve impelido á hacerlo por su instinto, al que por la misma razon no se quiere oponer; mas no se fia mucho en los movimientos de temor, ni se atreveria á concluir que son verdaderos males, respecto á que tambien se sienten movimientos de placer reputados por malos, aunque la naturaleza, dice él, hable al contrario. „Así es que, prosigue, nada tengo de extravagante en mi conducta; obro como los demas: todo cuanto ellos hacen creyendo neciamente que siguen el verdadero bien, yo guiado del principio de que las verosimilitudes se hallan igualmente por una y otra parte, lo hago dejándome arrastrar por el contrapeso del ejemplo y la comodidad." Sigue despues las costumbres de su pais, arrebatado por el hábito: monta su caballo porque este lo permite; pero sin creer hacerlo por derecho, ignora al contrario, si el animal le tiene para servirse de él. Aun para evitar ciertos vicios se hace alguna violencia: guarda la fidelidad del matrimonio; porque siendo en todo el bienestar y la tranquilidad la guia de sus acciones, huye del disgusto que causan los desórdenes. Arroja, pues, léjos de sí esa virtud estoica que se pinta con semblante severo, ojos fieros, cabellos erizados, frente arrugada y cubierta de sudor, en postura violenta, desviada de los hombres, en un triste

silencio y sola sobre la punta de una roca: fantasma, dice, capaz de espantar á los niños, y que en continuo afan no hace mas que buscar un reposo á que no llega nunca. La suya es sencilla, familiar, jovial, festiva y juguetona: blanda y tranquilamente recostada en el seno de la ociosidad, sigue lo que la alegra; y chanceando al descuido sobre los buenos ó malos accidentes, hace ver á los hombres que buscan la felicidad con tanta pena, que allí es donde descansa, y que la ignorancia y la desidia para una cabeza bien construida, son dos almohadas suaves.

3.°—Leyendo á Montaigne y comparándole con Epicteto, no es posible disimular que ellos eran sin duda los dos mas grandes defensores de las dos mas célebres sectas del mundo infiel, y que entre las de los hombres destituidos de la luz de nuestra religion, son las únicas enlazadas y consecuentes en alguna manera. Porque, á la verdad, sin la revelacion, ¿qué puede hacerse sino seguir uno ú otro de estos dos sistemas? El primero: Hay un Dios; luego él es quien ha criado al hombre: le ha hecho para sí mismo, y de modo que sea justo y dichoso: luego el hombre puede conocer la verdad y elevarse por la sabiduría hasta ese Dios, su soberano bien. Segundo sistema: El hombre no se puede elevar hasta Dios; sus inclinaciones se oponen á la ley; propende á buscar su felicidad en los bienes visibles, y aun en aquello que se reputa por mas vergonzoso. Todo, pues, se nos presenta incierto: y siéndolo igualmente el verdadero bien, parece que estamos reducidos á no tener ni regla fija sobre lo que concierne á las costumbres, ni certeza en las ciencias.

Se experimenta un placer extremado, notando en estos diversos raciocinios lo que unos y otros han descubierto de verdad en sus ensayos para conocerla. Porque si al observar en todas las obras de la naturaleza su deseo de pintarnos á Dios, nos es tan grato el descubrir en algunos caracteres su imágen, ¿cuánto mas lo será contemplarla en las producciones de los entendimientos al ver sus esfuerzos para llegar á la verdad, y advertir en qué la alcanzan y en qué se desvian de ella? Tal es la principal utilidad que debe procurarse en esta clase de lecturas.

Parece que el orígen de los errores de Epicteto y los estoicos por un lado, y de Montaigne y los epicúreos por otro, es no haber sabido que el estado presente del hombre difiere del de su creacion. Los unos, descubriendo algunas huellas de su primitiva grandeza sin saber que se hallan corrompidos, han tratado á la naturaleza como sana y sin necesidad de un redentor; lo que los ha llevado al colmo del orgullo. Los otros, experimentando su miseria presente, é ignorando su primera dignidad, han considerado esta naturaleza como necesariamente enferma é incurable; y desesperados de no poder llegar á un verdadero bien, se han hundido en lo último del envilecimiento. Ambos estados, que seria menester considerar unidos para ver toda la verdad, examinados con separacion conducen necesariamente al orgullo ó la pereza; vicios en que es preciso se hallen sumergidos todos los hombres sin la gracia: y así es que estos, cuando por cobardía no dejan sus excesos haciéndolo por vanidad, son siempre esclavos de los espíritus malignos, á quie-

nes, como dice S. Agustin, en mil maneras ofrecen sacrificios.

Se ve, pues, que de ser guiados por tan escasas luces, dimana que los unos se degraden en la humillacion conociendo la imposibilidad y no el deber; y que los otros conociendo el deber y no su imposibilidad, se dejen arrebatar por el orgullo. Puede tal vez imaginarse que mezclándolos seria posible formar una moral perfecta; mas en vez de esta paz solo resultaria de su conjunto una guerra y destruccion general: porque estableciendo los unos la certeza y los otros la duda, aquellos la grandeza del hombre y estos su debilidad, jamas podrian avenirse y conciliarse; de manera, que así como por sus defectos es imposible que subsistan solos, por la contrariedad de sus oposiciones tampoco es posible que puedan unirse.

4.°—Mas para dar lugar á la verdad de la revelacion, es preciso que se hagan polvo y se anonaden. Ella es la que con un arte del todo divino acuerda las contrariedades mas formales: desechando lo falso y uniendo cuanto hay verdadero, enseña con una sabiduría verdaderamente celestial el punto en que convienen los principios opuestos que parecen mas incompatibles en las doctrinas puramente humanas. En vez de seguir á los sabios del mundo, que colocando las contrariedades en un objeto mismo, cuando uno atribuia la fuerza á la naturaleza, otro daba á esta misma naturaleza la debilidad, lo que no puede ser; la fe nos enseña á situarlas en objetos distintos: toda fragilidad pertenece á la naturaleza, todo poder al auxilio de Dios. Tal es la union

pasmosa y nueva que únicamente él podia hacer y enseñar, y no es mas que una imágen y un efecto de la union inefable de ambas naturalezas en la sola persona de un Hombre-Dios. De este modo insensiblemente conduce la filosofia á la teología; y sea cual fuere la verdad de que se trate, es dificil no encontrarse con esta, pues de todas es centro, como se manifiesta aquí perfectamente al verla contener en sí del modo mas visible lo que hay verdadero en opiniones tan contrarias. No se alcanza cómo podrá rehusar seguirla ninguno de esos sabios. Si estan hinchados de la grandeza humana, ¿han podido imaginar jamas nada sobre ella que pueda compararse á las promesas del Evangelio, á esas promesas que son el precio digno de la muerte de un Dios? Si se recrean en contemplar la debilidad de la naturaleza, ¿podrá su idea igualar la de la verdadera flaqueza del pecado que vino á remediarse por la misma muerte? No solo encuentra aquí cada partido todo lo que desea, sino lo que es mas admirable, una union sólida. ¡La encuentran esos hombres que en un grado infinitamente inferior no podian avenirse!

5.°—Los cristianos tienen, generalmente, poca necesidad de las lecturas filosóficas. Sin embargo, Epicteto posée un arte admirable para turbar el reposo de los que le buscan en las cosas exteriores, y para forzarlos á reconocer que son unos verdaderos esclavos y desdichados ciegos, y que el horror y el dolor, de que tanto huyen, no pueden evitarlos si no se entregan sin reserva á Dios solo. Montaigne es incomparable para confundir la soberbia de los que sin la fe se vanaglo-

rian de una verdadera justicia; para desengañar á los que adheridos á su propia opinion creen hallar en las ciencias verdades inmutables independientes de la existencia y de las perfeccionos de Dios; y en fin, para convencer de tal manera á la razon de su escasez de luces y de sus extravios, que despues de su lectura es muy difícil verse tentado á no admitir los misterios por considerarlos repugnantes: venciendo el espíritu, aleja el deseo de juzgar si son posibles; lo que entre el comun de los hombres se controvierte con demasiada frecuencia. Mas Epicteto combatiendo la pereza, conduce al orgullo, y pudiera ser perjudicial á aquellos que no estan persuadidos de la corrupcion de toda justicia que no dimana de la fe. Montaigne, por su parte, es absolutamente pernicioso á cuantos tienen alguna propension á la inquietud y á los vicios. Por lo mismo ambas lecturas debian arreglarse con el mayor juicio, discrecion y cuidado, á la condicion y á las costumbres de los que se dedican á ellas. Con todo, parece que unidas no pueden dejar de producir buen efecto; porque la una se opone á lo malo de la otra. Es verdad que no pueden dar la virtud, pero turban los vicios; pues colocado el hombre entre los dos sistemas, cuando el uno rechaza el orgullo y el otro la pereza, ni puede huir de todos sus vicios, ni el propio raciocinio le permite descansar en ninguno.

ARTICULO XII.

Sobre la condicion de los grandes. (1).

1.°—Para que podais formar una idea exacta de vuestra condicion, consideradla en esta imágen.

Arrojado un hombre por una tempestad á una isla incógnita á tiempo que sus habitantes se afanaban en buscar á su rey, que habian perdido, la casualidad quiso que la perfecta semejanza de aquel hombre con este, les hiciese creer haberle hallado, y que el supuesto rey fuese reconocido como verdadero por el pueblo. Sin saber desde luego qué partido tomar, al fin prestándose á su buena fortuna recibió los homenages que quisieron rendirle, y se dejó tratar de soberano.

Mas como cuando recibia éstos homenages no podia olvidar su condicion natural, en vez de creer que fuese el rey buscado ni que aquel reino le perteneciese, se le ocurrian dos pensamientos: el uno, de que obraba como rey, y el otro de que léjos de serlo, únicamente la casualidad habia querido darle este lugar. Manifestando, pues, el primer pensamiento, y ocultando el segundo,

(1) Pascal dirige la palabra á M. Arthus Gouffier, duque de Roannez, par de Francia, quien despues de haber sido gobernador del Poitou, se retiró á la casa de la Institucion de los Padres del Oratorio. Entre los amigos de Pascal fué el que tomó mas interes en recoger y publicar sus pensamientos en 1668.

Todo este articulo es sacado del libro titulado: *Sobre la educacion de un Principe* por Nicolas Chateresne. La redaccion es de este; los pensamientos de Pascal. (Ed. de 1821.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rian de una verdadera justicia; para desengañar á los que adheridos á su propia opinion creen hallar en las ciencias verdades inmutables independientes de la existencia y de las perfeccionos de Dios; y en fin, para convencer de tal manera á la razon de su escasez de luces y de sus extravios, que despues de su lectura es muy difícil verse tentado á no admitir los misterios por considerarlos repugnantes: venciendo el espíritu, aleja el deseo de juzgar si son posibles; lo que entre el comun de los hombres se controvierte con demasiada frecuencia. Mas Epicteto combatiendo la pereza, conduce al orgullo, y pudiera ser perjudicial á aquellos que no estan persuadidos de la corrupcion de toda justicia que no dimana de la fe. Montaigne, por su parte, es absolutamente pernicioso á cuantos tienen alguna propension á la inquietud y á los vicios. Por lo mismo ambas lecturas debian arreglarse con el mayor juicio, discrecion y cuidado, á la condicion y á las costumbres de los que se dedican á ellas. Con todo, parece que unidas no pueden dejar de producir buen efecto; porque la una se opone á lo malo de la otra. Es verdad que no pueden dar la virtud, pero turban los vicios; pues colocado el hombre entre los dos sistemas, cuando el uno rechaza el orgullo y el otro la pereza, ni puede huir de todos sus vicios, ni el propio raciocinio le permite descansar en ninguno.

ARTICULO XII.

Sobre la condicion de los grandes. (1).

1.°—Para que podais formar una idea exacta de vuestra condicion, consideradla en esta imágen.

Arrojado un hombre por una tempestad á una isla incógnita á tiempo que sus habitantes se afanaban en buscar á su rey, que habian perdido, la casualidad quiso que la perfecta semejanza de aquel hombre con este, les hiciese creer haberle hallado, y que el supuesto rey fuese reconocido como verdadero por el pueblo. Sin saber desde luego qué partido tomar, al fin prestándose á su buena fortuna recibió los homenages que quisieron rendirle, y se dejó tratar de soberano.

Mas como cuando recibia éstos homenages no podia olvidar su condicion natural, en vez de creer que fuese el rey buscado ni que aquel reino le perteneciese, se le ocurrian dos pensamientos: el uno, de que obraba como rey, y el otro de que léjos de serlo, únicamente la casualidad habia querido darle este lugar. Manifestando, pues, el primer pensamiento, y ocultando el segundo,

(1) Pascal dirige la palabra á M. Arthus Gouffier, duque de Roannez, par de Francia, quien despues de haber sido gobernador del Poitou, se retiró á la casa de la Institucion de los Padres del Oratorio. Entre los amigos de Pascal fué el que tomó mas interes en recoger y publicar sus pensamientos en 1668.

Todo este articulo es sacado del libro titulado: *Sobre la educacion de un Principe* por Nicolas Chateresne. La redaccion es de este; los pensamientos de Pascal. (Ed. de 1821.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por el uno trataba con el pueblo, y por el otro discurria consigo mismo.

No os parezca menor el acaso á que debeis las riquezas de que os hallais en posesion, y de que como dueño podeis disponer á vuestro arbitrio: vuestros derechos á ellas no estan mejor fundados. Por vos mismo y por vuestra naturaleza, así como aquel, no los teneis; y no solo os veis hijo de un duque, sino que os hallais en este mundo por una infinidad de acasos. Vuestro nacimiento ha dependido de un matrimonio, ó por mejor decir, de todos los de vuestros ascendientes. Y estos matrimonios ¿de qué provinieron? De un encuentro en una visita, de un discurso al aire, de mil ocasiones imprevistas.

Me diréis que esas riquezas os han venido de vuestros abuelos. ¿Y no debieron ellos su adquisicion á mil casualidades, así como vos su conservacion á otras mil? Muchos, sin ser ménos diestros, ó no supieron conservarlas, ó no pudieron adquirirlas. Así pues, ¿podeis imaginar que por alguna via natural hayan pasado esos bienes de las manos de vuestros antepasados á las vuestras? Nada de eso. Este es un órden fundado únicamente en la voluntad de los legisladores, que pudieron tener graves motivos para establecerle, pero, sin la menor duda, ninguno tomado de un derecho natural por vuestra parte á cosa alguna semejante. Si hubieran querido disponer que éstos bienes á la muerte de vuestros padres volviesen al tesoro público, no tendriais el mas ligero motivo de quejaros.

Por consiguiente, todo el título en cuya virtud los poseeis, sin estar fundado en la naturaleza no

es mas que un establecimiento puramente humano. Un giro diferente de imaginacion por parte de los legisladores os hubiera hecho pobre: solo á este concurso de acasos, á este capricho de las leyes que os han favorecido es á quien debeis la posesion de todos esos bienes.

Esto no es decir que no os pertenezcan legítimamente, y que sea permitido á otro quitároslos: Dios es el dueño de ellos; y habiendo permitido á las sociedades formar leyes para repartirlos, desde que éstas leyes se hallan establecidas es injusto violarlas. Ved aquí lo que os distingue un poco del hombre de que acabo de hablar. No poseyendo su reino sino por un error del pueblo, Dios no autorizaria tal posesion y le obligaria á renunciarla, en vez de lo cual favorece la vuestra. Pero teneis con él enteramente de comun que vuestros derechos, así como los suyos, no se fundan en una calidad, en un mérito existente en vos mismo que os haga digno de ellos. Vuestra alma y vuestro cuerpo son por sí indiferentes á la condicion de duque ó de barquero: no hay lazo alguno natural que los ligue á aquella mas que á esta.

Y de aquí ¿qué se sigue? Que debiendo tener dos pensamientos, como el rey de quien hemos hablado, si os conducis exteriormente con los hombres segun vuestra clase, debeis reconocer en vuestro pensamiento oculto, pero mas verdadero, que por lo natural en nada les sois superior. Si la opinion pública os eleva sobre el comun de los hombres, haced que humillándoos la vuestra os mantenga en vuestro propio estado, es decir, en una perfecta igualdad con todos ellos.

*

El pueblo que os admira, acaso no conoce este secreto. Crée que el nacimiento ilustre es una verdadera grandeza, y casi contempla á los grandes como hombres de distinta naturaleza que los otros. No les hagais, si quereis, ver su error; mas tampoco abuseis con insolencia de vuestra elevacion, y sobre todo no os desconozcais á vós mismo persuadiéndoos que vuestro ser tiene nada mas noble que el de los demás.

¿Qué diriais de ese hombre hecho rey por el error del pueblo si llegase á olvidar su condicion natural hasta imaginar que su reino le era debido, que le merecia y le pertenecia por derecho? Admiraríais indudablemente su necedad y su locura. Pero ¿hay ménos locura y ménos necedad en las personas de clase distinguida que viven en tan extraño olvido de su condicion natural?

¡Cuán importante es para ellas este aviso! Todos los arrebatos, toda la violencia y la fiereza de los grandes no dimanan sino de que ignoran absolutamente lo que son: si contemplasen su interior, bien persuadidos de que iguales á todos los hombres no tienen por sí mérito alguno para gozar de esas pueriles ventajas que Dios les ha dado sobre los demas, muy difícil seria que los tratasen con orgullo. Para conducirse de este modo es preciso olvidarse de sí mismo, y creer que se posée una ventaja real: de aquí proviene la ilusion que me propongo descubriros.

2.°—A fin de que eviteis una injusticia tan visible, demasiado comun en los hombres de vuestra condicion porque ignoran su naturaleza, conviene desde luego que sepais lo que se os debe, para que así no pretendais exigir lo que no os es debido.

Hay en el mundo dos suertes de grandeza: de

establecimiento, y naturales. Aquellas dependen de la voluntad de los hombres, que han creido con razon deber honrar á ciertas clases uniendo á ellas ciertas atenciones. La nobleza y los empleos son de este género. En un pais son honrados los nobles, en otro los plebeyos; en este los primogénitos, en el otro los que se siguen á estos. ¿Y por qué? Porque así lo han querido los hombres. Este órden era sin duda indiferente ántes de su establecimiento; pero despues viene á ser justo, porque ya establecido es injusto turbarle.

Las grandezas naturales consisten en las calidades reales y efectivas del alma ó del cuerpo, mas ó ménos estimables: como la ciencia, las luces, el entendimiento, la salud, la fuerza; y son por lo mismo independientes del capricho de los hombres.

Siempre somos deudores de algun modo á una y otra de estas dos grandezas; mas como son de una naturaleza diferente, les debemos tambien diferentes respetos. A la grandeza de establecimiento le debemos respetos de establecimiento, es decir, ciertas ceremonias exteriores que, sin embargo, deben acompañarse, como ya hemos visto, de un reconocimiento interior de la justicia de este órden, pero que no nos hace concebir una calidad real en aquellos á quienes honramos de tal modo. A los reyes es menester hablarles de rodillas; en las habitaciones de los príncipes es necesario permanecer en pié. Solo la necedad y bajeza de alma pueden rehusarles semejantes honores.

Mas en cuanto á los respetos naturales, que consisten en la estimacion, no los debemos sino á la grandeza natural; así como, al contrario, debemos el menosprecio y la aversion á las calidades que se

oponen á ella. Es necesario que yo os salude porque sois un duque; pero porque lo sois no es necesario que os estime. Si sois duque y hombre de bien tributaré el respeto que debo á cada una de estas dos calidades: no os negaré las ceremonias que merece lo uno, ni la estimacion que corresponde á lo otro. Mas si fuéseis duque sin ser hombre de bien, tampoco os faltaria á la justicia; porque rindiéndoos los respetos exteriores que los hombres han querido conceder á los de vuestra clase, no dejaria de veros con el menosprecio interior que mereciese la ruindad de vuestra alma.

Ved aquí en qué consiste la justicia de éstos deberes. La injusticia es aplicar los respetos naturales á las grandezas de establecimiento, ó exigir los de establecimiento por la posesion de las grandezas naturales. Fulano es mejor geómetra que yo, y como tal quiere obligarme á que le ceda el paso: este hombre no lo entiende. La geometría, le diré, es una grandeza natural que demanda preferencia en la estimacion; pero los hombres no le han concedido ninguna exterior. Pasaré pues, ántes, sin dejar por eso de estimarle mas que á mí en calidad de geómetra. De la misma suerte si vos siendo duque y par, no contento con que yo permaneciese descubierto delante de vos, quisiéseis todavía que os estimase, os suplicaria me hiciéseis ver por qué. Si entónces me manifestáseis calidades dignas de estimacion, siéndoos debida yo no podria rehusárosla; pero si nó, seriais injusto en exigírmela, y ademas no podriais conseguirlo aunque fuéseis el príncipe mas poderoso de la tierra.

3.°—Quiero, pues, daros á conocer vuestra verdadera condicion, porque esto es lo que mas ignoran las personas de vuestro nacimiento. ¿Qué es á vuestro juicio un gran señor? Un hombre que posée muchos objetos de la concupiscencia de los otros, y puede por lo mismo satisfacer las necesidades y los deseos de muchos. Estas necesidades y deseos son los que los dirigen hácia vos, y sin los cuales jamas os fijarian su vista: los servicios que os hacen y los respetos que os rinden son el precio anticipado de la parte que esperan de esos bienes que desean y podeis darles.

Rodeado Dios de gentes llenas de caridad, le piden les conceda estos bienes. El, que los posée, es propiamente el rey de la caridad.

De la misma suerte os cerca á vos un corto número sobre el cual reinais á vuestro modo. Gentes llenas de concupiscencia, os piden los bienes de la concupiscencia: la concupiscencia los acerca á vos; sois propiamente rey de concupiscencia. Vuestro reino es de corta extension á la verdad; mas en cuanto á la dignidad real os hallais al nivel de los mas grandes reyes de la tierra: así como vos, ellos tambien son reyes de concupiscencia. En la concupiscencia está su fuerza, es decir, en la posesion de las cosas que excitan el apetito de los hombres.

Mas conociendo vuestra condicion natural, usad de los medios propios de ella, y no pretendais reinar por otra via diversa de la que os ha hecho rey. No es vuestra fuerza ni vuestra potestad natural la que os somete todas esas personas; y así no querais tratarlas con dureza, ni dominarlas por la fuerza. Satisfaced sus justos deseos, aliviad sus necesidades, haced consistir vuestro placer en la beneficencia, prevenid sus miserias cuanto os fuere posi-

ble, y obraréis como verdadero rey de concupiscencia.

No va mucho mas léjos lo que os digo, y si no pasais de ahí os perderéis; mas á lo ménos os perderéis como hombre honrado. ¡Cuántos se condenan néciamente por la avaricia, la brutalidad, la corrupcion, la violencia, los arrebatos, las blasfémias! El medio que os propongo sin duda es mas honroso: mas siendo siempre la mayor locura el condenarse, ved aquí porqué es indispensable despreciar la concupiscencia y su reino, y aspirar al de la caridad, donde todos los súbditos solo respiran caridad, y no desean mas bienes sino aquellos que es capaz de producir la caridad. A otros pertenece mostraros el camino: á mí me basta el haberos desviado de las sendas brutales por donde veo que muchas personas de vuestra condicion se dejan arrastrar, ignorando, como ya os he dicho, la verdadera naturaleza de ella.

PENSAMIENTOS

SOBRE

LA RELIGION

Y OTRAS MATERIAS,

QUE ESCRIBIÓ EN FRANCES

BLAS PASCAL,

Aumentados de una Tabla Analítica, y traducidos de la edicion de 1821, *que comprende tambien algunos que no se habian publicado.*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

TOMO II.

MEJICO: 1834.

Imprenta de Galvan á cargo de M. Arévalo,
Calle de Cadena núm. 2.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ble, y obraréis como verdadero rey de concupiscencia.

No va mucho mas léjos lo que os digo, y si no pasais de ahí os perderéis; mas á lo ménos os perderéis como hombre honrado. ¡Cuántos se condenan néciamente por la avaricia, la brutalidad, la corrupcion, la violencia, los arrebatos, las blasfémias! El medio que os propongo sin duda es mas honroso: mas siendo siempre la mayor locura el condenarse, ved aquí porqué es indispensable despreciar la concupiscencia y su reino, y aspirar al de la caridad, donde todos los súbditos solo respiran caridad, y no desean mas bienes sino aquellos que es capaz de producir la caridad. A otros pertenece mostraros el camino: á mí me basta el haberos desviado de las sendas brutales por donde veo que muchas personas de vuestra condicion se dejan arrastrar, ignorando, como ya os he dicho, la verdadera naturaleza de ella.

PENSAMIENTOS

SOBRE

LA RELIGION

Y OTRAS MATERIAS,

QUE ESCRIBIÓ EN FRANCES

BLAS PASCAL,

Aumentados de una Tabla Analítica, y traducidos de la edicion de 1821, *que comprende tambien algunos que no se habian publicado.*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

TOMO II.

MEJICO: 1834.

Imprenta de Galvan á cargo de M. Arévalo,
Calle de Cadena núm. 2.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Propiedad de Mariano Galvan Rivera.

SEGUNDA PARTE

Que contiene los pensamientos inmediatamente relativos á la Religion.

ARTICULO I.

Contrariedades asombrosas que se hallan en la naturaleza del hombre sobre la verdad, la felicidad, y otras muchas cosas.

1.° NADA se advierte mas extraño en la naturaleza del hombre, que sus contrariedades respecto de todas las cosas. Hecho para conocer la verdad, la desea con ardor, la busca ansioso; y sin embargo, cuando mas quiere apoderarse de ella se le confunde y desvanece de tal suerte, que se le puede disputar su posesion. De aquí han nacido las dos sectas de los pirrónicos y de los dogmatistas. Aquellos han querido quitarle todo conocimiento de la verdad, éstos asegurársela: mas unos y otros se fundan en razones tan poco verosímiles, que cuando no hay mas guia que la que encuentra el hombre en su naturaleza, solo consiguen aumentar su confusion y su embarazo.

La principal razon de los pirrónicos es que no tenemos ninguna certidumbre de la verdad de los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

principios, fuera de la fe y la revelacion, sino en cuanto los sentimos naturalmente en nosotros. Pero este sentimiento natural no es una prueba convincente de su verdad; porque no habiendo certeza, fuera de la fe, de si el hombre ha sido criado por un Dios bueno ó un demonio maléfico, ni de si ha existido siempre ó fué hecho por acaso, está en duda si estos principios se nos han dado verdaderos, ó falsos, ó inciertos, segun nuestro origen. Por otra parte, sin la fe nadie estará seguro de si vela ó duerme, puesto que soñando no se crée ménos firmemente velar que velando en efecto. En un sueño parece que se ven los espacios, las figuras, los movimientos: se siente correr el tiempo, se le mide; en fin, se obra del mismo modo que hallándose despierto. Pasando, pues, en sueño la mitad de nuestra vida, como nosotros mismos lo reconocemos, sin idea alguna de lo verdadero, pues represéntese lo que se quiera entónces no son mas que ilusiones nuestros sentimientos; ¿quién sabe si esta otra mitad de la vida en que creemos velar no es un sueño algo diferente del primero de que despertamos cuando pensamos dormir, así como á veces soñamos que soñamos, hacinando sueños sobre sueños?

Prescindo de los discursos que hacen los pirrónicos contra las impresiones del hábito, de la educacion, de las costumbres, de los paises y de todo lo demas que arrastra á la mayor parte de los hombres que sobre fundamentos vanos pretenden introducir nuevas doctrinas.

El único fuerte de los dogmatistas es, que hablando con sinceridad y buena fe, no se puede dudar de los principios naturales. Nosotros, dicen, conocemos la verdad no por raciocinio solamente,

sino tambien por sentimiento y por una inteligencia viva y luminosa; y de esta manera última es como conocemos los primeros principios. En vano el raciocinio, sin parte alguna en ellos, se esfuerza en combatirlos. Los pirrónicos, que solo tienen esta mira, trabajan sin provecho. Sabemos que no soñamos, sea cual fuere nuestra incapacidad de hacerlo ver por la razon. Esta incapacidad prueba la flaqueza de nuestro entendimiento, y no, como pretenden ellos, la incertidumbre de todos nuestros conocimientos; porque el de los primeros principios de que hay *espacio*, *tiempo*, *movimiento*, *número*, *materia*, es tan firme como no puede serlo ninguno dado por nuestros raciocinios. Sobre estos conocimientos de inteligencia y sentimiento es preciso que la razon se apoye y funde todo su discurso. Yo siento que el espacio tiene tres dimensiones, y que son infinitos los números; y la razon demuestra que no hay en ellos dos cuadrados de los cuales el uno sea el doble del otro. Los principios se sienten; las proposiciones se concluyen; todo por diferentes vías, pero con certidumbre. Ademas, es tan ridículo que la razon demande al sentimiento y á la inteligencia las pruebas de estos primeros principios para consentirlos, como lo seria que la inteligencia pidiera á la razon un sentimiento de todas las proposiciones que demuestra. Se ve, pues, que la incapacidad puede servir para humillar á la razon que pretende formar juicio de todo; mas no para combatir nuestra certeza, como si la razon únicamente fuese capaz de instruirnos. ¡Pluguiese á Dios que sin necesitar de ella jamas, conociésemos todas las cosas por sentimiento y por instinto! Mas habiéndonos rehusado este beneficio la naturaleza que solo nos ha

dado muy pocos conocimientos por tal medio, los demas no pueden adquirirse sino por el de la fuerza del raciocinio.

Ved aquí, pues, la guerra abierta entre los hombres. Precisados todos á tomar partido, es indispensable que cada uno se coloque en las filas del dogmatismo ó del pirronismo; porque siendo la esencia de esta última secta la neutralidad, quien pensase permanecer neutral seria pirrónico por antonomasia: el que no es en su contra es eminentemente á su favor. ¿Qué hará, pues, en tal estado el hombre? Dudará si está despierto, si le causa dolor una espina que se le haya clavado, si le quema el fuego abrasándose en él? ¿Dudará si existe, dudará si duda, dudará, en fin, de todo? No siendo esto posible, doy por hecho que jamas ha habido pirrónico efectivo y perfecto: la naturaleza sostiene á la razon impotente, y le impide extraviarse hasta este punto. ¿Dirá, al contrario, que posée ciertamente la verdad el que por poco que se vea estrechado, sin poder mostrar título alguno se ve en la necesidad de abandonar el campo?

¿A quién, pues, será dado aclarar este embrollo? La naturaleza confunde á los pirrónicos, y á los dogmatistas la razon. Hombres que buscais vuestra verdadera condicion en vuestra razon natural, ¿qué será de vosotros cuando sin poder huir de las dos sectas, en ninguna de ellas podeis permanecer?

Hé aquí lo que es el hombre con relacion á la verdad: considerémosle ahora con respecto á la felicidad, su único fin. En efecto, sean cuales fueren los medios, todos sin excepcion se inclinan exclusivamente á él. Lo que obliga á uno á ir á la guerra, á otro á que no vaya, es en los dos un deseo mismo que se dirige por diferentes vias. Jamas da la voluntad paso alguno si no es á este objeto, móvil de todas las acciones aun de aquellos mismos que se matan y se ahorcan. Mas á pesar de tan grandes esfuerzos despues de tantos siglos, nadie ha llegado á este punto sin la fe: se quejan de no haber podido conseguirlo príncipes y súbditos, nobles y plebeyos, viejos y mozos, fuertes y débiles, doctos é ignorantes, sanos y enfermos: de todos los paises, de todos los tiempos, de todas las condiciones y edades.

Una prueba tan larga, tan continuada y uniforme, debiera ya habernos convencido de la insuficiencia de nuestras fuerzas para llegar al bien; pero no nos instruye el ejemplo. Nunca es tan del todo semejante que no haya una delicada diferencia: de aquí deducimos que nuestra esperanza no será frustrada en esta vez como lo fué en la que precedió; y sin satisfacernos lo presente, burlándonos esa misma esperanza, de desdicha en desdicha nos conduce á la muerte, colmo eterno de todas.

Decaido el hombre de su estado natural, no ha habido cosa alguna á que no haya podido inclinarse. No le ha ofrecido la naturaleza un solo objeto incapaz de ocupar el lugar de su fin y su dicha: le han tenido los astros, los elementos, las plantas, los animales, los insectos, las enfermedades, las guerras, los crímenes, los vicios. Esto no es de extrañar: despues de haber perdido el verdadero bien, puede considerar como tal hasta su misma destruccion, por mas que sea contraria al buen juicio y á la naturaleza.

Unos han buscado la dicha en la autoridad, otros en las curiosidades y en las ciencias, otros final-

mente en los placeres. Estas tres concupiscencias han formado tres sectas; y los llamados filósofos no han hecho en realidad otra cosa que seguir una de ellas. Los que mas se han acercado á la verdad han conocido que siendo el bien universal deseado por todos los hombres, y excitando en todos por lo mismo el mayor interes, no debe consistir en ninguna de las cosas particulares que no puede poseer mas que uno solo, y que si se dividen, afligen mas al poseesor por la falta de aquella parte que no tiene, que le placen por el goce de la que posée. Mas comprendiendo que el verdadero bien debe ser tal que á la vez puedan todos poseerle sin diminucion, sin envidia y sin que nadie le pierda contra su voluntad; en vez de este bien sólido y real que no han podido hallar, han abrazado solo la imágen visionaria de una virtud quimérica.

Nuestro instinto nos hace sentir que es preciso buscar nuestra felicidad en nosotros mismos; mas nuestras pasiones nos echan hácia fuera, sin que sea necesario que los objetos exteriores se presenten á excitarlas; y estos nos llaman de por sí cuando estamos léjos de pensar en ellos. De consiguiente, por mas que digan los filósofos: Entrad en vosotros de nuevo y hallaréis vuestra dicha, no les dan crédito sino los hombres nécios y faltos de buen juicio. Porque á la verdad, ¿hay nada mas ridículo y mas vano que lo que proponen los estóicos, ni nada mas extravagante y mas falso que todos sus discursos? Ellos concluyen que se puede siempre lo que se puede algunas veces; y que si el deseo de la gloria hace ejecutar bien cualquiera cosa á los que estan poseidos de él, de la misma suerte la podrán ejecutar los otros. Estos son mo-

vimientos de una fiebre, y no puede imitarlos la salud.

2.°—La guerra interior que la razon sostiene contra las pasiones ha dividido en dos sectas á los que han pretendido disfrutar de la paz. Los unos han querido renunciar á las pasiones y convertirse en dioses; los otros renunciar á la razon y convertirse en béstias. Mas sin poder lograr su fin aquellos ni éstos, la razon, permaneciendo siempre, acusa la injusticia y bajeza de las pasiones, continuamente vivas aun en aquellos mismos que quieren dejarlas, y turba el reposo de los que viven abandonados á ellas.

3.°—Esto es todo lo que puede hacer el hombre por sus propios esfuerzos en órden á la verdad y la dicha. Nos hallamos en una imposibilidad de probar invencible á todo el dogmatismo, y tenemos una idea de la verdad invencible á todo el pirronismo. Deseamos la verdad, y no hallamos en nosotros sino incertidumbre. Buscamos la felicidad, y solo encontramos la miseria. Somos incapaces de no desear la verdad y la ventura, y somos igualmente incapaces de la certeza y de la dicha. Para castigarnos, no ménos que para hacernos conocer y sentir desde donde hemos caído, nos ha quedado este deseo.

4.°—Si el hombre no se hizo para Dios, ¿por qué no es dichoso sino en Dios? Si está hecho para Dios, ¿por qué se manifiesta tan contrario á Dios?

5.°—El hombre ignora la clase en donde se debe colocar. Visiblemente descarriado, siente en sí mismo los restos de un estado feliz de que ha decaido y que no puede recobrar, buscándole con inquietud y sin éxito en medio de tinieblas impene-

trables. He aquí el orígen del combate de los filósofos, unos empeñados en elevar al hombre ostentando sus grandezas, y otros en humillarle representando sus miserias. Lo mas extraño es que cada partido se sirve de las razones del contrario para establecer su opinion; porque la miseria del hombre se concluye de su grandeza, y esta de su miseria. Así es que, los unos, tanto mejor han deducido la miseria, cuanto mas han tomado por pruebas la grandeza; y á su vez los otros la grandeza con tanta mayor fuerza, cuanto que la han sacado de la miseria misma. Siendo la del que cae, en razon de la altura de donde se desprende, todo lo que los unos han podido decir para demostrar la grandeza, solo ha servido de argumento para concluir la miseria los otros, del mismo modo que estos intentando probarla han servido á sus contrarios para que concluyan la grandeza: y como á medida que las luces del hombre son mas claras descubre mas y mas uno y otro, los filósofos excediéndose alternativamente en la carrera de sus indagaciones, no hacen mas que describir un círculo sin fin. En una palabra, el hombre es miserable, pues conoce que lo es; mas conociéndolo, es demasiado grande.

¡Qué quimera, qué rareza, qué cáos, qué objeto de contradiccion presenta el hombre! Juez de todas las cosas, é imbécil gusanillo de la tierra; depositario de la verdad, y cúmulo de incertidumbres; gloria del mundo, y á la vez su ignominia. Engrandeciéndole cuando quiere abatirse y humillándole cuando quiere elevarse, le contradiré sin cesar miéntras no llegue á comprender que es el monstruo mas incomprensible.

ARTICULO II.

Necesidad de estudiar la Religion.

Los que combaten la religion, á lo ménos sepan ántes lo que es. Si esta religion se gloriase de tener una vista clara de Dios, y de poseerle á descubierto y sin velo, seria combatirla el decir que nada se ve en el mundo que lo demuestre con esta evidencia. Mas cuando, al contrario, dice que los hombres se hallan en las tinieblas y desviados de Dios: cuando enséña que él se halla oculto á su conocimiento, y que aun este es el nombre que ha querido darse en la Escritura: cuando, en fin, procura establecer que Dios ha puesto señales sensibles en la Iglesia para manifestarse á los que le buscan con sinceridad, y que, con todo, las ha cubierto de manera que jamas le podrán conocer sino los que le buscan de todo corazon; ¿qué ventaja pretenden sacar los que habiendo profesado el descuido de buscar la verdad, gritan que nada se las muestra, al paso que la misma obscuridad en que se hallan y objetan á la Iglesia estableciendo una de las cosas que sostiene esta Iglesia, sin tocar á la otra, confirma su doctrina bien léjos de arruinarla?

Para combatirla seria menester que gritasen tambien que han agotado sus esfuerzos buscando esta verdad por todas partes, sin exceptuar los medios de que la Iglesia se vale para instruirnos, y todo ha sido inútil. Si hablasen de este modo combatirian una de sus pretensiones. Mas yo espero demostrar que no hay hombre de buen juicio que pueda hablar de esta manera, y aun me atrevo á decir que

hasta ahora ninguno ha hablado asi. Es bastante sabido cómo se conducen los que se hallan animados de este espíritu. Creen que han hecho los mayores esfuerzos para instruirse con haber empleado algunas horas en leer la Escritura y haber preguntado á un eclesiástico cuáles son las verdades de la fe: esto les basta para vanagloriarse de haber indagado sin conseguir el fin consultando los libros y hablando con los hombres.

Ciertamente no puedo dejar de decirles, como lo he hecho otras veces, que es imperdonable su descuido. No se trata aquí de un ligero interes ni de persona extraña; se trata de nosotros mismos, de lo que constituye nuestra esencia. La inmortalidad del alma nos importa tanto y nos toca tan profundamente, que es preciso haber perdido todo sentimiento para permanecer en la indiferencia de saber qué cosa es. Todos nuestros pensamientos y todas nuestras acciones deben tomar caminos tan diversos segun haya ó no bienes eternos que esperar, que es imposible dar un paso arreglado al buen juicio sin fijar nuestra vista en este punto á que principalmente debemos dirigirnos.

De consiguiente, nuestro mayor interes, nuestro primer deber es el de instruirnos sobre un negocio de tan grave importancia, que debe ser en todo la norma de nuestra conducta. Por esta razon, entre los no convictos hallo una extrema diferencia de los que para conseguirlo trabajan con todas sus fuerzas, á los que viven sin ocuparse aun de pensarlo.

Solo pueden inspirarme compasion los que sinceramente gimen en tan triste duda, considerándola como la última de sus desgracias, cuando sin

omitir esfuerzo alguno para salir de ella hacen de este exámen su mas principal y séria ocupacion. Pero aquellos que pasan su vida sin pensar en su término, y que por la única razon de no hallar en sí mismos luces que los persuadan, en vez de adquirirlas de otra parte se descuidan de examinar á fondo si esta opinion es de las que el pueblo recibe por una simplicidad crédula, ó al contrario, es de aquellas que aunque obscuras tienen sin embargo un fundamento muy sólido; estos hombres me obligan á considerarlos de un modo del todo diferente. Semejante abandono en un negocio en que se trata de ellos mismos, de su eternidad, de su todo, me asombra, me espanta, para mí es un monstruo, y me irrita en vez de enternecerme. No digo esto movido del zelo piadoso de una devocion espiritual; pretendo hacer ver que el amor propio, el interes humano, la mas escasa luz de la razon debe producir en nosotros estos sentimientos. No es menester para ello ver mas que lo que ven las personas ménos ilustradas.

Por poca que sea la elevacion del alma, es suficiente para conocer que en este mundo no hay satisfaccion verdadera ni sólida; que no son mas que vanidad todos nuestros placeres; que son infinitos nuestros máles; y en fin, que la muerte que nos amenaza á cada instante, debe ponernos dentro de pocos años, cuando no en breves dias, en un estado eterno de felicidad ó de desdicha, ó de anonadamiento. Entre nosotros y el cielo, el infierno ó la nada, no hay pues, mas que la vida, lo mas frágil del mundo: y ciertamente no siendo el cielo para aquellos que dudan si su alma es inmortal, solo pueden esperar el infierno ó la nada.

Nada hay mas seguro ni mas terrible que esto. Sean cuales fueren nuestras fanfarronadas y bravatas, no es otro el fin de la vida mas feliz del mundo.

Inútilmente procuran alejar su pensamiento de esa eternidad que los aguarda, como si les fuese posible anonadarla con no pensar en ella. Subsiste á pesar suyo, se adelanta; y la muerte que se las debe presentar dentro de breve, los pondrá infaliblemente en la necesidad espantosa de ser para siempre anonadados ó infelices.

Siendo, como es, una duda de tan terrible importancia el mal mas grave, es en consecuencia un deber indispensable el no omitir para su aclaracion esfuerzo alguno. Quien duda y no investiga, es á la vez bien desgraciado y bien injusto. No sé como calificar á aquel que vive tranquilo y satisfecho en tan lamentable abandono, y mucho ménos al que haciendo ostentacion de profesarle, hace consistir en él su gloria y su alegria: á tan extravagante criatura no hallo nombre que darle.

Pero tales sentimientos, ¿de dónde es posible adquirirlos? ¿Qué motivo de vanidad y de gozo se encuentra en no esperar sino miserias sin recurso en medio de una obscuridad impenetrable? ¿Hay algun consuelo en la desesperacion de obtenerle?

Es sin duda una monstruosidad el reposo en una ignorancia tan funesta. Mas para hacer sentir su estupidez y extravagancia á los hombres que dejan correr de este modo su vida, desde luego debe representárseles lo que pasa dentro de ellos mismos, porque para obligarlos á raciocinar cuando prefieren ignorar á saber lo que son, es preciso ponerles delante su locura, y confundirlos.

Yo no sé quién me ha puesto en el mundo, qué

cosa es este mundo, y mucho ménos lo que soy yo mismo. Me hallo en una ignorancia terrible sobre todas las cosas. No sé qué es mi, cuerpo, mis sentidos, mi alma; y aun esta parte de mí, que piensa sobre lo que digo y reflexiona sobre todo, así como no conoce lo demas tampoco se conoce á sí misma. Tiendo mi vista sobre el universo, y la pierdo al recorrer esos inmensos espacios que me cercan. Colocado en una extremidad de tan vasta extension, ignoro igualmente por qué me encuentro en ella y no en otro lugar; y por qué el corto tiempo que se me ha concedido de vida debe ser en este punto, y no en otro, de esa eternidad que me precede ó de la que me sigue. No veo por todas partes sino infinidades que me absorben como un átomo, como una sombra que dura un instante y ya no vuelve. Todo lo que conozco es, que debo morir dentro de breve sin poder evitarlo; pero lo que ignoro mas que nada es, cuando llegará esta muerte, y qué debe seguirla.

Así como no sé de donde vengo, de la misma suerte ignoro á donde voy; y aunque no dudo que al salir de este mundo caeré para siempre en la nada ó en las manos de un Dios irritado, tampoco sé cuál me tocará de estas dos suertes.

Hé aquí mi estado lleno de miseria, de flaqueza, de obscuridad. De todo esto concluyo que sin pensar, sin reflexionar ni inquietarme jamas por lo que me ha de suceder, debo seguir adelante mis inclinaciones haciendo cuanto puede hundirme en la desdicha eterna, si es cierto lo que oigo decir de ella. Acaso encontraria en mis dudas alguna aclaracion; pero en vez de dar paso ninguno para conseguirlo, mirando con desprecio á los que se ocu-

pan de un trabajo como este, quiero vivir sin prevencion y aventurarme sin temor á tan terrible prueba: quiero caminar al sepulcro dulcemente incierto de mi suerte futura.

Cubren de honor y gloria á la religion unos enemigos tan desrazonables como estos: su oposicion, léjos de serle peligrosa, contribuye á establecer con mas firmeza las verdades que enseña. La fe cristiana no se dirige principalmente sino á sentar dos cosas, á saber, la corrupcion de la naturaleza, y la redencion de Jesucristo: y así, cuando sus enemigos no sirvan para demostrar esta por la santidad de sus costumbres, cuando ménos prueban aquella admirablemente por sus sentimientos desnaturalizados.

No habiendo para el hombre nada tan importante como su condicion, ni tan temible como la eternidad, es contranatural su indiferencia á la pérdida de su propio ser y al peligro de una eternidad de miseria. Enteramente distinto para con todo lo demas, teme las cosas mas pequeñas, las siente, las preve. Mas el mismo hombre que por una parte pasa noches y dias desesperado y rabioso si ha perdido un empleo, ó considera ofendido su honor, por otra permanece sin conmoverse ni turbarse sabiendo que va á perderlo todo por la muerte. En un corazon tan sensible á las cosas mas ligeras y frívolas, pasma el ver una insensibilidad tan extraña respecto de las mas sérias y tremendas: este es un encanto incomprensible, un adormecimiento sobrenatural.

Si á un hombre que está en un calabozo sin saber si su sentencia se ha pronunciado ó no, se le concede para que lo sepa una sola hora y durante ella el poder de hacerla revocar si ya está dada; es

contranatural que olvidado de esta averiguacion emplée solo en jugar y divertirse un tiempo tan precioso. Pues tal es el estado en que se hallan los hombres, con la diferencia de que los males que los amenazan son bien distintos de la pérdida simple de la vida en un suplicio como el que este preso pudiera temer. Sin embargo, poniéndose cualquier venda á los ojos y burlándose de cuantos les advierten el peligro, corren á él descuidados.

Sé ve, pues, que la religion resulta probada no solo por el celo de aquellos que buscan á Dios; lo está igualmente por la ceguedad de los que sin buscarle pasan su vida en tan horrible negligencia. Mas es preciso que haya un singular trastorno en la naturaleza para vivir en este estado, y todavía mayor para vanagloriarse de él; porque si aun cuando estuviesen seguros de no haber que temer descendiendo al sepulcro sino el caer en la nada, este seria un motivo de desesperacion mas que de vanidad; ¿no es una locura inconcebible estando ciertos hacer ostentacion de semejante duda?

Con todo, no cabe la menor en que el hombre se ha desnaturalizado de tal suerte, que hay en esto una semilla de alegría en su corazon. Parece tan bello el reposo brutal entre el temor del infierno y de la nada, que no solo quienes se hallan realmente en tan infeliz duda se vanaglorian de ella; la experiencia hace ver que aun es mayor el número de los que no teniéndola creen honroso fingirla. Oyendo decir éstos que los modales de la gente de forma consisten en hacer el papel de arrebatado, se desfiguran y aparentan solo por imitarla; lo que llaman sacudir el yugo.

Mas si todavía les ha quedado algun resto de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"

discernimiento, no es difícil hacerles conocer cuánto se engañan en buscar la estimacion por semejante medio. No es este el de adquirirla entre los que juzgando sanamente de las cosas, saben que el verdadero es ser honesto, fiel, juicioso y capaz de servir con provecho á sus amigos, pues los hombres no aman naturalmente sino aquello que puede serles provechoso. ¿Qué utilidad sacamos de oir decir á uno que ha sacudido el yugo, que no crée que haya un Dios vigilante sobre sus acciones, y que considerándose dueño exclusivo de su conducta solo piensa en darse á sí mismo cuenta de ella? ¿Crée habernos inclinado de este modo á tener en lo sucesivo una confianza grande en él, á esperar sus consuelos, consejos y socorros en todas las necesidades de la vida? ¿Puéde figurárse habernos complacido mucho con decirnos en tono orgulloso y contento que duda si nuestra alma no es mas que un poco de viento y de humo? ¿Deberá decirse esto alegremente, y no al contrario, tristemente, como lo mas triste que puede ofrecernos el mundo?

Si tales hombres se detuviesen á pensar sobre su porte, al ver hasta qué punto es fuera de camino, contrario al buen sentido, opuesto á la honradez, y distante por todos aspectos de esa bella traza que buscan; se convencerían de que nada hay mas apropósito para atraerse el menosprecio y el ódio, y para ser tenidos por faltos de discernimiento y de juicio. Y en efecto, estrechados á manifestar sus principios y las razones en que fundan sus dudas sobre la religion, dicen cosas tan fútiles y tan despreciables, que cuando sirven, es únicamente para persuadir lo contrario. Así es que en una ocasion de estas, cierta persona con mucha gracia les decia:

„Me convertiréis á las mil maravillas si seguis discurriendo de ese modo." Tenia razon sin duda; porque ¿cómo es posible ceder á las que sirven de fundamento á éstos hombres, ni vencer la repugnancia de verse uniformado en opinion con ellos?

Son, pues, bien desgraciados los que para fingirlo se hacen los mas impertinentes. Si en el fondo de su corazon estan apesarados de no tener mas luz, que no lo disimulen: esta declaracion no será vergonzosa: no hay vergüenza sino en no avergonzarse. Nada descubre mas una extraña debilidad de espíritu, que no conocer cuál es la desdicha de un hombre sin Dios; nada señala mas una extremada ruindad de corazon, que no desear la verdad de sus promesas; nada es mas cobarde que pretender echarla de valiente con él. Dejen, pues, tan grandes impiedades á los bastante mal nacidos para ser en realidad capaces de ellas: si no pueden todavía ser cristianos, sean hombres honrados á lo ménos, y confiesen por fin que solo hay dos clases de personas que pueden llamarse racionales: los que sirven á Dios de todo corazon porque le conocen, y los que de todo corazon le buscan para conocerle.

Es justo trabajar á favor de éstos para ayudarles á encontrar la luz de que carecen cuando reconociendo su miseria desean verdaderamente salir de ella, y con sinceridad buscan á Dios.

Los que viven sin conocerle ni buscarle, se tienen ellos mismos por tan poco dignos de su cuidado que, léjos de serlo del nuestro, es menester toda la caridad de la religion que menosprecian, para no despreciarlos y abandonarlos enteramente á su demencia. Mas como esta religion nos obliga no solo á considerar que miéntras vivan son capa-

ces de la gracia que puede iluminarlos, sino tambien á creer que en un momento pueden llegar á excedernos en la fe al paso que nosotros podemos caer en la ceguedad en que estan ellos; es preciso hacer á su favor lo mismo que nosotros en su lugar quisiéramos que se hiciese al nuestro, llamándolos á tener compasion de sí mismos y haciéndoles dar algunos pasos, por lo ménos, en busca de la luz. Si quisiesen dedicar á la lectura de este escrito una parte de esas horas que tan inútilmente emplean en otras, acaso no perderian el tiempo. Los que le recorran con una sinceridad perfecta y un deseo positivo de conocer la verdad, espero que se convencerán con placer de las pruebas que reune y hacen tan evidente la religion divina.

ARTICULO III.

Aun cuando fuese difícil demostrar la existencia de Dios por las luces naturales, lo mas seguro seria créerla. (1).

1°.—I. Hablemos segun las luces naturales. Si hay un Dios, es infinitamente incomprensible; pues

(1). Este artículo en todas las ediciones, excepto la de 1787, se titula: *Es difícil demostrar la existencia de Dios por las luces naturales; pero lo mas seguro es créerla.* Semejante título anuncia una proposicion afirmativa que no puede suponerse en el autor de los Pensamientos. Conociendo perfectamente esto el editor de 1787, no ha visto en los primeros párrafos de este artículo, sino una série de objeciones que Pascal hace decir á un incrédulo para contestarlas victoriosamente. En consecuencia he adoptado la forma de un diálogo regular que me ha parecido evidente ser el fin del autor, y justifica el título que he puesto á la cabeza de este artículo, distinguiendo en él por las iniciales I. y P., incrédulo y Pascal. (*Nota del Editor de* 1821.)

no teniendo partes ni límites, sin relacion alguna con nosotros no somos capaces de saber si existe, ni conocer lo que es. Siendo esto así, ¿quién osará resolver la cuestion? Nosotros, sin relacion con él, no podemos hacerlo.

2°.—P. No emprenderé probar aquí por razones naturales la existencia de Dios, la Trinidad, la inmortalidad del alma ni cosa alguna semejante, no solo por no considerarme con fuerzas suficientes para hallar en la naturaleza con que poder convencer á los ateos endurecidos, (1) sino tambien porque sin Jesucristo este conocimiento es estéril é inútil. Aun cuando un hombre estuviese persuadido de que las proporciones de los números son verdades inmateriales, eternas y dependientes de una verdad primera en que subsisten y que se llama *Dios*, no me parecería muy adelantado en el negocio de su salvacion.

3.°—I. Es cosa admirable que ningun autor cánonico, al contrario de cuantos los siguieron, se haya valido nunca de la naturaleza para probar la existencia de Dios: propendieron á hacerla creer todos aquellos; pero jamas dijeron: „No hay vacío, luego hay un Dios." Era preciso que fuesen mas sábios que los mas sábios de los posteriores.

P. Si es una muestra de debilidad el probar la existencia de Dios por la naturaleza, no menospreciéis la Escritura: si lo es de fuerza el haber cono-

(1). No quiere decir esto que Pascal no advirtiese en la naturaleza pruebas convincentes de la existencia de Dios, ni que dejase de conocer toda su fuerza. (Part. I.ª art. 4.° §. XI.) Habla solo del endurecimiento de los ateos, capaz de resistir á la fuerza de estas pruebas. (*Ed. de* 1821.)

ces de la gracia que puede iluminarlos, sino tambien á creer que en un momento pueden llegar á excedernos en la fe al paso que nosotros podemos caer en la ceguedad en que estan ellos; es preciso hacer á su favor lo mismo que nosotros en su lugar quisiéramos que se hiciese al nuestro, llamándolos á tener compasion de sí mismos y haciéndoles dar algunos pasos, por lo ménos, en busca de la luz. Si quisiesen dedicar á la lectura de este escrito una parte de esas horas que tan inútilmente emplean en otras, acaso no perderian el tiempo. Los que le recorran con una sinceridad perfecta y un deseo positivo de conocer la verdad, espero que se convencerán con placer de las pruebas que reune y hacen tan evidente la religion divina.

ARTICULO III.

Aun cuando fuese difícil demostrar la existencia de Dios por las luces naturales, lo mas seguro seria créerla. (1).

1°.—I. Hablemos segun las luces naturales. Si hay un Dios, es infinitamente incomprensible; pues

(1). Este artículo en todas las ediciones, excepto la de 1787, se titula: *Es difícil demostrar la existencia de Dios por las luces naturales; pero lo mas seguro es créerla.* Semejante título anuncia una proposicion afirmativa que no puede suponerse en el autor de los Pensamientos. Conociendo perfectamente esto el editor de 1787, no ha visto en los primeros párrafos de este artículo, sino una série de objeciones que Pascal hace decir á un incrédulo para contestarlas victoriosamente. En consecuencia he adoptado la forma de un diálogo regular que me ha parecido evidente ser el fin del autor, y justifica el título que he puesto á la cabeza de este artículo, distinguiendo en él por las iniciales I. y P., incrédulo y Pascal. (*Nota del Editor de* 1821.)

no teniendo partes ni límites, sin relacion alguna con nosotros no somos capaces de saber si existe, ni conocer lo que es. Siendo esto así, ¿quién osará resolver la cuestion? Nosotros, sin relacion con él, no podemos hacerlo.

2°.—P. No emprenderé probar aquí por razones naturales la existencia de Dios, la Trinidad, la inmortalidad del alma ni cosa alguna semejante, no solo por no considerarme con fuerzas suficientes para hallar en la naturaleza con que poder convencer á los ateos endurecidos, (1) sino tambien porque sin Jesucristo este conocimiento es estéril é inútil. Aun cuando un hombre estuviese persuadido de que las proporciones de los números son verdades inmateriales, eternas y dependientes de una verdad primera en que subsisten y que se llama *Dios*, no me parecería muy adelantado en el negocio de su salvacion.

3.°—I. Es cosa admirable que ningun autor cánonico, al contrario de cuantos los siguieron, se haya valido nunca de la naturaleza para probar la existencia de Dios: propendieron á hacerla creer todos aquellos; pero jamas dijeron: „No hay vacío, luego hay un Dios." Era preciso que fuesen mas sábios que los mas sábios de los posteriores.

P. Si es una muestra de debilidad el probar la existencia de Dios por la naturaleza, no menospreciéis la Escritura: si lo es de fuerza el haber cono-

(1). No quiere decir esto que Pascal no advirtiese en la naturaleza pruebas convincentes de la existencia de Dios, ni que dejase de conocer toda su fuerza. (Part. I.ª art. 4.° §. XI.) Habla solo del endurecimiento de los ateos, capaz de resistir á la fuerza de estas pruebas. (*Ed. de* 1821.)

cido esas contrariedades, estimad la Escritura en las que ofrece. (1).

4.°—I. Nada aumenta la unidad unida al infinito; nada un pié á una extension inmensa. En presencia de lo infinito anonadado lo finito, viene á ser pura nada. De la misma manera nuestro espíritu delante de Dios; de la misma suerte nuestra justicia delante de la justicia divina. Entre la unidad y el infinito hay una desproporcion tan grande como entre nuestra justicia y la de Dios.

5.°—P. Nosotros conocemos que hay un infinito, é ignoramos su naturaleza. Sabemos, por ejemplo, que es falso que los números sean finitos: luego es cierto que hay un infinito numérico. Ignoramos lo que es, siendo falso que sea par ó ímpar, pues añadida la unidad no muda de naturaleza; pero con todo, él es un número, y todo número es par ó ímpar; bien que esto se entiende de todos los números finitos. Luego se puede conocer bien que hay un Dios sin saber lo que él es; y así, de que no conozcamos su naturaleza no debeis concluir que no le hay.

Por la fe le conocemos sin la menor duda los cristianos; mas sin servirme de ella ni de ninguna de las otras pruebas que nosotros tenemos y que vos no admitís, quiero que me conduzcan vuestros mismos principios. Siguiendo el método con que cada dia discurris sobre las cosas de menor conse-

(1). Es decir, no menosprecieis la Escritura en que os parece no hallar ese género de pruebas: estimadla, pues sin emplear, á vuestro juicio, tales pruebas, toda ella propende á hacer creer la existencia de Dios; respetadla, aunque os parezca que se contraria, cuando nos quiere persuadir lo que se os figura que no prueba. Ella habla á un pueblo que reconoce la existencia de Dios; y cuando se ofrece la ocasion, sabe sacar de la naturaleza misma las pruebas de este dogma. (*Ed. de* 1787.)

cuencia, pretendo haceros ver de qué manera debeis raciocinar sobre esta, y el partido que debeis tomar en la decision de una cuestion tan importante como lo es la de la existencia del supremo Ser. Decis, pues, que somos incapaces de conocer si hay Dios. Pero entretanto, ó Dios existe ó no; aquí no hay medio: ¿á que lado debemos inclinarnos? La razon, me habeis dicho, no puede decidirlo; un caos inmenso nos separa. Pues bien, á esta inmensa distancia echando al aire una moneda, se juega á cruz ó cara: ¿por cuál va vuestra apuesta? Si la razon os ha de conducir, así como no podeis asegurar que caerá en esta ó en aquella la suerte, tampoco podeis negar que vendrá á caer en una de las dos. No acuseis, pues, de falsedad á los que han hecho una eleccion: ignorais si han elegido mal, y se equivocan.

I. No los acusaré sino de haberse decidido á hacerla: el que elige cruz es tan imprudente como el que elige cara: lo que se debe hacer es no apostar.

P. Sí, pero aquí es preciso, esto no es voluntario: estais comprometido, y el no apostar á que hay Dios es apostar á que no le hay. ¿A qué os decidis, pues? Veamos lo que os importa ménos. Teneis dos cosas que perder, el bien y la verdad; y otras dos que empeñar, vuestra razon y vuestra voluntad, vuestro conocimiento y vuestra bienaventuranza: vuestra naturaleza tiene que huir de otras dos, el error y la miseria. Apostad, pues, á que hay Dios, sin vacilar, cuando vuestra razon no se ofende mas eligiendo uno que otro, y cuando necesariamente es preciso elegir. Queda un punto vacío; ¿pero vuestra bienaventuranza? Pesemos ahora la ganancia y la pérdida. Adoptando el partido de

creer, si acertais ganais todo; si errais no perdeis nada: en consecuencia debeis creer.

I. Es bello ese razonamiento: sí, debo creer; pero tal vez expongo demasiado.

P. Veámoslo. Siendo igual el acaso en ganar y perder, pudiérais apostar la vida que teneis aunque se os ofreciesen solo dos que ganar; y seriais imprudente en no exponerla si en vez de dos se os ofreciesen diez. Ahora bien: ¿no os parece locura el resistiros á aventurarla para ver si lograis una infinidad de otras infinitamente dichosas? ¿Os atreveréis á comparar un vivir de tan poco valor y duracion con un gozar eterno de inapreciables bienes?

Nada sirve decir que es incierto el ganar y cierto el exponer; ni que el bien finito, expuesto ciertamente, iguala al infinito, por haber infinita distancia entre la certeza de lo que se expone y la incertidumbre de lo que se espera. El que juega aventura lo cierto por ganar lo dudoso; y con todo, aventura ciertamente lo finito para ganar con incertidumbre lo finito, sin pecar contra la razon. Es falso que haya infinidad de distancia entre la certeza de exponer y la incertidumbre de ganar: la hay entre la certeza de ganar y la certeza de perder. Pero la incertidumbre de ganar es proporcionada á la certeza de lo que se aventura segun la proporcion de los acasos de ganancia y de pérdida: de manera, que si hay tantos por un lado como por el otro, el partido es igual, porque entónces la certeza de lo que se expone, lo es á la incertidumbre de lo que se espera Así, pues, nuestra proposicion es de infinita fuerza cuando solo se aventura lo finito en un juego en que con iguales acasos de ganar que de perder, se gana lo infinito. Esto es demostrativo; y si los hombres son capaces de alguna verdad, de esta deben serlo.

I. Lo confieso, no puedo negarlo. Pero ¿no habría medio paraver el interior del juego?

P. Sí, el de la Escritura y las demas pruebas de la religion, que son innumerables.

I. Los que esperan su salvacion, diréis, son felices en esto, pero el temor del infierno contrapesa su dicha.

P. ¿Y quién tiene mayor motivo de temerle? ¿el que vive en la ignorancia y en la incertidumbre de si le hay y si hay condenacion, ó el que se halla tan persuadido de haberle como lleno de esperanza de salvarse?

Cualquiera que no teniendo ya mas que ocho dias de vida, no reputase por lo mas seguro el creer que nada de esto es un acaso, habria perdido enteramente el juicio: pues lo mismo serian ocho dias que cien años si no dominaran las pasiones.

¿Qué mal os puede suceder tomando este partido? Seréis fiel, honesto, humilde, reconocido, beneficente, sincero, veraz. Careceréis sin duda de la gloria, de los placeres, de los deleites pestilentes; mas ¿no gozaréis otros? Yo os aseguro la ganancia en este género de vida: hallando á cada paso en camino tan recto la mas grande certeza de ganar, y contemplando la nada de lo que ahora no quereis exponer, conoceréis al fin que vuestra apuesta ha sido por una cosa cierta é infinita sin haberos costado el obtenerla.

I. Sí, pero me encuentro atado y como mudo: me comprimen mis lazos, es para mí imposible creer. ¿Qué queréis, pues, que yo haga?

P. Conoced á lo ménos que os hallais en esa

imposibilidad, cuando á pesar de la razon no podeis decidiros, y trabajad sin cesar para convenceros, no por el medio de aumentar las pruebas de la existencia de Dios, sino por el de disminuir vuestras pasiones. Ya que vuestros deseos son de alcanzar la fe sin poder encontrar el camino, y que para curaros de la infidelidad quereis remedios, pedidlos á los que ántes enfermos como vos lo estais ahora, han logrado curarse hasta el punto de disipar todas sus dudas. Ellos os enseñarán el camino que buscais, y os librarán del mal que padeceis. Seguid el método por donde empezaron; y si no podeis desde luego aveniros á sus disposiciones interiores, imitadlos á lo ménos en las exteriores dejando esos vanos entretenimientos que os tienen absorto.

Bien los hubiera abandonado, me diréis, si tuviese la fe. Mas yo os digo que presto la tendríais si ya lo hubiéseis hecho. El comenzar os toca á vos. Os daria si pudiese esa fe: no está en mi arbitrio y tampoco el probar la verdad de lo que me decis; pero sí está en el vuestro abandonar los placeres y experimentar que lo que os aseguro es verdadero.

I. Es discurso me hechiza y llena de alegría.

P. Si os agrada y os parece fuerte, sabed que para unir la fuerza á la flaqueza, le ha hecho un hombre humillado ántes y despues en presencia de ese Ser infinito y sin pártes, sometiendo á su sabiduria incomprensible todo su entendimiento, y suplicándole se digne iluminar y someter el vuestor, por vuestro propio bien y por su gloria (1).

6.°—Es necesario no desconocernos: somos espíritu; pero siendo cuerpo al mismo tiempo, el convencimiento no se puede lograr por solo el medio de la demostracion. ¡Cuán pocas cosas son las demostradas! Las demostraciones producen su efecto únicamente en el entendimiento: la costumbre, inclinando los sentidos, le obliga por su medio á ceder sin advertirlo, y hace mas fuertes nuestras pruebas. ¿Quién ha demostrado que será dia mañana, ni que hemos de morir? Con todo, nada se crée mas universalmente porque nos lo persuade la costumbre: la costumbre ha hecho paganos y turcos, soldados y artesanos. Sin duda no se debe comenzar por ella para hallar la verdad; pero desde que el entendimiento haya conocido esta, es menester consultar la otra para penetrarnos de una creencia que se nos escapa á cada instante por la gran dificultad de tener siempre á la mano las pruebas. Es menester, pues, adquirir esa creencia habitual, que inclinando todas nuestras potencias sin arte, sin argumentos ni violencia, nos persuade las cosas de modo que nuestra alma, por decirlo así, viene á caer de su peso sobre ellas. No basta creer en fuerza del convencimiento cuando los sentidos nos hacen propender á dar nuestro asenso á lo contrario; y así es indispensable que, marchando en un perfecto acuerdo, el entendimiento se conduzca por las razones que le basta haber conocido bien una vez sola, y los sentidos se guien por el habito, sin permitirles inclinarse á lo opuesto.

Las adiciones bastante importantes que se hallan en el 5.° párrafo del precedente artículo se han to-

(1). Concluye el diálogo.

mado del manuscrito original de Pascal, que probablemente no ha sido consultado en este lugar despues de la primera edicion de los Pensamientos.

ARTICULO IV.

Señales de la verdadera religion.

1.°—La verdadera religion debe tener por distintivo la obligacion de amar á Dios, cosa justísima y que sin embargo solo la nuestra ha prevenido. Debe tambien haber conocido la concupiscencia del hombre, no ménos que su imposibilidad de adquirir por sí mismo la virtud; y en consecuencia del conocimiento de estos males debe por fin no haber descuidado los remedios, recomendando especialmente el de la oracion como principal de ellos. Nuestra religion ha hecho todo esto; y jamas otra alguna ha implorado de Dios el amarle y seguirle.

2.°—No puede ser verdadera una religion que ignore nuestra naturaleza: debe, pues, haberla conocido plenamente. El verdadero bien, la verdadera virtud y la verdadera religion, así como la grandeza del hombre y su bajeza, la razon de la una y la causa de la otra, cosas son todas de un conocimiento inseparable. Mas despues de la religion cristiana, ¿cuál es la otra que las ha conocido?

3.°—Las demas religiones, como por ejemplo las paganas, son mas populares porque todas consisten solo en lo exterior; pero de nada sirven á los

hombres que salen de la esfera del vulgo. Para estos seria mas adaptable una religion puramente intelectual; mas entónces vendria ella á ser inutil para el pueblo. Unicamente la religion cristiana, compuesta de interior y exterior, se proporciona á todos. Elevando á su interior al pueblo y derribando á lo exterior á los soberbios, no es perfecta sino por la admision de los sabios y de los ignorantes: aquellos someten su espiritu á la letra y á la practica de lo exterior; estos en la letra comprenden el espiritu.

4.°—Convencidos por nuestra razon de que somos odiosos, y ordenándonos solo la religion cristiana que nos aborrezcamos á nosotros mismos, es inadmisible ninguna otra para los que saben que no son dignos sino de odio. Solo ella ha conocido á un mismo tiempo que el hombre es la mas excelente y la mas miserable de todas las criaturas. Los que se han ocupado de la realidad de su excelencia, han atribuido á envilecimiento é ingratitud los sentimientos bajos que los hombres tienen naturalmente de sí mismos: los que han advertido hasta qué punto llega en efecto su bajeza, han atribuido á un ridículo orgullo los sentimientos elevados que le son igualmente naturales. Ninguna religion sino la nuestra enseña que el hombre nace en el pecado; ninguna secta filosófica ha llegado á decirlo: ninguna, pues, ha dicho la verdad.

5.° Estando Dios oculto, es falsa la religion que no nos dice estarlo; y la que no da la razon, no es instructiva. La nuestra nos lo dice, y nos da la razon.

Esta religion que se reduce á creer que habiendo caido el hombre de un estado de gloria y comunicacion con Dios, en otro de tristeza, de peniten-

cia y de enagenamiento de él, seria en fin, reparada su desgracia por la venida de un Mesías; esta religion, pues, nunca ha faltado. Todo ha pasado, y ha permanecido ella por la cual se ha hecho todo. Porque queriendo Dios formar un pueblo santo, separado de todas las demas naciones, libre de sus enemigos y establecido en un lugar de reposo, prometió venir al mundo para hacerlo, prediciendo por sus profetas cómo y cuándo debia ser su venida: y entre tanto para asegurar en todo tiempo la esperanza de sus escogidos, quiso que siempre se les representase esto mismo por figuras é imágenes, dándoles continuas garantías de su poder y de su voluntad de salvarlos. Asi es que en la creacion del hombre, Adan fue el testigo y el depositario de la promesa del Salvador que debia nacer de la muger. Y aunque los hombres, tan inmediatos todavía á su creacion y sin poder haberla olvidado, así como tampoco su caida ni la promesa que les habia hecho Dios de un Redentor, se entregasen á toda clase de crímenes en aquella primera edad del mundo; con todo, no faltaron santos como Enoch, Lamech y otros, que esperaban pacientemente al Cristo prometido poco despues de la creacion. En seguida envió Dios á Noé, testigo del extremo á que llegó la malicia de los hombres, y le salvó de la inundacion universal por medio de un milagro que manifestaba suficientemente su poder para salvar al mundo, y su voluntad de cumplirlo haciendo que naciese de la muger el libertador prometido. Este milagro bastaba para asegurar la esperanza de los hombres; y sin embargo, reciente todavía en ellos su memoria hizo Dios sus promesas á Abraham, por todas partes rodeado de idólatras,

dándole á conocer el misterio del Mesías que debia enviar. En tiempo de Isaac y de Jacob se derramó la abominacion sobre toda la tierra; mas aquellos santos permanecieron en la fe, de manera que cuando Jacob, ya moribundo bendecia á sus hijos, interrumpia su discurso exclamando: *Tu salud esperaré, Señor* (1).

Los egipcios, que se hallaban infectos de idolatría y de magia, al mismo pueblo de Dios habian corrompido con su egemplo. Moises y algunos otros veian al que no percibian los demas, y le adoraban fijándose en los bienes eternos que les preparaba.

En seguida los griegos y latinos hicieron reinar falsas deidades, los poetas introdugeron diversas teologías, y los filósofos se dividieron en mil sectas: pero nunca faltaron en el corazon de la Judea hombres privilegiados que vaticinaban la venida de aquel Mesías, conocido únicamente por ellos.

Llegó en fin, consumados los tiempos; y á pesar de haber nacido despues tantos cismas y heregías, á pesar de tan grandes trastornos políticos y de tantas mudanzas en todas las cosas, esta Iglesia que adora al adorado siempre, ha subsistido sin interrupcion. Pero lo admirable, lo incomparable y del todo divino es, que la religion, que jamas ha faltado, ha sido de continuo combatida sin poder doblegarla nunca los tiranos; y que mil veces próxima á una destruccion universal, el brazo divino la ha salvado siempre por aquellos medios extraordinarios en que descubre su poder.

---

(1) Génesis 49, 18.

6.°—De no ceder algunas veces á las leyes de la necesidad, los estados llegarian a destruirse. Pero la religion no ha transigido nunca: el lugar de los convenios le han ocupado los milagros. No es de extrañar el conservarse por la condescendencia, aunque esto no se puede llamar propiamente sostenerse; y sin embargo, de cualquier modo los convenios vienen á faltar enteramente: ninguno ha durado mil y quinientos años. La religion se ha mantenido siempre inflexible, siempre firme: esto es divino.

7.°—Habria demasiada obscuridad si careciese la verdad de señales visibles; pero entre estas se admira la de haberse conservado siempre en la congregacion de una Iglesia visible. Hubiera demasiada claridad si solo se hallase en esta Iglesia un mismo juicio; mas para saber cuál es el recto, basta solo atender al que nunca ha faltado; porque el recto ha subsistido siempre, y nunca el falso. Así es que el Mesías fué creido siempre. La tradicion de Adan era todavía reciente para Noé y para Moises. Despues le predigeron los profetas, prediciendo al mismo tiempo otros acaecimientos que, viniendo á suceder en épocas diversas á vista de los hombres, acreditaban la verdad de su mision, y en consecuencia la de sus promesas relativas al Mesías. Todos dijeron que la ley que observaban esperándole, seria una ley perpetua entretanto venia; y que siendo eterna la que él vendria á establecer, esta, ó aquella en que se prometia para salvar al mundo, siempre se mantendria sobre la tierra. De hecho nunca ha faltado, y Jesucristo vino de la misma manera que se habia predicho. Por sus milagros y los de sus apóstoles se convirtieron los paganos; y cumplidas así las profecías con toda exactitud, la venida del Mesías prometido queda para siempre probada.

8.° Muchas religiones veo contrarias, y en consecuencia, á excepcion de una, todas falsas. No me es posible creerlas, por mas que cada una lo exija en virtud de su propia autoridad, amenazando á los incrédulos que no quieran ceder. Cualquiera puede decir que la suya es verdadera: cualquiera puede tenerse por profeta. Pero en la cristiana veo profecías cumplidas, y una infinidad de milagros tan bien testificados, que razonablemente discurriendo no admiten duda alguna: esto es lo que hasta ahora no he hallado en las demas.

9.°—La única religion contraria á la naturaleza en el estado actual, la que combate todos nuestros placeres y que parece desde luego opuesta al buen sentido, es la que solamente ha subsistido siempre.

10.°—Todas las cosas se deben dirigir al establecimiento y la grandeza de la religion: los hombres deben hallarse animados de sentimientos conformes á los que nos enseña; y en fin, de tal manera debe ser ella el objeto y el centro á que se incline todo, que cualquiera que sepa sus principios pueda dar razon de toda la naturaleza del hombre en particular y de toda la conducta del mundo en general.

Fundados en esto los impíos blasfeman de la religion cristiana porque no la conocen. Se imaginan que consiste simplemente en la adoracion de un Dios grande, poderoso y eterno, ó con mas propiedad, en el deismo, casi tan distante de la religion cristiana como el ateismo á que diametralmente se opone. De aquí concluyen que no es la verdadera,

porque dicen que á serlo, se habria manifestado Dios á los hombres por medio de pruebas tan sensibles, que nadie pudiese dejar de conocerlas.

Mas aunque de aquí deduzcan cuanto quieran contra el deismo, nada podrán concluir contra la religion cristiana. Reconociendo esta que despues del pecado no se manifiesta Dios á los hombres con toda la evidencia que pudiera hacerlo, consiste propiamente en el misterio del Redentor, que quiso unir en sí las dos naturalezas divina y humana para librarlos de la corrupcion del pecado y reconciliarlos con Dios en su persona divina.

Ella enseña á los hombres que hay un Dios de que son capaces, y una corrupcion en su naturaleza que los hace indignos de este Dios. Importa igualmente á los hombres conocer ámbas verdades; pero corren tambien igual peligro en conocer á Dios sin conocer su miseria, y en conocer esta sin conocer al Redentor que la puede curar; porque cada uno de estos conocimientos por sí solo no produce sino el orgullo de los filósofos que conocieron á Dios sin conocer su miseria, ó la desesperacion de los ateos que conocen su miseria sin reconocer al Redentor. Mas así como es igualmente necesario al hombre conocer lo uno y lo otro, es igualmente un efecto de la misericordia de Dios el habérselo dado á conocer. La religion cristiana lo hace, y en esto consiste. Examínese el órden del mundo, y véase si todo propende en él ó no al establecimiento de las dos bases de esta religion.

11.—Para no conocerse lleno de orgullo, de ambicion, de concupiscencia, de miseria y de injusticias, es menester estar bien ciego. Mas ¿qué podrá decirse del que se ve cubierto de estos vicios, y no

piensa en libertarse de ellos? ¿qué juicio se podrá formar de un hombre tan poco racional? ¿Y es posible prescindir de estimar una religion que conoce tan bien los defectos del hombre, y de anhelar porque sea verdadera cuando nos ofrece remedios tan deseables?

12.—Al contemplar reunidas todas las pruebas de la religion cristiana, es imposible dejar de sentirse movido de una fuerza irresistible á hombre alguno de buen juicio.

Considérese su establecimiento. Siendo tan contraria á la naturaleza pudo lograrlo por sí misma, dulcemente, sin fuerza, sin violencia; pero al mismo tiempo con tanta solidez y tal firmeza, que en medio de los tormentos mas horribles exhaláron los mártires su último aliento confesándola. Todo esto se hizo, no solo sin el auxilio de los príncipes, sino apesar de la oposicion de cuantos quisieron combatirla.

Considérese la santidad, la grandeza y la humildad de una alma cristiana. Los filósofos paganos alguna vez se elevaron sobre el comun de los hombres por un modo de vivir mas arreglado y por sentimientos conformes hasta cierto punto con los del cristianismo; pero jamas reconocieron por virtud lo que los cristianos llaman humildad, y aun la hubieran considerado incompatible con las otras que profesaban ellos. Solo la religion cristiana ha sabido unir cosas que hasta entónces habian parecido tan opuestas, enseñando á los hombres, que bien léjos de ser incompatible la humildad con las demas virtudes, sin aquella estas no son mas que vicios.

Considérense las maravillas infinitas de la Escritura santa; la grandeza y la sublimidad sobrehuma-

na de las cosas que en ella se contienen; la sencillez pasmosa de ese estilo natural y descuidado que descubre el carácter de verdad mas innegable.

Considérese en particular la persona de Jesucristo. Cualquiera que sea la opinion que se formare de él, es imposible dejar de convenir en que desde su infancia dió las pruebas mas insignes de la extraordinaria elevacion y grandeza de su espíritu en presencia de los doctores de la ley. Mas este hombre, léjos de aplicarse á cultivar su entendimiento por el estudio y trato frecuente con los sabios, se retira enteramente del mundo; pasa ocupado en un trabajo de manos treinta años de su vida; en los tres de su predicacion elige por apóstoles y compañeros suyos á hombres sin luces, sin estudio, sin credito; y en fin, se atrae la aversion de los reputados por mas sabios y doctos de su tiempo. Es sobremanera extraña semejante conducta en un hombre que se propone establecer una nueva religion.

Considérense en particular esos apóstoles escogidos por Jesucristo; esos hombres sin letras ni estudio, hechos de repente no solo bastante sabios para confundir á los mas grandes filósofos, sino bastante fuertes para resistir á los reyes y á los tiranos opuestos al establecimiento de la religion cristiana que ellos anunciaban.

Considérese la série maravillosa de profetas que durante dos mil años predijeron de tantos modos diferentes hasta las mas pequeñas circunstancias de la vida de Jesucristo, de su muerte, de su resurreccion, de la mision de los apóstoles, de la predicacion del Evangelio, de la conversion de las naciones, y otras mil cosas relativas al establecimiento

de la religion cristiana y á la abolicion del judaismo.

Considérese el cumplimiento admirable de estas profecías, acomodadas á la persona de Jesucristo con una claridad y perfeccion de tal naturaleza, que á no querer cegarse es imposible dejar de conocerle.

Considérese el estado floreciente del pueblo judío ántes de la venida del Salvador, y el miserable á que está reducido desde que le desconoció: véanse hasta hoy esos hombres sin ninguna señal de religion, sin templo, sin sacrificios, dispersos por toda la tierra, envilecidos y hechos un objeto de desprecio en todas las naciones.

Considérese la perpetuidad de la religion cristiana, siempre subsistente desde el principio del mundo, ya en los santos del Antiguo Testamento que vivieron esperando á Jesucristo, ya en aquellos que le recibieron y creyeron cuando vino: perpetuidad que no tiene religion ninguna, y es el principal distintivo de la verdadera.

Considérese, en fin, la santidad de esta religion, la solidez de su doctrina, que satisface hasta las objeciones sobre las contrariedades que se hallan en el hombre, y la multitud de cosas singulares, sobrenaturales y divinas que por todas partes se ven brillar en ella.

Despues de todo esto, júzguese si es posible dudar que sea la única verdadera, y si hubo jamas otra que se le pareciese en cosa alguna.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ARTICULO V.

Verdadera religion probada por las contrariedades que se hallan en el hombre y por el pecado original.

1.°—Siendo tan visibles las grandezas y miserias del hombre, es indispensable que la verdadera religion nos muestre en él dos grandes principios de grandeza y miseria. Ella no puede dejar de conocer á fondo nuestra naturaleza, es decir, qué tiene de grande y qué de miserable, la procedencia de esto, y la razon de las contrariedades asombrosas que vemos en nosotros. Si hay un solo principio y un solo fin de todo, es menester que nos enseñe á no adorar ni amar sino á él; y siendo á la vez incapaces de adorar lo que no conocemos y de amar lo que no sea nosotros, al darnos á conocer esos deberes, es preciso que al mismo tiempo nos instruya de esta incapacidad, y nos señale para curarla los remedios.

Para que la religion haga feliz al hombre debe manifestarle que hay un Dios; que tiene obligacion de amarle; que su verdadera dicha consiste en estar unido á él, así como su único mal en separarse; que se halla rodeado de tinieblas é impedido por ellas de conocerle y de amarle; y que de consiguiente, obligado por el deber á amar á Dios, y desviado de Dios por la concupiscencia, es tan ingrato como injusto. Es preciso que la religion nos haga ver la causa de nuestra oposicion á Dios y á nuestro propio bien, y que al manifestarnos los remedios nos enseñe tambien el modo de obtenerlos.

Recórranse ahora todas las religiones del mundo, y véase si hay alguna que de una manera concluyente sea capaz de responder sobre esto.

¿Será por ventura la que enseñaban los filósofos, que nos proponen por único bien uno que está en nosotros mismos? ¿Existe el verdadero aquí? ¿Han hallado el remedio á nuestros males? ¿Es acaso haber curado la presuncion del hombre el pretender igualarle con Dios? Y los que nos han colocado al nivel de las bestias dándonos por único bien los deleites del mundo, ¿nos han traido el remedio de la concupiscencia? Levantad vuestros ojos á Dios, dicen los unos, ved á aquel á quien os pareceis y os ha hecho para recibir el homenage de vuestra adoracion: podeis igualarle por la sabiduria si la buscais. Los otros dicen: Bajad vuestros ojos á la tierra, vil gusano, y ved á las bestias á que os asemejais.

Así, pues, ¿que viene á ser el hombre? ¿igual á Dios ó semejante á las bestias? ¡Qué espantosa distancia! Y en este caso, ¿qué religion podrá enseñarnos á conocer el orgullo y la concupiscencia? ¿Cuál nos dará á conocer nuestro bien, nuestros deberes, las flaquezas que nos apartan de ellos, los remedios para curarlas y el modo de adquirirlos? Oigamos lo que dice sobre esto la Sabiduria increada que nos habla en la religion cristiana.

¡O hombre, cuán vanamente buscas en tí mismo remedio á tus miserias! Lo mas que pueden alcanzar todas tus luces, es que no es en tí donde hallarás ni la verdad ni el bien. Esos filósofos que te lo han prometido ¿cómo podian hacerlo ignorando cuál es tu verdadero bien y cuál tu verdadero esta-

do? cómo podian aplicar un remedio á tus males cuando ni aun han podido conocerlos? Tus enfermedades principales son ese orgullo que te aleja de Dios y esa concupiscencia que te atrae á la tierra; y ellos, por lo ménos, solo han mantenido una de las dos enfermedades. Los que te han dado por objeto á Dios, lo han hecho únicamente para alimentar tu soberbia persuadiéndote que eres semejante á él por tu naturaleza: los que palpando la vanidad de esta pretension loca te han hecho creer que la naturaleza te coloca al nivel de las bestias, te han sumergido en otro abismo, inclinándote á buscar tu dicha en la concupiscencia que constituye el bien de los irracionales. Sin ser este el medio de hacerte ver tus injusticias, no esperes la verdad ni el consuelo de los hombres. Yo soy quien te sacó y te hizo de la nada, y solo yo puedo decirte quién eres en el estado de degradacion á que has venido. Te crié santo, inocente, perfecto; te llené de inteligencia y de luz; te comuniqué mis maravillas y mi gloria; tu vista penetraba entónces hasta la magestad de Dios. No se hallaba el hombre en las tinieblas que le ciegan, ni en la mortalidad y miserias que le afligen. Mas, sin poder sostener tanta gloria, creyó ensoberbecido no tener ya necesidad de mis socorros; pensó igualárseme por el deseo de hallar su dicha convirtiéndose en centro de sí mismo; quiso en fin hacerse independiente, y sacudió el yugo suave de mi dominacion. Entónces, abandonándole á su arbitrio y levantando contra él todas las criaturas que le habia sometido, le reduje á un estado poco superior al de las bestias, y le alejé de mí de tal manera, que apénas le ha quedado alguna luz confusa de su autor: ¡á tal punto ha llegado la extincion ó extravío de todas sus ideas! Los sentidos, independientes de la razon y á veces sus tiranos, le arrastran á buscar los placeres, al paso que las criaturas todas, por una dominacion todavía mas imperiosa y mas terrible, sin cesar de afligirle ó de tentarle, le tienen sometido por su fuerza ó embelesado por sus atractivos.

Tal es el estado actual del hombre. Conservando todavía un poderoso instinto de la dicha de su naturaleza primitiva, ha adquirido una segunda abismado en la miseria de su concupiscencia y de su ceguedad.

2.°—De los principios que acabo de sentar, se puede deducir la causa de las contrariedades que han asombrado y dividido á los hombres. Obsérvense ahora todos los movimientos de grandeza y de gloria que no puede sofocar el sentimiento de tan graves miserias, y véase si es posible no dimanen de una naturaleza diferente.

3.°—¡Reconoce, ó soberbio, cuán grande paradoja eres para tí mismo! Humíllate razon ineficaz; calla, naturaleza imbécil! El hombre ignora que excede infinitamente al hombre; y solo escuchando á su maestro puede saber cuál es su verdadera condicion.

Si el hombre no se hubiese corrompido jamás, gozaria seguro la verdad y la dicha: si no hubiese sido nunca mas que corrompido, ninguna idea tendria de la verdad ni de la bienaventuranza.

Pero todavía mas desgraciado que si careciese absolutamente de grandeza por su condicion, incapaz de ignorar todo y de saber á no quedarle duda, conserva una idea de la dicha y no puede al-

canzarla; siente una imagen de la verdad y posée la mentira: ¡tan cierto así es que se hallaba en un grado de perfeccion, y que desgraciadamente cayó de él!

Porque ¿de donde puede dimanar este conato y esta incapacidad sino de haber gozado en otro tiempo una efectiva dicha, que dejándole únicamente huellas y señales vacías piensa en vano ocuparlas de todo cuanto le rodea? ¿De qué proviene su ahinco por buscar en las cosas ausentes el consuelo que no puede obtener de las presentes, y que ni unas ni otras son capaces de darle porque su vacío inmenso no se puede llenar sino por un objeto infinito é inmutable?

4.°—Es asombroso que la trasmision del pecado original sea para nosotros un misterio de que no podamos adquirir conocimiento alguno por nosotros mismos. Sin duda nada hay tan repugnante á la razon como decir que el pecado del primer hombre ha hecho culpables á los que á tan grande distancia de su orígen parecen incapaces de participar de él. Una trascendencia como esta no solo se nos figura desde luego imposible, sino muy injusta; porque no puede haber cosa mas contraria á las reglas de nuestra miserable justicia que la eterna condenacion de un niño incapaz de voluntad, por cómplice en un pecado cometido seis mil años ántes de su ser. Mas aunque nada nos repugna tanto como este misterio incomprensible mas que todos, sin él somos incomprensibles á nosotros mismos. De este abismo insondable parten los dobleces y vueltas del nudo de nuestra condicion; de manera que sin el pecado original, el hombre es mas inconcebible que lo es para él este misterio.

El pecado original es una locura á juicio de los

hombres; mas no debe acusarse de falta de razon á tal doctrina cuando no se pretende que la razon pueda alcanzarle. Pero *lo que parece loco en Dios es mas sábio que los hombres* (1); porque sin el pecado original ¿podrá decirse qué es el hombre? Todo su estado depende de este punto imperceptible. Y ¿cómo hubiera podido percibirle por su propia razon cuando esta, inferior é incapaz de inventarle, se aleja de él á medida que se le presenta?

5.°—Descubiertos estos dos estados de inocencia y de corrupcion, es imposible que dejemos de reconocerlos. Sigamos nuestros movimientos, observémonos á nosotros mismos, y veamos si encontramos ó no los caracteres vivos de ámbas naturalezas. ¿Pudieran hallarse en un ser simple tantas contradicciones?

Es tan visible esta duplicidad del hombre, que hubo quien creyese que teniamos dos almas, pareciéndole que un ser simple no podia ser capaz de tan grandes y repentinas variedades, como la de pasar de una presuncion desmedida al mas horrible abatimiento.

Así, pues, todas estas contrariedades, que al parecer debian alejar mas á los hombres del conocimiento de una religion, son precisamente las que deben conducirlos á la verdadera.

Por lo que toca á mí, desde que la cristiana descubre el principio de que la naturaleza humana se halla corrompida y en desgracia de Dios, confieso que mis ojos no cesan de ver señalada esta verdad con caracteres indelebles: dentro del hom-

(1) 1. Corint. 1.25.

bre, fuera de él y en todas pártes me demuestra la naturaleza un Dios perdido.

Sin estos conocimientos divinos, ¿qué han podido hacer los hombres sino ensorbecerse por la idea de su grandeza pasada, ó humillarse á la vista de su debilidad presente? Sin conocer por entero la verdad, no pudieron llegar á una virtud perfecta. Los unos considerando á la naturaleza como interrumpida y los otros como irreparable, cayeron en la pereza ó el orgullo, que son las dos fuentes de todos los vicios; pues ó no podian por cobardía dejar de entregarse á ellos, ó por soberbia tan poco podian determinarse á abandonarlos. Si percibian la excelencia del hombre sin ver su corrupcion, se esforzaban á evitar la pereza para desvanecerse en el orgullo. Podian evitar este si reconocian los achaques de la naturaleza; pero sin conocer su dignidad se hundian en la desesperacion.

De aquí nacieron las diversas sectas de los estoicos y de los epicúreos, de los dogmatistas y de los académicos, &c. Solo la relgion cristiana ha podido curar estos dos vicios; no desterrando al uno y conservando el otro por medio de la sabiduría de la tierra, sino expeliendo uno y otro por la simplicidad del Evangelio. Porque ella elevando á los justos hasta la participacion de la misma Divinidad, les enseña que en tan sublime estado llevan todavía el gérmen de la corrupcion que por toda su vida los sujeta al error, á la miseria, á la muerte, al pecado; y á los impíos no cesa de decirles á gritos que son capaces de la gracia de su Redentor. Así, pues, en virtud de esta doble capacidad comun á todos, de la gracia y del pecado, haciendo temblar el Evangelio á los que justifica, y consolando á

aquellos que condena, equilibra el temor y la esperanza de tal modo, que sin permitir que esta se pierda, humilla infinitamente mas que la razon pudiera hacerlo; y sin dar lugar al engreimiento eleva infinitamente mas que el orgullo de la naturaleza, manifestando que solo á él, exento del error y del vicio, pertenece enseñar y corregir á los hombres.

6.°—Nosotros no podemos concebir el estado glorioso de Adan, la naturaleza de su pecado, ni la trasmision de este á nosotros. Todo esto sucedió en un estado de naturaleza en lo absoluto diferente del nuestro; y excediendo nuestra capacidad presente, tampoco necesitamos saberlo para librarnos de nuestras miserias. Lo que nos importa conocer es, que corrompidos y miserables por Adan, vino Jesucristo á redimirnos del pecado y á reconciliarnos con Dios, dejándonos sobre la tierra pruebas admirables de su redencion.

7.°—Es cosa extraña el cristianismo: ordenando al hombre que se tenga por vil y aun por abominable, le manda al mismo tiempo que procure asemejarse á Dios. Sin este contrapeso seria en su elevacion horriblemente vano, ó en su abatimiento horriblemente ruin.

La miseria conduce á la desesperacion: la grandeza inspira la soberbia.

8.°—La Encarnacion da á conocer al hombre la grandeza de su miseria, por la grandeza del remedio que fue menester aplicarle.

9.°—No se halla en la religion cristiana un abatimiento que nos haga incapaces del bien, ni una santidad que nos exima absolutamente del mal. No hay doctrina mas propia para el hombre que la que le instruye de su doble capacidad de recibir y de

perder la gracia, á causa del doble peligro á que siempre está expuesto de desesperacion ó de soberbia.

10.°—Los filósofos no prescribian sentimientos proporcionados á los dos estados: inspiraban movimientos de grandeza pura ó de pura bajeza, que nunca pueden convenir. Los movimientos de humillacion son necesarios, mas no de una humillacion de naturaleza, sino de penitencia; no para subsistir en ellos, sino para caminar por su medio á la grandeza. Son precisos los movimientos de grandeza, pero de aquella que viene de la gracia, no del mérito; y esto despues de haber pasado por la humillacion.

11.°—Solo el cristiano verdadero es feliz, y nadie hay tan racional, tan virtuoso, tan amable como él. ¡Con cuán poco orgullo se considera un cristiano unido á Dios! ¡con cuán poca abyeccion se iguala á los gusanos de la tierra!

Ahora bien: ¿quién es capaz de negar su creencia ni su adoracion á estas luces del cielo? ¿No es mas claro que el dia nuestro sentimiento interior de ciertos caracteres indelebles de excelencia? ¿No es tambien innegable que experimentamos á cada momento los efectos de nuestra lastimosa condicion? Este caos, esta monstruosa confusion, ¿no nos gritan la verdad de ámbos estados con una voz tan penetrante que es imposible dejar de oirla?

12.°—Lo que aleja á los hombres de creer su capacidad de unirse á Dios, no es mas que la consideracion de su bajeza. Mas si la contemplan con sinceridad, síganla á tanta distancia como yó; y si no reconocen ser en efecto tal que nos es imposible conocer si á pesar suyo la misericordia de

Dios no nos puede hacer capaces de él, háganme ver de qué principio deduce una criatura que se reconoce tan débil, el derecho de medir y limitar á su capricho esa misericordia. El hombre que sabe tan poco lo que es Dios que ni aun á sí mismo se conoce; el hombre que se confunde á la vista de su propio estado ¡se atreve á adelantar que Dios no puede hacerle capaz de su comunicacion! ¡Mas yo quisiera preguntarle si Dios le exige otra cosa sino que le ame y le conozca; y en qué se funda para creer que no puede hacérsele conocible y amable. El hombre es naturalmente capaz de amor y de conocimiento, pues no hay la menor duda, por lo ménos, en que conoce que existe y que ama alguna cosa. Luego si ve alguna cosa apesar de las tinieblas de que está rodeado, y halla sobre la tierra algun objeto de su amor, ¿por qué cuando Dios quiera enviarle algunos destellos de su esencia no podrá ser capaz de amarle y conocerle del modo que á este Dios plazca comunicársele? Así es que hay una intolerable presuncion en tales raciocinios, aunque parezca proceden de humildad; porque esta no es razonable ni sincera sino cuando nos obliga á confesar que ignorando por nosotros mismos lo que somos, por Dios únicamente lo podemos saber.

ARTICULO VI.

Sometimiento y uso de la razon.

1.°—El paso últimode la razon, es conocer que hay una infinidad de cosas que le son superiores. Muy reducida debe ser si no alcanza hasta aquí. Es menester saber dudar, saber asegurar, saberse someter.

No entiende la fuerza de la razon el que no hace esto. Mas hay muchos que pecan contra estos tres principios, ya asegurando todo como demostrable por falta de inteligencia en demostraciones, ya dudando de todo por no saber cuándo es preciso someterse, y ya en fin, sometiéndose á todo por no conocer lo que deben sujetar al discurso.

2.°—Si todo se somete á la razon, nuestra religion nada tendrá de sobrenatural y misteriosa: si se choca contra los principios de aquella, esta será absurda y ridícula.

Jamas se someteria la razon, dice san Agustin, si no juzgase que hay veces en que debe ceder. De consiguiente, asi como es justo que ella se someta cuando juzga que debe someterse, lo es que no se someta cuando juzga con fundamento que no lo debe hacer; pero es indispensable cuidar de no engañarse.

3.°—La piedad es distinta de la supersticion. Llevar la piedad hasta la supersticion es destruirla. Los hereges nos echan en rostro esta sumision supersticiosa; mas exigirla, como lo hacen ellos, en cosas que no son materia de sometimiento, es cometer la falta de que nos acusan.

Nada hay tan conforme á la razon como el desconocerla en materias de fe, y nada tan contrario á la misma razon como el desatenderla en lo que no es de fe. Su exclusion y admision exclusiva son dos excesos igualmente peligrosos.

4.°—Sin duda la fe dice lo que no dicen los sentidos, pero nunca lo opuesto: es superior á ellos, no contraria.

5.°—Si yo viese un milagro me convertiria, dicen algunos. No hablarian de este modo si supiesen qué es lo que constituye la conversion á Dios.

Imaginan que para esto basta reconocer su existencia; y que la adoracion se reduce á dirigirle ciertas preces, semejantes pocos mas ó ménos, á las que los paganos dirigian á sus ídolos. La verdadera conversion consiste en anonadarse á la presencia de ese supremo Ser, á quien tantas veces hemos irritado, y que legítimamente puede perdernos á cada momento; en confesar que sin él nada podemos, y que solo hemos merecido su desgracia. La conversion consiste en conocer que hay una oposicion invencible entre Dios y nosotros, y que sin mediador no podemos comunicar con él.

6.°—No os sorprendais al ver hombres sencillos que creen sin razonar. Dios les da el amor de su justicia y el odio de sí mismos: él inclina su corazon á creer. Jamas se creerá con una creencia útil y de fe, si Dios no inclina el corazon; y se creerá desde que él le inclinare. Esto es lo que David conocia bien cuando decia: *Inclina, Señor, mi corazon á tus testimonios* (1).

7.°—Los que creen la religion cristiana sin haber examinado sus pruebas, creen en virtud de una disposicion interior del todo santa con la cual se conforma cuanto sobre ella oyen decir. Sienten interiormente que deben su existencia á un Dios: solo á él quieren amar, y no quieren aborrecer sino á sí mismos. Sienten que carecen de fuerza, que son incapaces de dirigirse á Dios, y que así, no viniendo Dios á ellos, no pueden tener ninguna comunicacion con él. Prestan su oido cuando la religion les dice que solo á Dios se debe amar y solo á sí mismo aborrecer, y que hallándonos todos corrompi-

(1) Salmo 118-36.

dos y siendo por lo mismo incapaces de Dios, se hizo hombre Dios para unirse á nosotros. Los que tienen esta disposicion interior, y este conocimiento de su deber y su incapacidad, no necesitan mas para quedar del todo persuadidos.

8.°—Los cristianos que vemos sin el conocimiento de las profecías y de las pruebas, no dejan de juzgarlas tan bien como los que le tienen. Estos juzgan por el entendimiento; mas aquellos juzgando por el corazon é incliuándolos á creer el mismo Dios, se persuaden con la mayor firmeza.

Convengo en que un cristiano que ignora las pruebas de su creencia, acaso no se hallará en estado de poder convencer á un infiel que diga otro tanto de la suya; pero cuantos las saben, demostrarán sin dificultad que este fiel, aunque no pueda probarlo por sí mismo, se halla verdaderamente inspirado de Dios.

ARTICULO VII.

Imágen de un hombre que cansado de buscar á Dios por medio del solo raciocinio, empieza á leer la Escritura.

1.°—Al ver la ceguedad del hombre, su miseria y las contrariedades pasmosas de su naturaleza: al considerarle sin luz entregado á sí mismo y como descarriado en un escondrijo de este mundo: al contemplarle sin saber quién le ha puesto en él ni con qué objeto, así como tampoco cuál debe ser su condicion cuando haya cesado de vivir: en fin, al aspecto del silencio espantoso del universo todo, el terror se apodera de mí, como si trasportado en

un profundo sueño á una isla horrorosa y desierta, al despertar despavorido me hallase sin medio alguno de salir de mansion tan funesta. Pero veo con asombro que es posible librarse del despecho en una situacion tan miserable. A mi lado se hallan otras personas de igual naturaleza; y preguntándoles si estan mas instruidas que yo, me responden que no, divertidas y entregadas del todo á algunos objetos frivolos que llaman su atencion. Bien léjos de poder fijar la mia en tales objetos, y mas aun de permanecer tranquilo asociado á estas personas semejantes á mí, tan impotentes y miserables como yo, advierto que incapaces de ayudarme en mi muerte, debo morir solo, y es preciso que me conduzca como si fuese solo. No debo, pues, ocuparme en construir edificios, en negocios tumultuosos, ni en solicitar la estimacion de nadie; debo procurar únicamente descubrir la verdad.

Así, considerando cuan grande es la apariencia de que hay otra cosa á mas de lo que veo, me ocupo en inquirir si este Dios de quien todo el mundo habla, ha dejado algunas señales que puedan descubrírmele. Extiendo, de nuevo mi vista á todas partes, y no encuentro mas que obscuridad: cuanto me ofrece la naturaleza solo es materia de duda y de inquietud. Si yo no advirtiese nada que mostrase una Divinidad, me determinaria á no creer su existencia. Si hallase en todo las señales de un Criador, descansaria en paz sobre la fe. Mas viendo demasiado para negar, y demasiado poco para estar seguro, mil veces he deseado en situacion tan triste, que si un Dios sostiene la naturaleza, diese esta señales inequívocas, ó no diese ninguna si son falsas: que lo dijese todo ó no dijese nada, para

que yo pudiese adoptar un partido. Ansioso por saber dónde se halla el verdadero bien, no habria sacrificio que no hiciese por salir de la horrible ignorancia de mi condicion y mi deber.

Veo multitud de religiones en todos los tiempos y lugares del mundo; pero en ninguna encuentro moral capaz de acomodarme, ni pruebas que puedan resolverme. Igualmente inadmisibles son á mi juicio la de Mahoma y la China, la de los antiguos romanos y la de los egipcios: con solo atender á que no tiene una mas que otra indicios de verdad, ni nada capaz de decidir, la razon no puede propender á una mas que á otra.

Mas discurriendo de esta suerte sobre tan inconstante y caprichosa variedad de creencia y de costumbres en los diversos tiempos, se me presenta en una parte reducida del mundo un pueblo particular separado de todos los demas, y cuya historia precede en muchos siglos á las mas antiguas que tenemos. Veo que este pueblo es grande y numeroso, que adora un solo Dios, y segun dice, se rige por una ley recibida de su propia mano. Sostiene que es el único á quien Dios ha revelado sus misterios; que todos los hombres estan corrompidos y en desgracia de Dios; que se hallan enteramente abandonados á sus sentidos y á su propia razon, y que de aquí dimanan los raros extravíos y continuas mudanzas en la religion y en las costumbres, al paso que este pueblo escogido permanece inalterable en su conducta: pero añade que Dios no dejará eternamente en las tinieblas á los demas hombres; que vendrá un libertador para todos, y que los que componen este pueblo, destinados expresamente á anunciar un suceso tan grande, deben convocar á los demas de la tierra á fin de esperar todos unidos á su libertador.

Este pueblo me asombra, y me parece digno de observarse con la mas particular atencion, por la multitud de circunstancias raras y admirables que en él se manifiestan.

Cuando todos los demas se forman del conjunto de una infinidad de familias; este aunque tan extraordinariamente numeroso procede de un solo hombre, y se compone de una reunion de hermanos: son de una misma sangre todos ellos; y miembros unos de otros constituyen una gran potencia de una sola familia. Esto es único.

Siendo este pueblo el mas antiguo que los hombres conocen, parece debe atraerse una veneracion particular, especialmente en la investigacion de que se trata; porque si Dios se ha comunicado á los hombres en todos los tiempos, es preciso recurir á los judíos para saber la tradicion.

Este pueblo no solamente es notable por su antigüedad, sino tambien singular por su contínua duracion desde su orígen hasta el dia. Acabaron los pueblos de la Grecia de Italia, de Lacedemonia, de Aténas, de Roma y los que los siguieron; pero los judíos siempre subsisten: jamas han faltado apesar de los esfuerzos de tantos reyes poderosos que mil veces han querido destruirlos, como lo acredita la historia y se deja discurrir por el órden natural de las cosas en tan dilatada série de años. Alcanzando, pues, á los primeros tiempos y llegando á los últimos, la historia de los judíos comprende en su duracion la de todas las nuestras.

La ley que gobierna este pueblo es á la vez la

mas antigua, la mas perfecta, y la única guardada siempre y sin interrupcion en un estado. Esto lo prueba el judío Filon en diversos lugares, y Josefo contra Appion, donde hace ver que su antigüedad es tan remota, que ni aun el nombre de ley fué conocido de los mas antiguos sino despues de pasados mil años; de tal suerte, que Homero que habló de tantos pueblos, jamas hizo uso de él. La perfeccion de esta ley se descubre á su simple lectura, pues en ella se ve prevenido todo con tanta sabiduría, equidad y discrecion, que si los mas antiguos legisladores griegos y romanos establecieron otras con tales calidades, fué por haber tomado de allí luces, como lo manifiestan las llamadas de las Doce Tablas y las demas pruebas que alega Josefo.

Mas esta ley es al mismo tiempo la mas rigorosa de todas; porque para reducir al pueblo á sus deberes, obliga con pena de la vida á mil prácticas particulares y penosas, de tal suerte que admira su conservacion por tantos siglos en un pueblo tan rebelde y tan poco sufrido, cuando las leyes de todos los demas, mucho mas fáciles, han variado segun las diferentes épocas.

2.°—Tambien es admirable este pueblo por su sinceridad. El guarda con amor y con fidelidad el libro en que Moises declara que siempre ha sido ingrato á Dios; que sabiendo lo será mas, aun despues de su muerte, pone contra él al cielo y á la tierra por testigos de habérselo repetido bastante; que al fin, Dios cansado de sufrirle, le dispersará por todos los pueblos de la tierra; que así como le ha irritado dando su adoracion á dioses que no eran los suyos, él á su vez le irritará llamando á un pueblo que no era su pueblo. Este mismo libro que por

tantos aspectos deshonra á los judíos, es sin embargo conservado por ellos á costa de la vida: sinceridad que ni tiene ejemplo ni puede dimanar de la naturaleza.

En cuanto á lo demas, no hallo motivo de dudar de la verdad de nada de esto; porque hay gran diferencia entre un libro escrito por un particular para que circule en un pueblo, y otro libro que escribe el mismo pueblo: que este libro es tan antiguo como el pueblo, nadie puede dudarlo.

Toda historia que no es contemporánea es sospechosa; y aquí los autores fueron testigos oculares de los hechos. Los libros de las Sibilas y de Trimegisto, así como otros muchos que á su principio lograron una aceptacion grande, al cabo hicieron ver su falsedad con el tiempo: no sucede lo mismo con aquellos en que los autores contemporáneos refieren de acuerdo los sucesos.

3.°—¡Qué diferencia de un libro á otro! No me admira que los griegos escribiesen su iliada, ni sus historias los egipcios y chinos: solo es menester ver de dónde ha nacido esto.

Estos historiadores fabulosos no son contemporáneos de los acaecimientos que refieren. Homero escribe una fábula; pero la da por tal, pues ninguno dudaba que Troya y Agamenon hubiesen existido como la manzana de oro: (1) aquí no se ocu-

(1) En esta manzana de oro no se puede ver mas que una ingeniosa alegoría. Pero de que Homero escribiese tres ó cuatrocientos años despues del suceso que refiere, y de que haya adornado su argumento con todas las bellezas de su imaginacion, se concluiría muy mal que este argumento en sí mismo es solo una fábula, y que Troya jamas ha existido. (*Editor de* 1821.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"

paba de una historia, sino de un entretenimiento. Su libro era único en su tiempo, y la belleza de la obra perpetuó la ficcion. Todo el mundo la aprende y habla de ella: es preciso saberla, y cada uno la sabe de memoria. Despues de cuatrocientos años ya no hay testigos vivos de las cosas, y así nadie sabe si se trata de un cuento ó de una historia: para darla por cierta, basta haberla sabido de los antepasados.

ARTICULO VIII.

Los judíos considerados relativamente á nuestra religion.

1.°—Habiendo pasado la creacion y el diluvio, y no debiendo ya Dios destruir el mundo, así como tampoco criarle ni dar aquellas grandes señales de su omnipotencia, empezó á establecer sobre la tierra un pueblo formado expresamente hasta que le sustituyese el que el Mesías debia formar segun su espíritu.

2.°—Queriendo Dios manifestar que podia formar un pueblo santo de una santidad invisible, y llenarle de una gloria eterna, hizo con los bienes de la naturaleza lo que pudo haber hecho con los de la gracia, á fin de que se pudiese conocer que podia hacer las cosas invisibles quien egecutaba tan perfectamente las visibles. Salvó, pues, del diluvio á su pueblo en la persona de Noé, le hizo nacer de Abraham, le rescató de entre sus enemigos, y le condujo á un lugar de descanso.

No era solo su objeto salvarle del diluvio, y hacer que naciese todo un pueblo de Abraham para

conducirle á una tierra abundante: quiso tambien manifestar que así como la naturaleza es una imágen de la gracia, de la misma suerte los milagros visibles lo eran de los invisibles que iba á hacer.

3.°—Tuvo ademas otra razon para formar el pueblo hebreo: con la mira de privar á sus escogidos de los bienes carnales y perecederos, se propuso dar á conocer de un modo milagroso que no por impotencia se conducia de esta manera, sino por ser así su voluntad.

Aquel pueblo se hallaba preocupado de los pensamientos terrenos de que Dios amaba á Abraham, su padre, á su carne y á sus descendientes, y que por esto los habia multiplicado y distinguido, sin permitirles se mezclasen con los demas pueblos de la tierra: no olvidaban que los habia sacado de Egipto obrando á su favor mil maravillas; que con el maná los habia alimentado en el desierto; que los habia conducido á una tierra abundante y venturosa; que les habia dado reyes y un templo de hermosa construccion para ofrecerle allí el sacrificio de los animales y purificarse con el derramamiento de su sangre; finalmente, que para hacerlos dueños de todo el mundo les enviaria el Mesías.

Acostumbrados los judíos á los grandes y ruidosos milagros, despues de haber contemplado los golpes del mar Rojo, la tierra de Canaan y cuanto habia hecho hasta entonces Moises solo como un bosquejo de la grandeza del Mesías prometido, esperaban de él cosas todavía mas admirables.

Envejecidos, pues, en estos errores carnales, llegó Jesucristo en el tiempo predicho; mas al verle sin aquel aparato con que le esperaban, creyeron

paba de una historia, sino de un entretenimiento. Su libro era único en su tiempo, y la belleza de la obra perpetuó la ficcion. Todo el mundo la aprende y habla de ella: es preciso saberla, y cada uno la sabe de memoria. Despues de cuatrocientos años ya no hay testigos vivos de las cosas, y así nadie sabe si se trata de un cuento ó de una historia: para darla por cierta, basta haberla sabido de los antepasados.

ARTICULO VIII.

Los judíos considerados relativamente á nuestra religion.

1.°—Habiendo pasado la creacion y el diluvio, y no debiendo ya Dios destruir el mundo, así como tampoco criarle ni dar aquellas grandes señales de su omnipotencia, empezó á establecer sobre la tierra un pueblo formado expresamente hasta que le sustituyese el que el Mesías debia formar segun su espíritu.

2.°—Queriendo Dios manifestar que podia formar un pueblo santo de una santidad invisible, y llenarle de una gloria eterna, hizo con los bienes de la naturaleza lo que pudo haber hecho con los de la gracia, á fin de que se pudiese conocer que podia hacer las cosas invisibles quien egecutaba tan perfectamente las visibles. Salvó, pues, del diluvio á su pueblo en la persona de Noé, le hizo nacer de Abraham, le rescató de entre sus enemigos, y le condujo á un lugar de descanso.

No era solo su objeto salvarle del diluvio, y hacer que naciese todo un pueblo de Abraham para

conducirle á una tierra abundante: quiso tambien manifestar que así como la naturaleza es una imágen de la gracia, de la misma suerte los milagros visibles lo eran de los invisibles que iba á hacer.

3.°—Tuvo ademas otra razon para formar el pueblo hebreo: con la mira de privar á sus escogidos de los bienes carnales y perecederos, se propuso dar á conocer de un modo milagroso que no por impotencia se conducia de esta manera, sino por ser así su voluntad.

Aquel pueblo se hallaba preocupado de los pensamientos terrenos de que Dios amaba á Abraham, su padre, á su carne y á sus descendientes, y que por esto los habia multiplicado y distinguido, sin permitirles se mezclasen con los demas pueblos de la tierra: no olvidaban que los habia sacado de Egipto obrando á su favor mil maravillas; que con el maná los habia alimentado en el desierto; que los habia conducido á una tierra abundante y venturosa; que les habia dado reyes y un templo de hermosa construccion para ofrecerle allí el sacrificio de los animales y purificarse con el derramamiento de su sangre; finalmente, que para hacerlos dueños de todo el mundo les enviaria el Mesías.

Acostumbrados los judíos á los grandes y ruidosos milagros, despues de haber contemplado los golpes del mar Rojo, la tierra de Canaan y cuanto habia hecho hasta entonces Moises solo como un bosquejo de la grandeza del Mesías prometido, esperaban de él cosas todavía mas admirables.

Envejecidos, pues, en estos errores carnales, llegó Jesucristo en el tiempo predicho; mas al verle sin aquel aparato con que le esperaban, creyeron

que no era él. Despues de su muerte vino san Pablo á enseñar á los hombres que todo aquello habia acontecido en figuras; que el reino de Dios no estaba en la carne, sino en el espíritu; que los enemigos del hombre eran sus pasiones y no los babilonios; que Dios no aceptaba templos fabricados por mano de los hombres, sino un corazon puro y humillado; que la circuncision del cuerpo era inútil, y la del corazon indispensable, &c.

4.°—No quiso Dios descubrir éstas cosas á aquel pueblo, indigno de saberlas; pero habiendo querido predecirlas para que se creyesen, fijó con claridad el tiempo en que vendrian á suceder: y aunque por lo comun las explicaba en figuras, á veces llegó á hacerlo de una manera expresa, para que aquellos que se inclinaban á los símbolos se fijasen en ellos, y los que amaban lo que representaban, viesen las cosas en estos mismos símbolos. Por esta causa se dividieron los pueblos en tiempo del Mesías: los espirituales le recibieron; los carnales, desechándole, quedaron para servirle de testigos.

5.°—Los judíos carnales no comprendian ni la grandeza ni el abatimiento del Mesías que les habian prometido sus profetas. Desconocieron su grandeza al decirles que seria Señor de David aunque hijo suyo; que era ántes que Abraham y que este le vió: y sin tenerle por tan grande que existiese de toda eternidad, del mismo modo le desconocieron en su abatimiento y en su muerte. El Mesías, decian, vive para siempre, y este dice que debe morir. Así pues, ni le consideraban eterno ni sujeto á la muerte, ni buscaban en él sino una grandeza puramente carnal.

Amaron tanto las cosas representativas y las esperaron tan exclusivamente y de tal modo, que cuando llegó la realidad en el tiempo y de la manera que se habia predicho, absolutamente la desconocieron.

6.°—Los que tienen dificultad en creer, dan por pretexto que los judíos no creian. Si era tan claro, dicen, ¿porqué no daban crédito? Mas en su misma repulsa está el fundamento de nuestra creencia. Mucho ménos dispuestos estariamos á ella si no la contrariasen; porque entónces tendriamos un pretexto mas fundado de incredulidad y desconfianza. ¡Cuán admirable es el contemplar á los judíos tan grandes apasionados á las cosas predichas como grandes enemigos de su cumplimiento, y el haberse profetizado esta misma aversion!

7.°—Para dar crédito al Mesías era indispensable que ántes fuese profetizado por hombres de quienes, léjos de poder sospechar, se viesen testimonios de una diligencia, fidelidad y zelo extraordinarios, y reconocidos por toda la tierra.

A fin de llevar al cabo tan grande obra, escogió Dios este pueblo carnal, y le hizo depositario de las profecías que predicen el Mesías como libertador y dispensador de los bienes carnales que amaban estos hombres. Tal era la causa de su extraordinario afecto á los profetas, y de haber manifestado á todo el mundo los libros en que constaba la promesa asegurando á todas las naciones que se realizaria de la manera que en ellos se profetizaba. Pero alucinados á la venida ignominiosa y pobre del Mesías, se convirtieron en sus mas grandes enemigos; y en consecuencia, el pueblo que ménos se pudiera sospechar á favor nuestro, es precisamente el que nos favorece, y el que zeloso de su ley y sus

profetas, conserva en su poder y mantiene con una exactitud incorruptible su condenacion y nuestras pruebas.

8.°—Los que se escandalizaron de Jesucristo, los que le desecharon y crucificaron, son los mismos guardianes de los libros que dan de él testimonio diciendo que seria desechado y serviria de escándalo. De esta suerte, negándole hicieron ver que era él; y probaron que lo era así los judíos justos que le recibieron, como los injustos que le rechazaron, habiéndose profetizado lo uno y lo otro.

Por esto las profecías tienen un sentido oculto, es decir, el espiritual que aborrecia aquel pueblo, bajo el carnal que le agradaba. Si se les hubiese descubierto el sentido espiritual, incapaces de amarle y no pudiendo sostenerle, no habrian sido zelosos de la conservacion de sus libros y de sus ceremonias: si hubiesen amado aquellas promesas espirituales guardándolas en toda su pureza hasta la venida del Mesías, su testimonio, considerado entónces como de parte apasionada, hubiera carecido de fuerza. Véase aquí por qué era conveniente que el sentido espiritual permaneciese oculto. Mas como á estarlo de manera que nada se hubiese descubierto, no hubiera podido servir para probar el Mesías; cubriéndole con el velo temporal en los mas de los pasages, se le descubrió distintamente en algunos de tal modo, que es menester toda la ceguedad que produce la carne cuando llega á dominar el espíritu para desconocerle. El tiempo y el estado del mundo fueron predichos con mas claridad que la del sol.

Tal ha sido la conducta de Dios. Este sentido espiritual se oculta bajo el otro en una infinidad de lu-

gares; mas descubierto en algunos, aunque rara vez, pudiendo convenir á ambos sentidos los lugares equívocos en que se oculta, aquellos en que se manifiesta son unívocos y no pueden convenir sino al espiritual. Esto no induce á error; y así solo un pueblo tan carnal como aquel podia tomar lo uno por lo otro; porque cuando se les prometian bienes en abundancia ¿qué era lo que les impedia entender los bienes verdaderos sino su concupiscencia que aplicaba este sentido á los terrenos? Pero como hay dos principios que dividen las voluntades de los hombres, á saber, la concupiscencia y la caridad; los que no tenian bienes mas que en Dios, á él los referian únicamente. No quiere decir esto que la concupiscencia no pueda permanecer con la fe, ni subsistir la caridad con los bienes de la tierra; sino que la concupiscencia usa de Dios y goza del mundo, y la caridad, al contrario, usa del mundo y goza de Dios.

El último fin es el que da el nombre á las cosas; y así todo lo que nos impide conseguirle es llamado *enemigo*. Las criaturas, aunque buenas, son enemigas de los justos cuando los separan de Dios, y el mismo Dios es enemigo de aquellos á quienes turba la satisfaccion de sus deseos desordenados.

Dependiendo, pues, la palabra *enemigo* del fin último, los justos comprendian por ella sus pasiones, y los carnales entendian los babilonios; de suerte que el término solo era oscuro para los injustos. Esto es lo que da á entender Isaías cuando dice: *Sella la ley en mis discípulos* (1); y que Jesucristo *seria piedra de escándalo* (2). *Mas bienaventurado*

(1) Isaías 8, 16.—(2) Idem. 8, 16.

el que no fuere escandalizado en él (1). Oseas dice tambien perfectamente: *¿Quién es el sabio, y entenderá estas cosas; el entendido, y sabrá esto? porque los caminos del Señor son rectos y los justos andarán por ellos: mas los prevaricadores caerán en ellos* (2).

Sin embargo, aquel testamento, dispuesto de manera que iluminando á los unos cegaba á los otros, descubria en los mismos ciegos la verdad que debia ser conocida de aquellos; porque eran tan grandes y divinos los bienes visibles que recibian de Dios, que en ellos á no poder dudarlo, se manifestaba su poder para darles los invisibles y un Mesías.

9.°—El tiempo de la primera venida de Jesucristo está predicho; no lo está la segunda (3): porque así como aquella debia ser oculta, esta será en tanto grado de esplendor manifiesta, que le reconocerán sus mismos enemigos. Mas como entónces debia venir entre la oscuridad y solo para ser conocido de los que sondasen la Escritura, dispuso Dios las cosas de tal suerte que todo cooperaba á darle á conocer. Los judíos, depositarios de las profecías, daban de él testimonio admitiéndole, y probaban

(1) San Mateo 11, 16.—(2) Oseas 14, 10.—(3) En vez de esta negacion absoluta, el autor podia haber dicho: no lo está con la misma claridad; porque los *tres tiempos y la mitad de un tiempo* de Daniel, (Dan. 1, 25 y 12, 7.) y los *cuarenta y dos meses* de San Juan (Apoc. 11, 2 y 13, 5.) parece que se refieren á esto, segun los teólogos. ¿Pero qué significan estos tiempos y estos meses? Esto es lo que no dice la Escritura. Jesucristo anuncia tambien las *señales* que precederán al fin del mundo, y añade: *Cuando viereis todo esto, sabed que cerca está el reino de Dios,* (*San Mateo* 24, 33. *San Marcos* 13, 29. *San Lúcas* 21, 31.) *Nota de la edicion de* 1187.

tambien su venida desechándole, porque de esta manera cumplian las profecías.

10.°—Los judíos tenian milagros, profecías que veian cumplirse, y la doctrina de su ley que consistia en no adorar ni amar sino á un Dios solo. Esta ley, ademas, era perpetua, estaba en consecuencia caracterizada con todas las señales de la verdadera religion, y de hecho lo era. Pero es menester distinguir la doctrina de los judíos de la doctrina de su ley; porque aunque aquella tuviese á su favor los milagros, las profecías y la perpetuidad, no era verdadera careciendo de la circunstancia de no adorar ni amar mas que á Dios solo.

Así, pues, la religion judaica debe considerarse de un modo diferente en la tradicion de sus santos y en la del pueblo. En esta la moral y la felicidad son ridículas; en aquella con nada se pueden comparar. Su fundamento es admirable. Estriba nada ménos que en el libro mas antiguo y auténtico del mundo; y léjos de prohibir examinar este escrito, como lo nizo Mahoma para que pudiese subsistir el suyo, á todos mandó Moises que le leyesen.

11.°—La religion judaica es del todo divina en su autoridad, en su duracion, en su perpetuidad, en su moral, en su conducta, en su doctrina, en sus efectos. Se formó á semejanza de la verdad del Mesías, y la verdad del Mesías fue reconocida por la religion de los judíos en que se figuraba.

La verdad que entre los judíos solo se veia simbolizada, manifiesta en el cielo, se mantiene encubierta en la Iglesia, pero reconocida por su semejanza á la figura. La figura se sacó de la verdad, y la verdad se reconoció por la figura.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

12.°—El que quiera formar idea de la religion judaica por los judíos groseros, nunca la tendrá exacta. Esta religion es visible, pero en los libros santos y en la tradicion de los profetas, los cuales con bastante claridad manifestaron que no entendian á la letra la ley. Así, nuestra religion es divina en el Evangelio, en los apóstoles y en la tradicion: en los que la tratan mal se ve desfigurada enteramente.

13.°—Los judíos eran de dos especies: los unos solo tenian afecciones paganas; los otros se hallaban animados solo de las cristianas. Segun los judíos carnales el Mesías debe ser un gran príncipe temporal. Segun los cristianos carnales el Mesías vino á dispensarnos del amor de Dios, y á darnos sacramentos que obran todo sin cooperar nosotros. Ni uno ni otro es la religion judía ni la cristiana. Los judíos y los cristianos verdaderos han reconocido un Mesías que les inspiraria el amor de Dios, y les concederia por este medio el triunfo sobre sus enemigos.

14.°—El velo que cubre los libros de la Escritura á los judíos, se los oculta de la misma suerte á los malos cristianos y á todos aquellos á quienes domina el amor propio. Pero ¡cuán bien dispuesto se halla á comprenderlos y á conocer á Jesucristo el que verdaderamente se aborrece á sí mismo!

15.°—Los judíos carnales guardan un medio entre los cristianos y los paganos. Estos no conocen á Dios ni aman mas que á la tierra: aquellos solo aman la tierra, y conocen al verdadero Dios. Los cristianos conocen al verdadero Dios y no aman la tierra. Los judíos y los paganos aman los

mismos bienes. Los judíos y los cristianos reconocen un mismo Dios.

16.°—Es visible que el pueblo judío fue expresamente formado para servir de testigo al Mesías. El guarda los libros, los ama y no los entiende. Y todo esto se profetizó; porque está escrito que como un libro sellado les serian confiados los juicios del Señor.

Miéntras hubo profetas que cuidasen de mantener la ley fué descuidado el pueblo; y por una providencia admirable luego que ellos faltaron, el pueblo les sucedió en el zelo.

17.°—Empezando á alejarse la creacion del mundo, deparó Dios un historiador contemporáneo, y puso bajo su direccion á todo un pueblo para guardar el libro, á fin de que siendo esta historia la mas auténtica del mundo, ningun hombre ignorase cosas tan necesarias, y que ademas solo podian saberse por tal medio.

18.°—Moises era un hombre hábil: esto no admite duda. Luego si su designio hubiese sido el de engañar, lo hubiera hecho de modo que no se le pudiese convencer de impostura. Fué todo lo contrario; porque si él hubiese pretendido alucinar con ficciones, no habria habido judío incapaz de conocer el engaño.

¿Por qué, por ejemplo, alargó tanto la vida de los primeros hombres, y redujo á un número tan corto las generaciones? En muchas hubiera podido ocultarse, y en pocas le era imposible hacerlo; porque lo que oscurece las cosas no es el número de años sino la multitud de generaciones.

La verdad se altera por la mudanza de los hombres: pero Moises coloca tan próximos los

dos acaecimientos mas memorables que jamas han podido imaginarse, á saber, la creacion y el diluvio; que casi toca uno á otro por el corto número de generaciones que media entre los dos; de manera que cuando él escribia éstos sucesos, su memoria debia conservarse todavía reciente en todos los judíos.

Sem que vió á Lamech, el cual vió á Adam, por lo ménos vió á Abraham; y Abraham vió á Jacob, el cual vió á los que vieron á Moises. Luego la creacion y el diluvio son cosas innegables. Así concluyen ciertas gentes que lo entienden bien.

La dilatada vida de los patriarcas, en vez de causar el olvido de los acaecimientos servia al contrario para conservar su memoria. Todo el mundo sabe que muchas veces la falta de instruccion histórica proviene de no haber vivido con nuestros mayores, y de su muerte ántes de haber llegado á usar de la razon. Mas cuando los hombres vivian tan largo tiempo, y los hijos vivian y hablaban largo tiempo con sus padres: cuando carecian de las artes y ciencias que ocupan gran parte de los discursos de la vida; y cuando, en fin, toda la historia se reducia á la suya, ¿de qué podian hablar sino de ella y de sus ascendientes? Esta es la razon por qué en aquellos tiempos tenian los pueblos particular cuidado de sus genealogías.

19.°—Cuanto mas examino á los judíos, mas verdades encuentro en este exámen, y mas veo esa señal de su falta de profetas y rey, que unida á su aversion á los cristianos les obliga á ser admirables testigos de la verdad de las profecías que vaticinaron no solo su vida, sino tambien su misma ceguedad. Al contemplar dispuesta así esta religion, to-

da divina en su autoridad y su duracion, en su perpetuidad y su moral, en su conducta y sus efectos; tiendo mis brazos á mi Libertador profetizado por espacio de cuatro mil años, crucificado y muerto por mí sobre la tierra en el tiempo y con todas las circunstancias predichas: y viviendo contento ya en medio de los bienes que quiere concederme, ya en los males que con su ejemplo me ha enseñado á sufrir y que por mi bien le place enviarme, aguardo por su gracia una muerte tranquila en la esperanza de unirme á él eternamente.

Desde aquí refuto todas las demas religiones; desde aquí resuelvo todas las dificultades que quieran objetarme. Justo es que un Dios tan puro no se descubra sino á aquellos que tienen el corazon purificado.

Yo no puedo dudar que desde que la memoria subsiste entre los hombres, el pueblo judío se hace ver mas antiguo que cualquiera otro pueblo. Constantemente ha anunciado á los hombres que se hallan en una corrupcion universal, y que vendria un Reparador. No ha dicho esto un solo hombre: una infinidad de ellos, un pueblo entero lo ha profetizado por cuatro mil años.

ARTICULO IX.

De las figuras. Que la ley antigua era simbólica.

1.°—Hay figuras claras y demostrativas; mas tambien hay otras que, pareciendo ménos naturales, no sirven para convencer á los que no lo estan ya por otra parte. Pudieran estas parecerse á las de aquellos que establecen profecías sobre el Apoca-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

lípsis, explicado á su antojo; pero hay la diferencia de que carecen de otras indudables que puedan afianzarlas, y nada es mas injusto que pretender tenerlas por tan bien fundadas como lo estan algunas de las nuestras cuando ellos carecen de las demostrativas que tenemos nosotros. No es igual el partido. Es menester no confundir estas cosas ni ponerlas á un mismo nivel; pues aunque bajo un aspecto parezcan semejantes, por otro son muy diferentes.

2.°—Una de las principales razones por que los profetas cubrieron bajo el velo de las figuras de los bienes temporales los espirituales que ofrecian, fué porque tenian que habérselos con un pueblo carnal, á quien era preciso hacer depositario del testamento espiritual.

Jesucristo simbolizado por José, predilecto de su padre, enviado de él para ver á sus hermanos, es (1) el inocente vendido por estos en veinte dineros, y hecho por tal medio su señor, su salvador, el salvador de los extrangeros y el salvador del mundo; lo cual no habría llegado á suceder si no hubiesen concebido el designio de perderle, y sin la venta y reprobacion que de él hicieron.

José, colocado entre dos reos, se hallaba en una

(1) Parece que la palabra *es* se halla traspuesta aquí por equivoco de copista ¿No era mas natural que se leyese: *Jesucristo es simbolizado por José, predilecto de su padre*, &c? Porque la circustancia de los *veinte dineros* concierne á José, y no á Jesucristo que fué vendido en treinta. Lo que sigue concierne igualmente á José, pues á este se le dió aun el nombre mismo de *salvador del mundo*. (Génesis 41, 15). Refiriéndose todo esto á José, en todo ello Jesucristo está representado por aquel, y esto es lo que sin duda quiso decir Pascal. (Ed. de 1787.)

cárcel. Jesucristo clavado en una cruz, puesto entre dos ladrones. José guiado de unos mismos principios, predice al uno que seria restituido á su oficio, y al otro la muerte: Jesucristo salva al uno y abandona al otro padeciendo ambos por un mismo delito. José predice: Jesucristo obra. José pide al que debe volver á la gracia de su Señor, que no le olvide entonces: el ladron á quien salva Jesus, le pide que se acuerde de él cuando se halle en su reino.

3.°—La gracia no es el último fin, y así no es mas que la figura de la gloria. Figurada por la ley, y figurando ella misma la gloria, es á la vez un medio para conseguirla.

4.°—La sinagoga no acababa, porque en ella estaba figurada la Iglesia; mas como solo era una figura, vino á ser reducida á servidumbre. La figura subsistió hasta que vino á suceder la realidad, á fin de que la Iglesia fuese siempre visible, ya en la pintura que la prometia, ya en el efecto.

5.°—Para probar de un solo golpe los dos Testamentos, basta examinar si las profecías del Antiguo tuvieron su cumplimiento en el Nuevo. Mas para examinar las profecías es preciso entenderlas; porque si se crée que solamente tienen un sentido, es seguro que el Mesías no ha llegado; pero teniendo dos no hay duda que vino en Jesucristo.

Así, toda la cuestion se reduce á saber si tienen dos sentidos, si son figuras ó realidades, es decir, si hay que buscar en ellas algo mas de lo que parece desde luego, ó si basta fijarse únicamente en el primer sentido que presentan.

Si la ley y los sacrificios son la realidad, es preciso que agraden á Dios y que no le disgusten. Si

son figuras es preciso que agraden y disgusten. En toda la Escritura agradan y disgustan; luego son figuras.

6.°—Para ver claramente que solo es simbólico el Antiguo Testamento, y que por los bienes temporales entendian otros bienes los profetas, basta atender, primero, á que seria indigno de Dios llamar á los hombres á gozar exclusivamente de las felicidades temporales; y segundo, á que aunque los profetas explican con claridad la promesa de los bienes terrenos, dicen, sin embargo, que sus discursos son oscuros, y que su verdadero sentido, diverso del que manifiestan, no vendrá á comprenderse hasta el fin de los tiempos (1). Luego ellos hablaban de otros sacrificios, de otro libertador, &c.

Finalmente, es preciso notar que siendo opuestos sus discursos, y destruidos estos si se creyese que no entendieron por las palabras *ley y sacrificio* sino la ley de Moises y sus sacrificios, se hallaria una contradiccion manifiesta y grosera en sus libros, á veces en un mismo capítulo; y en consecuencia es indispensable que entendiesen cosas muy diferentes.

7.°—Se dice que la ley será mudada; que el sacrificio lo será igualmente; que los judíos quedarán sin rey, sin príncipes y ni sacrificios; que se hará una nueva alianza; que la ley será renovada; que los preceptos que han recibido no son buenos; que sus sacrificios son abominables, y que Dios no se los ha pedido.

Se dice, al contrario, que la ley durará eternamente; que serán perpetuos el sacrificio y la alian-

(1) Jeremias 23, 22 y 30, 24.

za, y que el cetro no saldrá de este pueblo, pues debe permanecer hasta que llegue el Rey eterno.

Así no señalando este conjunto de pasages, la realidad ni la figura, aquellos en que se halle la realidad excluida denotan que solamente son una figura: no pudiéndose aplicar todos ellos á la realidad, y pudiéndose decir de la figura, de esta se dijeron, no de la realidad.

8.°—Para saber si la ley y los sacrificios son realidad ó figura, es preciso examinar si los profetas fijaban su vista y su atencion de modo que al hablar sobre esto solo se refiriesen á la antigua alianza, ó si veian representada otra cosa en esta ley y en estos sacrificios, pues un retrato manifiesta figurado el objeto: á este fin no es necesario mas que leer con atencion las profecías.

Cuando dicen que la alianza durará eternamente ¿entienden hablar de aquella que será mudada? De la misma suerte los sacrificios &c.

9.°—Los profetas dijeron con toda claridad que Israel seria siempre amado de Dios, y la ley seria eterna; y dijeron tambien que su sentido estaba oculto y no se entenderia.

El enigma tiene dos sentidos. Cuando se intercepta una carta importante en que se ve un sentido claro, y en donde sin embargo se lée que este sentido se halla bajo un velo, y oscurecido de tal suerte que la carta se verá como si no se viese, y se entenderá sin entenderla, ¿qué se debe pensar sino que es una cifra de doble sentido, tanto mas cuanto se adviertan contradicciones manifiestas en el literal? ¿Y como deberémos estimar á los que descubriéndonos la cifra nos dan á conocer el sentido que oculta, especialmente cuando los principios que to-

man de allí son del todo naturales y claros? Ved aquí lo que hicieron Jesucristo y los apóstoles. Ellos rompieron el sello, rasgaron el velo y descubrieron el espíritu. Por ellos sabemos que los enemigos del hombre son sus pasiones; que el Redentor seria espiritual; que vendria una vez en la miseria para abatir el orgullo del hombre, y otra en la gloria para elevar al humillado, y que Jesucristo seria Dios y hombre.

10.°—Jesucristo manifestó á los hombres que amándose á si mismos eran esclavos, ciegos, enfermos, infelices y pecadores; y que siendo preciso que él los libertase, ilustrase, curase y santificase, obtendrian estos bienes aborreciéndose á sí mismos y siguiendo el ejemplo de su miseria y muerte en una cruz.

La letra mata (1): todo era figurado: era preciso que el Cristo padeciese: un Dios humillado, circuncision de corazon, verdadero ayuno, verdadero sacrificio, verdadero templo: doble ley, doble tabla de la ley, doble templo, doble cautividad: ved aquí el enigma que nos presentó.—En fin enseñándonos que todas estas cosas no eran mas que figuras, nos hizo ver en qué consiste ser verdaderamente libre y verdadero israelita, la verdadera circuncision, el verdadero pan del cielo, &c.

11.°—En estas promesas cada uno halla lo que tiene en el fondo de su corazon, es decir, los bienes temporales ó los espirituales, Dios ó las criaturás; mas hay la diferencia de que los que buscan las criaturas las encuentran con mil contradicciones y la prohibicion de amarlas, por el precepto de no

(1) Segunda de San Pablo á los corintios 3,6.

amar ni adorar sino á un Dios solo; y que los que buscan á Dios le hallan sin la menor oposicion con ese mandamiento de amar exclusivamente á él.

12.°—Las fuentes de donde dimanan las contrariedades de la Escritura, son un Dios humillado hasta sufrir una muerte de cruz, un Mesías triunfante de la muerte por su muerte, dos naturalezas en Jesucristo, dos advenimientos, dos estados de la naturaleza humana.

Así como para pintar bien el carácter de un hombre, no basta formar una série de sus calidades conformes sin conciliar con ellas las opuestas; de la misma suerte para comprender el sentido de un autor es preciso conciliar todos los pasages en que se advierte en él oposicion.

De consiguiente, para entender la Escritura es necesario penetrar aquel sentido en que se ven conformes todos los pasages contrarios: no basta uno que convenga á muchos avenidos; es menester el que conviene con los mismos opuestos.

Todo autor, ó tiene un sentido con el cual se conforman todos los pasages contrarios, ó carece absolutamente de él. No puede decirse esto último de la Escritura ni de los profetas: le tenian muy bueno sin la menor duda; y así solo es preciso buscar en ellos el que acuerda todas las contrariedades.

Conciliándose en Jesucristo todas ellas, el verdadero sentido no es el de los judíos, que no pueden acordar la cesacion del reino y del principado, predicha por Oseas, con la profecía de Jacob.

Para conocer suficientemente el sentido del autor, basta atender á que considerando como realidades la ley, los sacrificios y el reino, no se pueden

concordar todos los pasages de su escrito, muchas veces contradictorios en un mismo libro, y algunas en un mismo capítulo.

13.°—No era permitido sacrificar fuera de Jerusalen, que era el lugar escogido del Señor, ni aun comer en otra parte las décimas.

Oseas predijo que llegarian los judíos á quedarse sin rey, sin príncipes, sin sacrificios y sin ídolos; y esto se ve hoy cumplido, porque no pueden ofrecer sacrificio legítimo fuera de Jerusalen.

14.°—Cuando la palabra de Dios, que es verdadera, aparece en lo literal falsa, en lo espiritual es verdadera. *Toma asiento á mi diestra*, es falso literalmente dicho; espiritualmente es verdadero. En estas expresiones se habla de Dios del modo que los hombres pueden hablar de él, y no significan sino que la intencion de los hombres al dar asiento á su derecha, Dios la tendrá tambien. Es una señal de la intencion de Dios, y no de su modo de ejecutarla.

Así cuando se dice: Dios ha recibido el olor de vuestro incienso, y os dará en recompensa una tierra fértil y abundante, es decir, que Dios tendrá para con vos la misma intencion que tendrá un hombre dándoos en recompensa una tierra abundante por haber recibido con agrado vuestro incienso; porque con él habeis tenido la misma intencion que tiene un hombre respecto de otro á quien ofrece incienso.

15.°—El objeto único de la Escritura es la caridad. Todo aquello que no se dirige á él es su figura; porque siendo este solo, todo lo que no lo tiene por fin, hablando propiamente, es figura.

Para aliviar nuestra flaqueza que busca la diversidad, dispone Dios de muchos modos este único precepto de la caridad que nos conduce siempre á lo que únicamente nos es necesario. Siéndolo para nosotros una sola cosa y amando lo variado, uno y otro satisface Dios por medio de diferencias que conducen á la única necesidad.

16.°—Los rabinos toman por figuras los pechos de la esposa, y todo lo que no manifiesta el fin único que se proponen de los bienes temporales.

17.°—Algunos de ellos ven perfectamente que el hombre no tiene mas enemigo que la concupiscencia que le aparta de Dios, ni otro bien que él, y no una tierra fértil. Los que creen que la felicidad del hombre está en la carne, y la desdicha en lo que le desvia del placer de los sentidos, sáciense en él, y mueran. Mas los que buscan á Dios de todo corazon; los que no conocen otra pena que la de estar privados de su vista; los que no tienen mas deseo que el de poseerle, ni otros enemigos que aquellos que los alejan de él; los que se afligen al verse rodeados y sujetos á tales enemigos, consuélense, hay un Dios, hay un Libertador para ellos. El Mesías prometido con el fin de librarnos de los enemigos, ha venido á librarnos de las iniquidades, pero no de enemigos.

18.°—Cuando David predice que el Mesías libertará á su pueblo de sus enemigos, puede creerse carnalmente que habla de los egipcios; y entónces no sé como pudiera demostrarse que la profecía esté cumplida. Pero tambien se crée muy bien que habla de las iniquidades, porque en realidad estos son los enemigos, y no los egipcios. Es pues equívoca la voz *enemigos*.

Mas cuando dice al hombre, como Isaías y los

otros, que librará de los pecados á su pueblo, desapareciendo la anfibología de la voz *enemigos* significa exclusivamente *iniquidades*, porque los males del espíritu, es decir, los pecados, se podian designar por enemigos, y estos no podian designarse por iniquidades.

Se ve que Moises, David é Isaías, usaban de unos mismos términos. ¿Quién dirá pues que no hablaban en un mismo sentido, y que el de David, referente con toda claridad á iniquidades cuando habla de enemigos, no fuese el mismo de Moises hablando de estos?

Daniel pensaba en los pecados cuando rogaba que el pueblo fuese libre de la opresion de sus enemigos (1): y para demostrarlo dice que Gabriel vino á avisarle que su oracion se habia oido, y que solo faltaban setenta semanas, pasadas las cuales el pueblo se hallaría libre de la iniquidad, acabaria el pecado, y el Libertador, el Santo de los santos seria el conductor de la justicia eterna: no la legal, la eterna.

Descubierto una vez este secreto, no es posible perderle ya de vista. Léase con este espíritu el Antiguo Testamento, y véase si los sacrificios eran verdaderos, si la familia de Abraham era la verdadera causa de la amistad de Dios, y si la tierra prometida era el verdadero lugar del descanso. Nada de esto; luego eran figuras. Véanse del mismo modo todas las ceremonias prescritas y todos los mandamientos que no son caridad, y no se podrá dejar de conocer que solo son figuras que la representan.

(1) Cap. 9.

ARTICULO X.

De Jesucristo.

1.°—La distancia infinita de los cuerpos á los espíritus, es una imágen de la infinitamente mas infinita de los espíritus á la caridad, porque es sobrenatural esta virtud.

Todo el esplendor de las grandezas carece de atractivo para los que se ocupan en las investigaciones del entendimiento. La grandeza de estos se oculta á los ricos, á los reyes, á los conquistadores y á todos esos grandes de carne. La grandeza de la sabiduría que dimana de Dios es invisible á los carnales y á los hombres de entendimiento. Son tres órdenes de diferentes géneros.

Los grandes genios tienen su imperio, su brillo, su grandeza y sus victorias sin ninguna necesidad de las grandezas carnales que carecen de relacion con las que buscan: sin ser vistos de los ojos, les basta que los vean los espíritus. Los santos tienen su imperio, su brillo, su grandeza y sus victorias sin necesidad alguna de aquellas grandezas intelectuales ó carnales que no son de su órden, y no añaden ni quitan á la que ellos aspiran. Son vistos de Dios y de los ángeles, no de los cuerpos ni de los espíritus curiosos: los satisface Dios.

Aun cuando Arquímedes hubiese carecido de un nacimiento ilustre, no podriamos dejar de tributarle nuestra veneracion: no dió batallas, pero dejó admirables invenciones á todo el universo. ¡Cuán brillante, cuán grande se presenta al espíritu este

otros, que librará de los pecados á su pueblo, desapareciendo la anfibología de la voz *enemigos* significa exclusivamente *iniquidades*, porque los males del espíritu, es decir, los pecados, se podian designar por enemigos, y estos no podian designarse por iniquidades.

Se ve que Moises, David é Isaías, usaban de unos mismos términos. ¿Quién dirá pues que no hablaban en un mismo sentido, y que el de David, referente con toda claridad á iniquidades cuando habla de enemigos, no fuese el mismo de Moises hablando de estos?

Daniel pensaba en los pecados cuando rogaba que el pueblo fuese libre de la opresion de sus enemigos (1): y para demostrarlo dice que Gabriel vino á avisarle que su oracion se habia oido, y que solo faltaban setenta semanas, pasadas las cuales el pueblo se hallaría libre de la iniquidad, acabaria el pecado, y el Libertador, el Santo de los santos seria el conductor de la justicia eterna: no la legal, la eterna.

Descubierto una vez este secreto, no es posible perderle ya de vista. Léase con este espíritu el Antiguo Testamento, y véase si los sacrificios eran verdaderos, si la familia de Abraham era la verdadera causa de la amistad de Dios, y si la tierra prometida era el verdadero lugar del descanso. Nada de esto; luego eran figuras. Véanse del mismo modo todas las ceremonias prescritas y todos los mandamientos que no son caridad, y no se podrá dejar de conocer que solo son figuras que la representan.

(1) Cap. 9.

ARTICULO X.

De Jesucristo.

1.°—La distancia infinita de los cuerpos á los espíritus, es una imágen de la infinitamente mas infinita de los espíritus á la caridad, porque es sobrenatural esta virtud.

Todo el esplendor de las grandezas carece de atractivo para los que se ocupan en las investigaciones del entendimiento. La grandeza de estos se oculta á los ricos, á los reyes, á los conquistadores y á todos esos grandes de carne. La grandeza de la sabiduría que dimana de Dios es invisible á los carnales y á los hombres de entendimiento. Son tres órdenes de diferentes géneros.

Los grandes genios tienen su imperio, su brillo, su grandeza y sus victorias sin ninguna necesidad de las grandezas carnales que carecen de relacion con las que buscan: sin ser vistos de los ojos, les basta que los vean los espíritus. Los santos tienen su imperio, su brillo, su grandeza y sus victorias sin necesidad alguna de aquellas grandezas intelectuales ó carnales que no son de su órden, y no añaden ni quitan á la que ellos aspiran. Son vistos de Dios y de los ángeles, no de los cuerpos ni de los espíritus curiosos: los satisface Dios.

Aun cuando Arquímedes hubiese carecido de un nacimiento ilustre, no podriamos dejar de tributarle nuestra veneracion: no dió batallas, pero dejó admirables invenciones á todo el universo. ¡Cuán brillante, cuán grande se presenta al espíritu este

hombre! Jesucristo sin riquezas ni aparato de ciencia se nos ofrece en el órden de la santidad. No hizo descubrimientos, no reinó; pero fué humilde, paciente, inmaculado, santo delante de Dios, y terrible para los demonios. ¡Con qué pompa maravillosa vino! ¡Con qué magnificencia prodigiosa se hizo ver de los ojos de aquellos corazones capaces de fijarse en la sabiduría!

Hubiera sido ocioso para Arquímedes hacer de príncipe en sus libros de geometría, aunque en efecto lo era. Al Salvador para brillar en su reino de santidad le era inútil el exterior de un rey; mas en el órden que se dignó venir, ¡cuán dignamente y con cuanto esplendor se manifestó al mundo!

El escandalizarse de la bajeza de Jesucristo, como si ella fuese del mismo órden que la grandeza que venia á manifestar, es lo mas extravagante que puede ofrecerse. Considérese esta grandeza en su vida, en su pasion, en su oscuridad, en su muerte, en la eleccion de compañeros que le abandonaron huyendo, en su resurreccion secreta y en todo lo demas; y véase si debe escandalizar una bajeza que no existe. Pero hay algunos que, como si no hubiese grandezas espirituales, solo pueden admirar las carnales; y otros que admiran los espirituales como si no hubiese otras infinitamente mas elevadas en la sabiduría.

Todos los cuerpos, el firmamento, las estrellas, la tierra y los imperios, no valen lo que el mas pequeño de los espíritus; porque el espíritu conociendo todo esto, se conoce á sí mismo; y el cuerpo no conoce nada. Y todos los cuerpos, todos los espíritus, y todo cuanto son capaces de producir

reunidos, no valen el mas ligero movimiento de caridad, porque esta virtud es de un órden infinitamente mas grande y elevado.

Es imposible que el conjunto de todos los cuerpos produzca el menor pensamiento, porque este pertenece á otro órden. No es posible que todos los cuerpos y los espíritus reunidos produzcan un movimiento de verdadera caridad, porque esta es de un órden del todo sobrenatural.

2.°—Jesucristo vivió en una oscuridad tan grande, en la acepcion que el mundo ha dado á la palabra, que los historiadores, que solo escriben los acontecimientos notables, apénas supieron si existió.

3.°—¿Qué hombre se presentó jamas sobre la tierra con el esplendor que Jesucristo? Todo el pueblo judío predice su venida, los gentiles le adoran cuando viene, y ambos pueblos le consideran y ven como á su centro. Sin embargo, ¿hubo jamas un hombre que disfrutase ménos de tan grandeaparato? De los treinta y tres años de su vida vive los treinta sin darse á conocer: en los tres restantes se le tiene por un impostor, le desechan los sacerdotes y príncipes de su nacion, le desprecian sus amigos y deudos, y muere finalmente en un suplicio infame, entregado por uno de los suyos, negado por otro, y abandonado por todos.

¿Qué gozó, pues, de todo ese esplendor? No hubo hombre cercado de mas brillo, ni cubierto de mas ignominia. Nada de él reservó para sí: solo fué para que le reconociésemos nosotros.

4.°—Hablando Jesucristo de las cosas mas grandes de un modo tan sencillo, que al parecer no se ocupaba de ellas, habla, sin embargo, en términos

tan claros, que distintamente hace ver su pensamiento. Este despejo, unido á esta simplicidad, no puede contemplarse sin admiracion.

¿Quién dió á conocer á los evangelistas las calidades de una alma verdaderamente heróica, para pintarla con tanta perfeccion en Jesucristo? ¿Por qué en su agonía le representan débil? ¿No sabian pintar la constancia en la muerte? El mismo San Lúcas ¿no pintó la de San Estevan mas serena que la de Jesucristo? Píntanle, pues, susceptible de temor al esperar la muerte, y cuando llega le revisten de su fortaleza: pintánle turbado cuando se turba él mismo; píntanle inalterable cuando los hombres pretenden turbarle.

La Iglesia se ha visto obligada á hacer ver, contra quienes lo negaban, que Jesucristo era hombre y Dios: tambien eran grandes las apariencias que habia contra uno y otro.

Jesucristo es un Dios á quien el hombre se acerca sin orgullo, y ante cuya Magestad se humilla sin desesperacion.

5.°—La conversion de los paganos estaba reserva á la gracia del Mesías. Los judíos, ó no la inventaron, ó no la consiguieron. Cuanto hablaron sobre esto Salomon y los profetas, fué inútil. Los sabios como Platon y Sócrates no pudieron persuadirlos á que adorasen únicamente al verdadero Dios.

El Evangelio no habla de la pureza de la Vírgen, hasta el nacimiento de Jesucristo, todo por respeto á él.

Los dos Testamentos miran á Jesucristo: el Antiguo como á su esperanza, el Nuevo como á su modelo, y ámbos como á su centro.

Los profetas predijeron, y no fueron predichos. Los santos predichos despues no predijeron. Jesucristo fué predicho y profeta.

Jesucristo para todos, Moises para un pueblo.

Los judíos benditos en Abraham. *Bendeciré á los que te bendigan* [1]. *Pero benditas en él todas las naciones de la tierra* (2).

Lumbre para ser revelada á los gentiles, y para gloria de tu pueblo Israel (3).

Con ninguna nacion hizo tal cosa, decia David hablando de la ley (4); *hizo lo mismo con todas las naciones*, es preciso decir de Jesucristo.

Por eso pertenece á Jesucristo el ser universal. La Iglesia misma no ofrece el sacrificio sino por los fieles: por todos ofreció el suyo Jesucristo en la cruz.

ARTICULO XI.

Pruebas de Jesucristo por las profecías.

1.°—Las pruebas mas grandes que hay de Jesucristo, son las profecías. Aquí es donde Dios se ha manifestado mas particularmente, porque el resultado de su cumplimiento es un milagro que subsiste desde el nacimiento de la Iglesia, y que subsistirá hasta el fin. Así es que Dios envió profetas por mil seiscientos años; y en el tiempo corrido en otros cuatrocientos diseminó despues sus profecías con los judíos que las llevaban á todos les lugares del mundo. Tal fué la preparacion para el nacimiento de Jesucristo; pues debiendo ser

(1) Génesis 12, 3.—(2) Idem 18, 18.—(3) San Lúcas, 2 32.—(4) Salmo 147, 20.

creido universalmente su Evangelio, no solo era preciso que hubiese profecías para que se creyese, sino que estas se generalizasen de manera que le abrazase por ellas todo el mundo.

Aun cuando un solo hombre hubiese escrito profetizando cómo y de qué manera debia venir al mundo Jesucristo, si la venida se conformaba exactamente con la profecía, no podia quedar ya la menor duda. Pero aquí hay mucho mas. Le predice una serie constante é invariable de hombres que por cuatro mil años vienen uno en pos de otro á asegurar este mismo suceso: le anuncia todo un pueblo que subsiste por cuatro mil años (1), para dar de él todavía testimonio con una firmeza incapaz de ceder á ninguna persecucion ni amenaza. Esto es de una fuerza irresistible.

2.°—El tiempo se prefijó en cuanto al estado del pueblo judío y del pagano, lo mismo que en cuanto al del templo y al número de años.

Dadas por los profetas señales diversas que habian de observarse reunidas á la venida del Mesías, todas ellas se debian ver á un tiempo; y así era menester que cumplidas las setenta semanas de Daniel, viniese la cuarta monarquía y el cetro fuese quitado de Judá. El Mesías debia llegar entónces. Llegó, pues, entónces Jesucristo, y se llamó el Mesías.

(1) Los cuatro mil años de que el autor habla en la frase precedente, componen sin duda el tiempo corrido desde la creacion hasta la venida de Jesucristo; pero tratando en esta del pueblo judío, cuyo tronco era Abraham, solo podia contar cerca de dos mil años desde aquel patriarca hasta Jesucristo. Si, como lo indica el pensamiento, el autor contaba desde el tiempo de Abraham hasta el nuestro, parece debe leerse: *que subsiste hace cuatro mil años.* [*Ed. de* 1821.]

Se habia predicho que en la cuarta monarquía, en la septuagésima semana de Daniel ántes de la destruccion del segundo templo y de que perdiesen su dominio los judíos, se instruirian los gentiles; y que llevados al conocimiento del Dios adorado de aquellos, los que le amasen se verian libres de sus enemigos y llenos de su temor y de su amor.

Llegada la época, segun se habia profetizado, corren los gentiles á adorar á Dios y continuan en una vida angélica, las vírgenes consagran á este Dios su pureza y su vida, y los hombres renuncian á todos los deleites. Lo que Platon no habia podido persuadir á un corto número de hombres instruidos y selectos, una secreta fuerza obliga á conocer á cien millares de ignorantes, por la virtud de unas pocas palabras.

¿Qué viene á ser todo esto? Lo que tanto tiempo ántes se habia profetizado: *Derramaré mi espíritu sobre toda carne* (1). Todos los pueblos sumergidos en la infidelidad y en la concupiscencia, se encienden con el fuego de la caridad: los príncipes renuncian sus grandezas, los ricos abandonan sus bienes, las vírgenes padecen el martirio, los niños huyen de la casa de sus padres para ir á vivir á los desiertos. ¿De dónde dimana tan asombrosa fuerza? Ha venido el Mesías: tales son sus señales y efectos.

Incógnito el rey de los judíos despues de dos mil años entre la multitud infinita de las naciones idólatras, apénas llega en el tiempo predicho cuando corren en tropel á adorarle como único Dios

(1) Prof. de Joel 2, 28.

estos idólatras, se destruyen los templos, y se postran á los piés de la cruz los mismos reyes. ¿Qué es esto pues? El espíritu de Dios esparcido sobre la tierra.

Se habia predicho que el Mesías vendria á establecer una nueva alianza que haria olvidar la salida de Egipto (1); que su ley exterior hasta entonces, *la pondria en las entrañas de ellos y la escribiria en sus corazones* (2).

Que los judíos reprobarian á Jesucristo, y ellos serian reprobados de Dios, porque la viña escogida *solo produjo uvas silvestres* (3). Que el pueblo seria infiel, ingrato é *incrédulo* (4). Que Dios *les heriria con locura, y ceguedad y frenesí, y á medio dia caminarian á tientas y en tinieblas como un ciego que no acierta sus caminos* (5).

Que la Iglesia seria pequeña á sus principios, y creceria despues (6).

Que el Mesías echaria la idolatría por tierra: *Y destruiré los simulacros, y haré cesar los ídolos de Mémfis: y no habrá mas caudillo de la tierra de Egipto: y pondré espanto en la tierra de Egipto* (7).

Que los templos de los ídolos serian derribados por él, y en todas las naciones y lugares del mundo se le ofreceria una hostia pura (8).

Que enseñaria á los hombres sus caminos para que marchasen sobre sus veredas (9).

Que seria rey de los judíos y de los gentiles.

---

(1) Jeremias 23, 7.—(2) Idem 31, 33.—(3) Isaías 5, 2, 3, 4 y siguientes.—(4) Idem 65, 2 y sig.—(5) Deuteronom. 28, 28, 29.—(6) Ezequiel 37, 1 y sig.—(7) Idem 30, 13.—(8) Malach. 1, 4, 11.—(9) Isaías 2, 3, Micheas 4, 2, y sig.

Y le adorarán todos los reyes de la tierra: todas las naciones le servirán (1).

Jamas vino hombre alguno á enseñar nada que se pareciese á esto.

Despues de tantas predicciones sobre tan grande acaecimiento llega Jesus y dice: „Vedme aquí, este es el tiempo. No teneis mas enemigos que vosotros mismos; vuestras pasiones son las que os desvian de Dios. Vengo á libraros de ellas, á enriqueceros con la gracia, á formar de todos los hombres una Iglesia santa, y á reunir en esta Iglesia los judíos y los paganos, destruyendo los ídolos y la supersticion Lo que los profetas han predicho que debe suceder, lo llevarán al cabo mis apóstoles. Los judíos van á ser desechados: Jerusalen será bien presto demolida; y los paganos entrarán al conocimiento de Dios, por mis apóstoles, cuando vosotros háyais muerto al heredero de la viña."

Los apóstoles dijeron despues á los judíos: Seréis malditos; y á los paganos: Entraréis á conocer á Dios.

Repugnando todo esto los hombres por la natural oposicion de su concupiscencia, el rey de los judíos y de los paganos es oprimido por unos y por otros, que conspiran á su muerte asociados á todas las potestades de la tierra. Mas á pesar de que contra esta religion naciente se declaran los doctos, los sabios y los reyes, escribiendo, reprobando y matando; Jesucristo en medio de tanta oposicion reina sobre unos y otros, destruye brevemente así el culto judaico en Jerusalen, que era su centro, como el de los ídolos que tenia el

---

(1) Salmo 2, 6, 8, 71, 8, 11.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

suyo en Roma, y despues de establecer su primera Iglesia en aquella ciudad, colóca en esta la principal de todas.

En seguida unos hombres sencillos y sin fuerza como los apóstoles y primeros cristianos, resisten á las potestades de la tierra, someten á los reyes, á los sabios y á los doctores, y destruyen la mas arraigada idolatría, solo por virtud de la palabra que lo habia predicho.

Los judíos, crucificando á Jesucristo para no recibirle por Mesías, pusieron el último sello á su mision: continuando en desconocerle, dan de él un testimonio irrecusable; y blasfemándole despues de haberle muerto, hacen que las profecías tengan todo su cumplimiento.

¿Quién es capaz de no reconocer á Jesucristo despues de tantas circunstancias particulares que le profetizaron? Se predijo:

Que tendria un precursor (1).

Que naceria niño (2).

Que esto seria en la ciudad de Belem (3): que procederia de la familia de Judá (4) y de la posteridad de David (5), y que se manifestaria especialmente en Jerusalen (6).

Que debia cegar á los doctos y sabios (7), y anunciar el Evangelio á los pobres y á los pequeños (8); abrir los ojos á los ciegos, volver la salud á los enfermos (9), y conducir á la luz á los que yacian en las tinieblas (10).

---

(1) Malach. 3, 1.=(2) Isaías 9. 6.=(3) Micheas 5, 2. =(4) Genes. 49, 8 y sig.=(5) 2 Reyes 7, 12 y sig. Isaías 7, 13 y sig.=(6) Malaquias 3. 1. Aggeo 2, 10.=(7) Isaías 6, 10 =(8) Idem 61, 1.=(9) Idem 35, 5, 6.=(10) Idem 42, 16.

Que debia enseñar el camino de la rectitud (1), y ser maestro de los gentiles (2).

Que debia ser la víctima por los pecados del mundo (3).

Que debia ser la piedra fundamental y preciosa (4).

Que debia ser la piedra de tropiezo y de escándalo (5).

Que Jerusalen debia tropezar en esta piedra (6).

Que los edificadores la desecharian; y con todo seria puesta por cabeza del ángulo * (7).

Que esta piedra se convertiria en un gran monte que llenaria toda la tierra (8).

Que él seria desechado (9), desconocido (10), entregado (11), vendido (12) abofeteado (13), mofado (14), de infinitas maneras afligido (15), abrevado de hiel (16), horadado de manos y piés (17), escupido en el rostro (18), muerto (19); y que echarian suertes sobre sus vestiduras (20).

Que resucitaria al tercero dia (21), y subiria á los cielos (22) á sentarse á la diestra de Dios (23).

Que los reyes y príncipes del mundo se mancomunarian contra él (24).

---

(1) Isaías 30, 21.=(2) Idem 55, 4.=(3) Idem 53, 5.= (4) Idem 28, 16.=(5) Idem 8. 14.=(6) Idem 8, 15.= (7) Salmo 117, 22.=(8) Daniel 2. 35=(9) Salm. 117, 22. =(10) Is. 53, 2. 3.=(11) Salmo 40, 10.=(12) Zach. 11, 12.=(13) Is. 50, 6.=(14) Idem 34. 16.=(15) Salm. 68, 27.=(16) Idem 68, 22.=(17) Idem 21, 27 =(18) Isaías 50, 6.=(19) Daniel 9, 26.=(20) Salm. 21, 29 =(21) Oseas 6. 3 Salmo 15, 10.=(22) Salmo 46, 6. 67, 19 =(23) Id. 109, 1.—(24) Id. 2, 2.—* El que debia reunir los dos pueblos, el judío y el gentil, en la adoracion del mismo Dios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Que á la diestra de su padre triunfaria de sus enemigos (1).

Que le adorarian todos los reyes y pueblos de la tierra (2).

Que los judíos subsistirian en cuerpo de nacion (3).

Que vivirian errantes, sin reyes, sin sacrificio, sin altar (4) y sin profetas (5); esperando la luz y andando en las tinieblas (6).

3.°—El Mesías por sí solo debia producir un pueblo grande y escogido, para conducirle, alimentarle é introducirle al lugar de reposo y santidad; para reconciliarle con Dios, hacerle inmaculado en su presencia y convertirle en su templo; para librarle de su enojo y de la servidumbre del pecado, á que tan visiblemente está sujeto el hombre; para imponerle leyes y grabarlas en sus corazones; en fin, para inmolarse á Dios por este pueblo como una hostia sin mancha que él mismo habia de presentarle en su cuerpo y su sangre, ofreciendo, á mas de esto, pan y vino. Todo hizo Jesucristo.

Se habia predicho que vendria un Libertador que hollaria la cabeza del demonio, y *redimiria á Israel de todos sus pecados* (7): que estableceria para este pueblo un Nuevo Testamento de eterna duracion, y otro sacerdocio segun el órden de Melchisedech así mismo sin fin: que el Cristo saldria de Judá, y cuando ya no hubiese reyes: que este Cristo habia de ser glorioso, poderoso, fuerte; y

(1) Salmo 109, 5.=(2) Idem 71, 11.=(3) Jerem. 31, 36.=(4) Oseas 3, 4.=(5) Salmo 73, 9.=(6) Is. 59, 5.=(7) Salm. 29, 8.

sin embargo, tan pobre y tan oscuro, que sin ser reconocido ni tenido por tal, se le desecharia y se le daria muerte: que su pueblo negándole, dejaria de ser suyo; que los idólatras le recibirian y recurririan á él; que abandonaria á Sion para reinar en medio de la idolatría, y que, á pesar de todo, subsistirian siempre los judios.

4.°—Así, pues, la espectativa ó la adoracion del Mesías ha permanecido sin interrumpirse desde el principio del mundo. Fué prometido al primer hombre inmediatamente despues de su caida: hubo luego quienes afirmasen haberles manifestado Dios que debia venir un Redentor á salvar á su pueblo (1): en seguida Abraham aseguró haber tenido revelacion de que saldria de su estirpe por un hijo que debia nacerle: Jacob dijo despues que seria de Judá, uno de los doce que tuvo: Moises y los profetas determinaron cómo y cuándo debia ser su venida, manifestando que la ley que tenian seria la misma hasta llegar la eterna que él vendria á establecer, y que de este modo siempre subsistiria sobre la tierra esta ó aquella que le habia prometido: en fin, Jesucristo vino al mundo con todas las circunstancias predichas, y de hecho su ley ha subsistido siempre. ¿Quién podrá negar su admiracion á tales maravillas?—Pero ¿cómo es posible, se dirá, que los judios no diesen crédito á profecias tan claras? ¿Cómo no han sido exterminados en castigo de tanta obstinacion? Porque se

(1) Es decir, hombres que desde Adan hasta Noe, y desde este hasta Abraham trasmitieron de generacion en generacion la promesa que Dios hizo al primer hombre. Véase la parte 2.ª art. 4.° pár. 5.ª donde el autor se extiende algun tanto sobre la materia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

predijo que ni habian de creer, ni debian ser exterminados. Era muy digno del Mesías que noso lo hubiese profetas que le vaticinasen, sino que se conservasen tambien sus profecías intactas para que de esta suerte no pudiese quedar la menor duda.

5.°—Los profetas estan mezclados de profecías particulares y de las del Mesías, á fin de que estas no estuviesen sin pruebas, y de que aquellas no quedasen sin fruto.

No tenemos rey si no es á César (1), decian los judíos. Luego Jesucristo era el Mesías, pues no tenian sino un rey extrangero, y tampoco querian tener otro.

Las setenta semanas de Daniel son equívocas en cuanto á su principio y su fin, á causa de los términos en que la profecía está concebida y de los cómputos diversos de los cronologistas; pero la diferencia no pasa de 200 años (2).

(1) San Juan 9, 15.—(2) Sin duda hay falta aquí; y es notable que de cuantos editores me han precedido, lo haya hecho observar únicamente el del año de 1787. Pascal, como se ha dicho, anotaba sus pensamientos sin órden y de prisa: hay motivo, pues, de presumir que al escribir 20 años agregase sin advertirlo un cero que ha formado 200. Para justificar mi presuncion nada me parece mejor que copiar la nota del citado editor.

„La diferencia de que se trata no podia consistir, *ántes de Jesucristo*, mas que en *ochenta años, poco mas ó ménos*, desde el primer decreto que dió Ciro para que volviesen los judíos á Jerusalen, por el año 536 ántes de nuestra era, hasta el último dado por Artaxerxes para la reedificacion de los muros de aquella ciudad, hácia el 454. *Despues de Jesucristo* la diferencia no consiste mas que en *cerca de veinte años*, porque los cronologistas convienen bastante en que las setenta semanas no pueden comenzar sino en el reinado de Artaxerxes. Las semanas las toman unos desde el permiso que este príncipe dió á Esdras en el año 7.° de su reinado; y otros desde el que en el 20.° le

Las profecías que representan á Jesucristo pobre, le representan igualmente Señor de las naciones (1).

Las profecías que predicen el tiempo, le representan como Señor de los gentiles, pero paciente, no en las nubes ni juez: las que le representan como tal, juzgando glorioso á las naciones, no determinan tiempo.

Cuando se habla del Mesías contemplándole lleno de gloria y magestad, es evidente que se le considera, no como Salvador del mundo sino como su juez (2).

ARTICULO XII.

Diversas pruebas de Jesucristo.

1.°—Para no creer á los apóstoles es preciso decir que ó fueron engañados ó impostores. En cuanto á la primera hipótesis, no es posible engañarse en la resurreccion de un hombre. La segunda se mani-

concedió á Nehemías. Los años, unos los cuentan desde que Artaxerxes fué asociado al imperio por Xerxes, su padre, hácia el año 474 ántes de nuestra era, de suerte que el 7.° seria el 467 en que murió Xerxes; y otros desde la muerte de este, de modo que el 20.° seria el 447. Unos creen que los años de que habla Daniel son lunares, y otros los toman por solares; mas aunque varian todos en cuanto á las épocas precisas del *séptimo* y del *vigésimo* año, todos tambien estan de acuerdo en que ambas se deben colocar en el mismo intervalo".

Es increible que Pascal ignorase estos hechos, y las opiniones de los cronologistas; y en consecuencia no puede razonablemente suponerse que en lugar de los referidos *veinte años* contase *doscientos*, debilitando voluntariamente de este modo la autoridad de las profecías. (*Ed. de* 1821)—(1) Isaías 53, 2, Zach. 9, 9 y 10.—(2)—Isaías 66, 15, 16.

predijo que ni habian de creer, ni debian ser exterminados. Era muy digno del Mesías que noso lo hubiese profetas que le vaticinasen, sino que se conservasen tambien sus profecías intactas para que de esta suerte no pudiese quedar la menor duda.

5.°—Los profetas estan mezclados de profecías particulares y de las del Mesías, á fin de que estas no estuviesen sin pruebas, y de que aquellas no quedasen sin fruto.

No tenemos rey si no es á César (1), decian los judíos. Luego Jesucristo era el Mesías, pues no tenian sino un rey extrangero, y tampoco querian tener otro.

Las setenta semanas de Daniel son equívocas en cuanto á su principio y su fin, á causa de los términos en que la profecía está concebida y de los cómputos diversos de los cronologistas; pero la diferencia no pasa de 200 años (2).

(1) San Juan 9, 15.—(2) Sin duda hay falta aquí; y es notable que de cuantos editores me han precedido, lo haya hecho observar únicamente el del año de 1787. Pascal, como se ha dicho, anotaba sus pensamientos sin órden y de prisa: hay motivo, pues, de presumir que al escribir 20 años agregase sin advertirlo un cero que ha formado 200. Para justificar mi presuncion nada me parece mejor que copiar la nota del citado editor.

„La diferencia de que se trata no podia consistir, *ántes de Jesucristo*, mas que en *ochenta años, poco mas ó ménos*, desde el primer decreto que dió Ciro para que volviesen los judíos á Jerusalen, por el año 536 ántes de nuestra era, hasta el último dado por Artaxerxes para la reedificacion de los muros de aquella ciudad, hácia el 454. *Despues de Jesucristo* la diferencia no consiste mas que en *cerca de veinte años*, porque los cronologistas convienen bastante en que las setenta semanas no pueden comenzar sino en el reinado de Artaxerxes. Las semanas las toman unos desde el permiso que este príncipe dió á Esdras en el año 7.° de su reinado; y otros desde el que en el 20.° le

Las profecías que representan á Jesucristo pobre, le representan igualmente Señor de las naciones (1).

Las profecías que predicen el tiempo, le representan como Señor de los gentiles, pero paciente, no en las nubes ni juez: las que le representan como tal, juzgando glorioso á las naciones, no determinan tiempo.

Cuando se habla del Mesías contemplándole lleno de gloria y magestad, es evidente que se le considera, no como Salvador del mundo sino como su juez (2).

ARTICULO XII.

Diversas pruebas de Jesucristo.

1.°—Para no creer á los apóstoles es preciso decir que ó fueron engañados ó impostores. En cuanto á la primera hipótesis, no es posible engañarse en la resurreccion de un hombre. La segunda se mani-

concedió á Nehemías. Los años, unos los cuentan desde que Artaxerxes fué asociado al imperio por Xerxes, su padre, hácia el año 474 ántes de nuestra era, de suerte que el 7.° seria el 467 en que murió Xerxes; y otros desde la muerte de este, de modo que el 20.° seria el 447. Unos creen que los años de que habla Daniel son lunares, y otros los toman por solares; mas aunque varian todos en cuanto á las épocas precisas del *séptimo* y del *vigésimo* año, todos tambien estan de acuerdo en que ambas se deben colocar en el mismo intervalo".

Es increible que Pascal ignorase estos hechos, y las opiniones de los cronologistas; y en consecuencia no puede razonablemente suponerse que en lugar de los referidos *veinte años* contase *doscientos*, debilitando voluntariamente de este modo la autoridad de las profecías. (*Ed. de* 1821)—(1) Isaías 53, 2, Zach. 9, 9 y 10.—(2)—Isaías 66, 15, 16.

fiesta extrañamente absurda. Supónganse reunidos á aquellos doce hombres despues de la muerte de Jesucristo para convenirse en fingir que habia resucitado: véaseles de este modo chocar abiertamente con todas las potestades; y considerando cuánto propende el hombre á la ligereza y la mudanza, y con cuánta facilidad cede al interes y las promesas, sígase en toda su extension el exámen de esta soñada hipótesis. Por poco que uno de ellos se hubiese desmentido á la vista de tantos atractivos, y lo que es mas, á la de las prisiones, los tormentos y la muerte, todos eran perdidos.

Cuando los acompañaba Jesucristo, él podia sostenerlos; si no le les apareció despues ¿quien los movia?

2.°—El estilo del Evangelio es admirable de infinitas maneras, entre otras por no encontrarse en él la menor invectiva contra Júdas ó Pilato, ni contra ninguno de los enemigos ó verdugos de Jesucristo.

Si esta modestia, con otros rasgos del mas bello carácter, se hubiese afectado por los historiadores evangélicos, sin hacerla advertir por sí mismos se hubieran procurado amigos que lo hubiesen hecho. Pero muy léjos de la afectacion y de buscar apologistas, obrando por el movimiento mas desinteresado, á nadie le hicieron advertirlo, de tal suerte que aun yo mismo no sé si soy el único que ha hecho esta observacion: testimonío evidente de la noble simplicidad con que se condujeron.

3.°—Jesucristo hizo milagros, los hicieron los apóstoles, y los primeros santos hicieron tambien muchos, porque no habiéndose cumplido todavía las profecías, y cumpliéndolas ellos, únicamente los milagros les podian servir para testificarlas. Se habia predicho que el Mesías convertiria á las naciones. ¿Cómo pues, se podia cumplir la prediccion sin que la conversion se realizase? Y ¿cómo se hubieran convertido al Mesías las naciones sin ver el último efecto de las profecías que le sirven de prueba? Luego ántes de su muerte, de su Resurreccion y de la conversion de las naciones, que no se habia cumplido todo, eran indispensables los milagros para probar la religion cristiana. No lo son hoy, porque en las profecías cumplidas se ve un milagro permanente.

4.°—El estado actual de los judíos es tambien una gran prueba de la religion. Pasma el ver á este pueblo despues de tantos años, y el verle siempre miserable, no ménos para probar con su existencia á Jesucristo, que para acreditar con su infelicidad el haberle muerto en una cruz: por mas que sea contraria á la subsistencia la miseria, á pesar de la suya ellos siempre subsisten.

Pero ¿no se hallaban casi en el mismo estado en el tiempo de su cautiverio? No, sin la menor duda. En el de Babilonia no se interrumpió el cetro, porque la vuelta se prometió y predijo. Antes que fuesen llevados por Nabucodonosor, se les previno que esto duraria poco, y que serian restablecidos: así se disipó el temor de que Judá perdiese el cetro. Los consolaron entónces los profetas, y siguieron sus reyes. Mas la segunda destruccion, ya sin estos, sin promesa de restablecimiento y sin profetas, les quitó para siempre con el cetro toda esperanza de consuelo.

El haber sido cautivos con la seguridad de ser libres pasados setenta años, no puede llamarse cautiverio: ahora le sufren sin esperanza alguna.

Dios les prometió que aunque los diseminase por los últimos rincones del mundo, volveria á unirlos si se mantenian fieles á su ley. Siendo como son, fidelísimos, y permaneciendo oprimidos, es preciso que el Mesías haya venido, y que la ley que contiene estas promesas haya terminado por el establecimiento de otra nueva.

5.°—Si se hubiesen convertido todos los judíos por Jesucristo, solo tendríamos testigos sospechosos: exterminados ellos no tendríamos ningunos.

Mas no todos le rehusan: le reciben los santos aunque le desechan los carnales; y estos desconociéndole se hallan tan léjos de disminuir su gloria, que le sirven de realce. La razon única que dan en sus escritos, en el Talmud y los rabinos, no es otra sino que Jesucristo no sujetó á mano armada las naciones. Se vió, dicen, en la necesidad de ceder: no dominó por su fuerza á los paganos; no nos dió sus despojos ni ofrece riquezas. ¿Tienen otra cosa que decir? Pues yo diré que amable para mí en esta pintura, no lo seria como le quieren ellos.

6.°—Mirando con los ojos de la fe, ¡cuan grato es contemplar á Ciro y á Dario, á Alejandro y los romanos, á Pompeyo y á Heródes, ocupados sin saberlo en la gloria y exaltacion del Evangalio!

7.°—La religion mahometana se funda en el Koran y en Mahoma. Pero este profeta que debia ser la última esperanza del mundo, ¿fué predicho? Y ¿qué señal tiene que no pueda tener otro cualquiera que pretenda ser tenido por tal? ¿Qué milagros dice él mismo haber hecho? ¿Que misterio ha enseñado segun su misma tradicion? ¿Cuál es su moral, cuál su felicidad?

Mahoma no tiene autoridad; y sin mas apoyo que

el de su propia fuerza, era menester que fuesen invencibles sus razones.

8.°—Si de dos hombres que al parecer dicen cosas rastreras, el primero habla de un modo figurado que comprenden bien los que le siguen, y el otro solo habla en un sentido recto; cualquiera que no esté en el secreto formará al oirlos un mismo juicio de ámbos. Mas si en la série del discurso el primero dice cosas angélicas, y el segundo no solo siempre bajas y comunes, sino mezcladas aun de inepcias; manifestando el uno ser incapaz de necedades y capaz de misterios, y el otro capaz de necedades é incapaz de misterios, conocerá el discreto, que aquel habla con misterio y sin él este.

9.°—No quiero que se juzgue por lo oscuro que se advierte en Mahoma, á lo cual puede darse un sentido misterioso; examínese por lo que tiene claro, por su paraiso y todo lo demas. Aquí es ridículo. Muy léjos está de suceder lo mismo en la Escritura. Convengo en que se adviertan en ella oscuridades; pero hay claridades dignas de admiracion, y profecías indudablemente cumplidas. En consecuencia es evidente que la Escritura y el Koran no pueden ponerse en paralelo: no se deben igualar ni confundir con él cosas que se le asemejan en la oscuridad y no en las luces, y que siendo divinas merecen el respeto mas profundo en sus oscuridades.

Dice el Koran que San Mateo era hombre de bien. Luego Mahoma era falso profeta, sea porque llama hombres de bien á los perversos, ó porque no crée su testimonio sobre Jesucristo.

10.°—Cualquiera hombre puede hacer lo que

Mahoma: él no hizo milagros, no fué profetizado, &c. Ninguno puede hacer lo que ha hecho Jesucristo.

Mahoma se estableció matando; Jesucristo haciendo que muriesen los suyos: Mahoma prohibiendo la lectura; Jesucristo ordenándola. En fin, aquí se advierte una oposicion tal, que si Mahoma llevó al cabo su empresa humanamente, Jesucristo muriendo humanamente consumó su grande obra: y así en vez de concluir que habiendo Mahoma conseguido su fin, Jesucristo pudo lograr del mismo modo el suyo, es preciso decir que establecido el mahometismo hubiera perecido el cristiaismo á no estar sostenido por una fuerza divina y todopoderosa.

ARTICULO XIII.

Designio de Dios en ocultarse á unos y descubrirse á otros.

1.°—Dios quiso redimir á los hombres y abrir las puertas de la eterna salud á cuantos le buscasen; pero son estos hombres á veces tan indignos, que es justo niegue á unos por su endurecimiento el bien que concede á otros por una misericordia puramente gratuita. Si él hubiera querido sobreponerse á la protérvia de los mas obstinados, les habria hecho ver la realidad de su existencia como lo hará en el último dia de los tiempos en que no podrán dejar de conocerle los mas ciegos; quiero decir, en medio de los rayos y del trastorno universal de la naturaleza.

Sin manifestarse de este modo cuando lleno de dulzura vino á redimirnos, quiso dejar en la privacion del bien, á los que indignos de su clemencia no quieren recibirle. Mas como no era justo que viniese de un modo claramente divino y absolutamente capaz de convencer á todos, ni tampoco encubierto de manera que no pudiese ser reconocido de los que le buscasen; quiso descubrirse á unos y ocultarse para otros modificando su conocimiento de tal suerte, que envuelto en la oscuridad para aquellos que le huyen, se manifiesta por señales visibles á los que le buscan con sinceridad de corazon.

2.°—Hay suficiente luz para los que solo desean ver, y suficiente oscuridad para los que se hallan en una disposicion contraria. Hay suficiente luz para iluminar á los escogidos, y suficiente oscuridad para humillarlos. Hay suficiente oscuridad para cegar á los réprobos, y suficiente claridad para condenarlos como inexcusables.

Si el mundo subsistiese para instruir al hombre de la existencia de Dios, brillaria su divinidad en todo él de un modo incontestable. Mas como no subsiste sino por Jesucristo, y para instruir á los hombres de su corrupcion y de su redencion, por todas partes resplandecen pruebas de estas dos verdades. Sin advertir una exclusion total, ni una presencia clara de la Divinidad, lo que se ve es que un Dios se oculta: este carácter en todo se halla impreso.

Si Dios no se hubiese dejado jamas entrever en cosa alguna, seria equívoca esta absoluta privacion, pudiendo atribuirse á la ausencia de toda divinidad, ó á la indignidad del hombre para conocerla. Pero cesa el equívoco por poco que llegue á descubrirse, y aunque esto no sea incesantemente. Si

una vez se entreve, existe siempre; y es preciso concluir que hay un Dios y que los hombres son indignos de él.

3.°—El designio de Dios es perfeccionar la voluntad mas que el entendimiento, porque la claridad perfecta, sirviendo solo á este, perjudicaria á aquella. Si el hombre no advirtiese oscuridad, no percibiria su corrupcion: si careciese absolutamente de luz no esperaria remedio. Siendo, pues, para él tan peligroso el conocimiento de Dios sin conocer su miseria, como el conocimiento de su miseria sin conocer á Dios; no solo es justo, sino tambien útil á nosotros, que este Dios se haya ocultado en parte, y en parte se haya descubierto.

4.°—Aunque todo instruye al hombre de su condicion, es menester comprender bien; porque no es cierto que Dios se manifieste en todo, ni que en todo se oculte. Lo que no admite duda es que se oculta de los que le tientan, y se descubre á aquellos que le buscan, porque los hombres son á la vez indignos y capaces de Dios: indignos por su corrupcion; capaces por su naturaleza primitiva.

5.°—Nada hay sobre la tierra que no demuestre la miseria del hombre, ó la misericordia del Señor; la impotencia del hombre sin Dios, ó el poder del hombre unido á Dios. Todo el universo enseña al hombre que se halla corrompido ó que está redimido: todo él le manifiesta su grandeza ó su miseria. El abandono de Dios se deja ver en los paganos; su proteccion en los judíos.

6.°—En provecho de los escogidos ceden aun las oscuridades de la santa Escritura, porque éstos la veneran al contemplar por otra parte tantas

luces divinas: en daño de los réprobos ceden hasta sus mismas claridades, porque blasfeman de ellas á pretexto de las oscuridades que no entienden

7.°—Si Jesucristo no hubiese venido sino para santificar, la Escritura y todo lo demás propenderia á esto de manera que seria lo mas fácil convencer á los infieles. Vino *para santificacion y para escándalo* (1); y hé aquí por qué no podemos reducirlos. Pero esto contra nosotros nada prueba; pues decimos que Dios no da el convencimiento á hombres endurecidos, ni á los que no buscan sinceramente la verdad.

Jesucristo vino para que viesen aquellos que no veian, y para que cegasen los que tenian ojos; para curar á los enfermos, y dejar morir á los sanos; para llamar á los pecadores y justificarlos por la penitencia; para abandonar en sus pecados á los que se tenian por justos; para enriquecer á los pobres, y dejar pobres á los ricos.

¿Qué decian, pues, de Jesucristo los profetas? ¿Que se manifestaria evidentemente como Dios? No, sino que era un Dios en realidad oculto: que sin ser conocido ni tenido por él, seria una piedra de tropiezo en la cual darian muchos &c.

Debiendo, pues, ser el Mesías conocido de los buenos sin darse á conocer á los malos, dispuso Dios que su venida fuese vaticinada así. Si se hubiese predicho claramente cómo debia venir, ni aun para los malos hubiera habido oscuridad: predicho confusamente el tiempo en que debia llegar, no habrian podido conocerle ni aun los mismos buenos, á quienes la rectitud de corazon de nada les servia

(1) Isaías 8, 14.

para entender, por ejemplo que, D quiere decir quinientos años (1). Por eso el modo se predijo en figuras, y el tiempo con toda claridad.

Los malos, tomando en virtud de esto por bienes temporales los bienes prometidos, se extravian á pesar de haberse predicho el tiempo claramente: los buenos no pueden extraviarse, porque la inteligencia de estos bienes depende del corazon que llama bien lo que ama, y no depende de él la comprension del tiempo prometido; de que resulta que la prediccion clara del tiempo y oscura de los bienes solo engaña á los malos.

8.°—¿Cuál pues, seria el Mesías por quien eternamente debia permanecer en Judá el cetro, y por cuya venida se le habia de quitar?

Nadase podia hacer mas á proposito para que no viesen cuando veian, y para que oyendo no oyesen.

Léjos de quejarnos de que Dios esté oculto, debemos tributarle las mas humildes gracias al verle manifiesto en tanto grado; dándoselas tambien por no haberlo hecho con los sabios ni con los soberbios, indignos de conocer á un Dios tan santo.

9.°—La genealogía de Jesucristo en el Antiguo Testamento está mezclada con tantas inútiles, que casi no es posible distinguirla. Si Moises hubiese anotado solo los ascendientes, nada seria mas claro; pero despues de todo, el que mira de cerca, la ve distintamente por medio de Thamar, Ruth, &c.

Las que mas parecen flaquezas, son fuerzas para aquellos que entienden bien las cosas. Las dos genealogías de San Mateo y San Lúcas, por ejemplo, es visible que no se escribieron de concierto.

(1) Alude á que entre los hebreos, como entre los griegos, todas letras tienen su valor numeral.

10.°—No se nos dé ya en rostro con una falta de claridad que confesamos francamente. Reconózcase, pues, la verdad de la religion en su oscuridad misma, en las pocas luces que de ella tenemos, y en la indiferencia con que vemos su conocimiento.

Si no hubiese mas que una religion sola, estaria Dios demasiado manifiesto: lo mismo seria si solo en la nuestra hubiese mártires.

Jesucristo, dejando á los malos en su ceguedad, omite decir que no es de Nazareth, y tampoco dice que es hijo de José.

11.°—Así como la verdad sin diferencia en lo exterior permanece desconocida entre las opiniones comunes; del mismo modo vivió Jesucristo entre los hombres, y de la misma suerte se halla la Encaristía entre el pan comun.

Cuando la misericordia de Dios es tan grande que nos instruye útilmente aun ocultándose, ¿qué luz no debemos esperar para el dia que llegue á descubrirse?

Nada se puede comprender de las obras de Dios sin establecer el principio de que ilumina á los unos y ciega á los otros.

ARTICULO XIV.

La religion de los verdaderos cristianos y los verdaderos judíos es una misma.

1.°—La religion de los judíos parecia consistir esencialmente en la paternidad de Abraham, en la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

circuncision, en los sacrificios, en las ceremonias, en el arca, en el templo de Jerusalen, finalmente, en la ley y alianza de Moises.

Pues yo digo que en nada de esto consistia sino exclusivamente en el amor de Dios, quien reprobaba todas las demas cosas.

Que Dios no atendia al pueblo carnal que debia descender de Abraham.

Que los judíos debian ser castigados por Dios, si le ofendian, de la misma suerte que los extrangeros. *Si olvidado del Señor Dios tuyo, siguieres dioses agenos y les dieres culto y adorares, hé aquí desde ahora te protesto que de todo en todo perecerás. De la misma manera que las naciones que destruyó el Señor á tu entrada, así tambien pereceréis vosotros si fuéreis desobedientes á la voz del Señor Dios vuestro* (1).

Que los extrangeros que amasen á Dios, serian de él recibidos como los judíos.

Que los verdaderos judíos hacian consistir su mérito en Dios, y no en Abraham. *Porque tú eres nuestro padré, y Abraham no nos conoció é Israel no supo de nosotros: tú, Señor, eres nuestro Padre, nuestro Redentor, desde el siglo de tu nombre* (2).

Moises mismo les dijo que no habria acepcion de personas para Dios. *Porque el Señor Dios vuestro, él es el Dios de los dioses y el Señor de los señores, Dios grande y poderoso y terrible que no acepta personas ni dones* (3).

Que se mandó la circuncision del corazon: *Circuncidad vuestro corazon para el Señor, varones de Judá y moradores de Jerusalen, porque no prór-*

(1) Deuter. 8, 19, 20.—(2) Isaías 63, 16.—(3) Deut. 10, 17.

rúmpa como fuego mi indignacion, y se encienda, y no haya quien la apague, por la malicia de vuestros designios (1).

Que Dios dijo que llegaria dia en que él lo hiciese: *El Señor Dios tuyo circuncidará tu corazon, y el corazon de tus descendientes: para que ames al Señor Dios tuyo de todo tu corazon, y de toda tu alma, para que puedas vivir* (2).

Que los incircuncisos de corazon serán juzgados, *y toda la casa de Israel, porque en ella son incircuncisos de corazon* (3).

2.°—La circuncision era una figura (4) establecida para distinguir al pueblo judío de todas las demas naciones (5).

De aquí es que en el desierto no se circuncidaron, porque entónces no podian confundirse con los demas pueblos; y que venido Jesucristo ya no era necesario.

El amor de Dios en todo está recomendado: *Llamo hoy por testigos al cielo y á la tierra, que os he propuesto la vida y la muerte, la bendicion y la maldicion. Escoge pues la vida, para que vivas tú y tu posteridad: y ames al Señor Dios tuyo, y te apegues á él porque es tu vida y la longitud de tus dias* (6).

Está escrito que reprobados los judíos á causa de sus crímenes, por falta de este amor, ocuparian su lugar los paganos: *Esconderé de ellos mi rostro, y consideraré sus postrimerías porque raza es perversa, é hijos infieles. Ellos me provocaron con*

(1) Idem 16, 17, Jerem. 4, 4.—(2) Deut. 30, 6.—(3) Jerem. 9, 25, 26.—(4) *Figura* no es la palabra propia; debia decir un signo, una señal. La Vulgata traduce: *Ut signum foederis inter me et vos.*—(5) Génesis 17, 11.—(6) Deut. 30 ,19, 20.

aquel que no era Dios, y me irritaron con sus vanidades: y yo tambien los provocaré con aquel que no es pueblo, y con gente necia los irritaré (1).

Que los bienes temporales son falsos, y que el verdadero bien consiste en permanecer unido á Dios (2).

Que sus fiestas desagradan á Dios (3).

Que le disgustan no solamente los sacrificios de los malos judíos, sino aun los de los buenos, como se manifiesta cuando ántes de dirigir á aquellos el discurso por las palabras *Mas al pecador dijo Dios*, expresa que no quiere la carne ni la sangre de las béstias (4).

Que los sacrificios de los paganos serán aceptados por Dios, y que él apartará su voluntad de los de los judíos (5).

Que Dios hará con ellos una nueva alianza por medio del Mesías, *no segun el pacto que hizo con sus padres* (6).

Que se olvidarian las cosas pasadas y se harian ver las nuevas (7).

Que tampoco se acordarian del arca (8).

Que seria abolido su templo (9).

Que sus sacrificios no serian aceptados, y se sustituirian por sacrificios puros (10).

Que seria abolido el órden de sacerdocio de Aaron, introducido el de Melchisedech por el Mesías (11).

Que este sacerdocio será eterno (12).

(1) Deut. 32, 20, 21.—(2) Salmo 72.—(3) Amos 5, 21.—(4) Salmo 49, 8, 13.—(5) Malach. 1, 10. 11.—(6) Jerem. 30, 31, 32.—(7) Is. 43, 18, 19.—(8) Jerem. 3,16.—(9) Idem 7, 12, 13, 14.—(10) Malach. 1, 10, 11.—(11) Salmo 109.—(12) Idem.

Que Jerusalen seria reprobada y dado un nuevo nombre (1).

Que este último nombre seria eterno, y mejor que el de los judíos (2).

Que los judíos se verian *sin rey y sin príncipe, y sin sacrificio y sin altar* (3).

Que los judíos, sin embargo, subsistirian siempre como pueblo (4).

ARTICULO XV.

No se puede conocer á Dios útilmente sino por Jesucristo.

1.°—La mayor parte de los que intentan probar la Divinidad á los impíos, empiezan comunmente por las obras de la naturaleza, y rara vez logran su fin. No impugno la solidez de estas pruebas consagradas por la Escritura santa: son muy arregladas al buen juicio; pero muchas veces no son las mas conformes y proporcionadas á la disposicion del espíritu de aquellos á quienes se destinan.

Los que, teniendo la fe viva en el fondo de su corazon, desde luego descubren que cuanto existe es obra de su Dios, jamas necesitan discursos de esta especie: para ellos la naturaleza toda habla por él, y los cielos les anuncian su gloria. Mas respecto de quienes sin la luz de la fe y de la caridad extinguidas en su alma, no advierten mas que oscuridad y tinieblas en toda la naturaleza, no es el mejor medio para reducirlos, si se quiere que bri-

(1) Isaías 56, 5.—(2) Idem.—(3) Oseas 3, 4.—(4) Jeremías 31, 36.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

aquel que no era Dios, y me irritaron con sus vanidades: y yo tambien los provocaré con aquel que no es pueblo, y con gente necia los irritaré (1).

Que los bienes temporales son falsos, y que el verdadero bien consiste en permanecer unido á Dios (2).

Que sus fiestas desagradan á Dios (3).

Que le disgustan no solamente los sacrificios de los malos judíos, sino aun los de los buenos, como se manifiesta cuando ántes de dirigir á aquellos el discurso por las palabras *Mas al pecador dijo Dios*, expresa que no quiere la carne ni la sangre de las béstias (4).

Que los sacrificios de los paganos serán aceptados por Dios, y que él apartará su voluntad de los de los judíos (5).

Que Dios hará con ellos una nueva alianza por medio del Mesías, *no segun el pacto que hizo con sus padres* (6).

Que se olvidarian las cosas pasadas y se harian ver las nuevas (7).

Que tampoco se acordarian del arca (8).

Que seria abolido su templo (9).

Que sus sacrificios no serian aceptados, y se sustituirian por sacrificios puros (10).

Que seria abolido el órden de sacerdocio de Aaron, introducido el de Melchisedech por el Mesías (11).

Que este sacerdocio será eterno (12).

(1) Deut. 32, 20, 21.—(2) Salmo 72.—(3) Amos 5, 21.—(4) Salmo 49, 8, 13.—(5) Malach. 1, 10. 11.—(6) Jerem. 30, 31, 32.—(7) Is. 43, 18, 19.—(8) Jerem. 3,16.—(9) Idem 7, 12, 13, 14.—(10) Malach. 1, 10, 11.—(11) Salmo 109.—(12) Idem.

Que Jerusalen seria reprobada y dado un nuevo nombre (1).

Que este último nombre seria eterno, y mejor que el de los judíos (2).

Que los judíos se verian *sin rey y sin príncipe, y sin sacrificio y sin altar* (3).

Que los judíos, sin embargo, subsistirian siempre como pueblo (4).

ARTICULO XV.

No se puede conocer á Dios útilmente sino por Jesucristo.

1.°—La mayor parte de los que intentan probar la Divinidad á los impíos, empiezan comunmente por las obras de la naturaleza, y rara vez logran su fin. No impugno la solidez de estas pruebas consagradas por la Escritura santa: son muy arregladas al buen juicio; pero muchas veces no son las mas conformes y proporcionadas á la disposicion del espíritu de aquellos á quienes se destinan.

Los que, teniendo la fe viva en el fondo de su corazon, desde luego descubren que cuanto existe es obra de su Dios, jamas necesitan discursos de esta especie: para ellos la naturaleza toda habla por él, y los cielos les anuncian su gloria. Mas respecto de quienes sin la luz de la fe y de la caridad extinguidas en su alma, no advierten mas que oscuridad y tinieblas en toda la naturaleza, no es el mejor medio para reducirlos, si se quiere que bri-

(1) Isaías 56, 5.—(2) Idem.—(3) Oseas 3, 4.—(4) Jeremías 31, 36.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

lle nuevamente esa luz, darles por pruebas en materia tan importante y grave el curso de la luna y de los planetas, ó raciocinios comunes, contra los cuales se mantienen constantemente firmes. Endurecido su espíritu, y en consecuencia sordos á esta voz que sin cesar hiere sus oidos, la experiencia hace ver que, bien léjos de atraerlos, nada es tan á propósito para irritarlos y quitarles la esperanza de encontrar la verdad, como el pretender convencerlos por semejantes raciocinios, y el decirles que en ellos deben hallarla manifiesta.

La Escritura, que conoce mejor que nosotros lo concerniente á Dios, no discurre de la misma suerte sobre la materia. Dice que en la belleza de las criaturas se deja ver su Autor; pero no que ellas obren siempre este efecto. Nos advierte, al contrario, que cuando lo notamos, no le obran por sí mismas, sino en virtud de la luz que Dios esparce sobre aquellos á quienes se descubre por su medio: *Lo que se puede conocer de Dios, les es manifiesto á ellos, porque Dios se lo manifestó* (1). La Escritura nos dice en general que este Dios *es un Dios escondido* (2), y que corrompida la naturaleza, nos hallamos en una ceguedad de la cual no podemos salir sino por Jesucristo, único medio de establecer nuestra comunicacion con él. *Ninguno conoce al Padre sino el Hijo, y aquel á quien lo quisiere revelar el Hijo* (3).

Esto es lo que tambien nos advierte la Escritura cuando en tantos lugares nos repite que encuentra á Dios todo aquel que le busca; porque no se

(1) S. Pablo á los Rom. 1, 19.—(2) Isaías 45, 15.—(3) S. Mateo 11, 27.

habla así de una luz clara y evidente que se descubre por sí misma sin necesidad de buscarla.

2°—Las pruebas metafísicas de Dios son tan complicadas y extrañas al raciocinio de los hombres, que apénas se percibe su efecto; y aun cuando puedan ser útiles á algunos, solo duran el instante de la demostracion: pasada una hora temen haber sido engañados. *Quod curiositate cognoverint, superbia amiserunt.*

Por otra parte, esta especie de pruebas no puede conducirnos mas que á un conocimiento especulativo de Dios; y conocerle de este modo, es no conocerle.

La Divinidad de los cristianos no consiste simplemente en un autor de las verdades geométricas y del órden de los elementos; esto es lo que pretenden los paganos. No consiste tampoco en un ser que ejerza su providencia sobre la vida y bienes terrenos para conceder á sus adoradores una larga y feliz serie de años; esto es á lo que aspiran los judíos. El Dios de Abraham, de Jacob, de los cristianos, es un Dios de amor y de consuelo; ocupa todo el corazon y toda el alma que posée; nos hace conocer interiormente nuestra miseria y la infinidad de su misericordia; se une á nosotros en lo íntimo del alma; y llenándola de humildad, de alegría, de confianza y de amor, nos hace incapaces de otro fin que no sea él.

El Dios de los cristianos, haciendo perceptible al alma que él es su único bien, que en él existe todo su reposo y que no hay mas delicia que su amor, le hace al mismo tiempo insufrible todo cuanto la impide amarle con todas sus fuerzas: le descubre estos obstáculos en el fondo de amor

*

propio y de concupiscencia que hay en ella misma; y la convence en fin, de que solo él puede superarlos, curarla y concederle una eterna salud.

Ved aquí en qué consiste conocer á Dios como cristiano. Mas para conocerle de este modo, es preciso conocer tambien nuestra miseria, nuestra indignidad, y nuestra necesidad de un mediador para podernos acercar y unir á él. Es preciso igualmente no separar jamas estos conocimientos; porque entónces, léjos de ser útiles, vienen á ser dañosos. El conocimiento de Dios sin el de nuestra miseria, engendra la soberbia: el de nuestra miseria sin el de Jesucristo, la desesperacion. Mas este último solo nos libra de ambos males; porque en él á la vez se nos descubre Dios, nuestra miseria y el único medio capaz de repararla.

Podemos conocer á Dios sin conocer nuestras miserias, ó nuestras miserias sin conocer á Dios; y tambien conocer uno y otro sin el medio de librarnos del peso de tales miserias. Pero conociendo á Jesucristo no podemos dejar de conocer á Dios, y conocer con nuestras miserias su remedio; porque Jesucristo no es simplemente Dios, sino un Dios reparador de nuestras miserias.

De aquí es que cuantos buscan á Dios sin Jesucristo, no encuentran luz alguna que pueda iluminarlos con provecho; porque careciendo de un mediador para comunicar con este Dios que sin mediador han conocido, aun cuando lleguen á no dudar que existe, es inútil para ellos, sea cual fuere el medio que adoptaren para establecer relaciones con él. De este modo vienen á caer en el ateismo ó en el deismo, sistemas que abomina casi igualmente la religion cristiana.

Así, solo debemos aspirar á conocer á Jesucristo, por cuyo único medio podemos pretender conocer á su Padre con utilidad. Verdadero Dios de los hombres, quiero decir, de los miserables y de los pecadores, él es el centro y fin de todo: y conociéndose únicamente por su medio no solo á Dios, sino al mundo y al hombre; el que no le conoce, no solo no conoce á Dios, sino que no conoce nada en el órden del mundo ni en sí mismo.

Sin Jesucristo es preciso que el hombre viva hundido en la miseria y en el vicio; con Jesucristo está exento de vicio y de miseria. En él se cifra toda nuestra dicha, nuestra virtud, nuestra vida, nuestra ley, nuestra esperanza: fuera de él solo hay miseria, vicio, tinieblas, desesperacion, y confusion y oscuridad así en la naturaleza de Dios, como en nuestra propia naturaleza.

ARTICULO XVI.

Pensamientos sobre los milagros.

1.°—Por los milagros es menester juzgar de la doctrina, y de aquellos por esta. La doctrina hace que se conozcan los milagros; los milagros hacen que se conozca la doctrina. Todo esto es verdadero; pero esto no se contradice.

2.°—Así como hay milagros que evidentemente prueban la verdad, tambien hay otros que no la prueban evidentemente. Siendo, pues, los primeros el fundamento de ella, es menester que haya una regla para distinguirlos de los otros, sin que esta regla destruya la prueba de esa verdad que tienen por principal objeto.

propio y de concupiscencia que hay en ella misma; y la convence en fin, de que solo él puede superarlos, curarla y concederle una eterna salud.

Ved aquí en qué consiste conocer á Dios como cristiano. Mas para conocerle de este modo, es preciso conocer tambien nuestra miseria, nuestra indignidad, y nuestra necesidad de un mediador para podernos acercar y unir á él. Es preciso igualmente no separar jamas estos conocimientos; porque entónces, léjos de ser útiles, vienen á ser dañosos. El conocimiento de Dios sin el de nuestra miseria, engendra la soberbia: el de nuestra miseria sin el de Jesucristo, la desesperacion. Mas este último solo nos libra de ambos males; porque en él á la vez se nos descubre Dios, nuestra miseria y el único medio capaz de repararla.

Podemos conocer á Dios sin conocer nuestras miserias, ó nuestras miserias sin conocer á Dios; y tambien conocer uno y otro sin el medio de librarnos del peso de tales miserias. Pero conociendo á Jesucristo no podemos dejar de conocer á Dios, y conocer con nuestras miserias su remedio; porque Jesucristo no es simplemente Dios, sino un Dios reparador de nuestras miserias.

De aquí es que cuantos buscan á Dios sin Jesucristo, no encuentran luz alguna que pueda iluminarlos con provecho; porque careciendo de un mediador para comunicar con este Dios que sin mediador han conocido, aun cuando lleguen á no dudar que existe, es inútil para ellos, sea cual fuere el medio que adoptaren para establecer relaciones con él. De este modo vienen á caer en el ateismo ó en el deismo, sistemas que abomina casi igualmente la religion cristiana.

Así, solo debemos aspirar á conocer á Jesucristo, por cuyo único medio podemos pretender conocer á su Padre con utilidad. Verdadero Dios de los hombres, quiero decir, de los miserables y de los pecadores, él es el centro y fin de todo: y conociéndose únicamente por su medio no solo á Dios, sino al mundo y al hombre; el que no le conoce, no solo no conoce á Dios, sino que no conoce nada en el órden del mundo ni en sí mismo.

Sin Jesucristo es preciso que el hombre viva hundido en la miseria y en el vicio; con Jesucristo está exento de vicio y de miseria. En él se cifra toda nuestra dicha, nuestra virtud, nuestra vida, nuestra ley, nuestra esperanza: fuera de él solo hay miseria, vicio, tinieblas, desesperacion, y confusion y oscuridad así en la naturaleza de Dios, como en nuestra propia naturaleza.

ARTICULO XVI.

Pensamientos sobre los milagros.

1.°—Por los milagros es menester juzgar de la doctrina, y de aquellos por esta. La doctrina hace que se conozcan los milagros; los milagros hacen que se conozca la doctrina. Todo esto es verdadero; pero esto no se contradice.

2.°—Así como hay milagros que evidentemente prueban la verdad, tambien hay otros que no la prueban evidentemente. Siendo, pues, los primeros el fundamento de ella, es menester que haya una regla para distinguirlos de los otros, sin que esta regla destruya la prueba de esa verdad que tienen por principal objeto.

Si no se hubiesen unido milagros á la falsedad, habria certeza: si no hubiese regla para distinguirlos, sin poderse dar crédito á ningunos, los verdaderos vendrian á ser inútiles.

Moises la estableció diciendo que no se deben creer cuando conducen á la idolatría (1), y Jesucristo dió esta: *Aquel que hace milagros en mi nombre, no se lo vedeis: porque no hay ninguno que haga milagros en mi nombre, y que pueda luego decir mal de mí* (2). Así es que estan señaladas las veces en que no debe darse fe á los milagros: en el Antiguo Testamento cuando se pretenda desviarnos de Dios; en el Nuevo cuando se nos quiera retraer de Jesucristo. Todo el que abiertamente se declara contra el Salvador, no pudiendo hacer milagros en su nombre, no debe ser creido aunque los haga en cualquiera otro.

De consiguiente, á vista de un milagro es indispensable rendirse, á no tener tan grandes señales de ser falso, como la de ver si quien le obra niega á Dios, ó á Jesucristo y á la Iglesia.

3.°—Es falsa cualquiera religion que en su fe y su moral no consiste en adorar y amar á un solo Dios como único principio y fin. Toda religion que hoy no reconoce á Jesucristo, es notoriamente falsa, y los milagros nada pueden servirle.

Los judíos tenian de Dios, como de Jesucristo la tenemos nosotros, una doctrina confirmada por milagros, con prohibicion de creer á ninguno de los que los obrasen enseñando otra opuesta; y ademas se les habia mandado recurrir y sujetarse en esto á los grandes sacerdotes. Por eso todas las razones

(1) Deuteronomio 13, 1, 2, 3.—(2) San Márcos 9, 38.

que nosotros tenemos para no dar fe á los obradores de milagros, creian ellos tenerlas respecto de Jesucristo y los apóstoles.

Con todo, fueron muy culpables en rehusar su crédito á los grandes milagros que hizo el Salvador; porque él dice que á no haberlos visto, no lo hubieran sido. *Si no hubiese hecho entre ellos obras que ninguno otro ha hecho, no tendrian pecado: mas ahora, y las han visto, y me aborrecen á mí y á mi Padre* (1).

Se ve, pues, que Jesucristo juzgaba sus milagros como pruebas seguras de lo que enseñaba, y que por consiguiente los judíos tenian obligacion de creerle. En efecto, especialmente los milagros los hacian culpables en su incredulidad; porque las pruebas que durante la vida de Jesucristo se podian sacar de la Escritura, no eran demostrativas. Cuando Moises dice, por ejemplo, que un profeta vendria, sin designar á Jesucristo, no se podia probar que hablaba de él; mas sus milagros, despues de los pasages que hacian ver la posibilidad de que fuese el Mesías, debian determinar á creer que lo era.

4.°—Las solas profecías eran insuficientes para probar en el curso de su vida á Jesucristo; de modo que si sus milagros no hubieran sido decisivos, no habria sido culpable el que ántes de su muerte en la cruz no hubiese creido en él. Luego son bastantes, y deben creerse los milagros cuando no se opone á ellos la doctrina.

Jesucristo acreditó que era el Mesías, comprobando su doctrina y su mision por sus mi-

(1) San Juan 15, 24.

lagros mas que por la Escritura y por las profecías.

Por ellos reconoce Nicodemus que es de Dios su doctrina: *Sabemos que eres maestro venido de Dios: porque ninguno puede hacer estos milagros que tu haces, si Dios no estuviere con él* (1). No juzga de los milagros por la doctrina, sino de la doctrina por los milagros.

De consiguiente, aun cuando la doctrina parezca sospechosa, como podia serlo para Nicodemus la de Jesucristo que indicaba destruir las tradiciones de los fariseos; si al mismo tiempo se ven milagros claros y evidentes, es preciso que su evidencia prevalezca á la dificultad que pudiera presentar la doctrina; lo que se funda en el principio incontestable de que Dios no puede inducirnos á error.

Hay, por decirlo asi, un deber recíproco entre Dios y los hombres. *Acusadme*, dice por Isaías: *¿qué es lo que debí hacer mas de esto á mi viña, y no lo hice?* (2)

Los hombres deben recibir de Dios la religion que les envia: Dios debe no inducirlos á error. Los induciria si los que obran milagros anunciasen una falsa doctrina que no se diese visiblemente á conocer por tal á la luz del buen juicio, y este obrador de mas grandes milagros no hubiese ya advertido que no se les creyese. Un cisma, por ejemplo, en que hiciesen milagros los arrianos, que decian fundarse en la Escritura como los católicos, induciria sin duda á error si estos no los hiciesen; porque así como un hombre que nos anuncia los

(1) S. Juan 3, 22.—(2) Isaías 1, 18, 5, 4.

secretos de Dios no merece ser creido por solo su palabra, lo merece quien para probar su comunicacion con él resucita los muertos, predice el porvenir, desquicia las montañas y cura los enfermos. A no ser que otro le desmienta por mas grandes milagros, es preciso creerle ó ser impío.

Pero ¿no se ha dicho que Dios suele tentarnos? Y ¿no seria posible que lo hiciese por medio de milagros que al parecer conducen al error?

De tentar á engañar va mucha diferencia. Dios tienta algunas veces, pero jamas engaña. Tentar es presentar ocasiones sin imponer necesidad: engañar es obligar á deducir y seguir una falsedad. Esto último que Dios no puede hacer, lo haria si permitiese que en una controversia oscura se obrasen milagros para persuadir la falsedad.

De aquí debe concluirse que quien oculta una doctrina perniciosa y sutil bajo las apariencias de otra sana, diciendo que se conforma con Dios y con la Iglesia, es imposible que para difundirla insensiblemente haga milagros; y aun lo es mayor que Dios, á quien no se pueden ocultar los corazones, los obre á favor de hombres de semejante especie.

5.°—Hay mucha diferencia entre los que no estan por Jesucristo diciéndolo, y los que fingen estar por él no estándolo. Los primeros, que á cara descubierta combaten la verdad, pudieran tal vez obrar milagros; los segundos, que la atacan ocultos, nunca podrán hacerlos.

Así, pues, los milagros deciden lo dudoso entre el pueblo judío y el pagano, el judío y el cristiano, entre católicos y hereges, entre calumniados y calumniadores, entre las tres cruces.

Esto es lo que se ha visto en todos los combates de la verdad contra el error, de Abel contra Cain, de Moises contra los magos de Faraon, de Elías contra los falsos profetas, de Jesucristo contra los fariseos, de San Pablo contra Barjesu, de los apóstoles contra los exorcistas, de los cristianos contra los infieles, de los católicos contra los hereges; y en el combate de Elias y Enoch contra el Antecristo, esto es lo mismo que tambien se verá.

Lo verdadero solo es lo que prevalece en los milagros: en las contiendas sobre el verdadero Dios ó la verdadera religion, jamas se han visto por parte del error sin resplandecer otros mayores en confirmacion de la verdad.

Segun esta regla no se puede dudar que los judíos se hallaban en obligacion de reconocer y creer á Jesucristo; pues aunque tuviesen de él sospechas, eran infinitamente mayores sus milagros.

Para negarle los que despues de su venida no le creian, alegaban haberse profetizado que el nacimiento del Mesías seria en Belem, y ellos entendian que Jesucristo habia nacido en Nazareth. Mas debiendo haberse informado mejor, y siendo convincentes los milagros, no podia excusarlos esta oscuridad, ni las pretendidas contradicciones de la doctrina de Jesucristo y la Escritura, con que se cegaban.

Curando al ciego de nacimiento y obrando otros varios milagros Jesucristo en dia de sábado, cegaba á los fariseos que decian ser preciso atender á la doctrina para poder juzgar de los milagros.

Mas por la misma regla que se debia creer á Jesucristo no se deberá creer al Antecristo.

Jesucristo no hablaba contra Dios ni contra

Moises; el Antecristo y los falsos profetas, predichos por ambos Testamentos, hablarán abiertamente contra Dios y contra Jesucristo. Al enemigo oculto no permitirá Dios obrar milagros descubiertos.

Moises predijo y mandó seguir á Jesucristo; Jesucristo ha predicho y prohibido seguir al Antecristo.

Los milagros de Jesucristo no los predijo el Antecristo; pero los de este los ha predicho Jesucristo. Si no hubiese sido Jesucristo el Mesías, habria inducido á error; mas los milagros del Antecristo, sea la que fuere su apariencia, no pudiendo perjudicar á los de Jesucristo, tampoco podrán nunca disculpar el engaño. Cuando los predijo Jesucristo ¿pretenderia destruir la fe que merecen los suyos?

No hay razon alguna para creer al Antecristo, que no haya tambien para creer en Jesucristo; y otras que no hay para creer en el Antecristo hay para creer en Jesucristo.

6.°—Los milagros sirvieron para la fundacion, y servirán para la continuacion de la Iglesia hasta que venga el Antecristo, hasta el fin.

Por eso Dios, á fin de conservar á su Iglesia esta prueba, ha confundido ó ha predicho los falsos milagros, elevándose y elevándonos por uno y otro medio á un grado superior á nuestro órden sobrenatural.

Lo mismo será siempre: ó Dios no permitirá obrar falsos milagros, ó para destruirlos hará brillar los verdaderos. Tienen todos tal fuerza, que si no se nos hubiera ya advertido ser indignos de crédito cuando son contra Dios, á pesar de ser

tan claro que él existe, serian capaces de hacernos vacilar.

Así es que cuando se nos dice en el Deuteronomio que no debemos creer ni escuchar á los que hagan prodigios para desviarnos del camino del Señor (1), y en San Márcos que *se levantarán falsos cristos y falsos profetas, y darán señales y portentos para engañar, si puede ser, aun á los escogidos* (2); en vez de disminuir la autoridad de los milagros, nada hay que pruebe mas su fuerza.

7.°—De la falta de caridad viene la resistencia á creer los verdaderos milagros. *Vosotros no creis*, decia Jesucristo á los judios, *porque no sois de mis ovejas* (3). De aquí tambien dimana dar crédito á los falsos. *Porque no recibieron la caridad de la verdad para ser salvos, les enviará Dios operacion de error para que crean á la mentira* (4).

Examinando el orígen del asombroso crédito dispensado á tantos charlatanes, hasta el punto de poner en sus manos la vida por sus pretendidos remedios, me parece que la causa es la de haberlos ciertos; pues si no fuera así, seria imposible que hubiesen llegado á acreditarse de este modo los falsos. Si, al contrario, no los hubiera habido nunca verdaderos, y todos los males fuesen incurables, tampoco es posible que los hombres hubiesen imaginado poder darlos, y mucho ménos creer á los que se vanaglorian de poseerlos, porque esto vendria á ser como si alguno se jactase de impedir la muerte, lo que sin ofrecer un ejemplo jamas le

(1) Deut. 13, 1 y sig.—(2) S. Marcos 13. 22.—(3) San Juan 10, 26.—(4) Seg. de S. Pablo á los Tesal. 2, 10.

creeria nadie. Pero habiéndose hallado multitud de remedios verdaderos á juicio de los hombres mas grandes, y no pudiéndose negar el caso en general á vista de los efectos particulares que son verdaderos; el pueblo incapaz de discernir cuáles son estos, crée que todos son ciertos. No se atribuirian tantos falsos efectos á la luna, si no los produjese verdaderos, como el flujo del mar.

De la misma suerte me parece evidente que no hay milagros falsos, falsas revelaciones y falsas religiones, sino porque hay verdaderos milagros, revelaciones verdaderas y la única verdadera religion. Sin esto es imposible que los hombres lo hubieran imaginado nunca, y mas aunque lo hubiesen creido tantos otros. De haber, pues, acaecido en realidad cosas muy grandes, y de haberlas creido los hombres de mas discernimiento, ha provenido que casi todo el mundo se haya hecho capaz de dar el mismo crédito á las muchas que han querido fingirse. Así, en vez de concluir que no hay verdadera religion, pues las hay falsas, es menester al contrario, decir que la hay precisamente por lo mismo, y hay milagros fingidos por la sola razon de haberlos ciertos. Habiendo comenzado el espíritu humano por ceder á la fuerza de la verdad, ha concluido por someterse á todas las ficciones.

8.°—No se ha dicho: Creed á los milagros, sino creed á la Iglesia: aquello es natural, y esto no lo es. Para lo primero no habia necesidad del precepto que para lo segundo.

Las veces que Dios se manifiesta por medio de estos golpes extraordinarios son tan pocas, que es indispensable aprovecharlas bien; pues

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

él no sale del secreto de la naturaleza que le cubre, sino para excitar nuestra fe, y hacer que le sirvamos con tanto mas ardor cuanto es mas grande la certeza con que le conocemos.

Si Dios se descubriese de continuo á los hombres, no habria mérito en creerle: si no lo hiciese nunca, hubiera poca fe, Así es que lo comun es ocultarse, y raro el descubrirse aun á los que quiere empeñar en su servicio. Este secreto estraño, dentro del cual oculto y retirado Dios se hace impenetrable á los ojos humanos, es una leccion para inclinarnos á la soledad, léjos de la presencia de los hombres. Habiendo permanecido oculto bajo el velo de la naturaleza hasta la Encarnacion, vino á esconderle el de la humanidad de tal manera cuando fué necesario hacerse ver, que era mas fácil conocerle invisible que visible: y al cumplir, finalmente, á sus apóstoles la promesa de permanecer con los hombres hasta su venida última, eligió por mansion el mas raro y oscuro, el mas singular de los secretos en que pudiera estar, quiero decir, las especies de la Eucaristia. Este es el sacramento que San Juan llama en el Apocalipsis *Maná oculto* (1), y el que á mi juicio contemplaba Isaías al exclamar con un espíritu profético: *Verdaderamente eres tú un Dios escondido* (2). Mas el velo con que se cubre Dios ha sido penetrado por muchos infieles que reconocieron un Dios invisible por la naturaleza visible, como dice San Pablo (3); de la misma suerte que

(1) Apoc. 2, 11.—(2) Isaías 45, 15.—(3) A los romanos 1, 20.

muchos hereges han reconocido á Jesucristo en medio de su humanidad, tributándole adoracion como á Dios hombre. ¡Cuán felices debemos contemplarnos nosotros por haberse dignado iluminarnos hasta reconocerle bajo las especies eucarísticas!

A estas consideraciones puede unirse la del secreto del Espíritu de Dios, tambien oculto en la Escritura; porque ella contiene dos sentidos perfectos, el literal y el místico. Mas á imitacion de los impíos que sin reconocer un autor de la naturaleza atribuyen solo á esta sus efectos; fijándose en aquel sentido los judíos en vez de buscar y creer el otro, al ver un hombre perfecto en Jesucristo, no pensaron que hubiese en él otra naturaleza; y los hereges á vista de la Eucaristia tampoco creen que pueda haber en ella otra sustancia que la que manifiestan las apariencias perfectas de pan. En todas las cosas se oculta algun misterio; todas ella sirven á Dios de velo, y en todas deben reconocerle los cristianos. Las aflicciones temporales encubren los bienes eternos á donde encaminan: las delicias momentáneas, los males eternos que ocasionan. Supliquemos á Dios que le reconozcamos y sirvamos en todo, tributándole las mas humildes gracias cuando habiéndose ocultado en todo á tantos, en todo y de tan varios modos se ha dignado descubrirse á nosotros.

9.°—Atónitas las monjas de Port-Royal al oir decir que se hallan en un camino de perdicion, y que sus confesores las llevan á Ginebra y les inspiran que Jesucristo no está en la Eucaristia ni á la diestra del Padre, todo lo cual es falso; se ofrecieron á Dios en tal estado diciéndole con el Pro-

feta; *Mira si hay camino de iniquidad en mí* (1). Este lugar que se ha llamado el templo del demonio, Dios ha querido convertirle en el suyo. Se le nombra arsenal del infierno, se dice que es preciso quitar de él á los niños; y Dios le hace santuario de sus gracias: se le amenaza con todas las iras y venganzas del cielo; y Dios le colma de favores. Solo perdiendo el juicio pudiera deducirse que estas almas estan en el camino de la perdicion.

Sin embargo, los jesuitas no han dejado de sacar tal consecuencia, porque ellos de todo deducen que sus adversarios son hereges. Si dicen que la gracia de Jesus nos discierne y que depende de Dios nuestra salud; esto es herético: si protestan que estan sometidos al papa; de este modo se desfiguran y ocultan los hereges: si añaden que no se debe quitar la vida por una manzana; ved aquí combatir la moral de los católicos: en fin, si los jesuitas ven obrar milagros, no son estos señal de santidad; son, al contrario, indicios de heregía.

Ved aquí el exceso extraño hasta donde ha podido llevarlos la pasion. No les quedaba mas para destruir los fundamentos de la religion cristiana; porque las tres señales que la distinguen como verdadera, son la perpetuidad, la buena vida y los milagros. Despues de haber destruido la perpetuidad por el probabilismo que introducen sus nuevas opiniones sustituyendo las verdades antiguas, y la buena vida por su moral viciada; ahora quieren destruir los milagros destruyendo su verdad ó su consecuencia.

Los adversarios de la Iglesia niegan uno ú otro:

(1) Salmo 38, 24.

los jesuitas para debilitar la fuerza de los suyos obran de la misma manera. Así es que desarmándola y uniéndose á aquellos para combatir los milagros, se apropian todas las razones de las tres suertes de enemigos que tiene esta Iglesia: es decir, de los judíos, que jamas han sido de su cuerpo; de los hereges, que se le han separado, y de los malos cristianos que interiormente la destrozan.

Por lo comun estas tres especies de adversarios la combaten de diverso modo; pero aquí de uno mismo. Como todos ellos estan sin milagros, y la Iglesia en su contra siempre los ha tenido; excitados de igual interes en eludirlos, todos se han valido del efugio de que no se debe juzgar de la doctrina por los milagros, sino de los milagros por la doctrina. Dos partidos habia entre los que oian á Jesucristo: los que seguian su doctrina por los milagros, y los que decian: *En virtud de Beelzebub, príncipe de los demonios, lanza los demonios* (1). Dos partidos habia en tiempo de Calvino: el de la Iglesia, y el de los sacramentarios que la combatian. Tambien ahora hay dos partidos en disputa: el de los jesuitas y el de los que llaman jansenistas. Pero estando los milagros por éstos, aquellos se evaden como los judíos y los hereges, diciendo que es preciso juzgar de los milagros por la doctrina.

No es este el pais de la verdad: entre los hombres vive incógnita bajo el velo con que Dios la ha cubierto, y no la distinguen los que no oyen su voz. Está el campo abierto á las blasfemias de la

(1) San Lúcas 1, 15.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"

misma suerte que á las verdades mas ciertas de la moral. Se publica el Evangelio, y tambien se publica lo que se le opone, oscureciendo las cuestiones de tal modo, que al pueblo nada le es posible distinguir. ¿Por qué razon, preguntan, os debemos creer mas que á los otros? ¿Qué señales nos dais? Vuestras palabras solas son como las nuestras: podemos decir lo mismo que vosotros. Si no hay milagros se dice que *la doctrina debe sostenerse por ellos;* y ved aquí abusar de una verdad para blasfemar de la doctrina: si los hay se dice que *sin la doctrina son insuficientes;* y ved aquí otra verdad para blasfemar de los milagros.

¡Como os agrada, padres mios, usar á vuestro modo de las reglas generales, pensando introducir el desórden y hacer inútil todo por semejante medio! ¡Se os pondrá coto, padres: la verdad es una, y se mantiene firme.

10.°—*Todo reino dividido entre sí será asolado. Si Satanas esta dividido tambien contra sí mismo, ¿cómo quedará en pié su reino? porque decis que yo lanzo los demonios por virtud de Beelzebub* (1). Jesucristo, pues, obraba contra el demonio, y destruia su imperio sobre los corazones para establecer el reino de Dios. Y así añade: *Mas si en el dedo de Dios lanzo los demonios, ciertamente el reino de Dios ha llegado á vosotros* (2).

Era imposible que en tiempo de Moises se reservase su creencia al Antecristo, que no conocian. Pero en tiempo de este, conocido ya Jesucristo, es fácil creerle.

(1) San Lúcas 11, 7, 18.—(2) Idem 11, 20.

Aun cuando los cismáticos (1) hiciesen milagros, no inducirian á error; y así no es seguro que no puedan hacerlos. El cisma y el milagro son visibles; pero como aquel se advierte mas distintamente señalado por el error, que este por la verdad, el milagro de un cismático no puede inducir á error. Fuera del cisma, no siendo el error tan visible como lo es el milagro, este llevaria á aquel. De consiguiente, cuando hay cisma no es tan temible un milagro; porque siendo mas visible el cisma, señala visiblemente su error: cuando no le hay, y el error está en disputa, el milagro decide.

De la misma suerte de nada servirian á los hereges los milagros; porque autorizada la Iglesia por los que han ocupado con anticipacion la creencia, nos dice que los hereges no tienen la verdadera fe; lo cual es indudable, pues los primeros milagros de aquella excluyen el crédito á los de estos, si pudiesen hacerlos. Habria en tal caso milagros contra milagros; pero estando los primeros y mas grandes por parte de la Iglesia, contra los milagros seria preciso creerla siempre.

Veamos pues ahora lo que debe concluirse de los de Port-Royal.

Los fariseos decian: *Este hombre no es de Dios, pues que no guarda el sábado* (2). Otros decian: *¿Cómo puede un hombre pecador hacer estos milagros?* (3) ¿Qué es mas claro?

En la contestacion presente unos dicen: Esta ca-

(1) Pascal quiere hablar de un cisma abierto y reconocido por una y otra parte, por ejemplo tal como el de los calvinistas &c. Es menester no alucinarse.—(2) S. Juan 9, 10.—(3) Idem.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sa no es de Dios, pues en ella no creen que las cinco proposiciones estan en Jansenio. Los otros: Esta casa es de Dios, porque en ella se ven obrar grandes milagros. ¿Qué es mas claro?

Así, pues, la misma razon que hace á los judíos culpables de no haber creido á Jesucristo, hace culpables á los jesuitas de haber continuado persiguiendo la casa de Port-Royal.

Se dijo á los judíos, como tambien se ha dicho á los cristianos, que no creyesen siempre á los profetas. Con todo, los fariseos y los escribas en la necesidad de darse por convictos si reconocian que Dios obraba los milagros que veian hacer á Jesucristo, se escandalizaban y procuraban probar que eran diabólicos.

No tenemos hoy necesidad de entrar en tal exámen, aunque fácil de hacer; pues los que no niegan á Dios ni á Jesucristo, no hacen milagros que no sean seguros. Nos ocupan los que hace una reliquia sagrada, una espina de la corona del Salvador del mundo, sobre el cual nada puede el príncipe del mundo: se trata de los que para hacer brillar el poder de la sangre vertida por nosotros, obra esa reliquia en una casa que el mismo Dios se ha dignado escoger á este fin.

No son los hombres quienes hacen estos milagros por una virtud desconocida y dudosa, obligándonos á un discernimiento dificil: es el mismo Dios, es un instrumento de la pasion de su Unigénito, que dividido en trozos se halla en muchos lugares, y en este da consuelos milagrosos en sus aflicciones á quienes hace venir de todas partes á buscarlos.

Así es que la dureza de los jesuitas excede á la

de los judíos: estos no rehusaban creer á Jesucristo inocente, sino porque dudaban si eran de Dios los milagros que obraba; aquellos, siendo indudable que los de Port-Royal lo son tambien, todavía dudan de la inocencia de esta casa.

Pero los milagros, dicen ellos, habiéndolos habido, no son ya necesarios; y así tampoco son ya pruebas de la verdad de la doctrina. Sí. Pero cuando se ha dejado de oir á la tradicion: cuando para excluir este verdadero orígen de la verdad se ha prevenido al papa, que es su depositario, y sorprendido al pueblo; sin libertad los hombres para manifestar la verdad, la verdad misma debe hablar á los hombres. Esto es lo que sucedió en tiempo de Arrio.

Los que, por sus milagros, siguen á Jesucristo, honran su poder en cuantos obra; pero los que haciendo profesion de seguirle por ellos no lo hacen sino porque los consuela y satisface de los bienes del mundo, deshonran sus milagros cuando son contrarios á sus comodidades,

Esto es lo que hacen los jesuitas. Ensalzan los milagros, y combaten á los que los convencen. Jueces injustos: no establezcais leyes del momento; juzgad arreglados á las ya establecidas por vosotros mismos: *Vos qui conditis leges iniquas.*

Siempre que en la Iglesia se ha contestado la verdad, ha habido papa: á falta de este ha habido Iglesia.

El milagro es un efecto que excede á la fuerza natural de los medios empleados para obrarle; y el *no milagro*, un efecto que no excede esta fuerza. Así, los que curan una enfermedad por la invocacion del demonio, no hacen un milagro,

porque esto no es superior á la fuerza natural del demonio.

Los milagros prueban el poder que Dios tiene sobre los corazones, por el que egerce sobre los cuerpos.

Importa á los reyes y á los príncipes, que se les tenga por piadosos; pero para esto es preciso que se confiesen con vosotros [*con los jesuitas*].

Los jansenistas se asemejan á los hereges por la reformacion de las costumbres; pero en esto vosotros os pareceis mal á ellos.

ARTICULO XVII.

Pensamientos diversos sobre la religion.

1.°—El pirronismo ha servido á la religion, porque despues de todo, ántes de Jesucristo no sabian los hombres dónde estaban, ni si eran grandes ó pequeños. Los que han dicho uno ú otro lo ignoraban y adivinaban sin motivo ó por casualidad: y aun creian siempre excluyendo uno ú otro (1).

2.°—¿Quien reprobará á los cristianos el no poder dar razon de su creencia cuando profesan una religion de que no pueden darla? Al exponerla á los gentiles declaran que es una simpleza, *stultitiam* &c.: ¿cómo, pues, os quejais de que no la demuestren? No cumplirian su palabra si la demostrasen: faltos de pruebas, no lo estan de juicio. Sí.

(1) Al leer los primeros pensamientos de este artículo, se encuentra oscuridad, y se advierte que su autor no les dió el desarrollo de que eran susceptibles. Se descubre tambien cierto carácter de la doctrina de Jansenio que públicamente profesaban las solitarias de Port-Royal. (*Ed. de* 1821.)

Mas aunque esto excuse á los que la presentan de tal modo, y los libre de la censura de manifestarla sin razon; no puede disculpar á los que, segun la exposicion que de ella hacen, rehusan creerla.

3.°—¿Teneis por imposible que Dios sea infinito sin partes? Sí. Pues quiero haceros ver una cosa infinita é indivisible: un punto que con una viveza infinita se mueve en todas partes, porque en todas existe y en cada una está en su integridad.

Por este efecto natural que ántes os parecia imposible, conoced la posibilidad de otros que aun no conoceis. Mas no saqueis de vuestro aprendizage la consecuencia de que sabeis ya todo, sino la de que os falta infinito que saber.

4.°—La conducta de Dios que dispone todo con dulzura, es colocar la religion por el raciocinio en el entendimiento, y en el corazon por la gracia. El pretender hacerlo en este y en aquel, por la fuerza y por las amenazas, léjos de la religion, establece el terror. Comenzad por compadecer á los incrédulos, que son bien infelices. Seria menester injuriarlos cuando les fuese útil; pero esto siempre es pernicioso.

Toda la fe consiste en Jesucristo y en Adan; toda la moral en la concupiscencia y en la gracia (1).

5.°—El corazon tiene sus razones que la razon no alcanza á conocer, y se hace sentir de mil maneras. Naturalmente propende á sí mismo, se-

(1) Quiere decir que toda la fe consiste en conocer los males que nos ha causado el pecado de Adan, y los bienes que nos ha preparado Jesucristo; y toda la moral en evitar los males que debemos temer de la concupiscencia, y en buscar los bienes que solo de la gracia podemos esperar. (*Ed. de* 1821.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

porque esto no es superior á la fuerza natural del demonio.

Los milagros prueban el poder que Dios tiene sobre los corazones, por el que egerce sobre los cuerpos.

Importa á los reyes y á los príncipes, que se les tenga por piadosos; pero para esto es preciso que se confiesen con vosotros [*con los jesuitas*].

Los jansenistas se asemejan á los hereges por la reformacion de las costumbres; pero en esto vosotros os pareceis mal á ellos.

ARTICULO XVII.

Pensamientos diversos sobre la religion.

1.°—El pirronismo ha servido á la religion, porque despues de todo, ántes de Jesucristo no sabian los hombres dónde estaban, ni si eran grandes ó pequeños. Los que han dicho uno ú otro lo ignoraban y adivinaban sin motivo ó por casualidad: y aun creian siempre excluyendo uno ú otro (1).

2.°—¿Quien reprobará á los cristianos el no poder dar razon de su creencia cuando profesan una religion de que no pueden darla? Al exponerla á los gentiles declaran que es una simpleza, *stultitiam* &c.: ¿cómo, pues, os quejais de que no la demuestren? No cumplirian su palabra si la demostrasen: faltos de pruebas, no lo estan de juicio. Sí.

(1) Al leer los primeros pensamientos de este artículo, se encuentra oscuridad, y se advierte que su autor no les dió el desarrollo de que eran susceptibles. Se descubre tambien cierto carácter de la doctrina de Jansenio que públicamente profesaban las solitarias de Port-Royal. (*Ed. de* 1821.)

Mas aunque esto excuse á los que la presentan de tal modo, y los libre de la censura de manifestarla sin razon; no puede disculpar á los que, segun la exposicion que de ella hacen, rehusan creerla.

3.°—¿Teneis por imposible que Dios sea infinito sin partes? Sí. Pues quiero haceros ver una cosa infinita é indivisible: un punto que con una viveza infinita se mueve en todas partes, porque en todas existe y en cada una está en su integridad.

Por este efecto natural que ántes os parecia imposible, conoced la posibilidad de otros que aun no conoceis. Mas no saqueis de vuestro aprendizage la consecuencia de que sabeis ya todo, sino la de que os falta infinito que saber.

4.°—La conducta de Dios que dispone todo con dulzura, es colocar la religion por el raciocinio en el entendimiento, y en el corazon por la gracia. El pretender hacerlo en este y en aquel, por la fuerza y por las amenazas, léjos de la religion, establece el terror. Comenzad por compadecer á los incrédulos, que son bien infelices. Seria menester injuriarlos cuando les fuese útil; pero esto siempre es pernicioso.

Toda la fe consiste en Jesucristo y en Adan; toda la moral en la concupiscencia y en la gracia (1).

5.°—El corazon tiene sus razones que la razon no alcanza á conocer, y se hace sentir de mil maneras. Naturalmente propende á sí mismo, se-

(1) Quiere decir que toda la fe consiste en conocer los males que nos ha causado el pecado de Adan, y los bienes que nos ha preparado Jesucristo; y toda la moral en evitar los males que debemos temer de la concupiscencia, y en buscar los bienes que solo de la gracia podemos esperar. (*Ed. de* 1821.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gun su inclinacion, y á ser universal, y se endurece contra uno ú otro á su eleccion. Al desechar esto y conservar aquello, ¿es la razon la que os ha guiado?

6.°—El mundo subsiste para ejercer sobre él misericordia y juicio: para considerar á los hombres, no como se hallaban al salir de las manos de Dios, sino como enemigos de este Dios que por su gracia les da luz suficiente para volver á él: para castigarlos si rehusan buscarle y seguirle.

7.°—Digan lo que quieran, es preciso confesar que la religion cristiana tiene no sé qué cosa de admirable. Os parece así, me objetarán, porque habeis nacido en medio de ella: no es necesario mas; pero esto mismo debe obligar á resistirla para no engañarse por la prevencion á su favor. Con todo, aunque yo haya abierto mis ojos en su seno, cuanto mas la examino la hallo mas admirable.

8.°—De dos maneras se pueden persuadir las verdades de nuestra religion: por la fuerza de la razon, y por la autoridad del que habla. No se hace uso de la última, sino de la primera: no se dice es preciso creer eso porque la Escritura en que consta es divina; se dice debe creerse por tal y tal razon: débiles argumentos cuando la nuestra es tan flexible á todo.

Los que parecen mas opuestos á la gloria de la religion, no le serán inútiles para con el resto de los hombres. De ellos sacarémos el primer argumento, á saber, que hay una cosa sobrenatural, puesto que es contranatural una ceguedad de esta especie: si su locura los hace totalmente contrarios á su propio bien, servirá por lo ménos para librar á los demas del horror de un ejemplo tan deplorable y de una insensatez tan digna de compasion.

9.°—Sin Jesucristo no subsistiria el mundo; y á no haberse destruido, seria como un infierno.

El único que conozca la naturaleza ¿no la conocerá sino para ser miserable? Y el único que la conozca, ¿será el solo infeliz?

No es preciso que el hombre no vea nada, y tampoco lo es que vea bastante para creer que posée la verdad; pero sí que vea lo suficiente para advertir que ya no la posée: porque para conocer lo perdido es menester ver y no ver; y este es puntualmente el estado en que se encuentra la naturaleza.

Era indispensable que la verdadera religion enseñase la grandeza y la miseria, y que inclinase al amor y al odio, á la estimacion y al menosprecio de sí mismo.

La religion cristiana se funda en otra religion precedente: esto lo hallo efectivo.

No hablo de los milagros de Moises, de Jesucristo ni de los apóstoles, así porque no parecen desde luego convincentes, como porque aquí no quiero poner en evidencia mas que los fundamentos de la religion cristiana indudables para cualquier hombre de buen juicio.

10.°—Es la religion una cosa tan grande, que es justo sean privados de ella los que, si en efecto es oscura, no quieran tomarse el trabajo de buscarla. ¿De qué se quejan, siendo tal que pueden hallarla sin buscarla?

El monstruo extraño del orgullo contrapesa y arrastra todas las miserias. Hé aquí uno de los mas visibles descarríos del hombre, que habiendo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

perdido su lugar le busca con inquietud por todas partes.

Despues de la corrupcion es justo que conozcan hallarse en tal estado así aquellos á quienes les agrada, como los otros á quienes les disgusta: mas no es justo que todos vean la redencion.

El decir que Jesucristo no ha muerto por todos, es abusar del vicio de los hombres que se aplican desde luego esta excepcion, y fomentar la desesperacion en vez de animar la esperanza.

11.°—Los impíos que se abandonan ciegamente á sus pasiones sin conocer á Dios, ni ocuparse en buscarle, comprueban por sí mismos el fundamento de la fe que combaten, á saber, que la naturaleza humana se halla corrompida. Los judíos que impugnan con tanta obstinacion la religion cristiana, no ménos por el estado en que hoy se ven, predicho ya, que por las mismas profecías que guardan y conservan inviolablemente como señales en virtud de las cuales debe ser reconocido el Mesías, comprueban igualmente el otro fundamento de la fe, es decir, que el Mesías verdadero es Jesucristo, y que vino á redimir á los hombres y á sacarlos de su miseria y corrupcion. De modo que las pruebas de esta corrupcion y de la redencion de Jesucristo, principales verdades que asienta el cristianismo, se deducen de los impíos para quienes la religion es cosa indiferente, y de los judíos, sus irreconciliables enemigos.

12.°—La dignidad del hombre en su inocencia, consistia en dominar y usar de las criaturas: hoy consiste en separarse de ellas y vivir bajo de su dominio.

13.°—Muchos yerran tanto mas peligrosamente, cuanto por principio de su error toman una verdad. No consiste su falta en adoptar una mentira, sino en seguir una verdad excluyendo otra.

Muchas verdades de fe y de moral, al parecer repugnantes y aun contrarias, subsisten todas en admirable órden.

De la exclusion y la ignorancia de algunas de estas verdades, provienen todas las heregías y todas las objeciones que nos hacen los hereges.

Sucede con frecuencia que no pudiendo concebir la relacion de dos verdades opuestas, y creyendo que la confesion de la una encierra la exclusion de la otra, se adhieren á aquella y niegan esta.

Los nestorianos pretendian que en Jesucristo hubiese dos personas en razon de sus dos naturalezas; y los eutiquianos al contrario, que solo hubiese en él una naturaleza por no haber mas que una persona. Los católicos son ortodoxos, porque juntan las dos verdades de dos naturalezas y de una sola persona.

Nosotros creemos que, convertida la sustancia del pan en el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, está realmente presente en el Santísimo Sacramento. Ved aquí una de las verdades. Hay otra, y es que este Sacramento es tambien una figura de la cruz y de la gloria, y una conmemoracion de las dos cosas. Tal es la fe católica que comprende estas dos verdades al parecer opuestas.

No pudiendo concebir los hereges de hoy cómo contiene el Sacramento la presencia de Jesucristo y su figura al mismo tiempo, así como tampoco que sea sacrificio y conmemoracion de sacrificio; creen que es inadmisible una de estas verdades si no se excluye la otra.

Hé aquí por qué se fijan en que este Sacramento es representativo; en lo cual no son hereges. Creen que nosotros excluimos esta verdad; y de aquí dimana que nos hagan tantas objeciones sobre los pasages de los santos Padres que lo dicen. Pero negando, en fin, la presencia real de Jesucristo, son hereges.

Por lo mismo, el mas corto y mas seguro medio de impedir é impugnar las heregías, es declararlas todas instruyendo de todas las verdades.

Ni la gracia ni la naturaleza faltarán nunca en este mundo. Siempre habrá pelagianos, y habrá siempre católicos, porque el primer nacimiento da los unos, y el segundo los otros.

La Iglesia por Jesucristo, inseparable de ella, merece convertir á los que no siguen la verdadera religion. Estos vienen á ser despues los colaboradores de la madre que los ha libertado.

Sin la cabeza no puede tener vida el cuerpo, ni aquella sin este. Separado cualquiera de uno ú otro, ya no es del cuerpo, ya no es de Jesucristo. Todas las virtudes, las buenas obras, las austeridades y aun el mismo martirio, son inútiles fuera de la Iglesia y de la comunion de su cabeza, que es el papa.

Una de las confusiones de los condenados será el estarlo por su propia razon, por la misma con que pretendieron condenar la religion cristiana.

14.°—La vida de los hombres comunes y la de los santos, estan de acuerdo en cuanto á que unos y otros aspiran á la felicidad: difieren solamente en el objeto en que la hacen consistir. Por lo mismo unos y otros llaman enemigo á lo que les impide llegar á él.

Se debe juzgar de lo que es bueno ó malo, segun la voluntad de Dios que no puede ser ciego ni injusto; y nunca por la nuestra, siempre llena de malicia y de error.

15.°—Para conocer á los que tienen fe, dió Jesucristo en el Evangelio la señal de que hablarán un lenguage nuevo; y en efecto, la renovacion de los pensamientos y de los deseos, produce la de los discursos. Estas novedades agradables á Dios, así como le desagrada el hombre viejo, al contrario de las de la tierra que envejecen á medida que duran, son mas nuevas cuanto son mas antiguas. El hombre exterior, dice San Pablo (1), se destruye: el interior es otro cada dia, sin que llegue á ser perfectamente nuevo sino en la eternidad, en donde sin cesar se cantará aquel cántico de que habla David (2), es decir, el que parte del espíritu nuevo de la caridad.

16.°—San Pedro y los apóstoles no consultaron los profetas para abolir la circuncision establecida por la ley: simplemente atendieron á la recepcion del Espíritu Santo en las personas de los incircuncisos. Seguros de que aceptaria Dios á los que estuviesen llenos de su Espíritu, mas que no de que fuese forzosa la observancia de la ley cuando por otra parte su fin no era otro que este espíritu; recibido sin la circuncision, no podian ya considerarla necesaria.

17.°—Dos leyes mejores que todas las políticas, bastan para reglar la república cristiana: el amor de Dios y el del prójimo.

La religion cristiana es proporcionada á la capa-

(1) Seg. á los Cor. 4, 16.—(2) Salmo 32, 3.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cidad de todos los hombres. El comun de éstos se fija en el estado en que la encuentra establecida; estado suficiente para acreditar su verdad: otros avanzan hasta los apóstoles; y los mas instruidos llegan al principio del mundo. Los ángeles, mucho mejor y desde mas distancia, la ven en Dios mismo.

Son felices y estan bien persuadidos los hombres á quienes Dios la ha concedido por medio de una natural propension de corazon. Mas á los que carecen de este privilegio, nosotros solo podemos procurársela por el raciocinio, con la esperanza de que él se digne imprimirla en sus corazones; sin cuya circunstancia la fe no puede producir la salvacion.

Haciéndonos Dios incomprensible la dificultad de nuestro ser para reservarse exclusivamente el derecho de instruirnos sobre él, puso este nudo á tal altura, ó por mejor decir, á tal profundidad, que por nosotros mismos éramos incapaces de alcanzarle. Así es que, no por la agitacion de nuestro entendimiento, sino por su sencilla sumision, podemos llegar á conocernos verdaderamente.

18.°—Los impíos que hacen profesion de seguir la razon, deben ser extraordinariamente concluyentes en razones. ¿Cuáles son, pues, las suyas? Vemos, dicen, vivir y morir á las béstias como viven y mueren los hombres: los cristianos del mismo modo que los turcos y todos los demas, tienen sus ceremonias, sus profetas, sus doctores, sus santos, sus religiosos &c. Y esto ¿es contrario á la Escritura? ¿No lo expresa ella todo? Si no os anima un gran deseo de sondar la verdad, no necesitais mas para vivir tranquilo; pero si de veras la

quereis conocer, eso no os basta, os es preciso entrar en pormenores. Vuestra superficialidad podria ser suficiente en una vana cuestion filosófica; mas aquí, ¡cuando aventurais todo!.... ¿Cómo podeis prestar una atencion ligera y divertiros?

Es horroroso el ver pasar continuamente todos nuestros goces, y fijarnos en ellos sin sentir un deseo de averiguar si hay ó no alguna otra cosa permanente.

De muy distinto modo es preciso conducirnos en el mundo segun estas diversas suposiciones: la de poder vivir siempre; la de estar seguro de no vivir mucho; la de la incertidumbre de permanecer en él una sola hora. La suposicion última es la nuestra.

19.°—Habiendo de adoptar un partido (1), es indispensable que os tomeis el trabajo de buscar la verdad, pues sois perdido si la muerte os sorprende sin que háyais adorado al verdadero principio. Me diréis que si hubiese él querido vuestra adoracion, os habria dado señales de su voluntad; pero os responderé que os las ha dado y las menospreciais. Buscadlas á lo ménos, que lo merecen bien.

Los ateos deben decir cosas perfectamente claras; y para suponer del todo claro que el alma es mortal, es necesario haber perdido el juicio. Está bien que no se profundice el sistema de Copérnico; pero nada hay que nos importe tanto como saber si el alma es inmortal ó no.

20.°—Las profecías, los mismos milagros y las demas pruebas de nuestra religion, no son tales que puedan llamarse geométricamente convin-

(1) Véase la part. 1.ª art. 8.° pár. 10 sobre esta palabra.

centes. Mas por ahora me basta concedérseme que no es contrario á la razon el darles crédito. Ellas tienen claridad para iluminar á unos, y oscuridad para que no vean otros; mas aquella es tan grande que excede, ó iguala cuando ménos, á lo mas cierto en contra: de manera que sin la concupiscencia y la malignidad del corazon, la razon no puede determinar á no seguirla. Habiendo, pues, bastante claridad para condenar á los que rehusan creer la religion, y no habiendo la suficiente para atraerlos, se deja ver que en los que la siguen no obra la razon sino la gracia; y en los que la huyen, no la razon sino la concupiscencia.

¿Quién puede no admirar ni abrazar una religion que conoce á fondo lo que el hombre reconoce á medida que tiene mayor capacidad?

El que descubre las pruebas de la religion cristiana, es semejante á un heredero que halla los títulos de sus posesiones ¿Dirá que son falsos, y se descuidará en examinarlos?

21.°—Dos clases de personas conocen á Dios: los que dotados de un corazon humilde aman el abatimiento y el desprecio, sea cual fuere la capacidad de su espíritu; y los que la tienen suficiente para ver la verdad, por mas grande que sea la oposicion que experimenten.

Entre los paganos fueron perseguidos los sabios que dijeron no haber mas que un Dios solo: los judíos fueron tambien aborrecidos, y mas aun los cristianos.

22.°—No veo mayor dificultad en creer la resurreccion de los cuerpos y el parto de la Vírgen que la creacion. ¿Es mas difícil reproducir un hombre que producirle? A no saberse en qué

consiste la generacion, ¿pareceria mas extraño que de una muger sola procediese un niño, que no de la union de una muger y un hombre?

23.°—Difiere mucho el reposo de la seguridad de conciencia. Nada puede darnos el reposo si no es la sincera averiguacion de la verdad: la seguridad solo por la certeza podemos obtenerla.

Hay dos verdades de fe igualmente constantes: la una, que en el estado de la creacion ó de la gracia, colocado el hombre sobre toda la naturaleza, fué semejante á Dios y partícipe de la Divinidad: la otra, que precipitado desde aquella altura en la corrupcion y en el pecado, vino á hacerse semejante á las béstias. Ambas proposiciones afirma claramente la Escritura cuando dice: *Mis delicias eran estar con los hijos de los hombres* (1). *Derramaré mi espíritu sobre toda carne* (2). *Dioses sois, y todos hijos del Altísimo* (3). *Toda carne heno, y toda su gloria como flor del campo* (4). *Y el hombre cuando estaba en honor no lo entendió: ha sido comparado á las béstias insensatas, y se ha hecho semejante á ellas* (5). *Dije en mi corazon acerca de los hijos de los hombres, que los probaria Dios, y mostraria que eran semejantes á las béstias* (6).

24.°—Las muertes generosas de los lacedemonios y otras semejantes no nos causan una sensacion grande; porque al fin ¿qué nos acarrean estos ejemplos? Mas al contemplar la muerte de los mártires, no podemos dejar de sentir una viva impresion: forman un cuerpo con nosotros, nos une

(1) Prov. 8, 31.—(2) Joel 2, 28.—(3) Salm. 81, 6.—(4) Isaías 40, 6.—(5) Salmo 48, 13.—(6) Ecl. 3, 18.

un mismo lazo, y su resolucion es capaz de producir la nuestra. Nada de esto concurre en los ejemplos de los paganos con quienes no tenemos relaciones: la riqueza de un extraño no constituye la propia, como la de un padre ó de un esposo.

25.°—Sin dolor no podemos separarnos jamas. „No se percibe el lazo, dice San Agustin, cuando se sigue voluntariamente á aquel que arrastra; mas desde que hay violencia y comprime á medida que el camino se alarga, viene á ser muy sensible." Este lazo, que no se rompe hasta la muerte, es nuestro propio cuerpo. El Señor dijo que *desde los dias del Bautista el reino de los cielos padece fuerza, y los que se la hacen le arrebatan* (1). Propendiendo á la tierra el corazon por el peso de la concupiscencia ántes de ser tocado; al conmoverle Dios para llevarle á lo alto, estos dos esfuerzos contrarios producen la violencia que solo él es capaz de vencer. Pero nosotros, como dice San Leon, podemos todo ayudados de aquel sin cuyo auxilio no podemos nada. Es, pues, indispensable resolvernos á sufrir esta guerra toda nuestra vida, porque no hay paz sobre la tierra: *No vine á meter paz, sino espada* (2). Y sin embargo debemos confesar que así como la Escritura dice que *la sabiduría de este mundo es locura delante de Dios* (3); del mismo modo puede decirse que esta guerra cruel, á juicio de los hombres, delante de Dios es una paz, porque tambien esta es la paz que trajo Jesucristo. Es verdad que no será perfecta hasta la destruccion del cuerpo; y ved

(1) S. Marcos 11, 12.—(2) Idem 10, 34.—(3) Primera á los Cor. 3, 19.

aquí la causa de que venga á sernos amable la muerte, sufriendo gustosos la vida por el amor de aquel que por nosotros la sufrió con la muerte, y que como dice San Pablo, *es poderoso para hacer todas las cosas mas abundantemente que pedimos ó entendemos* (1).

26.°—Debemos procurar no afligirnos por nada, y reputar por lo mejor todo cuanto sucede. Creo que este es un deber, y que se peca en no cumplirle; porque, en fin, la razon en virtud de la cual los pecados lo son, es únicamente la de ser contrarios á la voluntad Dios. Así, pues, consistiendo la esencia del pecado en tener una voluntad opuesta á la que conocemos en Dios, me parece visible que cuando nos descubre su voluntad por os sucesos, el no avenirnos á ella es un pecado.

27.°—Cuando la virtud se ve abandonada ó perseguida, parece que es el tiempo de hacer un servicio bien agradable á Dios en defenderla. Queriendo él que juzguemos de la gracia por la naturaleza, nos permite considerar que así como un príncipe depuesto y desterrado por sus súbditos ama tiernamente á los que se le conservan fieles en medio del trastorno general; de la misma suerte cuando la religion es combatida, considera este Dios con una bondad particular á aquellos que defienden su pureza. Mas hay la diferencia de que los soberanos de la tierra no pueden hacer fieles á sus súbditos, sino únicamente reputarlos por tales; y que el Rey de los reyes hallando á los hombres siempre infieles sin su gracia, cuando son fieles se lo deben siempre á ella. De manera que estando

(1) A los Efes. 3, 20.

los príncipes del mundo en obligacion de ser agradecidos á sus súbditos fieles; aquí al contrario, los que no dejan el servicio de Dios son los infinitamente deudores.

28.°—No son las austeridades del cuerpo ni las aflicciones del espíritu las que merecen y sobrellevan las penas de uno y otro, sino los buenos movimientos del corazon; porque, en fin, para santificar son indispensables penas y placeres. San Pablo dice que *por muchas tribulaciones nos es necesario entrar en el reino de Dios* (1); mas los que le buscan advertidos de estar cubierto de ellas el camino, léjos de carecer de consuelo experimentan al sentirlas un gozo que las sobrepuja, considerándolas como señales de la via verdadera. Así como aquellos que abandonan á Dios para volverse al mundo no lo hacen sino creyendo encontrar mayor contento en los placeres de la tierra que en los de la union con Dios, y este atractivo los arrastra arrepentidos de su primera eleccion convirtiéndolos en penitentes del diablo, segun la expresion de Tertuliano; del mismo modo jamas se dejarian los deleites del mundo para abrazar la cruz de Jesucristo, si no se hallase una dulzura superior á esos deleites del pecado, en la pobreza, en el desasimiento, en la oscuridad y en el desprecio. Hé aquí por qué, como dice el mismo Tertuliano, *no debemos creer que la vida de los cristianos es una vida de tristeza: solo se dejan los placeres por otros mas grandes.* Y segun San Pablo: *Estad siempre gozosos: orad sin cesar y por todo dad gracias* (2). La alegría de haber hallado á Dios, es el principio

(1) Act. 14, 21.—(2) 1.ª á los Tesal. 5, 16, 17, 18.

de la tristeza de haberle ofendido, y de todo el cambio de la vida. *Semejante es el reino de los cielos á un tesoro escondido en el campo, que cuando lo halla un hombre lo esconde: y por el gozo de ello, va y vende cuanto tiene, y compra aquel campo* (1). Los mundanos tienen su tristeza, y carecen de la alegría que el mundo no puede darles ni quitarles, dice el mismo Jesucristo. *La paz os dejo, mi paz os doy: no os la doy yo como la da el mundo. No se turbe vuestro corazon, ni se acobarde* (2). *Pues tambien vosotros ahora ciertamente teneis tristeza; mas otra vez os he de ver, y se gozará vuestro corazon: y ninguno os quitará vuestro gozo* (3). Los bienaventurados tienen esta alegría sin mezcla de tristeza: los cristianos con la de la pena de haberse ocupado en otros goces, y la del temor de perderla por los incentivos que sin cesar nos tientan. Mas como el temor regula y mantiene esta verdadera alegría, debemos trabajar continuamente en conservarle; y ademas procurar que cuando el uno ó la otra quieran llevarnos á un extremo, inclinándonos al opuesto permanezcamos firmes en el medio. Acordémonos de los bienes en los dias de afliccion, y de esta en los de regocijo, esperando que Jesucristo nos conceda, como lo ha prometido, la alegría en toda su plenitud. No nos abandonemos pues, á la tristeza, ni creamos que la piedad consiste en una amargura sin consuelo. La piedad verdadera, aunque perfecta solamente en el cielo, abunda en satisfacciones de tal modo, que está llena de ellas su principio, su carrera y su fin. Es una luz brillante que reverbera sobre todo cuan-

(1) S. Mateo 13, 44.—(2) S. Juan 14, 27.—(3) Idem 16, 22.

to la concierne; y si se ve mezclada alguna vez con la tristeza, especialmente al comenzar, este es defecto nuestro, y no de la virtud; porque no es una consecuencia de la piedad que comienza á animarnos, sino de los restos de la impiedad de que no hemos logrado desprendernos. Desterrémoslos para dejar pura la alegría; y sin quejarnos de la devocion sino de nosotros mismos, no busquemos en ella mas consuelos que los que puede darnos nuestra enmienda.

29.°—Ocupados del arrepentimiento, lo pasado no debe servirnos de embarazo, y aun ménos debe inquietarnos un futuro que acaso no podrémos ver: el tiempo actual es el único que en realidad nos pertenece, y del que debemos hacer uso arreglándonos á la voluntad del Señor: á este punto debemos dirigir principalmente nuestro pensamiento. Mas por desgracia es tal la agitacion del mundo, que sin pensar jamas en aprovechar el tiempo en que se vive, ocupa solamente aquel que no se sabe si se vivirá: siempre nos hallamos en estado de vivir para mañana, y nunca para vivir hoy, cuando Dios no ha querido que nuestra prevision exceda de estos límites, á que debemos reducirnos para nuestra salvacion y sosiego.

30.°—A veces se corrige mejor por la vista del mal, que por el ejemplo del bien; y así es conveniente acostumbrarse á aprovechar el mal, que es tan comun, en vez del bien que rara vez se encuentra.

31.°—En el capítulo 13 de San Márcos hace Jesucristo un gran discurso á sus apóstoles sobre su venida última: y como cuanto sucede á la Iglesia en general, acontece á cada uno de los cristianos en particular, no hay duda en que el capítulo pre-

dice la situacion de todo aquel que al convertirse destruye en sí mismo al hombre viejo, así como vaticina el estado del universo entero, que será destruido para ceder su lugar á otros cielos y á otra tierra (1). El templo reprobado, y la prediccion de su ruina hasta no quedar piedra sobre piedra, simboliza al hombre reprobado que existe en cada uno de nosotros, indicando que del hombre viejo no quedará pasion alguna; y no hay pintura mas viva que la de las espantosas guerras civiles y domésticas en que se representa con tanta perfeccion el combate interior que experimentan los que se dedican al servicio de Dios.

32.°—El Espíritu Santo descansa invisiblemente en las cenizas de los muertos en gracia del Señor, hasta que á la resurreccion se deje ver con toda claridad sobre ellas; y por eso las reliquias de los santos son tan dignas de veneracion. Dios jamas abandona á los suyos, ni aun en el sepulcro, donde sus cuerpos, muertos á los ojos de los hombres, á su presencia estan mas vivos que ántes por hallarse libres del pecado, que residiendo en ellos durante la vida, ya que no en sus frutos, á lo ménos en cuanto á su raiz, no permite darles honor entónces, pues mas que de él son dignos de odio. Hé aquí por qué para sacar del todo esta funesta raiz, la muerte es tan apetecible como necesaria.

33.°—Los escogidos ignorarán sus virtudes; los réprobos sus crímenes. Unos y otros dirán: Señor, ¿*cuando te vimos* hambriento (2)?

Jesucristo no quiso el testimonio de los demo-

(1) Segunda de San Pedro 3, 13.—(2) San Mateo 25, 37, 44.

nios, ni de los que no tienen vocacion, sino el testimonio de Dios y del Bautista.

34.°—Los defectos de Montaigne son grandes. Usa demasiado de palabras indecentes; y esto no vale nada. Sus opiniones sobre el homicidio voluntario y sobre la muerte son horribles. Alejando el arrepentimiento y el temor, inspira el descuido de la salvacion, sin atender á que si no creia hallarse en obligacion de inclinar á la piedad, la tenia siempre de no desviar de ella á los piadosos. Por mas que se quiera decir para excusar sus sentimientos demasiado libres sobre muchas materias, en modo alguno se podrán disculpar los del todo paganos que manifiesta hablando de la muerte; porque aunque sea solo para tratar de no morir como cristiano, es preciso renunciar absolutamente á la piedad, y él en todo su libro piensa acabar sus dias con ruindad, hundido en la molicie.

35.°—Lo que nos engaña comparando lo pasado en otro tiempo en la Iglesia con lo que ahora se ve, es que por lo comun se considera á San Atanasio, á Santa Teresa y á los demas santos como coronados de gloria. Aclaradas con el tiempo las cosas, esto se manifiesta así en la actualidad; mas cuando se perseguia á aquel gran santo, solo era un hombre llamado Atanasio, y Sta. Teresa en su época una religiosa como las demas. *Elías era hombre semejante á nosotros, sujeto á padecer* (1), dice el apóstol Santiago, para desengañar á los cristianos de la falsa idea que hace desechar el ejemplo de los santos como si no guardase proporcion con nues-

(1) Santiago 5, 17.

tro estado: eran santos, decimos, y no como nosotros.

36.°—Respecto de aquellos á quienes la religion repugna, es preciso empezar por demostrarles que no es contraria á la razon, y es digna de respeto: y haciéndoselas despues interesante inspirándoles el deseo de que sea verdadera, se debe manifestar que lo es en realidad por sus incontestables pruebas, descubrirles su antigüedad y santidad por su elevacion y su grandeza, y hacerles ver en fin que es amable porque promete el verdadero bien.

Una palabra de David ó de Moises, como por ejemplo: *El señor Dios tuyo circuncidará tu corazon* (1), da una idea de su espíritu. Aun cuando los demas discursos sean equívocos y parezca incierto si son de los filósofos ó de los cristianos, una palabra de esta naturaleza pone en claro todo lo demas. Hasta entónces dura la ambigüedad, mas no despues.

En tener por cierta la religion cristiana no hay mucho que perder; mas ¿que desdicha se podrá comparar á la de engañarse teniéndola por falsa?

37.°—Los estados mas acomodados para vivir segun el mundo, son los mas difíciles para vivir segun Dios; y al contrario. Nada hay tan difícil como la vida religiosa oyendo al mundo; nada hay mas fácil que pasarla de este modo si atendemos á Dios. Segun el mundo nada hay mas cómodo que ocupar un elevado puesto y gozar de riquezas; Dios nos dice que nada hay mas difícil que conservarse puro en semejante estado.

38.°—El Antiguo Testamento contenia las figu-

(1) Deuteronom. 30, 6.

ras de la alegría futura, y el Nuevo contiene los medios de obtenerla. Los medios son de penitencia; y aunque las figuras eran de alegría, se comia el cordero pascual *con lechugas silvestres* (1), para denotar siempre que la alegría solo se puede hallar por la amargura.

39.°—La palabra *Galileo* pronunciada como casualmente por la muchedumbre acusando á Jesucristo delante de Pilato (2), dió motivo á este para enviar á Jesucristo á Heródes; y esta casualidad aparente hizo cumplir el misterio de que debia ser juzgado por los judíos y los gentiles.

40.°—Diciéndome un hombre que experimentaba una alegría y una confianza grande al levantarse de los piés del confesor, y otro que se sentia atemorizado, se me ocurrió que faltando al uno el sentimiento que animaba al otro, de los dos podia hacerse uno bueno.

41.°—En la seguridad de no poder perderse, es agradable hallarse en un bajel batido por las ondas. De esta naturaleza son las persecuciones que resiste la Iglesia.

La historia de la Iglesia debe ser propiamente llamada, *Historia de la verdad.*

42.°—Siendo el orgullo y la pereza las dos fuentes de donde nacen nuestros extravíos, Dios nos ha descubierto en él para cegarlas, su misericordia y su justicia. A esta pertenece humillar el orgullo, y á la otra, estímulando á las buenas obras, combatir la pereza. *La benignidad de Dios te convida á la penitencia* (3). *¿Quién sabe si se volverá Dios y*

(1) Exodo 12, 8.—(2) San Lúcas 23, 5.—(3) S. Pablo á los Rom. 2, 4.

nos perdonará; y si se aplacará el furor de su ira y no perecerémos? (1) Así, léjos de autorizar el ocio la misericordia de Dios, nada hay que se le oponga mas; y en lugar de decir que si no hubiese en él misericordia serian necesarios los mayores esfuerzos para cumplir con sus preceptos, debemos afirmar que precisamente por haberla es indispensable hacer á este fin todo lo que se pueda.

43.°—*Cuanto existe en el mundo es concupiscencia de la carne, y concupiscencia de ojos, y soberbia de vida* (2). ¡Infeliz la tierra de maldicion, regada, mejor diré abrasada por el fuego de estos tres torrentes.! ¡Pero dichosos los mortales que á su vista, no sumergidos ni arrastrados, no en pié sino sentados en una posicion baja y segura, de la cual no se mueven jamas ántes de ver la luz, tienden tranquilos sus brazos hácia aquel que debe levantarlos y mantenerlos eternamente en pié á las puertas de la Jerusalen santa, en donde nada les queda que temer de los ataques del orgullo! ¡Felices los que lloran, no por la pérdida de lo perecedero, sino por el recuerdo de esa pátria cara, de esa celestial Jerusalen por que suspiran sin cesar en la longura de este triste destierro!

44.°—Un milagro afirmaria mi creencia: así se habla cuando no se le ve. Las razones que á lo léjos parecen limitar nuestra vista, no bastan á hacerla terminar en ellas si las vemos de cerca; porque entónces, sin que haya nada capaz de contener la volubilidad del espíritu, se empieza á ver de nuevo, colocándose en el punto hasta donde se veia. En el supuesto de no haber regla sin alguna excepcion,

(1) Jonas 3, 9.—(2) 1.ª dos. Juan 2, 16.

ni verdad tan general que no deje de serlo por algun aspecto, basta que esta no sea absolutamente universal para dar un pretexto de aplicar al caso presente la excepcion, y decir: Esto no es siempre verdadero; luego á veces no lo es. Resta demostrarlo en el caso en cuestion; y es menester ser muy poco diestro para no hallar el medio de lograrlo algun dia.

45.°—La caridad no es un precepto figurativo. Habiendo venido Jesucristo á quitar las figuras para colocar en su lugar las realidades, es cosa horrible decir que vino á reemplazar por la figura la realidad que ántes habia de esta verdad.

46.°—¡Cuantos seres que no existian para nuestros filósofos de antaño, nos han descubierto los antojos! Atacando á su arbitrio la Escritura santa sobre el sinnumero de las estrellas decian: Solo hay mil veinte y dos; nosotros lo sabemos.

47.°—Es tal el hombre, que á fuerza de decirle que es un necio lo crée; y se lo persuade igualmente si él mismo se lo repite en su interior. Manteniendo siempre una conversacion consigo, es de la mayor importancia arreglarla. *Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres* (1). Es preciso, pues, mantenerse en silencio cuanto sea posible, y hablar solo de Dios: de este modo tambien se lo persuade uno á sí mismo.

48.°—¿En qué difiere del soldado el cartujo por lo que respecta á la obediencia? Igualmente sumisos y sujetos, se ocupan de egercicios igualmente penosos. El cartujo hace voto de no gozar jamas independencia: el soldado con la esperanza de lo-

[1] 1.ª de San Pablo á los Corintios, 15, 33.

grarla en la clase de gefe, trabajando de continuo por ella no la consigue nunca; porque aun los grandes capitanes y los mismos príncipes son siempre dependientes y esclavos. ¿En qué consiste, pues, la diferencia? Solamente en que al uño le alienta sin cesar la esperanza de que carece el otro.

49.°—La voluntad propia que jamas se podria satisfacer aun cuando poseyese todo lo que desea, queda satisfecha en el instante renunciándolo. Con ella es preciso vivir disgustado; sin ella es consiguiente estar contento.

Odiosos por nuestra concupiscencia, la verdadera y única virtud es aborrecernos, y buscar un ser digno de amarse para amarle. Mas no pudiendo amar lo que se halla fuera de nosotros, es preciso que nuestro amor se dirija á un ser que esté en nosotros, y que no sea nosotros. Este es el ser universal. *El reino de Dios está en nosotros* (1): en nosotros existe el bien universal; y este bien no es nosotros.

El afecto á nosotros es injusto, por mas que sea natural y voluntario. Hacerle concebir, es engañar, cuando sin poder ser el fin de nadie ni tener con que satisfacer, nos hallamos tan cerca de la muerte. ¿En qué vendrá á parar entónces el objeto de semejante afeccion? De consiguiente, así como seriamos culpables en hacer creer una impostura por mas que fuese persuadida dulcemente y recibida con placer, de la misma suerte lo serémos si nos hacemos amar atrayendo los hombres á nosotros. A todo el que esté expuesto á creer una mentira, sea cual fuere el provecho que de ella pueda

(1) San Lúcas 17, 21.

resultar, se le debe advertir que no la crea: debemos, pues, advertir á los hombres que léjos de adherirse á nosotros es de su obligacion pasar la vida solo en buscar y en agradar á Dios.

50.°—Es supersticion colocar la esperanza en las formalidades y en las ceremonias; pero el no querer sujetarse á ellas es soberbia.

51.°—Todas las religiones y sectas del mundo han tenido por guia la razon natural. Unicamente á los cristianos se les ha reducido á tomar sus reglas fuera de sí mismos, y á informarse de las que Jesucristo dejó á los antiguos para que se las trasmitiesen. Pero esta sujecion fatiga á ciertos hombres que, como los demas pueblos, quieren tener libertad para seguir sus imaginaciones. En vano les gritamos como los profetas en otro tiempo á los judíos: *Colocaos en medio de la Iglesia; informaos de las leyes que los antiguos le han dejado, y seguid sus senderos.* Responden con aquellos: *No marcharémos por ese camino; queremos seguir los pensamientos de nuestro corazon, y ser como los demas pueblos.*

52.°—Tres medios hay de creer: la razon, la costumbre y la inspiracion. La religion cristiana, única que posée la razon, no admite como verdaderos hijos á los que creen sin inspiracion porque excluya la razon y la costumbre, cuando al contrario, la una debe abrir el entendimiento á las pruebas, y la otra confirmar en ellas; sino porque quiere que por la humillacion nos ofrezcamos á las inspiraciones, que son las únicas capaces de producir el verdadero y saludable efecto: *Para que no sea hecha vana la cruz de Cristo* (1).

(1) 1ª á los Corint. 1, 17.

53.°—Nunca se obra el mal con tanta plenitud y alegría, como cuando se hace por un falso principio de conciencia.

54.°—Los judíos, llamados para someter á las naciones y á los reyes, fueron esclavos del pecado; y los cristianos cuya vocacion ha sido la de servir y estar sujetos, son los hijos libres.

55.°—¿Puede tenerse por valor que un hombre moribundo en medio de la debilidad de su agonía ose hacer frente á un Dios todopoderoso y eterno?

56.°—Yo creo de buena gana las historias cuyos testigos se dejan degollar por confirmarlas.

57.°—El buen temor dimana de la fe; el falso, de la duda. Aquel inclina á la esperanza de Dios en quien se crée, por que proviene de la fe: este conduce á la desesperacion, porque es temible un Dios en quien no se confia. Unos temen perderle; otros hallarle.

58.°—Los que han conocido mas y han hablado mejor de la miseria del hombre son Salomon y Job: aquel, sobre todos feliz, viendo por su propia esperiencia la vanidad de los placeres; este, el mas desdichado, palpando en sí mismo la realidad de los dolores.

59.°—Los paganos hablaban mal de Israel y tambien el Profeta, sin que los israelitas tuviesen derecho de decirle: Hablais como ellos; porque la principal fuerza de su acusacion consistia en que como él hablaban los paganos (1).

60.°—Dios no pretende que sin usar de la razon le sometamos nuestra creencia esclavizándonos tiránicamente; pero tampoco es su voluntad darnos

(1) Ezequiel.

razon de todo. Para avenir estas contrariedades quiere que veamos en él las señales divinas que nos convencen claramente de lo que es, atraerse autoridad por maravillas y pruebas que no podemos recusar, y que creamos despues sin vacilar lo que enseña, cuando no hallamos otra razon para negarlo que nuestra incapacidad de comprenderlo.

61.°—No hay mas que tres especies de hombres: los que sirven á Dios por haberle encontrado, los que no habiéndole hallado se ocupan en buscarle todavia, y en fin, los que viven sin conocerle ni buscarle.

Las primeros son racionales y dichosos; los últimos locos y desgraciados; los segundos racionales é infelices.

62.°—Equivocando muchas veces los hombres con su imaginacion su corazon, creen estar convertidos cuando solo han pensado convertirse.

La razon obra con lentitud y con tantas miras y principios diversos que debe tener siempre á la vista, que á cada momento se extravia ó entorpece, incapaz de atender de un golpe á todos. El sentimiento, al contrario, obra en un instante y siempre está dispuesto á obrar. Así pues, conocida la verdad por la razon, debemos procurar sentirla, y colocar nuestra fe en el corazon, porque de otra manera será siempre incierta y vacilante.

El corazon tiene razones que no conoce la razon, y se hace sentir en mil maneras. El, y no la razon, es el que siente á Dios. La fe perfecta es Dios sensible al corazon.

63.°—Es esencial á Dios que su justicia sea infinita, de la misma suerte que su misericordia: mas

su justicia y su severidad respecto de los réprobos es todavía menos asombrosa que su misericordia con los escogidos.

64.°—Es visible que el hombre fué hecho para pensar: en el pensamiento consiste toda su dignidad y mérito. Debe pues pensar bien, comenzando por sí, por su autor y por su fin. Mas el mundo ¿en que piensa? Nunca en esto: trata de divertirse, enriquecerse, acreditarse, y reinar sin pensar qué es ser rey, ni qué ser hombre.

El pensamiento humano es cosa admirable por su naturaleza. Era menester que tuviese defectos muy extraños para ser despreciable; y en realidad los tiene tales que nada puede ofrecerse mas ridículo. ¡Cuán grande es por su naturaleza, y cuán ruin por sus vicios!

65.°—Si hay un Dios es menester no amar sino á él. Solo en la persuasion de que no hay Dios se funda el argumento de los impíos en el libro de la Sabiduria. En tal supuesto gocemos, decian, de las criaturas; mas si hubiesen sabido que existia habrian concluido todo lo contrario. Los sabios concluyen de este modo: Hay Dios, dicen; no gocemos pues de las criaturas. Es pernicioso siempre el apego á ellas, porque si conocemos á Dios nos priva de servirle, y si no le conocemos nos impide buscarle. Llenos de concupiscencia, y por consiguiente de mal, aborreciéndonos á nosotros mismos debemos aborrecer tambien cuanto sea capaz de desviarnos de Dios, para poder cumplir la obligacion de amar exclusivamente á él.

66.°—Al ocuparnos de pensar en Dios, ¡cuantas cosas nos tientan para dirigirnos á otra parte y ale-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

jarnos del pensamiento de él! Esto es muy malo, pero tambien nacido con nosotros.

67.°—Es falso que seamos dignos de ser amados de nuestros semejantes; y así es injusto pretenderlo. Con algun conocimiento de nosotros mismos y de los demas, no tendriamos esta inclinacion. Sin embargo, nacemos con ella, y en consecuencia somos naturalmente injustos. La propension exclusiva de cada uno á sí mismo, contra el órden general, es el principio de la subversion en el gobierno, en la economía, en política, en todo.

Si los miembros de las comunidades naturales y civiles tienen por objeto el bien del cuerpo que componen, estas comunidades deben tener el de otro mucho mas general.

Es demasiado ciego el que no odia en sí mismo este amor propio y este instinto que le inclina á verse con preferencia á todo; pues nada hay mas opuesto á la verdad y á la justicia. Sobre ser falso que merezcamos esa preferencia, es imposible conseguirla cuando todos la quieren. Hemos nacido, pues, en una manifiesta injusticia, de la cual no podemos prescindir, y es menester que prescindamos.

Sin embargo, solo la religion cristiana ha advertido que este es un pecado, que hemos nacido en él y que debemos resistirle por los medios que solo ella nos da.

68.°—Hay en el hombre una guerra intestina entre la razon y las pasiones. Le seria posible gozar de alguna paz si no tuviese mas que aquella sin estas, ó al contrario; pero teniendo lo uno y lo otro, es preciso que viva en incesante lucha, porque no puede conseguir la paz por un aspecto sin

perderla por otro: siempre se encuentra dividido y chocando consigo.

Si es una ceguedad no natural el descuido en la averiguacion de nuestro ser, lo es mas grande y terrible el vivir mal creyendo que hay un Dios; y no obstante, casi todos los hombre se hallan en una de estas dos ceguedades.

69.°—Es indudable que el alma es mortal ó inmortal. Cada una de estas suposiciones debe establecer una total diferencia en la moral; y los filósofos, con todo, han querido hacerla sola é independiente. ¡Que extraña ceguedad!

Por mas que sea hermosa la comedia, siempre es sangriento el último acto, que termina cubriéndonos de tierra la cabeza.

70.°—Habiendo criado Dios los cielos y la tierra insensibles á la dicha de ser, quiso tambien hubiese séres que conociéndola formasen un cuerpo de miembros pensadores. Todos los hombres son miembros de este cuerpo; mas para ser dichosos es preciso que hagan convenir su voluntad particular con la universal que rige al cuerpo entero. A pesar de esto, muchas veces sin considerarnos como un punto del cuerpo de que dependemos, creyendo ser un todo y depender únicamente de nosotros mismos, queremos hacer de nosotros mismos cuerpo y centro; y entónces separados de aquel, como un miembro aislado que carece de principio vital, no hacemos otra cosa que extraviarnos asombrados en la incertidumbre de nuestro propio ser. Pero cuando vueltos á nosotros conocemos por fin que no somos un cuerpo sino miembros del universal; que ser miembro es carecer de vida, de ser y movimiento, si no es por el espíritu

del cuerpo y para el cuerpo; y que todo miembro separado es un ser moribundo, no podemos dudar que debemos amarnos solo para el cuerpo, ó mas bien amar al cuerpo únicamente; porque amándole nos amamos á nosotros mismos existiendo en él, por él y á favor de él.

Para reglar el amor que nos debemos á nosotros mismos como miembros del todo, es menester imaginar un cuerpo de miembros pensadores, y ver cómo se debe amar cada uno.

El cuerpo ama á la mano, y esta si estuviese dotada de una voluntad deberia amarse como la ama el cuerpo. Es injusto cualquier amor que excede de estos límites.

Si los piés y las manos tuviesen una voluntad particular, nunca podrian estar en su órden sin someterla á la del cuerpo: fuera de ella estan desordenados y en desgracia; no queriendo sino el bien del cuerpo, se procuran el propio.

Los miembros de nuestro cuerpo no conocen la dicha de su enlace, la de su admirable inteligencia, ni la del cuidado de la naturaleza en hacer influir en ellos los espíritus aumentándolos y haciéndolos durar. Mas si pudiesen conocerlo y se valiesen de esto para retener el alimento que reciben sin dejarle pasar á los demas, no solo serian injustos, sino miserables; y en vez de amarse á sí mismos se aborrecerian, pues su bienestar, así como su obligacion, consiste en someterse al alma universal á que pertenecen y los ama mas de lo que ellos se aman á sí mismos.

El que se allega al Señor, un espíritu es (1). Se

(1) Prim. de S. Pablo á los Corint. 6, 17.

ama por ser miembro de Jesucristo: se ama á Jesucristo por ser miembro del cuerpo de que él es cabeza. Todo es uno, estando comprendido aquello en esto.

La concupiscencia y la fuerza son las fuentes de nuestras acciones puramente humanas: la concupiscencia produce las voluntarias; las violentas la fuerza.

71.°—Aunque los platónicos, y aun Epiteto y sus sectarios creen que solo Dios es digno de amor y admiracion, han querido, con todo, ser amados y admirados de los hombres. No conocen su propia corrupcion. Está bien que se tengan por buenos si se sienten inclinados á amarle y adorarle haciendo consistir en esto su felicidad y alegría; mas si al contrario, lo repugnan: si solo propenden á atraerse el aprecio de los hombres, y toda su perfeccion consiste en hacerles entender, sin violentarlos, que su dicha consiste en amar á ellos, yo diré que esta perfeccion es horrible. ¡Conocer á Dios sin desear únicamente que los hombres le amen! ¡Atreverse á fijarlos haciéndose el objeto de su felicidad voluntaria!

72.°—No hay duda que es penoso ejercer la piedad. Pero esta pena no dimana de la piedad que comienza á animarnos, sino de la impiedad de que no acertamos todavía á deshacernos. Si nuestros sentidos no se opusiesen á la penitencia, y nuestra corrupcion á la pureza de Dios, nada de esto podria sernos penoso; pero siendo al contrario, sufrimos á medida que el vicio natural se resiste á la gracia sobrenatural. Mas aunque nuestro corazon se despedaza en medio de esfuerzos tan contrarios, seria muy injusto imputar esta violencia á Dios que nos atrae, y no al mundo que

quiere retenernos. Un niño arrebatado de los brazos de un ladron por una tierna madre, debe amar en la pena que sufre al desprenderse la violencia amorosa y legítima de su libertadora, y solo detestar la impetuosa y tiránica que osa retenerle injustamente. La guerra mas cruel que Dios pudiera hacernos, seria dejarnos sin la que vino á encender en este mundo: *No vine á meter paz, sino espada* (1). *Fuego vine á poner en la tierra: ¿qué puedo querer sino que arda?* (2) Antes de que él viniese solo habia en el mundo una paz falsa.

73.°—Dios no mira sino al interior; la Iglesia juzga por el exterior. Dios absuelve desde que ve en el corazon la penitencia; la Iglesia cuando la ve en las obras. Dios puede formar una Iglesia interior que confunda por su pureza y santidad, del todo espiritual, la impiedad exterior de los sabios soberbios; la Iglesia una asamblea de hombres de costumbres exteriores tan puras, que confundan las de los paganos. Tolera los hipócritas, si en su seno los hay tan bien disimulados que no den á conocer el veneno que ocultan; porque aunque ellos no sean recibidos de Dios, á quien no pueden engañar, siéndolo de los hombres á quienes engañan, no la deshonran por su conducta, santa en la apariencia.

74.°—La ley no ha destruido la naturaleza ni la gracia: ha dado instruccion á la una, y ha hecho ejercitar la otra.

Fuera de la caridad la verdad misma se convierte en un ídolo, porque de esta manera no es Dios, sino su imágen: y si entónces no se debe adorarla

(1) S. Mateo 10, 34.—(2) S. Lúcas 12, 49.

ni amarla, mucho ménos se debe adorar ni amar á su contrario, la mentira.

75.°—Para la vida cristiana son peligrosas las diversiones grandes; pero entre cuantas ha inventado el mundo, no hay otra mas temible que la de la comedia. Es esta una representacion de las pasiones tan natural y delicada, que no solo las mueve, sino que las produce, y en particular la del amor, especialmente cuando se representa honesto y casto. A medida que parece inocente á las almas inocentes, es mayor el peligro á que se esponen de ser conmovidas por él. Lisonjeado por su violencia el amor propio, se concibe desde luego un deseo de producir los efectos que se ven tan bien representados, y se forma una conciencia arreglada sin duda á la honestidad de los sentimientos que inspira, pero sin embargo, capaz de extinguir el temor santo de las almas, que imaginan no ofender la pureza con una afeccion al parecer tan sabia. De aquí es que saliendo del teatro con el alma y el espíritu tan persuadidos de la inocencia del amor, como ocupado el corazon de todas sus bellezas y atractivos, no puede haber una disposicion mas grande á sentir sus impresiones, ó por mejor decir, á buscar ocasion de hacer que nazcan, para gozar de los mismos placeres y recibir los mismos sacrificios que con tanta viveza se acaban de ver representar.

76.°—Las opiniones relajadas agradan á los hombres en tanto grado y tan naturalmente, que es extraño lleguen á disgustarles. La causa es que ellos se han excedido de todos los límites; y ademas hay muchos que ven lo verdadero sin poder alcanzarlo. Pero hay pocos que ignoren que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la religion es contraria á las opiniones relajadas, y cuán ridículo es decir que se ha ofrecido un premio eterno á las costumbres licenciosas.

77.°—Al verme condenado he temido haber escrito mal; pero el ejemplo de tantos piadosos escritos me ha hecho creer lo contrario. No es permitido ya escribir con juicio.

Toda la Inquisicion es ignorante ó corrompida. Mejor es obedecer á Dios, que no á los hombres. Nada temo ni espero. Port-Royal teme; y separarlos es mala política, porque cuando ellos no tengan que temer procurarán hacerse mas temibles.

El silencio es la persecucion mas grande. Los santos no se han callado nunca. Es verdad que se necesita vocacion; mas no son los decretos del Consejo por donde se debe conocer si uno es llamado: es necesario hablar.

Si mis Cartas se han condenado en Roma, en el cielo se ha condenado lo que en ellas condeno.

La Inquisicion y la Compañía son los dos azotes de la verdad.

78.° (1)—Me han preguntado, lo primero, si no me arrepiento de haber escrito las Cartas Provinciales. Respondo que en vez de arrepentirme, si me hallase escribiéndolas les daria mayor fuerza.

(1) Pascal en sus *Cartas Provinciales* habia impugnado la doctrina de los Jesuitas por medio del ridículo, arma tan peligrosa en las manos que saben manejarla. Ya se sabe que en consecuencia estos padres hicieron, aunque inútilmente, todos los esfuerzos posibles á fin de disminuir el prodigioso crédito que las Cartas lograron desde su publicacion: y habiendo procurado aun algunos de los mismos amigos de Pascal inspirarle inquietudes ó escrúpulos sobre esta inmortal produccion un año ántes de que falleciese, respondió él lo contenido fielmente en este párrafo. [*Ed. de* 1821.]

Me han preguntado, lo segundo, por qué he hecho públicos los nombres de los autores de donde he tomado todas esas proposiciones abominables que cito. Respondo que si hallándome en una ciudad donde hubiese doce fuentes, supiese á no poder dudarlo, que una de ellas estaba envenenada, me veria obligado á dar aviso á todo el mundo para que nadie fuese allí á sacar agua: y pudiéndose atribuir esto á pura aprension mia, me veria tambien comprometido á designar la persona que la hubiese envenenado, ántes que exponer toda la ciudad á envenenarse.

En tercer lugar me han preguntado, por qué las escribí en estilo burlesco, agradable y festivo. Respondo que si hubiese hecho uso del dogmático, los doctos solamente las hubieran leido; y estos, instruidos sobre la materia tanto como yo, cuando ménos, no las necesitaban. Por eso creí necesario escribir de modo que leyéndome las mugeres y los hombres del mundo, pudiesen conocer el peligro de todas las máximas y proposiciones que entónces se esparcian, y que fácilmente alucinaban.

En fin, me han preguntado si he leido por mí mismo todos los libros que menciono. Respondo que no. Para esto hubiera sido menester ocupar gran parte de mi vida en la lectura de pésimos escritos; y así solo he leido dos veces á Escobar, haciendo leer á algunos de mis amigos los demas. Pero con el fin de no exponerme á citar por una respuesta una objecion, lo que habria sido injusto y reprensible, no he usado ni de un solo pasage que no haya visto por mí mismo en el libro cita-

do, examinando la materia que trata, lo que precede y lo que sigue.

79.°—La máquina aritmética produce efectos que se aproximan al pensamiento mas que todo lo que se ve en los animales; pero nada hace para que pueda decirse que tiene voluntad como ellos.

80.°—Ciertos autores, hablando de sus obras como los lugareños de sus casas ó de sus posesiones, dicen: Mi libro, mi comentario, mi historia. Mejor seria dijesen: Nuestro libro, nuestro comentario, nuestra historia, cuando por lo comun hay en esto mas hacienda agena que no propia.

81.°—La piedad cristiana anonada el egoismo: la civilidad humana le oculta y le suprime.

82.°—Si mi corazon fuese tan pobre como lo es mi espíritu, seria yo bienaventurado; porque estoy plenamente convencido de que para serlo es un gran medio la pobreza.

83.°—He notado que el hombre, por mas pobre que sea, deja siempre alguna cosa cuando muere.

84.°—Amo la pobreza porque Jesucristo la amó: amo los bienes porque con ellos se pueden socorrer las miserias. No vuelvo mal por mal. Deseo á todos una condicion como la mia, en que no se recibe el bien ni el mal de la mayor parte de los hombres. Procuro ser para con todos siempre veraz, sincero y fiel. Soy tierno con aquellos á quienes Dios me ha unido con lazos mas estrechos. He consagrado todas mis acciones á ese Dios que las debe juzgar; y solo ó acompañado de los hombres, me contemplo siempre en su presencia. Animado de tales sentimientos, bendigo sin cesar al Redentor que habiéndolos colocado en el fondo

de mi corazon, de un hombre capaz por sí mismo solo de la desdicha y del horror, lleno de flaqueza, de miseria, de concupiscencia, de orgullo y ambicion; en fuerza de su gracia, de donde únicamente proceden los bienes, ha hecho otro hombre exento de todos estos males.

85.°—La enfermedad es el estado natural de los cristianos; pues en ella, como debia ser siempre, padeciendo los males y careciendo de los bienes y placeres sensuales, se vive sin las pasiones que incesantemente nos inquietan, sin ambicion, sin avaricia, en espera continua de la muerte. ¿No deberian pasar sus dias de esta manera los cristianos? Y ¿no es una gran dicha que se hallen por necesidad en un estado en que por obligacion debian permanecer, especialmente cuando no hay otro arbitrio que el de someterse á él con humildad y mansedumbre? Por eso yo no pido otra cosa sino que rueguen á Dios me conceda esta gracia.

86.°—¡Qué cosa tan extraña es que los hombres hayan querido comprender los principios de las cosas y llegar hasta conocer todo! Sin una presuncion ó una capacidad infinita como la naturaleza, no es posible formar este designio.

87.°—La naturaleza tiene perfecciones para manifestar que es imágen de Dios: tiene defectos para hacer ver que no es mas que su imágen.

88.°—Los hombres son locos tan necesariamente, que por otra especie de locura, el no ser loco seria serlo.

89.°—Sin la probabilidad no se puede ya agradar al mundo: con ella ya no se le puede disgustar.

90.°—El zelo ardiente de los santos en la averi-

guacion y práctica del bien, seria inútil si la probabilidad fuese segura.

91.°—La conversion de un hombre en santo, es preciso que la haga la gracia: quien lo dude no sabe qué es un santo, ni qué un hombre.

92.°—Se quiere la seguridad. Se quiere que el papa sea infalible en la fe, y que los doctores graves lo sean en las costumbres á fin de tener su garantía.

93.°—De lo que es el papa, como los griegos decian en un concilio, (¡regla importante!) no se debe juzgar por algunas palabras de los padres, sino por las acciones de la Iglesia y de los padres, y atendiendo á los cánones.

94.°—El papa es el primero. ¿Cuál otro es universalmente reconocido? ¿En qué otro se halla la rama principal, y por lo mismo el poder de influir en todo el cuerpo?

95.°—Es herético explicar siempre *omnes* de todos, y herético no explicarlo algunas veces de todos. *Bibite ex hoc omnes:* los hugonotes, hereges, explicándolo de todos. *In quo omnes peccaverunt*: los hugonotes, hereges, exceptuando á los hijos de los fieles. Siendo, pues, temible la heregía por una y otra parte; para saber cuando, es menester atender á los santos padres y á la tradicion.

96.°—A toda la naturaleza importa el menor movimiento: el mar entero muda por una piedra. En la gracia, de la misma suerte, la menor accion importa á todo por sus consecuencias. Luego todo es importante.

97.°—Todos los hombres se ódian naturalmente. Se ha usado como ha sido posible de la concupiscencia para hacerla servir al bien público; pero este artificio, esta falsa imágen de la caridad, realmente no es mas que ódio. El ruin fondo del hombre, *figmentum malum*, es el mismo; solamente está oculto.

98.°—Si se quiere decir que el hombre es demasiado poco para merecer comunicar con Dios, es menester ser muy grande para hacer este juicio.

99.°—Es indigno de Dios unirse al hombre miserable; pero no lo es librarle de su miseria.

100.°—¡Quién ha podido comprenderlo jamas! ¡Cuántos absurdos!.... Pecadores purificados sin penitencia, justos santificados sin la gracia de Jesucristo, un Dios sin poder sobre la voluntad de los hombres, una predestinacion sin misterio, un Redentor sin certidumbre.

101.°—Unidad, multitud. Considerando á la Iglesia como unidad, como todo, el papa es su cabeza: como multitud, el papa no es mas que parte de ella. La multitud que no se reduce á la unidad, es confusion; la unidad que no es multitud es tiranía.

102.°—Dios no hace milagros en la direccion ordinaria de su Iglesia. Lo seria, y muy extraño, que la infalibilidad se hubiese puesto en uno solo; mas parece tan natural que está en la multitud, como lo parece que Dios oculta su gobierno en la naturaleza y en todas sus obras.

103.°—De que la religion cristiana no es única, no se puede concluir que no es la verdadera: al contrario, esto es lo que hace ver que lo es.

104.°—En una república, como la de Venecia, por ejemplo, seria muy grave mal el contribuir á colocar un rey, oprimiendo la libertad de los pue-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

blos á quienes Dios la ha concedido. Mas donde la potestad real se encuentra establecida, sin cometer un sacrilegio no se podria faltarle; porque siendo no solo una imágen sino una participacion de la de Dios, el oponerse á aquella seria resistir manifiestamente á esta. Así es que nunca podrá exagerarse demasiado la gravedad de este delito, y mucho ménos si se atiende á la guerra civil, consecuencia necesaria de la revolucion, y uno de los mayores males que puede cometerse contra la caridad del prójimo. Los primeros cristianos no nos enseñaron las mudanzas, sino la paciencia, aun cuando los príncipes no cumplan sus deberes,

Pascal añadia: Tan distante estoy de este pecado, como de ser asesino ó salteador: nada hay mas opuesto á mi temperamento, y de nada me veo ménos tentado.

105.°—La elocuencia es el arte de decir las cosas de tal modo, primero, que se hagan entender con facilidad y con gusto: segundo, que inspiren interes de manera que el amor propio incline á discurrir sobre ellas. Consiste, pues, por una parte, en cierta correspondencia que se procura establecer entre el espíritu y el corazon de los que escuchan; y por otra, en la eleccion y disposicion de los pensamientos y expresiones; lo que supone haber estudiado bien al hombre para conocer todos los resortes de su corazon, y para hallar despues las justas proporciones del discurso con que quieren tocarse. El orador se debe poner en el lugar de los que han de escucharle; y probando en sí mismo el efecto del giro que da á su discurso, asegurarse de si es adaptable al corazon y de si el auditorio se verá obligado á ceder á su fuerza. Es

preciso reducirse en cuanto sea posible al simple natural, sin hacer grande lo pequeño ni pequeño lo grande: atender á que no basta que una cosa sea bella, sino que tambien es menester que sea adecuada; y finalmente, cuidar de que en todo el discurso no se eche nada ménos, ni se advierta de mas.

La elocuencia es una pintura del pensamiento; y así, los que despues de haber pintado añaden todavía, hacen un cuadro en lugar de un retrato.

106.°—La sagrada Escritura no es una ciencia del entendimiento, sino del corazon: de consiguiente solo es inteligible para los que tienen el corazon recto. El velo que la cubre á los judíos, la oculta de la misma suerte á los cristianos. La caridad no es solamente el objeto, sino tambien la puerta de la Escritura santa.

107.°—Si no debiese hacerse nada sino por lo cierto, siendo la religion incierta, nada deberia hacerse por ella. Mas ¡cuantas veces se atraviesan los mares y se derrama la sangre en las batallas por lo que es ménos cierto que la religion! Tenemos esperanza de llegar á mañana; y sin ser cierto que veamos ese dia, es ciertamente posible no lleguemos á verle. No puede decirse lo mismo de la religion: su certeza es superior á la esperanza de llegar á otro dia; porque aunque no sea cierto que la haya, ¿quién osará decir que es ciertamente posible no haberla? Se obra, pues, con razon, cuando se trabaja para mañana y por lo incierto.

108.°—Las invenciones humanas van adelantando cada siglo. La bondad y la malicia del mundo en general siempre es la misma.

109.°—Es menester tener un pensamiento atras

y por él formar juicio de todo, hablando entretanto como el pueblo.

110.°—La fuerza, y no la opinion, es la reina del mundo; mas la que hace uso de la fuerza es la opinion (1).

111.°—El acaso da los pensamientos, y el acaso los quita: no hay arte para conservarlos ni para adquirirlos.

112.°—No se quiere que la Iglesia juzgue de lo interior, por ser esto exclusivo de Dios; ni de lo exterior, porque Dios solo atiende á lo interno: y así quitándole toda eleccion de hombres, se le hace mantener en su seno licenciosos que la desacreditan, y que indignos aun de las sinagogas y las sectas, habrian sido odiados y expelidos de ellas por los judíos y los filósofos.

113.°—Se ha hecho sacerdote ahora que quiere serlo, como en Jeroboam.

114.°—La multitud que no se reduce á la unidad, es confusion; la unidad que no depende de la multitud, es tiranía (2).

115.°—No se consulta sino al oido, porque no hay corazon.

116.°—En todo diálogo y discurso es preciso

---

(1) En ninguno de los dos manuscritos he podido encontrar este pensamiento que copio de la edicion de Condorcet, y ofrece un sentido diferente del que manifiesta el párrafo 6.° del art. 8.° de la primera parte, donde se halla conforme al texto de la edicion de 1779 y al de los manuscritos. *R.*

(2) Este mismo pensamiento que compone el pár. 101.° de este artículo, no forma sino un sentido oscuro en la referida edicion. ¿Qué se puede entender con claridad por las palabras „*La unidad que no es multitud es tiranía!* Aquí está reproducido como se lée en los dos manuscritos. *R.*

que á los que se ofenden de escuchar se les pueda decir: ¿De qué os quejais?

117.°—Son niños los niños que se espantan de una cara que han manchado ellos mismos; pero ¿cuál es el medio para que adelantado ya en edad sea bien fuerte lo que es tan débil cuando niño? No se hace mas que mudar de flaqueza.

118.°—Que Dios sea incomprensible, ó no lo sea; que el alma exista con el cuerpo, ó no tengamos alma; que el mundo sea criado, ó no lo sea; que haya pecado original, ó que no le haya.... (1)

119.°—Los ateos deben decir cosas perfectamente claras; y que el alma sea material no es cosa que esté fuera de duda (2).

120.°—Los incrédulos son los mas crédulos. Creen los milagros de Vespasiano para no creer los de Moises.

Sobre la filosofía de Descártes.

Es menester decir á bulto: Eso se hace por figura y movimiento, pues no hay en ello duda; pero decir qué movimiento y qué figura, y componer la máquina, es ridículo por inutil, incierto y penoso. Y aun cuando fuese cierto, no creemos que toda la filosofía valga una hora de trabajo.

---

(1) En el manuscrito original se encuentran vestigios de una continuacion que sin duda completaba el sentido de este pensamiento. *R.*

(2) Los primeros editores, hallando al parecer en este pensamiento un sentido muy indeterminado, le redactaron en los términos en que se lée en el párrafo 19.° de este artículo; mas yo me creo en obligacion de transcribirle como se halla en el manuscrito original. *R.*

ARTICULO XVIII.

Pensamientos sobre la muerte, extractados de una carta escrita por Pascal con motivo del fallecimiento de su padre.

1.°—En la afliccion por la muerte de una persona cara, ó por cualquiera otra desgracia que pueda sucedernos, léjos de buscar el alivio en nosotros mismos, en los demas hombres ni en nada de lo criado, debemos dirigirnos solo á Dios. No siendo las criaturas la causa primitiva de los accidentes que llamamos males, sino la Divina Providencia, árbitra y soberana, es indudable la necesidad de recurrir á ella como fuente, subiendo hasta su orígen, para encontrar un verdadero y sólido consuelo. Si, en consecuencia, consideramos esa muerte que tanto nos aflige, no como un efecto del acaso, como una necesidad fatal de la naturaleza, ó como el juguete de los elementos y partes que componen el hombre, sino como un resultado necesario, inevitable, justo y santo de un decreto divino que se cumple á su debido tiempo: ni atendemos á que no pueden ser jamas abandonados al capricho de la casualidad los escogidos de aquel que ha preordinado cuanto ha sucedido y está por suceder: si, en fin, por uno de los auxilios poderosos de la gracia consideramos este accidente, no en sí y fuera de Dios, sino fuera de sí y en la voluntad misma de Dios, en la justicia de sus decretos y en el órden de su providencia, verdadera causa de él y por la cual ha sucedido en los téminos que ha llegado á suceder; adorarémos en humilde silencio la impenetrable profundidad de sus arcanos, venerarémos la santidad de sus disposiciones, bendecirémos la conducta de su providencia, y uniendo á la suya nuestra voluntad, querrémos con él, en él y para él, todo cuanto él ha querido en nosotros y para nosotros de toda eternidad.

2.°—Solo en la verdad se halla consuelo. Sócrates y Séneca nada sin duda ofrecen capaz de persuadir y consolar en tales ocasiones. Víctimas del error que en Adan cegó á todos, tuvieron la muerte por natural al hombre; y fundados en este falso principio sus discursos, no sirven sino es para hacer ver por su inutilidad cuan débil es el hombre en general, manifestando en las mas elevadas producciones de los mas grandes de ellos, pensamientos tan bajos y pueriles.

No sucéde así con Jesucristo. La verdad resplandece en los libros canónicos, y á ella se une el consuelo tan infaliblemente, cuan infaliblemente está distante del error. Debemos, pues, considerar la muerte en la verdad que nos ha enseñado el Espíritu Santo. Tenemos la admirable ventaja de conocer que siendo una pena impuesta al hombre para expiar su pecado, y necesaria para purgarle de él, es ademas el medio único de librar al alma de la concupiscencia de los miembros, á que aun los mas santos estan sujetos en el mundo. Sabemos que la vida, especialmente la de los cristianos, es un sacrificio continuo que solo la muerte puede terminar: que Jesucristo desde que vino al mundo se consideró y ofreció á Dios como holocausto y verdadera víctima: que su nacimiento, su vida, su muerte, su resurreccion, su ascension, su asiento eterno á la diestra del Padre y su presen-

cia en la Eucaristia, son un solo y único sacrificio; y en fin, que todo lo acaecido en Jesucristo debe suceder en todos los miembros de su cuerpo.

Siendo, como es, un sacrificio la vida del cristiano, los accidentes de esta solo deben hacer impresion en nuestro espíritu á medida que interrumpan ó ejecuten aquel. No llamemos mal sino á lo que convierte en víctima del diablo la víctima de Dios; y llamando bien á lo que convierte en víctima de Dios la víctima del diablo en Adan, examinemos segun esta regla la naturaleza de la muerte.

Para esto es necesario recurrir á la persona de Jesucristo; porque así como Dios no atiende á los hombres sino por su medio, los hombres de la misma suerte no deben considerar á los demas ni á sí mismos sino por la propia mediacion.

Sin pasar por Jesucristo, solo podemos encontrar en nosotros verdaderas desdichas, ó falsos y abominables placeres: considerando todo en él, hallarémos en todo satisfaccion, edificacion y consuelo.

De consiguiente, contemplemos, pues, la muerte en Jesucristo, y no sin Jesucristo. Sin él es horrible, detestable, horror de la naturaleza; en él es santa, amable, la alegría del fiel. Jesucristo como hombre y como Dios, fué todo lo humilde y todo lo elevado: y habiendo padecido y muerto para santificar en su persona los dolores y la muerte, para hacer digno de aprecio todo lo despreciable, ménos el pecado, y para ser el modelo de todas las clases; la muerte misma es dulce en Jesucristo.

A fin de considerar lo que es la muerte, y la muerte en Jesucristo, es preciso ver el lugar que

ella ocupa en su sacrificio continuo y sin interrupcion, notando que en los sacrificios la parte principal es la muerte de la víctima. La oblacion y santificacion que preceden son disposiciones; mas el cumplimiento es la muerte, en la cual por el fin de la vida, rinde á Dios la criatura todo el homenage de que ella es capaz, anonadándose á la presencia de su Magestad, y adorando su soberano ser, único que existe esencialmente. Es verdad que despues de la muerte de la víctima queda la circunstancia de que sea acepto á Dios el sacrificio, sin lo cual es inútil la muerte; y por eso dice la Escritura hablando del de Noé al salir del arca: *Olió el Señor olor de suavidad* (1). Pero esta circunstancia que sin duda corona la oblacion, mas es una accion de Dios para con la criatura, que no de esta hácia Dios, y no impide que la última accion de la criatura sea la muerte.

Todo esto se cumplió en Jesucristo. *El, por Espíritu Santo, se ofreció á si mismo sin mancilla á Dios* (2). *Entrando al mundo dijo: Sacrificio y ofrenda no quisiste: mas me apropiaste cuerpo. Entónces dije: Heme aquí que vengo. En el principio del libro está escrito de mí: Para hacer, ó Dios, tu voluntad* (3). *Quíselo, Dios mio, y tu ley en medio de mi corazon* (4). Ved aquí su oblacion, á que seguida inmediatamente su santificacion, el sacrificio que duró toda su vida, se cumplió por su muerte. *Fué menester que el Cristo padeciese estas cosas; y que así entrase en su gloria* (5). *En los dias de su mortalidad, ofreciendo con grande clamor y con*

(1) Genes. 8. 21.—(2) S. Pablo á los Hebr. 9, 14.—(3) Idem 10, 5. 7.—(4) Salm. 39.—(5) S. Lúcas 24, 16.

lágrimas sus preces y ruegos, á aquel que le podia salvar de muerte, fue oido por su reverencia: y á la verdad, siendo Hijo de Dios, aprendió la obediencia por las cosas que padeció: y consumado, fué hecho autor de salud eterna para todos los que le obedecen (1). En seguida le resucitó Dios y envió su gloria, figurada antiguamente en el fuego del cielo que caia sobre las víctimas, para abrasar y consumir su cuerpo, y darle una vida gloriosa. Ved aquí lo que Jesucristo alcanzó y tuvo complemento en su Resurreccion.

Siendo pues perfecto el sacrificio de Jesucristo por su muerte, y habiéndose consumado aun en su cuerpo por su Resurreccion que absorvió por la gloria la imágen de la carne de pecado; concluido ya todo por su parte, restaba solamente que el sacrificio fuese acepto, y que así como el humo de las víctimas elevaba su olor hasta el trono de Dios, de la misma manera Jesucristo en estado de inmolacion perfecta subiese á él y fuese colocado á la diestra del Padre; y esto fué lo que se se cumplió en su ascencion á los cielos por su propia virtud y la del Espíritu Santo de que estaba rodeado. Semejante al humo de las víctimas que se elevaba sostenido por el aire, Jesucristo, representado ántes en aquel, era llevado entónces por su Espíritu Santo figurado en este; y en los Hechos de los apóstoles se nos advierte expresamente que se le recibió en los cielos, para asegurarnos de que su sacrificio cumplido en la tierra fué agradable á los ojos de Dios.

Tal es el estado de las cosas con relacion á nues-

(1) S. Pablo á los Hebreos 5, 7, 8, 9.

tro adorable Salvador: contemplémoslas ahora respecto de nosotros mismos. Al entrar en la Iglesia, mundo de los fieles, y particularmente de los escogidos, en donde tuvo ingreso Jesucristo desde el instante de su Encarnacion; por un privilegio especial del Unigénito de Dios, somos ofrecidos y santificados. Este sacrificio continúa en la vida y se cumple á la muerte, en que el alma dejando realmente los vicios y el amor á la tierra, de que se ve infecta durante la vida, pasa al seno de Dios.

No nos aflijamos pues, como los paganos que no tienen ninguna esperanza, por la muerte de los fieles. No es entónces cuando los perdemos: los hemos perdido, digámoslo así, desde que el bautismo les dió entrada en la Iglesia; desde aquel instante pertenecen á Dios. Dedicada á él su vida, solo por él tocaban á este mundo; y recibidos en su seno al espirar, libres ya eternamente del pecado han concluido y coronado su sacrificio.

Cumplieron sus votos, acabaron la obra que Dios les habia encomendado, desempeñaron el deber único para que fueron criados. La voluntad de Dios se cumplió en ellos, y la voluntad de ellos quedó como embebida en la de Dios. No separe la nuestra lo que este Dios ha unido: sofoquemos ó modifiquemos á lo ménos por la inteligencia de la verdad, los sentimientos de la naturaleza degradada y corrompida, que sin ofrecernos mas que ilusiones y falsas imágenes, turba la santidad de aquellos que nos debe inspirar la solidez del Evangelio.

Así, no contemplando ya la muerte como paganos sino como cristianos, esto es, con la esperanza, segun manda San Pablo, pues ella es el privilegio especial de los cristianos; no consideremos un ca-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dáver como un cuerpo infecto, por mas que la naturaleza engañosa nos le ofrezca de este modo á la vista; sino, segun la fe, como un templo inviolable y eterno del Espíritu Santo.

Sabemos que él habita en los cuerpos de los que murieron en gracia del Señor, hasta el dia de la resurreccion, y que residiendo en ellos para obrarla, resucitarán por su virtud: tal es la opinion de los santos Padres. Hé aquí por qué honramos las reliquias de los difuntos, y el verdadero principio en cuya virtud se ponia en otro tiempo la Eucaristía en su boca; pues sabiendo que eran templo del Espíritu Santo, se les tuvo por dignos de estar tambien unidos á este Sacramento. La Iglesia abolió esta costumbre, no porque no crea que estos cuerpos son santos, sino porque siendo la Eucaristía pan de vida y de vivos, no debe subministrarse á los muertos.

No creamos aunque la naturaleza se esfuerce en persuadírnoslo, que los fieles difuntos han cesado de vivir, sino, como la verdad nos lo asegura, que han entrado en una vida nueva: no consideremos sus almas como destruidas y reducidas á la nada, sino como vivificadas en la union del soberano Ser que siempre vive: y sin perder de vista estas verdades, reformando los juicios erróneos que se hallan tan grabados en nosotros mismos, corrijamos tambien esos movimientos de horror que nos son naturales.

3.°—Con dos amores ha sido criado el hombre, uno para su criador, y otro para sí mismo; mas á esta concesion se unió la ley de que aquel fuese infinito, es decir, sin ningun otro fin que el mismo Dios, y este finito y siempre con relacion a Dios.

El hombre en la creacion no solamente se amaba sin pecado, sino que no podia dejar de amarse sin pecar.

Mas habiendo perdido despues por el pecado su principal amor; reducido el de sí mismo á ser el único en una alma capaz del infinito, y derramado sobre la extension que ocupaba el de Dios, el hombre vino á amarse solo, y á amarse infinitamente amando todas las cosas para sí.

Hé aquí el orígen del amor propio, que natural en Adan y justo en su inocencia, despues de su caida fué inmoderado y criminal: tal es la fuente de donde dimana, y la causa de su imperfeccion y de su exceso.

De aquí nace tambien la inclinacion al predominio, á la pereza y á los demas vicios. Es fácil hacer su aplicacion al horror que nos causa la muerte. Este horror era natural y justo en Adan inocente; porque siendo su vida muy agradable á Dios, lo debia ser al hombre, y mas cuando la muerte hubiera terminado esa vida conforme con la voluntad del Señor. Mas contrariada por el hombre en su pecado, su vida se estragó, su alma y su cuerpo se hicieron enemigos, y uno y otro lo fueron de Dios.

Inficionada por esta mudanza una vida tan santa, subsistió sin embargo el amor á ella; quedando de la misma manera el horror á la muerte, que justo en Adan ántes de su pecado, es injusto en nosotros.

Este es el orígen del horror á la muerte, y la causa del vicio de este horror. Desvanezcamos pues, con la luz de la fe el juicio equivocado de la naturaleza.

Era natural el horror á la muerte en el estado de inocencia, porque ella no podia entrar en el paraiso sin dar fin á una vida enteramente pura. Jus-

to era aborrecerla cuando solo podia venir á separar una alma intacta de un cuerpo inmaculado; pero es muy justo amarla cuando de un cuerpo impuro separa una alma santa. Era muy justo el herirla cuando hubiera podido turbar la paz entre el alma y el cuerpo; mas no lo es cuando calma una perpetua disension entre los dos. Si ella hubiese afligido á un cuerpo inocente; si le hubiese privado de la libertad de honrar á Dios; si hubiese separado del alma un cooperador sumiso á sus designios; si hubiese dado fin á cuantos bienes puede gozar el hombre, seria muy justo aborrecerla: pero cuando acaba con una vida impura; cuando quita al cuerpo la libertad de pecar; cuando libra al alma de un rebelde tan poderoso como contrario siempre á su salud, es injusto no amarla.

Conservemos enhorabuena el amor que la naturaleza nos ha inspirado á la vida, pues lo hemos recibido de Dios; pero que sea á aquella vida para que nos le dió, y no á otra alguna que le sea contraria. Con este amor de Adan á su vida inocente, y que aun tuvo á la suya el mismo Jesucristo, inclinémonos á aborrecer una vida contraria á la que Jesucristo amó, y á no temer sino la muerte que él temió, es decir, la de un cuerpo sin mancha y agradable á Dios; pero nunca á la que castigando y purgando un cuerpo criminal y vicioso, debe inspirarnos sentimientos diamentralmente opuestos, con solo que tengamos un poco de fe, de esperanza y de caridad.

Unos de los grandes principios del cristianismo es que por todo cuanto sucedió á Jesucristo debe pasar el alma y el cuerpo de cada cristiano: que así cómo él padeció en toda su vida mortal, como

murió á ella, y resucitado á nueva vida subió á los cielos, en donde está sentado á la diestra del Padre; de la misma suerte nuestro cuerpo y nuestra alma deben padecer, morir, resucitar y subir á los cielos.

Durante la vida todo esto se cumple en el alma, pero no en el cuerpo.

El alma padece y muere al pecado en la penitencia y el bautismo, resucita á nueva vida por estos sacramentos, y en fin, abandona la tierra para subir al cielo llevando una vida celestial. Por esta razon dice San Pablo: *Nuestra morada está en los cielos* (1).

Ninguna de éstas cosas acontece al cuerpo durante la vida, pero todas le suceden despues. En la muerte muere á esta vida mortal: en el dia del juicio resucitará á nueva vida; y pasado este dia subirá al cielo para vivir en él eternamente, Así, lo mismo que sucede al alma, aunque en diferentes tiempos, acontece al cuerpo: y como las mudanzas de este no llegan hasta despues de cumplidas aquellas, la muerte viene á ser la coronacion de la bienaventuranza del alma y el principio de la del cuerpo.

Hé aquí las admirables disposiciones de la sabiduria divina para la salud de las almas; tomadas de esta suerte, segun San Agustin, porque muerto y resucitado para siempre el cuerpo humano en el bautismo, pudiera sujetarse el hombre al Evangelio solo por amor á la vida; y la grandeza de la fe brilla mas conduciéndonos á la inmortalidad por las sombras mismas de la muerte.

---

(1) Ep. de San Pablo á los Filipenses 3, 20.

4.°—No es justo que no experimentemos dolor ni pena alguna en nuestras aflicciones y desgracias como los ángeles que se hallan libres de sentimiento humano; y tampoco lo es que carezcamos de consuelo como los paganos, que se hallan privados de la gracia. Pero sí es justo que nos aflijamos y consolemos como cristianos, y que triunfando el consuelo de esa gracia sobre los sentimientos de la naturaleza, reine y permanezca siempre victoriosa en nosotros á fin de que santifiquemos el nombre de nuestro Padre, de que su voluntad sea la nuestra, de que las aflicciones que sufrimos sirvan, por decirlo así, de materia á un sacrificio que la misma gracia anonade y consuma á mayor gloria suya, y de que estos sacrificios particulares honren y preparen el universal en que la naturaleza entera será consumida por el poder de Jesucristo.

De este modo, hasta nuestras imperfecciones servirán de materia al holocausto; y sacando provecho de ellas mismas, lograrémos cumplidamente el fin de los verdaderos cristianos. Todo cede á beneficio de los escogidos.

Si miramos de cerca y reflexionamos detenidamente, hallarémos aquí grandes ventajas para nuestra edificacion; porque siendo cierto que la muerte del cuerpo solo es una imágen de la muerte del alma, y caminando sobre el principio de haber motivos de esperar la salvacion de aquellos cuya muerte lloramos; es igualmente cierto que si no podemos detener el curso de nuestra afliccion y de nuestra tristeza, debemos sacar de ellas el provecho de considerar que causándonos la muerte del cuerpo sacudimientos tan terribles, en la del alma deberiamos estar inconsolables. Dios ha enviado

aquella á los que echamos ménos; mas esperamos que de la otra se habrá dignado libertarlos. Consideremos la grandeza de nuestros bienes en la de nuestros males, y midamos por el exceso de nuestro dolor nuestra alegría.

Nada hay tan á próposito para moderarla, como el temor de que las almas de nuestros hermanos padezcan por algun tiempo las penas destinadas á purgar el resto de los pecados de esta vida; y debemos emplearnos con el mayor cuidado en aplacar la ira del Señor respecto de ellos.

Las oraciones y sacrificios son un remedio soberano á sus penas. Pero una de las caridades mas útiles y sólidas para con los difuntos, es hacer en su obsequio todo aquello que nos mandarian si se hallasen todavía en este mundo, y ponernos en el estado que ahora nos desean.

Por este medio de algun modo los hacemos revivir en sus consejos, que aun existen y obran en nosotros: y así como los heresiarcas son en la otra vida castigados por los pecados que han hecho cometer á sus sectarios; de la misma manera los fieles son recompensados, no solo por su propio mérito, sino por el de aquellos á quienes fueron útiles sus consejos y ejemplos.

5.°—El hombre es sin duda demasiado enfermo para juzgar sanamente de la série de las cosas futuras. Esperemos pues, en Dios, y no nos fatiguemos con anticipaciones temerarias é indiscretas. Pongamos en sus manos nuestra suerte, y no permitamos que el disgusto nos domine jamas.

San Agustin nos dice que en cada hombre existe una serpiente, una Eva y un Adan. La primera son los sentidos y nuestra naturaleza; la segunda

el apetito concupiscible, y el tercero y último la razon. La naturaleza nos tienta de continuo, y el apetito concupiscible desea con frecuencia; mas el pecado no se consuma si la razon no lo consiente.

Cuando no podamos evitarlo, dejemos obrar á esa serpiente y á esa Eva; mas roguemos á Dios que su gracia fortifique de tal manera á nuestro Adan, que saliendo victorioso en todos los encuentros, triunfe y reine para siempre Jesucristo en nosotros.

ARTICULO XIX.

Oracion para pedir á Dios el buen uso de las enfermedades.

1.°—Espíritu divino, bondadoso, dulce y beneficiente de manera que no solo las prosperidades sino aun las mismas desventuras son un efecto de vuestra misericordia para con vuestros escogidos: concededme, Señor, la gracia de no permitirme obrar como un pagano en el estado á que me ha reducido vuestra divina justicia: haced que como verdadero cristiano en él y en cualquiera otro os reconozca por mi Padre y mi Dios, puesto que la instabilidad de mi condicion nada altera la vuestra, que vos soy siempre el mismo aunque yo esté sujeto á la mudanza, y que no sois ménos Dios cuando afligis y castigais, que cuando consolais y usais de indulgencia.

2.°—Ya que de la salud que para serviros me habiais concedido, hice un uso del todo profano; ahora que para corregirme me enviais la enfermedad, no permitais que ábuse tambien de esta, irritándoos por mi impaciencia. Ya que no apliqué, como debia haberlo hecho, mi salud, no permitais que malogre igualmente el fruto del castigo que en mi enfermedad habeis querido enviarme con tanta justicia. En fin, Señor, ya que la corrupcion de mi naturaleza llega hasta el punto de hacerme perniciosos vuestros beneficios, haced por vuestra gracia omnipotente que estas penas me sean saludables. Si mi corazon en su vigor solo es capaz de aficionarse al mundo, anonadad, Señor, este vigor para salvarme; y sea enflaqueciendo mi cuerpo con las enfermedades, ó inflamando mi espíritu con el fuego de la caridad: imposibilitad que yo me apegue á cosa alguna de la tierra, para no hallar contento sino en vos, y ocuparme de vos únicamente.

3.°—¡O Dios, ante cuya presencia á mi muerte y en el dia del juicio he de dar la mas exacta cuenta de todas mis acciones! ¡Dios, que no dejais subsistir el mundo y cuanto en el se encierra, sino para egercicio de vuestros escogidos y castigo de los pecadores! ¡Dios, que abandonais á los endurecidos en el uso delicioso y criminal del mundo! ¡Dios, que quitais la vida á nuestro cuerpo, y á la hora de la muerte desprendeis á nuestra alma de cuanto le es querido en este mundo! ¡Dios, que en el último instante de mi vida me arrancaréis de todo aquello á que estoy apegado y en que he puesto mi corazon! ¡Dios, que en el dia último habeis de consumir el cielo y la tierra con todas las criaturas que contienen, para mostrar al hombre que nada es subsistente sino vos, y nada sino vos merece ser amado, pues nada sino vos es duradero! ¡Dios, que debeis destruir estos ídolos vanos, objetos funestos de nuestras pasiones! Yo os alabo, Dios mio, y os bendeciré toda mi vida por haberos dignado prevenirme para

el apetito concupiscible, y el tercero y último la razon. La naturaleza nos tienta de continuo, y el apetito concupiscible desea con frecuencia; mas el pecado no se consuma si la razon no lo consiente.

Cuando no podamos evitarlo, dejemos obrar á esa serpiente y á esa Eva; mas roguemos á Dios que su gracia fortifique de tal manera á nuestro Adan, que saliendo victorioso en todos los encuentros, triunfe y reine para siempre Jesucristo en nosotros.

ARTICULO XIX.

Oracion para pedir á Dios el buen uso de las enfermedades.

1.°—Espíritu divino, bondadoso, dulce y beneficiente de manera que no solo las prosperidades sino aun las mismas desventuras son un efecto de vuestra misericordia para con vuestros escogidos: concededme, Señor, la gracia de no permitirme obrar como un pagano en el estado á que me ha reducido vuestra divina justicia: haced que como verdadero cristiano en él y en cualquiera otro os reconozca por mi Padre y mi Dios, puesto que la instabilidad de mi condicion nada altera la vuestra, que vos soy siempre el mismo aunque yo esté sujeto á la mudanza, y que no sois ménos Dios cuando afligis y castigais, que cuando consolais y usais de indulgencia.

2.°—Ya que de la salud que para serviros me habiais concedido, hice un uso del todo profano; ahora que para corregirme me enviais la enfermedad, no permitais que ábuse tambien de esta, irritándoos por mi impaciencia. Ya que no apliqué, como debia haberlo hecho, mi salud, no permitais que malogre igualmente el fruto del castigo que en mi enfermedad habeis querido enviarme con tanta justicia. En fin, Señor, ya que la corrupcion de mi naturaleza llega hasta el punto de hacerme perniciosos vuestros beneficios, haced por vuestra gracia omnipotente que estas penas me sean saludables. Si mi corazon en su vigor solo es capaz de aficionarse al mundo, anonadad, Señor, este vigor para salvarme; y sea enflaqueciendo mi cuerpo con las enfermedades, ó inflamando mi espíritu con el fuego de la caridad: imposibilitad que yo me apegue á cosa alguna de la tierra, para no hallar contento sino en vos, y ocuparme de vos únicamente.

3.°—¡O Dios, ante cuya presencia á mi muerte y en el dia del juicio he de dar la mas exacta cuenta de todas mis acciones! ¡Dios, que no dejais subsistir el mundo y cuanto en el se encierra, sino para egercicio de vuestros escogidos y castigo de los pecadores! ¡Dios, que abandonais á los endurecidos en el uso delicioso y criminal del mundo! ¡Dios, que quitais la vida á nuestro cuerpo, y á la hora de la muerte desprendeis á nuestra alma de cuanto le es querido en este mundo! ¡Dios, que en el último instante de mi vida me arrancaréis de todo aquello á que estoy apegado y en que he puesto mi corazon! ¡Dios, que en el dia último habeis de consumir el cielo y la tierra con todas las criaturas que contienen, para mostrar al hombre que nada es subsistente sino vos, y nada sino vos merece ser amado, pues nada sino vos es duradero! ¡Dios, que debeis destruir estos ídolos vanos, objetos funestos de nuestras pasiones! Yo os alabo, Dios mio, y os bendeciré toda mi vida por haberos dignado prevenirme para

aquel dia espantoso, destruyendo respecto de mí todas las cosas por medio de esta flaqueza á que os habeis servido reducirme: os alabo mi Dios, y os bendeciré siempre por haberme imposibilitado de gozar las dulzuras de la salud y los deleites del mundo, anonadando en algun modo por mi bien los engañosos ídolos que para confusion de los malos anonadaréis enteramente el dia de vuestra cólera. Haced, Señor, que despues de esta destruccion parcial que en mí habeis hecho, me juzgue yo á mí mismo para que vos no me juzgueis despues de la total de mi vida y del mundo. Así como en el instante de mi muerte, separado de él y desnudo de todo, me hallaré aislado delante de vuestra justicia para responder de todos los movimientos de mi corazon; haced que de la misma suerte me considere en esta enfermedad como muerto, separado del mundo, desprendido de cuanto hasta ahora ha podido seducirme con sus atractivos; en fin, solo y postrado en vuestra adorable presencia para implorar mi conversion de vuestra infinita bondad. Así, Dios mio, experimentaré el consuelo inexplicable de veros ejercer vuestra misericordia en esta especie de muerte, ántes que ejerzais vuestro juicio realizada la que inmediatamente debe precederle; y previniendo por el exámen de mí mismo ese terrible juicio como vos habeis prevenido mi muerte por esta enfermedad, alcánzaré perdon de mis delitos en vuestro divino acatamiento.

4.°—Haced, Dios mio, que adore yo en silencio el órden de vuestra providencia en la série de mi vida; que vuestros castigos me sirvan de consuelo; que despues de haber vivido en la amargura de mis pecados cuando me hallaba libre de las enfermedades, en la que ahora padezco suavicen las dulzuras celestiales de vuestra gracia los males saludables con que me afligis. Atendiendo, Dios mio, á que mi corazon se halla de tal manera endurecido y ocupado de las ideas, cuidados, inquietudes y pasiones del mundo, que ni la enfermedad ni la salud, ni los discursos ni los libros, ni las limosnas, ayunos y mortificaciones, ni los milagros ni el uso de los sacramentos, ni el sacrificio de vuestro cuerpo, ni mis esfuerzos todos, unidos á cuantos pudiera hacer el mundo, son capaces de dar principio á la grande obra de mi conversion, si no os dignais asociar á ellos una asistencia extraordinaria y especial de vuestra gracia: atendiendo á todo esto, mi Dios, Dios todopoderoso, me encamino á vos mismo para pediros un don que todas las criaturas reunidas no pueden concederme. No osaria dirigiros mis súplicas si hubiese otro capaz de atenderlas; mas como la conversion que os pido de mi corazon es obra superior á todos los esfuerzos de la naturaleza, mis ojos solo pueden volverse hácia vos, Autor omnipotente de esta y dueño exclusivo de aquel. ¿A quién, Señor, recurriré, á quién podré clamar si no es á vos? Todo lo que no es vos es incapaz de llenar mis deseos. Así pues, lo que pido y lo que busco sois vos solo, Dios mio; y para obteneros mi medio sois vos mismo. Abrid, Señor, mi corazon; tomad por asalto esta plaza rebelde ocupada por los vicios que la tienen sujeta; encadenad al fuerte y atrevido enemigo que la tiraniza, y apoderaos despues de sus tesoros. Sí, mi Dios, apoderaos de sus tesoros, apoderaos de los afectos que me ha robado el mundo: robad, á vuestra vez, ó mas bien recobrad estos afectos que

exclusivamente os pertenecen. Desde el instante que recibí el bautismo, mi segundo nacimiento, grabásteis en ellos vuestra imágen, borrada ya casi del todo por la imágen del mundo; y son por lo mismo un tributo de que os soy deudor. Solo vos pudísteis criar: á mi alma, y solo vos podeis criarla de nuevo, solo vos pudísteis estampar en ella vuestra imágen, y solo vos reformándola podeis reimprimirle el retrato que ha desaparecido, es decir, el de mi Salvador Jesucristo, vuestra imágen y carácter de vuestra sustancia.

5.°—¡Cuán dichoso es, Dios mio, el corazon que puede amar un objeto tan dulce, honroso y saludable! Mas ¡ah! conociendo que sin desagradaros, sin envilecerme y sin dañarme no puedo amar al mundo; el mundo á pesar de esto es todavía el objeto de mis delicias. ¡Cuán afortunada es, ó mi Dios, el alma que haciendo consistir en vos todas las suyas, puede entregarse á vuestro amor, no solo sin escrúpulo, sino tambien con mérito! ¡Qué firmeza y duracion la de su dicha! Sin poder vos ser destruido jamas, su esperanza nunca podrá frustrarse: ni la vida ni la muerte la separarán del objeto de sus tiernos deseos: el mismo instante que arrastrará á los malos con sus ídolos á una ruina comun, unirá á vos los justos en una comun gloria: y así como aquellos perecerán con los objetos perecederos á que estan adheridos; los otros estrechados á vos, objeto eterno y subsistente por sí mismo, eternamente subsistirán en vuestro seno. ¡Qué felicidad la de los hombres que en plena libertad y por una invencible propension aman perfecta y libremente lo que necesariamente estan obligados á amar!

6.°—Acabad, ó Dios mio, los buenos movimientos que me dais: sed su fin así como habeis sido su principio: coronad estos dones, que son vuestros. Sí, mi Dios: y léjos de pretender que mis súplicas tengan mérito alguno para que de necesidad las atendais, reconozco humildísimamente que habiendo yo entregado á las criaturas un corazon formado para vos, no para mí ni para el mundo, y careciendo de todo aquello que pudiera obligaros, pues que inclinados á las criaturas ó á mi mismo todos los movimientos naturales de mi corazon solo son capaces de irritaros; no puedo esperar gracia sino de vuestra misericordia únicamente. Yo os tributo las mas rendidas, ¡ó Dios mio! por los buenos movimientos que me dais, y aun por el mismo que siento de rendíroslas.

7.°—Como sin el dolor interior de haberos ofendido, serian, Señor, una nueva ocasion de pecado los males exteriores de mi cuerpo, tocad mi corazon del arrepentimiento de mis extravíos. Hacedme conocer perfectamente que los males del cuerpo no son mas que el castigo y la figura de los males del alma. Pero, Señor, haced tambien que sirvan á esta de remedio, obligándome á considerar en los padecimientos del uno los dolores que yo no sentia en la otra, por mas que estuviese toda enferma y cubierta de llagas. Siendo, Señor, la mas grave de sus enfermedades esta insensibilidad y extremada flaqueza que la privan de todo el sentimiento de sus propias miserias, disponed que jamas deje yo de sentirlas vivamente, y que el resto de mi vida sea una penitencia continua para lavar mis culpas.

8.°—Aunque mi vida pasada haya estado exen-

ta de los grandes crímines por haberos dignado alejar de mí las ocasiones; sin embargo, Señor, os ha sido muy odiosa por su continua negligencia, por el mal uso de vuestros mas augustos sacramentos, por el menosprecio de vuestra palabra y de vuestras inspiraciones, en fin, por la ociosidad é inutilidad total de mis acciones y de mis pensamientos, malogrando el tiempo que no me concedísteis sino para adoraros, para buscar con ahinco en todas mis acciones los medios de agradaros, y para expiar aquellas faltas de cada dia, que siendo comunes aun en los mas justos, toda su vida les exigen una incesante penitencia á fin de no exponerse á decaer de su justicia: así es que siempre, siempre, Dios mio, os he sido contrario.

9.°—Sí, Señor: hasta aquí he sido siempre sordo á vuestras inspiraciones, he despreciado vuestros oráculos, he juzgado lo contrario de lo que vos juzgais, he combatido los principios santos que del seno de vuestro Padre trajísteis al mundo, y segun los cuales habeis de juzgarle. Vos decis: Bienaventurados los que lloran, y ay de aquellos que son consolados. Yo he dicho: Desventurados los que lloran, y dichosos los que obtienen consuelos; felices los que gozan de una fortuna aventajada, de una reputacion gloriosa, y una salud robusta. Y ¿por qué he podido considerar dichosos á estos hombres, sino porque así tienen mayor facilidad de disfrutar de las criaturas, es decir, de ofenderos? Sí, mi Dios: yo os confieso que he reputado por un bien la salud, no porque facilita serviros útilmente ofreciéndoos mas tareas y cuidados en vuestro obsequio y en auxilio del prójimo; sino porque con ella pod abandonarme sin reserva á

las delicias de la vida, y gozar con mas gusto sus funestos placeres. Reformad, Señor, por vuestra gracia mi razon extraviada, para arreglar mis juicios á los vuestros; y haciendo que me considere feliz en la afliccion, purificad mi corazon de tal manera, que sin oponerse ya jamas mis sentimientos á los vuestros, os encuentre siempre en lo interior, ya que no puedo buscaros hácia fuera, imposibilitado por mi debilidad de obrar en lo exterior. Porque vuestro reino, Señor, existe en vuestros fieles; y le encontraré en mí si en el fondo de mi alma encuentro vuestro Espíritu y vuestros sentimientos.

10.°—Pero ¿qué haré, Señor, para obligaros á difundir vuestro Espíritu sobre esta tierra vil? Odioso en cuanto soy, nada hallo en mí que pueda seros agradable mas que mis dolores por su ligera semejanza con los vuestros. Dignaos, pues, considerar los que padezco y los que me amenazan. Salvador mio, que amásteis los padecimientos y la muerte, ¡mirad con ojos de misericordia las llagas que me ha hecho vuestra mano! Dios, que os hicísteis hombre solo para sufrir mas que ninguno por la salud de todos: Dios, que no encarnásteis despues del pecado de los hombres, ni tomásteis un cuerpo, sino para llevar sobre él los males que han merecido nuestros crímenes: Dios, que amais los cuerpos que padecen, hasta haber escogido para vos el mas abrumado de tormentos que se pudiera ver: ¡aceptad la ofrenda que yo os hago del mio, no por él ni por nada de cuanto contiene, pues solo es digno de vuestra ira, sino por los dolores que sufre, únicos que pueden merecer vuestro amor! Amad, Señor, éstos dolores, y movido

por su vista á visitarme, acabad de disponer vuestra mansion, haciendo, ¡ó Salvador! que si mi cuerpo tiene semejanza con el vuestro en los padecimientos por mis culpas, mi alma se asemeje tambien á la vuestra en la tristeza por las mismas ofensas, para expiarlas sufriendo con vos y como vos, en mi cuerpo y en mi alma.

11.°—A fin de que pueda padecer como cristiano, concededme, Señor, la gracia de unir vuestros consuelos á mis penas. No os pido estar exento de ellas, porque esta es la recompensa de los santos; pídoos no verme abandonado á los dolores de la naturaleza sin los consuelos de vuestro Espíritu, porque esta es la maldicion de los judíos y los paganos. No os pido una plenitud de consuelo sin dolor alguno, en que consiste la vida de la gloria: ni tampoco una plenitud de males sin consuelo, que es un estado de judaismo; os pido, Señor, sentir al mismo tiempo los dolores de la naturaleza por mis pecados, y los consuelos de vuestro Espíritu por vuestra gracia, pues tal es el verdadero estado del cristianismo. Así, mi Dios, no permitais que yo sienta males sin alivios, sino que experimente los unos con los otros, para llegar en fin á no sentir mas que vuestros consuelos sin mezcla de dolor. Antes de venir vuestro Unigénito abandonásteis al mundo en las aflicciones naturales: ahora suavizais con su gracia las que padecen vuestros fieles, y colmais en su gloria á vuestros santos de la bienaventuranza mas pura. Tales son, Señor, los admirables grados por donde habeis encaminado vuestras obras. Habiéndome sacado del primero,

dignaos elevarme al segundo, y concededme, en fin, la gracia de llegar al último.

12.°—No permitais, Dios mio, que me desvie de vos de tal manera que pueda considerar vuestra alma triste hasta la muerte, y rendido á ella vuestro cuerpo por mis propios pecados, sin complacerme en los dolores de mi cuerpo y de mi alma. Porque, Señor, ¿qué podrá haber mas vergonzoso, y sin embargo mas frecuente en los cristianos y en mí mismo, que vivir hundidos en la sensualidad, miéntras vos sudais sangre por la expiacion de nuestras culpas? ¿Puede ofrecerse nada mas repugnante que esta inconsecuencia de los que han hecho profesion de ser vuestros; de los que por el bautismo han renunciado al mundo por seguiros; de los que solemnemente han jurado á la faz de la Iglesia vivir y morir unidos siempre á vos? ¿Cómo pueden obrar de tal manera los que han confesado que el mundo os ha perseguido hasta crucificaros; los que estan ciertos de que os habeis expuesto á la cólera de Dios y á la crueldad de los hombres por redimirlos de la pena que merecian sus crímenes? ¿Cómo pueden, Señor, buscar con tanto ahinco los deleites del mundo para halagar el cuerpo, los que contemplando en el vuestro una víctima inmolada voluntariamente por salvarlos, contemplan á la vez esos deleites como causa única de vuestros tormentos, y al mundo como vuestro verdugo? ¿Es posible, Señor, que insensibles del todo para vos los que sin estremecerse de horror no podrian ver á un hijo acariciar y amar al asesino de su padre, muerto por darle vida, se abandonen con toda alegría, como yo lo he hecho, á las delicias de este mundo asesino de

mi Dios y mi Padre, que entrégado á la muerte por mi eterna salud llevó sobre sí la pena de mis iniquidades? Justo era, Señor, que interrumpiéseis una alegría tan criminal como aquella en que yo descansaba bajo la sombra de la muerte.

13.°—Hacedme sentir una tristeza que se conforme con la vuestra, y desviad de mí aquella que el amor propio pudiera ocasionarme, así por mis dolores, como por no corresponder á mis deseos el éxito de las cosas del mundo que no tienen relacion con vuestra gloria. Plegue á vos que mis tormentos apacigüen vuestra ira; que ellos sirvan para convertirme y salvarme, y que yo no desée en lo sucesivo la salud ni la vida, sino para emplear y acabar una y otra en vos, con vos y para vos. No os pido salud ni enfermedad, vida ni muerte: os pido que dispongais de mi salud y de mi enfermedad, de mi vida y mi muerte, para vuestra gloria, para mi salvacion y para bien de la Iglesia y utilidad de vuestros santos, en cuyo número, mediante vuestra gracia, espero ser contado algun dia. Lo que me conviene solo vos lo sabeis; y siendo como sois, mi dueño soberano, obrad segun os plazca. Así, pues, dadme ó quitadme; mas haced que sea mi voluntad solo la vuestra, para que con la mas perfecta sumision y una santa confianza me disponga á adorar las determinaciones de vuestra eterna providencia, y á abrazar igualmente cuanto os digneis enviarme.

14.°—Haced, Señor, que yo reciba toda especie de acontecimientos siempre con uniformidad igual de espíritu, puesto que ignora el hombre lo que debe pedir, y que sin presuncion y sin hacerme responsable de los resultados que justamente ha

querido ocultarme vuestra sabiduría, no puedo yo desear ninguna cosa con preferencia á otra. Señor, yo solo sé que lo bueno es seguiros, y lo malo ofenderos. Sin saber, fuera de esto, lo que es mejor ni lo que es peor, ignoro si me aprovechará la enfermedad ó la salud, la riqueza ó la pobreza, ni nada de cuanto hay en el mundo. Esta calificacion, que excede la capacidad de los ángeles y de los hombres, se esconde en los secretos de vuestra providencia que adoro y no pretendo investigar.

15.°—Haced, pues, ó mi Dios, que tal cual soy y enfermo como estoy, me avenga á vuestra voluntad y os honre en mis dolores. Sin ellos no puedo llegar á la gloria, cuando vos mismo, Salvador, solo por ellos habeis querido conseguirla. Por las señales que os dejaron las llagas fuísteis reconocido de vuestros discípulos; y vos conoceis á los que os siguen por las de los trabajos. Reconocedme, pues, por discípulo vuestro, en los males que afligen á mi cuerpo y á mi alma en pena de mis culpas. Y respecto á que nada puede agradar á Dios sino por vuestro medio, unid mi voluntad á la vuestra, y mis dolores á los que vos sufrísteis: haced vuestros estos dolores mios, unidme á vos, y llenadme de vuestro Santo Espíritu. Llevad con vos mis sufrimientos hasta lo mas profundo de mi corazon y de mi alma, para sentir en ella mis dolores y continuar en mí vuestra pasion, que seguis padeciendo en vuestros miembros hasta la perfecta consumacion de vuestro cuerpo, á fin de que lleno de vos, ya no sea yo quien viva ni padezca, sino que vos, Salvador mio, vivais y padezcais en mí; y de que teniendo de este modo alguna parte,

aunque pequeña, en vuestros sufrimientos, me lleneis de la gloria que ellos os procuraron y gozais con el Padre y el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos.

Comparacion de los antiguos cristianos con los de hoy (1).

Así como al principio de la Iglesia solo se veian cristianos perfectamente instruidos en todos los puntos necesarios para la salvacion; ahora se advierte una ignorancia tan grosera que hace derramar lágrimas á cuantos aman con ternura á esta Iglesia. Entónces nadie era admitido á ella sino despues de grandes trabajos y de largos deseos; hoy lo es cualquiera, sin dificultad, cuidado ni fatiga. En aquel tiempo era indispensable para la admision un rigoroso exámen; en este se reciben los que todavía no estan capaces de ser examinados. Entónces nadie era recibido sin haber renunciado á su vida pasada, al mundo, al demonio y la carne; ahora se admiten los que aun no se hallan en disposicion de hacer ninguna cosa de estas. En fin, antiguamente era menester salir del mundo para entrar en la Iglesia; y hoy se entra en ella al mismo tiempo que en el mundo.

Aquel método, pues, establecia una diferencia esencial: hacia considerar á la Iglesia y al mundo como dos contrarios, como dos irreconciliables enemigos, en cuyo incesante y recíproco choque

(1) Aunque estas reflexiones no esten bien desenvueltas, nos han parecido, sin embargo, dignas de conservarse. [*Ed. de* 1821.]

el que se manifestaba mas débil llegaria en fin á triunfar del mas fuerte; y en consecuencia para abrazar cualquiera de éstos dos partidos era preciso abandonar al otro, abjurar sus máximas y desprenderse de todos sus afectos. Mas así como entónces renunciando, abjurando y abandonando el mundo para dedicarse totalmente á la Iglesia y recibir en ella como un segundo nacimiento, se manifestaba una diferencia muy grande entre aquel y esta; hoy renaciendo en la Iglesia en el momento de nacer al mundo, viviendo en la Iglesia y en el mundo casi á un mismo tiempo, y enseñando y formando la razon á la vez en una y otra escuela, se frecuentan los sacramentos de la Iglesia y se gozan juntamente los placeres del mundo: de manera que á la esencial diferencia establecida ántes entre estos dos mundos tan contrarios, ha sucedido una confusa mezcla que apénas permite distinguirlos.

De aquí es que así como en otro tiempo solo se veian personas muy instruidas entre los cristianos, se hallan en una espantosa ignorancia los de hoy; y que así como entónces era raro que recayesen en los vicios del mundo los que dejándole recibian el bautismo para entrar en la piedad de la Iglesia, actualmente nada es mas comun que estos vicios en el corazon de los cristianos. La Iglesia de los santos se ve del todo amancillada por la mezcla de los malos; y sus hijos, los que desde la infancia ha concebido y llevado en su seno, son los mismos que introducen hasta su corazon, es decir, hasta la participacion de sus misterios mas augustos, al mas grande de sus enemigos, al espíritu del mundo, de la ambicion, de la venganza, de la concu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

piscencia: el amor á estos hijos la obliga á admitir en sus propias entrañas al mas cruel de sus perseguidores.

Con todo, las desgracias que han seguido á un cambio tan funesto no se deben imputar á la Iglesia, que compadecida al ver abandonados á tantos pequeñuelos en la maldicion de Adan por la demora en el bautismo, ha querido excluirlos de esa multitud desventurada acelerando su socorro, y no puede contemplar sin el mas profundo sentimiento que lo que ha procurado para la salvacion de les párvulos, venga á ocasionar la perdicion de los adultos.

Su verdadero espíritu es que aquellos á quienes libra en una edad tan tierna del contagio del mundo, se alejen á la mayor distancia de los sentimientos que este inspira. Previene el uso de la razon para prevenir los vicios á que puede arrastrarlos la razon corrompida; y ántes que sea capaz de obrar su espíritu los anima del suyo, á fin de que vivan en la ignorancia del mundo, y tanto mas distantes del vicio, cuanto que nunca deben conocerle. Esto es lo que se manifiesta en las ceremonias del bautismo, el cuál no se confiere á los niños sino despues de haber declarado sus padrinos que lo desean, que creen y que renuncian á Satanas y al mundo: y como el designio de la Iglesia es que conserven por toda su vida estas disposiciones, les manda de un modo terminante que las guarden inviolablemente; previniendo al mismo tiempo á los padrinos por otro indispensable mandamiento, el cuidado de enseñar bien á sus ahijados, con el objeto de que así en la instruccion como en el celo, no cedan hoy los que desde la infancia ha nu-

trido en su seno, á los que antiguamente recibia entre sus hijos, deseosa de igual perfeccion en unos y otros.

Sin embargo, se hace uso del bautismo de un modo tan contrario á la intencion de la Iglesia, que llena de horror considerarlo. Como no se ha pedido jamas ni aun se recuerda haber recibido tan grande beneficio, ya no se reflexiona sobre él. Pero siendo evidente que la Iglesia no exige ménos celo de los que desde su nacimiento han sido esclavos de la fe que de aquellos que despues quieren serlo, es preciso tener á la vista el ejemplo de los catecúmenos, y contemplando su fervor, su devocion, su horror y generosa renunciacion al mundo, atender á que si á estos no se les juzgaba dignos del bautismo sin unas disposiciones semejantes, los que carecen de ellas deben no solo someterse á la instruccion que recibirian si pretendiesen entrar ahora en la comunion de la Iglesia, sino tambien sujetarse á una penitencia de tal naturaleza, que esten siempre dispuestos á cumplirla hallando ménos repugnancia en la austeridad de la mortificacion de los sentidos, que atractivos en el uso de las delicias viciosas del pecado.

Para disponerlos á instruirse, es preciso darles á conocer la diferencia de costumbres que ha seguido la Iglesia segun la diversidad de los tiempos. En la primitiva se enseñaba á los catecúmenos, es decir, á los que pretendian el bautismo, ántes de conferírselos; y no eran admitidos sino despues de instruidos plenamente en los misterios de la Religion, despues de una penitencia de su vida pasada, despues de un gran conocimiento de la sublimidad y excelencia de la profesion de la fe y de las

máximas cristianas que deseaban abrazar para siempre; en fin, despues de haber dado señales eminentes de una verdadera conversion del corazon y un deseo extremado del bautismo. Conocido esto por toda la Iglesia, se les conferia en aquel tiempo el sacramento de incorporacion, en virtud del cual venian á ser sus miembros. Mas hoy que por razones muy graves se concede á los niños el bautismo ántes de que tengan uso de razon, la negligencia de los padres hace que se envejezcan los cristianos sin conocer de modo alguno nuestra Religion.

Cuando al bautismo precedia la instruccion, todos eran instruidos: establecido lo contrario, la enseñanza indispensable para este sacramento vino á ser desde luego voluntaria, despues descuidada, y en fin, casi abolida. Entónces la razon hacia ver la necesidad de la instruccion, de modo que cuando esta precedia al bautismo, la necesidad de lo uno hacia que necesariamente se recurriese á lo otro; mas hoy precediendo el bautismo á la instruccion, hechos cristianos sin haber sido instruidos, creemos poder permanecer cristianos sin instruirnos: y así en vez del reconocimiento que los primeros manifestaban á la Iglesia por una gracia que no les concedia sino despues de largas súplicas; los actuales habiéndola obtenido aun ántes de hallarse en estado de pedirla, solo dan testimonio de su ingratitud. Si las caidas de aquellos, aunque raras, eran tan abominables á la Iglesia, ¡cuánto deberán serlo las caidas y recaidas continuas de éstos otros, que le deben estar mas obligados por haberlos sacado mas liberal y prontamente de la condenacion á que por su primer nacimiento se en-

contraban sujetos! Tan tierna madre no puede ver sin lágrimas que abusando de la mas grande de sus gracias, se convierta en ocasion casi segura de la condenacion de sus hijos lo mismo que ha hecho por salvarlos; pues aunque haya variado de costumbre, no ha mudado de espíritu.

Fragmento de un escrito sobre la conversion del pecador.

Lo primero que inspira Dios al alma que se digna tocar, es un conocimiento y una vista del todo extraordinaria, con que le hace considerar las cosas y mirarse á sí misma de un modo enteramente nuevo.

Atemorizada y turbada por esta luz que le sale al encuentro en cuantos objetos formaban ántes sus delicias; léjos de disfrutar con sosiego los goces que tanto la hechizaban, la combate en todos un incesante escrúpulo, y su vista interior le disminuye el interes que hallaba comunmente en aquello á que con mas placer se abandonaba.

Sin embargo, encuentra todavía mas amargura en los ejercicios de piedad, que en las vanidades del mundo. Por un lado la agita la frivolidad de los objetos visibles mas que la esperanza de los invisibles; y por otro la solidez de éstos la mueve mas que lo vano de aquellos. En la presencia de unos y la ausencia de otros, que excita su aversion y produce un confuso desórden que apénas puede distinguir, experimenta el resultado de las antiguas impresiones que por largo tiempo ha recibido, y de las nuevas que comienza á sentir.

Mas al ver luego, sin que pueda dudarlo, el ano-

nadamiento de todas las cosas que le atraen, la diminucion de unos goces que cada momento le arrebata, la instabilidad de cuanto le es querido, y en fin, la inmediacion del dia en que se encontrará desnuda de todo aquello en que habia colocado su esperanza; llena de espanto contempla lo perecedero como pereciendo, y aun como si ya hubiese perecido, y se persuade íntimamente de que en vez de amar cosas vanas y frágiles que la dejarán sola al concluir su carrera, le es preciso fijarse en un bien sólido y subsistente por sí mismo, que pueda sostenerla durante su vida, y protegerla en la hora de la muerte.

De aquí es que el alma empiece á reputar por una nada, todo lo que debe reducirse y volver á la nada: como el cielo, la tierra, su cuerpo, sus parientes, sus amigos, sus enemigos, las riquezas, la pobreza, la desgracia, la prosperidad, el honor, la ignominia, la estimacion, el menosprecio, la autoridad, la indigencia, la salud, la enfermedad, la misma vida. Todo lo que debe durar ménos que el alma es incapaz de satisfacer sus deseos cuando pretende sériamente establecerse en una dicha de tanta duracion como la suya.

Comienza pues, á asombrarse de la ceguedad en que ha vivido sumergida: y cuando por una parte considera el largo tiempo que ha dejado correr sin reflexionar de esta manera, y la multitud de personas que se hallan en su caso; y por otra cuan constante es, que siendo inmortal no puede encontrar su felicidad en cosas perecederas, de que por lo ménos á la muerte se verá privada, la ocupa una santa confusion y una saludable inquietud.

Porque, sea cual fuere el número de los que envejecen siguiendo las máximas del mundo, y la autoridad de esa multitud de ejemplos de los que hacen consistir en él toda su dicha, es constante que aun cuando pudiese producir un placer sólido, (lo que ha hecho ver ser falso un sinnúmero de experiencias no ménos funestas que continuas) su pérdida es inevitable á la hora de la muerte, que al fin vendria á privarnos de este y de todos los demas placeres de su especie.

Viendo el alma que siempre que haga consistir su dicha en hacinar tesoros de bienes temporales de cualquier naturaleza que sean, ya oro, ya ciencia, ya reputacion, es de una necesidad indispensable que algun dia se halle desnuda de cuantos posea, se convence de que por consiguiente aun suponiéndolos capaces de completar su felicidad, limitada á esta vida, no podrian satisfacerla siempre.

Entónces por una humildad santa, que Dios eleva sobre la soberbia, empieza el alma á hacerse superior al comun de las otras. Reprueba su conducta, detesta sus máximas, llora su ceguedad, y ocupada en buscar el verdadero bien, conoce que este, para serlo, necesita reunir las calidades de durar tanto como ella, y de no haber cosa alguna mas amable.

Ve que en la ceguedad de su amor al mundo hallaba la segunda calidad; pero no habiendo hallado la primera, no puede dudar ya de que no existe aquí el soberano bien. Le busca pues, por otra parte; y percibiendo á la luz del todo pura que la alumbra, que tampoco le contiene en sí, ni le encontrará fuera ni delante de sí, se comienza á elevar para buscarle sobre sí.

Esta elevacion es tan eminente y tan trascen-

dental, que no pára en el cielo, en los ángeles ni en las criaturas mas perfectas. Atravesando el alma por todos los seres que no pueden satisfacerla ni detener su curso, se suspende en fin al llegar á los piés del trono del Eterno: allí empieza á encontrar su reposo y aquel deseado bien, mas que todos amable, y del cual nunca puede verse privada si no es por su consentimiento propio.

Sin duda no siente todavía las delicias con que Dios recompensa el hábito de la piedad; pero conoce que las criaturas no pueden ser mas amables que el Criador: y su razon, ayudada por la luz de la gracia, manifestándole que nada hay digno de ser amado como Dios, le hace ver igualmente que solo pueden estar privados de él los que le rehusan, pues poseerle es desearle, y rehusarle es perderle.

Habiendo el alma hallado un bien que no tiene superior alguno, y de que no se la puede privar miéntras que le desée, llena de júbilo pasa á ver las grandezas de su Criador, y los rendimientos y adoraciones profundas que se le tributan. Anonadada en su presencia, sin poder formar una idea baja ni concebir otra bastante elevada de este Bien soberano, hace nuevos esfuerzos para hundirse en el abismo de la nada, considerando á Dios en las inmensidades que ella multiplica; y penetrada de esta idea grande que agota sus fuerzas, se contempla inútil y vil criatura suya, le adora y bendice en silencio, y quisiera para siempre ocuparse en solo bendecirle y adorarle.

Reconoce en seguida la gracia que Dios le ha hecho descubriendo su Magestad infinita á tan ruin

gusanillo; se confunde de haber preferido tantas vanidades á este divino Maestro, y con un espíritu de compuncion y penitencia, recurre á su piedad para calmar su cólera, cuyo efecto á vista de sus inmensidades, le parece espantoso.

Le dirige, pues, las mas fervientes súplicas para obtener de su misericordia que así como se ha dignado descubrírsele, se digne igualmente conducirla hasta él, dándole los medios de lograrlo. Dios es á quien aspira únicamente, y no aspira á obtenerle sino por medios que vengan de él mismo, porque quiere que á la vez sea él su guia, su objeto y su fin último. Despues de estas súplicas advierte que debe obrar segun sus nuevas luces.

Empezando entónces á conocer á Dios, desea acercársele. Ignora los medios de que se podrá valer para lograrlo; mas siendo su deseo sincero y puro, hace lo que un viajante que solo piensa en concluir su jornada y ha perdido el camino: pregunta á cuantos pueden mostrarle el que conduce á un Dios por tanto tiempo abandonado. Mas al buscarle se resuelve á vivir el resto de sus dias conforme á la verdad conocida; y ya que su flaqueza natural unida al hábito del pecado en que ha vivido, le imposibilitan alcanzar por sí á Dios y vivir siempre estrechado á él, implora de su misericordia los medios de obtener una felicidad tan grande. Plenamente ocupada de esta hermosura antigua, para ella tan nueva, ya no puede dudar de que obligada á dirigirle todos sus movimientos y afectos, le debe su adoracion como criatura, su gratitud como favorecida, su satisfaccion como culpable, y sus ruegos, en fin, co-

mo indigente, hasta que logre verla, amarla y gozarla por todos los siglos.

Lo siguiente se halló escrito de mano de Pascal en un pergamino y un papel. Ambos, que son copias iguales, estaban pegados á su chupa, donde hacia ocho años que los cosia y descosia cuando se la mudaba (1).

El original de este escrito se halla en la Biblioteca real, y está figurado de esta suerte:

---

(1) Me parece que debo recordar aquí que Pascal escribió esto con motivo de una especie de vision ó éxtasis que tuvo poco tiempo despues del accidente que le ocurrió en el Puente de Neuilly el mes de octubre de 1654.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

El año de gracia 1654.

Lúnes 13 de Noviembre, dia de San Clemente Papa y mártir, y otros del Martirologio romano; víspera de San Crisógono mártir, y otros.

Desde cerca de las diez y media, hasta cerca de las doce y media de la noche.

FEV.

Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob, no de los filósofos y doctos.

Gozo,

Certidumbre, gozo, certidumbre, afecto, vista, *Dios de Jesucristo.*

Deum meum et Deum vestrum. Joh. 20. 17.

Tu Dios será mi Dios. Ruth.

Olvido del mundo y de todo fuera de *Dios.*

No se le halla sino por las vias que enseña el Evangelio.

Grandeza del alma humana.

Padre justo, el mundo no te conoció, pero yo te he conocido. Joh. 17.

Gozo, gozo, gozo, y lágrimas de gozo.

Yo me separé de él.

Derelinquerunt me fontem aquae vivae.

Dios mio, me libraréis de que yo me separe de ella eternamente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esta es la vida eterna. Conózcante, único verdadero Dios, y al que has enviado

Jesucristo.

Jesucristo.

Me he separado de él. Le he huido, renunciado, crucificado.

Jamas vuelva yo á separarme de él.

No se le conserva sino por las vias que enseña el Evangelio.

Renunciacion total y dulce.

(1) Sumision total á Jesucristo y á mi director.

Una eternidad de gozo por un dia de ejercicio sobre la tierra.

Non obliviscar sermones tuos. Amen.

---

(2) No se han podido leer distintamente mas que algunas palabras de estas últimas líneas.

TABLA ALFABÉTICA.

A.

Abatimiento del hombre en la religion no le hace incapaz del bien. Tom. II. pág. 45.

Abel y *Cain*. II. 114.

Abogado: bien pagado con anticipacion, tiene por mas justa la causa que defiende. I. 89.

Aborrecer. Debemos aborrecernos y aborrecer todo cuanto no sea capaz de unirnos á Dios solo. II. 153.

Abraham: promesa que Dios le hizo. II. 30.

—por qué hizo nacer de él al pueblo hebreo. II. 57.

—falsas ideas de los judíos sobre este patriarca. *Idem.*

Absurdos en que cae el espíritu humano. II. 165.

Abyeccion del hombre. II. 46.

Académicos antiguos, estoicos, epicureos, dogmatistas: origen de sus extravíos. II. 44.

Acaso (el) en apariencia fué causa del cumplimiento de un misterio. II. 146.

—da los pensamientos y los quita. II. 168.

Aceptacion: la que Dios hace del sacrificio corona la oblacion de la ofrenda. II. 173.

—mas es una accion de Dios hácia la criatura, que de esta para con Dios. *Idem.*

Accion: en la gracia la mas pequeña es importante por sus consecuencias. II. 164.

—Las bellas acciones ocultas son las mas estimables: lo poco en que algunas se descubre disminuye su mérito. I. 125.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esta es la vida eterna. Conózcante, único verdadero Dios, y al que has enviado

Jesucristo.

Jesucristo.

Me he separado de él. Le he huido, renunciado, crucificado.

Jamas vuelva yo á separarme de él.

No se le conserva sino por las vias que enseña el Evangelio.

Renunciacion total y dulce.

(1) Sumision total á Jesucristo y á mi director.

Una eternidad de gozo por un dia de ejercicio sobre la tierra.

Non obliviscar sermones tuos. Amen.

---

(2) No se han podido leer distintamente mas que algunas palabras de estas últimas líneas.

TABLA ALFABÉTICA.

A.

Abatimiento del hombre en la religion no le hace incapaz del bien. Tom. II. pág. 45.

Abel y *Cain*. II. 114.

Abogado: bien pagado con anticipacion, tiene por mas justa la causa que defiende. I. 89.

Aborrecer. Debemos aborrecernos y aborrecer todo cuanto no sea capaz de unirnos á Dios solo. II. 153.

Abraham: promesa que Dios le hizo. II. 30.

—por qué hizo nacer de él al pueblo hebreo. II. 57.

—falsas ideas de los judíos sobre este patriarca. *Idem.*

Absurdos en que cae el espíritu humano. II. 165.

Abyeccion del hombre. II. 46.

Académicos antiguos, estoicos, epicureos, dogmatistas: origen de sus extravíos. II. 44.

Acaso (el) en apariencia fué causa del cumplimiento de un misterio. II. 146.

—da los pensamientos y los quita. II. 168.

Aceptacion: la que Dios hace del sacrificio corona la oblacion de la ofrenda. II. 173.

—mas es una accion de Dios hácia la criatura, que de esta para con Dios. *Idem.*

Accion: en la gracia la mas pequeña es importante por sus consecuencias. II. 164.

—Las bellas acciones ocultas son las mas estimables: lo poco en que algunas se descubre disminuye su mérito. I. 125.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Dos fuentes de donde dimanan las acciones puramente humanas. II. 157.
Acto: siempre es sangriento el último de la vida. II. 155.
Adan: testigo y depositario de la promesa del Mesías. II. 30.
—su tradicion trasmitida por Noé y por Moises. II. 32
—no podemos comprender la transmision de su pecado. II 45.
—por él somos miserables, pero redimidos por Jesucristo. *Id.*
Admiradores: todos quieren tenerlos. I. 77.
Afecto ú aversion: fuentes de error. I. 89.
—*a nosotros:* injusto por mas que sea natural y voluntario. II. 149.
Aflicciones: las amortiza el tiempo. I. 131.
—las del espíritu no constituyen nuestro mérito. II. 140.
—las temporales cubren los bienes eternos á donde nos conducen. II. 119.
—Debemos procurar no afligirnos por nada. II. 139.
—En ellas con poco nos consolamos, porque de poco nos afligimos. I. 126.
—sentimientos que en ellas deben animarnos. II. 180.
Agitacion. El hombre busca el reposo por ella. I. 107.
Agradar (método de): difícil de demostrarse. I. 56.
Agudeza. No se debe juzgar de la capacidad de un hombre por la excelencia de una agudeza que se le oiga. I. 63.
Agustin (San) hablaba al corazon. I. 143.
Alegría que el mundo no puede dar ni quitar. II. 141.
—de los bienaventurados y de los cristianos. *Idem.*
Alejandro el Grande: sin saberlo trabajó por la gloria del Evangelio. II. 94.
—se imitan mas sus vicios que sus virtudes. I. 128.
—paralelo entre él y Cesar. I. 132.
Alianza antigua de Dios con los judíos. II. 70.
—figuraba la nueva de Jesucristo con los hombres, II. 71.
Alma: el entendimiento y el corazon son las puertas por donde recibe las verdades. I. 54.
—alojada en el cuerpo para hacer en él una mansion de pocos dias. I. 100.
—nada halla en sí que la contente. I. 101.
—nunca se ofrece simple á objeto alguno; sus diversas inclinaciones. I 130.
—nada hay simple de cuanto se le presenta. *Idem.*
—no puede mantenerse en los grande esfuerzos del espíritu. I. 141.
—difícil de probar su inmortalidad por razones naturales. II. 21.

—cristiana: su santidad, su grandeza, su humildad. II. 35.
—La duplicidad del hombre ha hecho admitir dos almas. II. 43.
—Miéntras dura la vida, importa saber si es mortal ó inmortal. II. 12 y 135.
—Indudable que es mortal ó inmortal. II. 155.
—Incomprensible que exista en el cuerpo; incomprensible que no la tengamos. II. 169.
—Padece y muere al pecado en la penitencia y el bautismo. II. 179.
—Que sea material no es cosa que esté fuera de duda. II. 169.
—Paralelo de la muerte del cuerpo con la del alma II. 180.
—Primeras inspiraciones de aquella que Dios se digna tocar. II. 199.
Amable: ninguno lo es como el verdadero cristiano. II. 46.
Amigos: utilidad de los verdaderos: importancia de su eleccion. I. 134.
—no es fácil elegirlos. *Idem.*
Amistades: pocas subsistirian si cada uno supiese lo que su amigo dice de él cuando no está presente. I. 81.
—Cuan frágil es la amistad de los hombres aun la de los príncipes. I. 129 á 130.
Amor: sus efectos son horribles. I 131.
—la comedia le hace nacer. II. 159.
—su violencia agrada al amor propio. *Idem.*
Amor propio y egoismo: su naturaleza es amarse á sí exclusivamente. I. 78.
—se opone á la verdad y á la justicia. II. 154.
—ninguna religion sino la cristiana ha advertido que fuese pecado el amor propio. *Idem.*
—Regla para el que debemos tenernos á nosotros mismos y al prójimo. II. 155 y 156.
—Dos amores criados en el hombre, uno para Dios y otro para sí. II. 176.
—Despues del pecado perdió el hombre el de Dios. II. 177.
—Su orígen. *Idem.*
—Natural y justo en Adan inocente; injusto en nosotros. *Id.*
—No debemos prescindir del que tenemos á la vida, pues nos viene de Dios; pero que sea á aquella para que nos le dió. II. 178.
Amor de Dios: recomendado á los judíos. II. 103.
—y del prójimo bastan para reglar la república cristiana. II. 133.
—Al mismo Dios es á quien debemos amar en nosotros. II 149.
—El que se debe á Jesucristo. II. 156 y 157.

—Injusticia de los que reconociendo que solo Dios merece ser amado, quieren serlo de los hombres. *Idem.*
Análisis: arte de descubrir las verdades incógnitas. I. 32.
Angel. El que quiera hacer de ángel hace de bestia. I. 142.
Angeles (los) ven la religion en el mismo Dios. II. 134.
Animales: la naturaleza los instruye á medida que la necesidad los estrecha. I. 28.
Antecristo. Elias y Henoch vendrán á combatirle, y prevalecerán contra él por sus milagros. II. 114.
—Paralelo entre los milagros de Jesucristo y los del Antecristo. II. 115.
Anteojos. Nos han descubierto seres que no se conocian. II. 148.
Antigüedad: respeto con que se la mira. I. 23.
Antiguos. En qué consiste su autoridad. I. 24.
—hallaron las ciencias en diseño. I. 25.
—procuremos excederlos imitándolos. I. 27.
—Sin menospreciarlos podemos mudar de sentimientos y opiniones. *Idem.*
—Mas carecieron de la dicha de la experiencia, que de la fuerza del raciocinio. I. 30.
—Idea que tenian de la *via lactea. Idem.*
Apego. Objetos diversos del apego de los hombres. I. 108 y 109.
—Es horroroso el apegarnos á los goces que pasan. II. 135.
Apetito concupiscible: desea con frecuencia. II. 182.
Apocalipsis: error de los que fundan profecías sobre este libro. II. 67 y 68.
Apostoles. Consideraciones sobre el carácter de estos hombres esgidos por Jesucristo. II. 36.
—Descubrieron el verdadero sentido de la Escritura antigua. II. 72.
—Jesucristo predijo lo que harian, y ellos lo hicieron. II. 85.
—Hombres sencillos y sin fuerza, resisten á todo el poder de la tierra. II. 86.
—Ni fueron engañados ni impostores. II. 91 y 92.
Archímedes: en qué es grande. II. 77 y 78.
Aristóteles: falsa idea que de él se forma. I. 133.
Arte de confrontar: asunto de un capítulo de los *Ensayos* de Montaigne: qué dice de él Pascal. I. 63.
Arte de persuadir. I. 52 y siguientes.
—Consiste tanto en agradar como en convencer. I. 56.
—Se compone de tres partes esenciales. I. 58.
Artesano que todas las noches se soñase rey; *quid?* I. 93.
Atanasio: cuando se le perseguia no era el gran santo coronado de gloria. II. 144.

Aumento (el) infinito encierra la division infinita. I. 51.
Austeridades de cuerpo: no bastan sin los buenos movimientos del corazon. II. 140.
Autor: todo lo que cede exclusivamente á favor suyo, nada vale. I. 133.
Autores: no estan obligados á decir cosas nuevas; pero si á presentarlas de una manera nueva. I. 141.
—Muchos de ellos dicen: Mi libelo, mi historia; debiendo decir: Nuestro libro, nuestra historia. II. 162.
Autores canónicos: ninguno se ha servido de la naturaleza para probar la existencia de Dios. II. 21.
Autoridad en materia de filosofia y teología. I. 23 y sig.
Aversion á la verdad: tiene diferentes grados. I. 80.
Axiomas (reglas para los). I. 59 y 61.

B.

Bajeza: de naturaleza, de penitencia. II. 48.
—falsa idea que se forma de la bajeza aparente de Jesucristo. II. 78.
Barjesu. Vease S. Pablo.
Belleza. El que por ella ama á una persona, ¿la ama? I. 118.
—Modelo de gracia y de belleza: en qué consiste. I. 144.
—poética *Idem.*
—del discurso: en que consiste. I. 145.
—Las falsas bellezas de Ciceron tienen admiradores. I. 146.
Bien. Aquel que quiera que se diga bien de él, no manifieete desearlo. I. 134.
—No podemos llegar á él por solo nuestros esfuerzos: nos lo prueba el ejemplo. II. 7.
—El verdadero debe ser tal, que todos á la vez puedan poseerle. II. 8.
—Inseparable del conocimiento de la verdadera religion. II 28.
—Desconocido de los antiguos filósofos. II. 39.
—El verdadero bien del hombre es Dios. Vease *Dicha, felicidad.*
Bien general: cualquier cuerpo debe propender á él. II. 154.
Bien público. En su obsequio muchos exponen su vida; por la religion pocos. I 119.
Bien puesto (el ser guapo y) es manifestar una persona en que se ocupan muchas. I. 116.
Bienes temporales: no pueden hacer la felicidad del hombre. I. 91.

—El ocultarlos es á veces uno de los deseos del corazon. I. 118.
—Dios privó á los suyos de estos bienes carnales y perecederos. II. 57.
—Por estos entendian los profetas los espirituales. II. 70.
—Son amables por cuanto con ellos se puede socorrer á los infelices. II. 162.
Buenas obras: son inútiles fuera de la Iglesia. II. 132.

C.

Caballero (un) crée que en la caza hay no sé qué de noble y grande. I. 106.
Caballo (un) no procura atraerse la admiracion de su compañero. I. 142.
Calumnia. Los milagros hacen que se distingan los calumniados de los calumniadores. II. 113.
Calvinistas: orígen de su error sobre la Eucaristia. II. 131.
Capacidad. No se debe juzgar de la capacidad por la excelencia de una palabra que se oiga. I. 63.
—no se necesita menos para ir hasta la nada que hasta el todo. I. 97.
Caprichos: cada uno tiene los suyos contrarios á su propio bien. I. 142.
Caras semejantes: algunas excitan la risa cuando se ven á un tiempo. I. 146.
Caridad (la) usa del mundo y goza de Dios. II. 61.
—Ella y la concupiscencia son los dos principios de la voluntad de los hombres. *Idem*.
—Es el único objeto de la Escritura. II. 74.
—Distancia de los espíritus á la caridad que es un don sobrenatural. II. 77.
—Todos los cuerpos y todos los espíritus unidos, no valen un movimiento de la caridad. II. 78 y 79.
—Su falta impide creer los verdaderos milagros. II. 116.
—No es un precepto figurativo. II. 148.
—Falsa imágen de la caridad. II. 164 y 165.
—Es la puerta de la Escritura santa. II. 167.
Carnales (las cosas) servian de figuras á las verdades espirituales. II 58.
Cartas provinciales. „Si han sido condenadas en Roma, en el cielo se ha condenado lo que en ellas condeno." II. 160.
—Respuestas de Pascal á varias preguntas sobre esta obra. II. 160 á 162.

Cartujo. Diferencia entre este y el soldado en cuanto á la obediencia. II. 148.
Castidad. Pocos hombres hablan de ella castamente. I. 124.
Catecúmenos: su fervor. II. 197.
Católicos. Los milagros hacen distinguir á estos de los herejes. II. 113.
—Cómo son ortodoxos. II. 131.
Ceguedad y miseria del hombre: cuan espantosa es. II. 50.
—Dos especies de deguedad dividen á los hombres. II. 155.
—Jesucristo vino para iluminar á unos y cegar á otros. II 99.
Ceremonias: no se deben desechar ni poner en ellas una vana esperanza. II. 150.
Cero: no es del mismo género que los números. I. 50.
—es un indivisible de número. *Idem*.
César: paralelo entre él y Alejandro. I. 132.
Charlatanes: por qué se les crée. II. 116.
Chistes (decidor de) hombre de mal carácter. I. 125.
Cielo: su camino está lleno de tribulaciones é inquietudes. II. 140.
Ciencia. Incapacidad en que se halla el hombre de tratar de ninguna en órden absolutamente cumplido. I. 35.
—no puede hacer la dicha del hombre. I. 101.
—Los hombres no se vanaglorian de saber sino la única que no aprenden. I. 129.
—Diferencia entre la de las cosas exteriores y la de las costumbres. I. 131.
—de la Escritura santa, es la ciencia del corazon. II. 167.
Ciencias: infinitas en la extension de sus indagaciones. I. 94 y 95.
—tienen dos extremidades que se tocan. II. 96.
—El estudio de las abstractas no es el propio del hombre. I. 126.
Cineas. Consejo que daba á Pirro. I. 107.
Circuncision del corazon: recomendada y prometida en los libros del Antiguo Testamento. II. 102 y 103.
—carnal: por qué la abolieron los apóstoles. II. 133.
Ciro y Dario: trabajan sin saberlo por la gloria del Evangelio. II. 94.
Cisma: está señalado por el error, mas que el milagro por la verdad. II. 123.
Cismáticos: aun cuando hiciesen milagros no inducirian á error. *Idem*.
Cleopatra. Si hubiese sido mas pequeña su nariz, la faz de la tierra habria mudado. I. 132.

Cobarde. Nada es mas cobarde que echarla de valiente con Dios. II. 19.
Cojo (un) no nos irrita; pero sí un entendimiento que cojea. I. 115.
Combate: es el que nos agrada, y no la victoria. I. 128.
Comedia: la mas peligrosa de todas las diversiones. II. 159.
—agita y produce las pasiones. *Idem.*
Compasion para con los infelices: nada cuesta ni es de un mérito grande. I. 129.
Comunicacion del hombre con Dios. I. 65.
Comunidades naturales y civiles. Si sus miembros propenden al bien del cuerpo, deben propender al de otro cuerpo mas general. II. 154.
Conciencia. Diferencia entre el reposo y la seguridad de conciencia. II. 137.
—Peligro de los falsos principios de conciencia. II. 151.
Concupiscencia: usa de Dios y goza del mundo. II. 61.
—Constituye la fuerza de los reyes y de los grandes. I. 167.
—es de tres especies, lo que formó tres sectas. II. 8.
—es una de nuestras principales enfermedades. II. 40.
—ha venido á ser una segunda naturaleza en el hombre. II. 41.
—La oracion es el principal remedio contra ella. II. 28.
—impide rendirse á las pruebas de la Religion. II. 136.
—Cuanto existe en el mundo es concupiscencia de la carne ó de los ojos, y soberbia de vida, y estos tres torrentes abrasan la tierra. II. 147.
—nos hace aborrecibles. II. 149.
—Se ha procurado hacerla servir al bien público; falsa imágen de la caridad. II. 164 y 165.
—y fuerza: fuentes de todas nuestras acciones puramente humanas. II. 157.
—la de los judíos les ocultaba el sentido espiritual de las profecías. II. 61.
Condenados: su confusion al verse condenados por su propia razon. II. 132.
Condicion: si la nuestra fuese feliz, no seria menester distraernos para no pensar en ella. I. 126.
—del hombre: inconstancia, disgusto, inquietud. I. 131.
—deplorable la nuestra: experimentamos sin cesar sus efectos. II. 46.
Condiciones: ningun lazo natural une el alma ni el cuerpo á una mas que á otra. I. 163.
—las mas acomodadas segun el mundo son las mas difíciles segun Dios. II. 145.

Conducta de Dios para la salvacion de las almas. II. 179.
Confesion: ha sublevado contra la Iglesia gran parte de la Europa. I. 80.
—Unos se acercan á ella confiados, y otros temerosos. II. 146.
Conformidad (acto de) con la voluntad de Dios. II. 192.
Confusion monstruosa de excelencia y de miseria. II. 46.
Conocimiento: qué es lo que nos importa conocer. II. 45.
—qué es conocer á Dios como cristiano. II. 107 y 108.
—de nuestro ser: no podemos llegar á él, sino por el simple sometimiento de la razon. II. 134.
Consecuencias: unos las deducen bien de pocos principios; otros de muchos. I. 136.
Consuelo. Con poco nos consolamos, porque poco es menester para afligirnos. I. 126.
—no debemos buscarle en nosotros, sino en Dios. II. 170.
Consuelo: solo en la verdad se halla. II. 171.
—el de la gracia debe sobreponerse á los sentimientos de la naturaleza. II. 180.
—Oracion para pedirlo á Dios en las enfermedades. II. 182.
Contradiccion: no es señal de mentira. I. 94.
Contrariedades extrañas de la naturaleza del hombre. II. 3.
Convencer (método de): en qué consiste. I. 56.
Conversacion interior del hombre: peligrosa y útil. II. 148.
Conversaciones: forman ó corrompen el espíritu y los sentimientos. I. 142.
Conversion: en qué consiste la verdadera. II. 48 y 49.
—La de los paganos estaba reservada á la gracia del Mesías. II. 80.
—Quién merece hacer la de los que no siguen la verdadera religion. II. 132.
—Falsas ideas que de ella se forman los hombres. II. 152.
Convertidos (los): son colaboradores de la madre que los ha libertado. II. 132.
Corazon: tiene su órden diferente del del espíritu. I. 143.
—Tiene sus razones que la razon no conoce. II. 127.
—Sus buenos movimientos son los que merecen y sostienen sus penas del cuerpo y del espíritu. II. 140.
—Los hombres le confunden frecuentemente con su imaginacion. II. 152.
—El, y no la razon, es el que siente á Dios. *Idem.*
—Seria yo bienaventurado si el mio fuese tan pobre como lo es mi espíritu. II. 162.
Correccion: cómo se debe corregir si quiere hacerse con provecho. I. 127.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cosas (buenas): nada es mas comun. I. 67.
—No buscamos á ellas, sino su investigacion. I. 129.
Costumbre: hace los soldados, los albañiles, &c. I. 84.
—La suele arrastrar la naturaleza. *Idem.*
—Hace la equidad. I. 86 y 87.
—Peligro de examinarla cuando se halla establecida. *Idem.*
—diferente, dará otros principios naturales. I. 91.
—Es segunda naturaleza. *Idem.*
—Debe seguirse cuando está establecida. I. 131.
—Sus ventajas: hace mas fuertes nuestras pruebas. II. 27.
Creacion: su memoria conservada y testificada por Moises. II. 65.
Crédito: quien lo dispensa. I. 83.
Creencia: arrastrada por la voluntad. I. 89.
—Lo habitual nos hace creer cosas que nuestro entendimiento no podria demostrar. I. 27.
—fundada en la conviccion del entendimiento, no basta sin la del corazon. II. 49.
—La creencia en los milagros no necesitaba precepto. II. 117.
—Dimana de tres fuentes: la razon, la costumbre y la inspiracion. II. 150.
—Cómo la exige Dios. II. 151 y 152.
Criaturas: todas afligen al hombre: le tientan ó le dominan. II. 41.
—Cuándo son enemigas de los justos. II. 71.
—Es pernicioso el apego á ellas. II. 153.
—No son la primera causa de nuestros males. II. 170.
Cristianismo (el): es extraño, y por qué. II. 45.
Cristiano: no hay quien sea tan racional ni tan feliz como el verdadero. II. 46.
Cristianos: necesitan poco de las lecturas filosóficas. I. 159.
—Falsas ideas de los carnales sobre el Mesías. II. 64.
—Ideas justas de los verdaderos. *Idem.*
—Paralelo entre los cristianos, los judíos y los paganos. II. 64 y 65.
—Los verdaderos, y los verdaderos judíos, no tienen sino una misma religion. II. 101.
—Deben reconocer á Dios en todas las cosas. II. 119.
—No pueden dar razon de su religion. II. 126.
—Mas perseguidos que los judíos y los paganos. II 136.
—Su vida no es una vida de tristeza. II. 140.
—Todo lo que sucede á la Iglesia sucede á cada cristiano. II. 142.
—Han sido los únicos sujetos á tomar sus reglas fuera de sí

mismos. II. 150.
—llamados á estar sujetos, son los hijos libres. II. 151.
—Comparacion de los antiguos con los de hoy. II. 194.
—en otro tiempo muy instruidos; actualmente en una horrorosa ignorancia. II. 195.
—Admitidos á la Iglesia, rara vez recaian antiguamente en los vicios del mundo. *Idem.*
Crumwel: circunstancias de su muerte. I. 85.
Cruz: los milagros disciernen entre las tres cruces. II. 113.
Cuerpo humano: imperceptible en el seno del universo, y coloso respecto de la última pequeñez. I. 70 *y sig.*
—Los de los santos estan mas vivos á los ojos de Dios, que lo estaban ántes de haber muerto á los de los hombres. II. 143.
—muerto, no debe considerarse como un cadáver infecto, sino como templo del Espíritu Santo. II. 175 y 176.
—muere á esta vida mortal, para resucitar á nueva vida el dia del juicio. II. 179.
Cuerpos: su distancia infinita á los espíritus; figura la distancia infinitamente mas infinita de los espíritus á la caridad. II. 77.
—es imposible sacar de ellos el menor pensamiento. II. 79.
Cumplimientos: sus inconvenientes. I. 133 y 134.
Curiosidad: no es mas que vanidad. I. 78.
—inquieta, una de las principales enfermedades del hombre. I. 142.

D.

Daniel: equívoco sobre la duracion de las setenta semanas. II. 90.
Darío. Véase Ciro.
David. Una palabra de David ó de Moises, da á conocer su espíritu. II. 145.
Deber: hay uno recíproco entre Dios y los hombres. II. 112.
—lo es no afligirse por nada. II. 139.
—lo es del hombre el pensar como debe. II 153.
Deberes: diferentes segun los diferentes méritos. I. 122.
—para con los grandes: en qué consisten. I. 165.
Debilidad: del hombre y de su razon. I. 81.
—Fundamento admirablemente seguro. I. 113.
Definicion: qué es. I. 33.
—de nombre. I. 33.–39.
—Su utilidad. I. 33.

—Ejemplo. *Idem.*
Definiciones: son muy libres. I. 33 y 34.
—de ciertos términos producirian mas oscuridad que instruccion. I. 36.
—Se inventaron para designar las cosas que se nombran. I. 37.
—de cosa. I. 39.
—Su diferencia. *Idem.*
—En las demostraciones es menester sustituirlas siempre mentalmente en lugar de los definidos. I. 58, 60 y 61.
—no emplear en ellas sino voces perfectamente conocidas. *Idem*
Deismo: se halla casi tan distante de la Religion cristiana, como el ateismo, del todo opuesto á ella. II. 33.
—Caen en él los que buscan á Dios sin Jesucristo. II. 108.
Delicias momentáneas (las): encubren los males eternos que ocasionan. II. 119.
Demonios: Jesucristo no quiso su testimonio. II. 143 y 144.
Demostracion: no es el único medio por el cual se obra la persuasión. II. 27.
Demostraciones (reglas para las): I. 59-61.
—Las mas excelentes, en qué consistirian. I. 32 y 33.
—Hay pocas cosas demastradas. II. 27.
Dependencia: se advierte hasta en los príncipes y grandes capitanes. II. 149.
Desarreglo: cómo engaña á los que se entregan á él. I. 119.
—De cuantos le siguen, ninguno crée seguirle. I. 126.
Descansar (el) fuera de tiempo, cansa. I. 145.
Descártes: uno de los principios de su metafisica. I. 64.
—Reconoce la mano de Dios en la creacion del universo. I. 146.
Deseo: nos ha quedado el de la verdad y la dicha para castigarnos. II. 9.
Deseos: nos figuran un estado feliz. I. 111.
Desesperacion: de los ateos que conocen su miseria sin redentor. II. 34.
—á que está el hombre expuesto cuando considera su miseria y no considera su remedio. II. 44.
—La verdadera Religion abate al hombre sin desesperarle. *Id.*
—La miseria conduce á la desesperacion. II. 45.
—El hombre se halla entre los dos peligros de la desesperacion y del orgullo. II. 45 y 46.
Desgraciados: compadecerlos sin ayudarles no es gran mérito. I. 129.

Desigualdad: necesaria entre los hombres. I. 118.
Desproporcion: no la hay tan grande entre la unidad y el infinito, como entre nuestra justicia y la de Dios. II. 22.
Desventuras (las) que suceden á los escogidos, son efectos de la misericordia de Dios. II. 182.
Diálogos y discursos: lo que es menester poder decir á los que se ofenden escuchándolos. II. 168 y 169.
Dicha: no está en nosotros ni fuera de nosotros: está en Dios y en nosotros. I. 76.
—no se encuentra sino en el reposo. I. 107.
—no se halla en las diversiones. I. 123.
—Nada hace la voluntad que no se dirija á ella. II. 6.
—La buscamos y solo encontramos miseria. II. 9.
—Tenemos idea de ella, y no podemos alcanzarla. II 41 y 42.
—Vestigios de la dicha de que el hombre ha decaido. II. 42.
Diferencia: grande entre reposo y suguridad de conciencia. II 137.
Dignidad del hombre: en qué consistia, y en qué consiste. II. 130.
Diluvio: milagro que prueba que Dios tenia el poder y la voluntad de salvar al mundo. II. 30.
Dimensiones: tres en el espacio. II. 5.
Dios: su muerte, remedio del pecado. I. 159.
—Rey de caridad. I. 167.
—Solo él puede hacer la felicidad del hombre. II. 9.
—Ocultándose á los hombres, ha puesto en su Iglesia señales para darse á conocer. II. 11.
—No le conocerán sino los que le buscan de todo corazon. *Idem.*
—Aun cuando fuese dificil probar su existencia, lo mas ventajoso seria creerla. II. 20.
—Si hay uno, infinitamente incomprensible por las luces naturales. *Idem.*
—Su existencia dificil de probar por razones naturales. II. 21.
—Pruebas de su existencia. II. 22 y 23.
—Su secreto bajo el velo de la naturaleza. II. 97.
—no se manifiesta á los hombres con toda la evidencia que pudiera hacerlo. II. 34.
—Nuestra felicidad es ser suyos, y nuestra única desdicha estar separados de él. II. 38.
—Lo que su sabiduría nos dice en la Religion cristiana. II. 39.
—No sabe el hombre qué es. II. 47.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Lo que somos, solo de él lo podemos saber. *Idem.*
—único bien del hombre. II. 75.
—Su designio de ocultarse á unos y descubrirse á otros. II. 96.
—Cómo se manifestará en el último dia de los tiempos. *Idem.*
—Cuando vino á salvarnos se manifestó lleno de dulzura. *Idem.*
—visible á los que le buscan. II. 98.
—Su designio mas es perfeccionar la voluntad que el espíritu. *Idem.*
—ni se descubre en todo, ni se oculta en todo. *Idem.*
—Su abandono se manifiesta en los paganos, su proteccion en los judíos. *Idem.*
—No se le conoce útilmente sino por Jesucristo y la Escritura. II. 105 y 106.
—de los paganos—de los judíos—de los cristianos. II. 107.
—Qué es menester para conocerle como cristiano. II. 108.
—Es inútil buscarle sin Jesucristo. *Idem.*
—puede tentar; mas no inducir á error. II. 113.
—no sale del secreto de la naturaleza sino para excitar nuestra fe. II. 118.
—Mas fácil de conocerle invisible que visible. *Idem.*
—Le conocen dos clases de personas. II. 136.
—¿Es imposible que sea infinito sin partes? II. 127.
—jamas abandona á los suyos. II. 143.
—qué descubre en sí para cegar las fuentes de nuestros pecados. II. 146.
—Solo de él debemos hablar. II 148.
—Unos temen perderle y otros hallarle. II. 151.
—no pretende que sin hacer uso de la razon le sometamos nuestra creencia—no pretende tampoco darnos razon de todo, ni sujetarnos tiránicamente. *Idem.*
—No hay mas que tres clases de personas que le sirvan. II. 152.
—Si existe, solo á él se debe amar. II. 153.
—Solo atiende al interior. II. 158.
—absuelve desde que ve en el corazon la penitencia. *Idem.*
—puede formar una Iglesia interior del todo pura. *Idem.*
—Es indigno de él unirse al hombre miserable; mas no lo es sacarle de su miseria. II. 165.
—nunca abandona á sus escogidos al capricho de la casualidad. II 170.
—Todo lo que no es él, no puede llenar los deseos de un cristiano. II. 185.

Discurso: digresiones que admite. I. 145.
Disgusto: prueba de la miseria y corrupcion del hombre, y al mismo tiempo de su grandeza. I. 110 y 111.
—el mal mas sensible del hombre, y su mayor bien al mismo tiempo. *Idem.*
Disputas: cuál es su orígen. I. 90.
—se gusta de ver en ellas el choque de las opiniones. I. 128.
Distinciones exteriores entre los hombres: se ha hecho bien en establecerlas, y por qué. I. 113.
Diversiones: su origen y su peligro. I. 100.
—Sin ellas y sin ocupacion no hay felicidad en los que obran por los movimientos que sienten en sí mismos. I. 103.
—por qué agradan á tantos. I. 105.
—ménos racionales que el disgusto. I. 108.
—no solamente despreciables, sino tambien falsas y engañosas. *Idem.*
—no alivian nuestros males sin causarnos una miseria mas efectiva. I. 110.
—no hacen nuestra dicha. I. 123.
—estan sujetas á turbarse por mil accidentes. *Idem.*
—Son peligrosas para la vida cristiana. II 159.
Division: las partes por pequeñas que sean, pueden ser divididas tanto como el firmamento. I. 46. Véase Aumento, Indivisible.
Divisiones en la Iglesia: se deciden por los milagros. II. 112.
Divisiones y subdivisiones de los filósofos. I. 126 y 127.
Doctores. Por qué se quiere que los graves sean infalibles. II. 164.
Doctrina de los judíos: debe distinguirse de la de su ley. II. 63.
—Es menester juzgar de la doctrina por los milagros, y de los milagros por la doctrina. II. 109.
Dogmatistas: orígen de sus extravíos. II. 3.
—insuficiencia de su doctrina II. 4.
—la razon los confunde. II. 6.
Duda: pocos hablan de la duda dudando. I. 124.
—en las importantes es menester buscar la verdad. II. 14.
—los que gimen en ella merecen compasion. II. 12.
—es menester saber dudar. II. 47.
—Su riesgo obliga á buscar la verdad. II. 135.

E.

Efectos. Los que los ven sin ver las causas, qué son. I. 115.
Ejemplos: cuán peligrosos son. I. 128.
—Cómo sirven para probar. I. 139.
Egipcios antiguos: su religion tan inadmisible como las demas: por qué. II. 52.
Egoismo (el) es odioso: quiere que como un centro se refiera todo á él. I. 125.
—Cada egoista es un enemigo que quisiera tiranizar á todos. *Idem.*
—de ciertos autores. II. 162.
—La piedad cristiana le anonada; la civilidad humana le oculta y le suprime. *Idem.*
Elías: los milagros discernen entre él y los falsos profetas. II. 114.
Elocuencia: debe unir lo verdadero á lo agradable. I. 145.
—la verdadera se burla de la falsa. I. 146.
—la falsa de Ciceron tiene sus admiradores. *Idem.*
—en qué consiste la verdadera. II. 166.
—es una pintura del pensamiento. II. 167.
Encarnacion (la): manifiesta al hombre la grandeza de su miseria. II. 45.
—Secreto de Dios en este misterio. II. 118.
Enemigo: qué entienden los justos y los carnales por esta palabra. II. 61.
Enfermedad (la): quita la ciencia. I. 91.
—Estado natural de los cristianos: por qué. II. 163.
Enfermedades: principio de error: corrompen el juicio y el sentido. I. 89.
—Las principales son el orgullo y la concupiscencia. II. 40.
—Oracion para pedir á Dios el buen uso de ellas. II. 182.
Entendimiento y voluntad: son las dos puertas por donde las opiniones se introducen en el alma. I. 52.
—se introducen en el alma. I. 2.
—á falta de objetos verdaderos, se adhieren á los falsos. I. 141.
—A medida que hay mas entendimiento, se encuentra mayor número de hombres originales. I. 136.
Epaminondas: su carácter. I. 125.
Epicteto: comparado con Montaigne. I. 147.
—uno de los filósofos que han conocido mejor los deberes del hombre. *Idem.*
—Exposicion de su doctrina. *Idem.*

—quiere que el hombre considere á Dios como su principal objeto. *Idem.*
—quiere tambien que sea humilde. I. 148.
—se extravía en la presuncion de lo que puede el hombre: qué dice sobre esto. *Idem.*
—sus orgullosos principios le conducen á otros errores. *Idem.*
—Combatiendo la pereza, conduce al orgullo. II. 160.
—debe leerse con mucha discrecion. *Idem.*
—lease leyendo á Montaigne como correctivo uno de otro. *Idem.*
—y sus secuaces creen que solo Dios debe ser amado y admirado. II. 157.
Epicúreos: Montaigne es su mas grande defensor. I. 156.
—su sistema. *Idem.*
—Orígen de sus errores. I. 157.
—Se ven obligados á ceder á la verdad de la revelacion. I. 158.
—Origen de sus extravíos. II. 44.
Errar (el método de no): es buscado diligentemente por todos, y le consiguen solamente los geómetras. I. 66.
Error: tiene diferentes principios: la imaginacion. I. 85, 88 y 89; las enfermedades, *idem;* la opinion ó la fantasía, I. 82; la voluntad, I. 89; el interes, *idem;* el afecto ó el odio, *idem*; las impresiones antiguas. 90.
—Dios no puede inducir á los hombres á error. II. 113.
—jamas ha habido verdaderos milagros en su apoyo. II. 114.
—de los que siguen una verdad excluyendo otra. II. 131.
Errores del hombre: no pueden disiparse sin la gracia. I. 99.
Escogidos: hay suficiente claridad para iluminarlos, y bastante obscuridad para humillarlos. II. 57.
—Todo cede en su bien. II. 98.
—En el tribunal de Jesucristo ignorarán sus virtudes. II. 143.
Escritura Santa: no despreciarla, y por qué. II. 22.
—Sus maravillas, su grandeza, su sublimidad..... la sencillez admirable de su estilo. II. 35 y 36.
—lleva consigo un carácter de verdad innegable. *Idem.*
—El velo que la cubre á los judíos carnales, la oculta igualmente á los malos cristianos. II. 64.
—Autenticidad de la historia contenida en sus primeros libros. II. 65.
—la del Antiguo Testamento es de doble sentido. II. 69.
—Los apóstoles nos han descubierto el verdadero. II. 71 y 72.
—Su verdadero sentido es aquel en que convienen todos los

pasages opuestos. II. 73.
—Origen de sus contrariedades. *Idem.*
—Se le debe buscar un sentido que las acuerde. *Idem.*
—Su objeto único es la caridad. II. 74.
—Observaciones sobre las obscuridades y claridades que ofrece. II. 99.
—Secreto de Dios en el doble sentido que presenta. II. 118.
—Se la atacaba sin razon sobre lo que dice del gran número de las estrellas. II. 148.
—No es ciencia del entendimiento sino del corazon. II. 167.
—No es inteligible sino para los que tienen un corazon recto. *Idem.*
Esfera infinita, cuyo centro esta en todas partes, y en ninguna su circunferencia. I. 69.
Esfuerzos del espíritu. I. 141.
—contrarios de Dios y de la concupiscencia. II. 138.
Espacio: por grande que sea se puede concebir otro mayor, y así hasta lo infinito. I. 42.
—no está compuesto de cierto número finito de indivisibles. I. 45.
—el menor tiene tantas partes como el mayor. I. 46. Véase *Movimiento.*
—sus tres dimensiones. II. 5.
Espíritu: es menester disminuir algo su tension; pero. I. 119.
—de exactitud, de geometría, de sutileza. I. 137.
—Se forma y se corrompe, como el sentimiento, por las conversaciones. I. 142.
—tiene su órden; el del corazon es diferente. I. 143.
Espíritus: casi todos los filósofos les atribuyen lo que pertenece á los cuerpos. I. 98.
—son de diversas clases, y cada uno debe reinar en su esfera sin salir fuera de ella. I. 130.
—los falsos no son jamas ni sutiles ni geómetras. I. 139.
—su distancia infinita á la caridad. II. 77.
Espíritu Santo: por él juzgan los apóstoles de la ley de la circuncision. II. 133.
—descansa invisiblemente sobre las reliquias de los santos. II. 143.
Establecimiento del pueblo judío: imágen visible de los milagros invisibles. II. 56.
Estado actual del hombre: difiere del de su creacion I. 157.
—Relato de ambos estados. *Idem.*
—Conocidos separadamente, conducen al orgullo ó la pereza. *Idem.*

—Estado violento del hombre que ve demasiado para negar, y demasiado poco para vivir seguro. II. 51.
—Estado republicano: seria un grave mal pretender convertirle en monárquico, y al contrario. II. 165 y 166.
Estados: el arte de trastornarlos es alterar las costumbres establecidas. I. 87
Estilo: gracia del natural. I. 145.
Estimacion: hace la felicidad de los hombres. I. 74.
—no se busca en las ciudades por donde solo se transita. I. 78.
—debemos merecer la que deseamos. I. 117.
Estoicos: volved á entrar, dicen, dentro de vosotros mismos. I. 75.
—y Epícteto: sus sistemas. I. 156.
—Origen de sus errores. I. 157.
—sus falsos raciocinios. II. 8.
Estudio del hombre: pocos se aplican á él. I. 126.
Eternidad: cuánto la disminuye nuestra imaginacion. I. 85.
—cuán importante es pensar en ella. II. 14.
Eucaristía: secreto de Dios en este misterio. II. 118.
—figura de la cruz y de la gloria. II. 131.
—por qué se les administraba á los difuntos, y por qué no se les administra ya. II. 176.
Euclides: excluyó la unidad de la significacion de la palabra *número.* I. 48.
—su definicion de las magnitudes homogéneas. *Idem.*
Eutiquianos: en qué erraban. II. 131.
Evangelio: los mismos paganos han contribuido á su gloria. II. 94.
Evangelistas: observaciones sobre el modo que hablan de Jesucristo. II. 80.
—su estilo admirable. II. 92.
Excelencia: sentimos en nosotros caracteres indelebles de ella. II. 46.
Excepcion: es un mal grave el seguirla en lugar de la regla. I. 141.
Excusa: muchas veces peor que el insulto. I. 133.
Existencia: queremos gozar de una imaginaria en la idea de los otros. I. 176.
Exterior: se ha hecho bien en distinguir á los hombres por él. I. 113.
Extremos: nos son siempre nocivos. I. 72.
Ezequiel: hablaba de Israel como los paganos; y de aquí mismo sacaba su mayor fuerza contra Israel. II. 151.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

F.

Falsa gloria: señal de miseria y de bajeza. I. 74.
—señal de excelencia. *Idem.*
Falsedad. Véase *Contradiccion.*
Falso: como se adhieren á lo falso el entendimiento y la voluntad. I. 141.
Fantasía y opinion: maestra de error. I. 82.
—ha establecido en el hombre una segunda naturaleza. I. 83.
—y caprichos de los pueblos: modelos adoptados por los legisladores en lugar de la justicia. I. 120.
—semejante y contraria á la impresion. I. 140.
Fariseos: los milagros discernen entre Jesucristo y los fariseos. II. 114.
—y Escribas: se escandalizaban de los milagros de Jesucristo, y se esforzaban en probar que eran diabólicos. II. 124.
Fe: sin ella jamas ha llegado nadie á ser dichoso. II. 6 y 7.
—solo se dirige á establecer dos cosas: la corrupcion de la naturaleza, y la redencion de Jesucristo. II. 16.
—se le debe someter la razon. II. 48.
—Es superior á los sentidos, no contraria. *Idem.*
—Consiste en Jesucristo y en Adan. II. 127.
—es inútil para salvarse sin la religion del corazon. II. 134.
—sin inspiracion no la admite la Religion cristiana. II. 150.
—perfecta: en que consiste. II. 152.
—resplandece con mas brillo conduciendo á la inmortalidad por las sombras de la muerte. II. 179.
Felicidad de los hombres: consiste en la estimacion. I. 74.
—lánguida sin divertirse ni ocuparse. I. 103 y 104.
—Contrariedades asombrosas en el hombre respecto de ella. II. 6.
—El hombre la gozaria seguramente si no se hubiese corrompido. II. 41.
—Todos aspiran á ella, y solo difieren en el objeto en que la hacen consistir. II. 132.
Feliz: no es serlo el poder alegrarse con las diversiones I. 123.
—todos los hombres desean serlo. II. 6.
—ninguno lo es sino el verdadero cristiano. II. 46.
Figura: la naturaleza lo es de la gracia. II. 57.
—Entre lo judios la verdad solo era una figura. II. 63.
—se hizo de la verdad, y la verdad se reconoció por la figura. *Idem.*

—Diversas especies de figuras. II. 67.
—Por qué los profetas hablaron en figuras. II. 68.
—José, figura de Jesucristo. *Idem.*
—subsistió hasta que llegó la realidad. II. 69.
—La gracia, figurada por la ley, figura la gloria á que conduce. *Idem.*
Filosofía. Es filosofar burlarse de ella I. 146.
—conduce insensiblemente á la teología. I. 159.
—la de Descártes no vale una hora de trabajo. II. 169.
Filósofos antiguos: casi todos confundieron las ideas de las cosas. I. 98.
—de qué pueden servir sus divisiones y subdivisiones. I. 126 y 127.
—falsa idea que de ellos se forma. I. 133.
—Por mas que digan: Entrad en vosotros de nuevo y hallaréis vuestra dicha, no se les da crédito. II. 8.
—á veces tuvieron sentimientos conformes hasta cierto punto con los del cristianismo. II. 35.
—jamas reconocieron por virtud la humildad. *Idem.*
—Insuficiencia de su doctrina. II. 39.
—ignoraron el verdadero bien. *Idem.*
—no conocieron el verdadero estado del hombre. II. 44.
—no prescribian sentimientos proporcionados á sus dos estados. II. 46.
Fin (último): cuan importante es conocerle. II. 12.
—es el que da el nombre á las cosas. II. 61.
Finito: nada puede fijarle entre los dos infinitos. I. 95.
—La sola comparacion que hacemos á lo finito de nosotros, nos es dura y molesta. I. 96.
—Se anonada á presencia del infinito. II. 22.
Finitos: todos son iguales. I. 96.
Formalidades y ceremonias: es supersticion poner en ellas la esperanza, II. 150.
Fuerte: es necesario que lo mas fuerte sea seguido. I. 121.
Fuerza: es perpetuo su imperio: es el tirano del mundo. I. 113.
—calidad palpable: justicia: calidad espiritual. I. 121.
—sin la justicia es tiranía. *Idem.*
—no admite disputa. *Idem.*
—solo es árbitra de las acciones exteriores. I. 130.
—y amenazas: no establecen la religion sino el terror. II. 127.
—reina del mundo. II. 168.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

G.

Genealogía de Jesucristo en el Antiguo y Nuevo Testamento II. 100.
Genealogías: cuidado que tenian de conservarlas los antiguos. II. 66.
—de San Mateo y San Lúcas. 2. 100 y 101.
Generaciones: su multitud es la que obscurece las cosas. II. 65.
Genios (grandes): su carácter. 2. 77.
Geometras: enseñan el verdadero método de conducir la razon. I. 66.
—fuera de su ciencia no hay verdadera demostracion. *Idem.*
—serian sutiles si tuviesen la vista perspicaz. I. 138.
—se hacen ridículos queriendo tratar geométricamente las cosas sutiles. I. 139.
Geometría: reflexiones sobre ella en general. I. 32.
—ha explicado el arte de descubrir las verdades incógnitas. *Idem.*
—demuestra las verdades conocidas. I. 32.
—lo que la excede nos excede. *Idem.*
—no define el espacio, el tiempo &c. I. 39.
—todo lo que propone está demostrado. I. 37.
—todos sus términos son perfectamente inteligibles. I. 40.
—define únicamente lo necesario. *Idem.*
—Si no define ni demuestra todo, es por ser esto imposible. *Idem.*
—no puede definir los objetos, ni probar los principios. I. 42
—no considera sino figuras muy sencillas. I. 57.
—Fuera de ella casi no hay verdades sobre las cuales se pueda quedar siempre de acuerdo. *Idem.*
—en qué difiere de la lógica. I. 65.
—infinita en la multitud de sus proposiciones. I. 95.
—comprende un gran número de principios. I. 136.
Gloria: se ama en todas las cosas. I. 77.
—los que escriben contra ella aspiran á la de haber escrito bien. *Idem.*
—la gracia es su figura, y conduce á ella. II. 69.
Gouffier, duque de Roannez. Avisos que le da Pascal. I. 161.
Gracia: la naturaleza es una imágen de ella. II. 57.
—figura de la gloria. II. 69.
—figurada por la ley. *Idem.*
—La conversion de los paganos estaba reservada á la gracia del Mesias. II. 80.

—permanecerá siempre en el mundo. II. 132.
—hace abrazar las pruebas de la Religion. II. 136.
—Dios quiere que la juzguemos por la naturaleza. II. 139.
—ella sola puede hacer de un hombre un santo. II. 164.
Grande (un) qué es. I. 164 y siguientes.
Grandes: diversos modos de considerarlos. I. 112.
—padecen los mismos accidentes que los pequeños: en qué difieren. I. 127 y 128.
—por elevados que se hallen estan unidos al resto de los hombres, y sujetos á las mismas flaquezas. *Idem.*
—Reflexiones sobre su condicion. I. 161.
—Su nacimiento y sus títulos dependen de una pura casualidad. 162.
—Sus títulos no se fundan en la naturaleza sino en un establecimiento humano. 163.
—Deben sus bienes solamente á un concurso de acasos. *Idem.*
—Deben tener un pensamiento doble. *Idem.*
—Causa de su violencia y fiereza. 164.
—Reyes de concupiscencia. 167.
Grandes (hombres): sus vicios son el cabo por donde estan unidos con el pueblo. I. 128.
Grandeza: para gozarla es preciso desprenderse de ella algunas veces. I. 132.
—inspira la soberbia. II. 45.
—de los hombres de entendimiento se oculta á los ricos, á los reyes, &c. II. 77.
—del hombre. I. 73.
—se concluye de su miseria. II. 10.
—del alma humana: en qué consiste. I. 123 y 126.
Grandezas: las hay de dos suertes. I. 164 y 165.
—de establecimiento: dependen de la voluntad de los hombres. *Idem.*
—naturales: son independientes de la voluntad de los hombres. *Idem.*
—qué es debido á cada una. *Idem.*
Griegos: sus extravíos ántes de Jesucristo. II. 31.
—los antiguos legisladores griegos se aprovecharon de la ley de los judíos. II. 54.
Guerra: un tercero indiferente deberia juzgar si debe hacerse. I. 122.
—que el hombre sufre por toda su vida. II. 138.
—entre la gracia y la concupiscencia es paz delante de Dios. *Idem.*
—intestina en el hombre entre la razon y las pasiones. II. 154.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—cual es la mas cruel que Dios puede hacer á los hombres. II. 158.
—civil: el mayor de los males. I. 112.
Gusanos: con cuan poca abyeccion se iguala el cristiano á los gusanos de la tierra. II. 46.

H.

Hensch: transmitió la promesa del Mesías hecha á Adan. I. 30.
Hereges: nos dan en rostro con una sumision supersticiosa. II. 48.
—solo ven el pan en la Eucaristía. II. 119.
—los milagros les serian inútiles. II. 123.
—origen de sus objeciones y de sus errores. II. 131 y 132.
—Convienen en que la Eucaristía es representativa; niegan la presencia real *Idem.*
Heregía sobre el modo de explicar la palabra *omnes*. II. 164.
Heregías: su origen es la exclusion de ciertas verdades. II. 131.
—Medio de impedirlas é impugnarlas. II. 132.
Hermosura. Véase Belleza.
Heródes: obró sin advertirlo para gloria del Evangelio. II. 94.
Hipócritas: bien disimulados la Iglesia los tolera. II. 158.
—no pueden engañar á Dios. *Idem.*
Historia que no es contemporánea, es sospechosa. II. 55.
—Carácter de la sagrada Escritura por Moises. II. 65 y siguientes.
—de la Iglesia, debe ser llamada historia de la verdad. II. 146.
—cuyos testigos se dejan degollar, merece creerse. II. 151.
Historiadores evangélicos: su modestia. II. 92.
Hombre: ha sido hecho para la infinidad. I. 29 y siguientes.
—Es inútil definir esta palabra. I. 36.
—dispuesto á negar lo que no puede comprender. I. 44.
—no conoce naturalmente mas que la mentira. *Idem.*
—no se debe juzgar de su capacidad por una agudeza que se le oiga decir. I. 63.
—Conocimiento general de él I. 68.
—Qué es en lo infinito? I. 69.
—Una nada respecto de lo infinito, un todo respecto de la nada. I. 71.
—incapaz de saber todo, y de ignorar todo absolutamente. 72.
—Su grandeza. 73 y siguientes.
—la mas débil caña de la naturaleza, pero caña que piensa. 74.

—aun cuando el universo le aplastase, seria siempre mas noble que él. *Idem.*
—su dignidad consiste en el pensamiento. *Idem.*
—Conviene hacerle ver á un tiempo su grandeza y su bajeza. I. 75.
—es capaz de conocer el bien. *Idem.*
—Elogiarle, reprobarle y divertirle, es igualmente digno de reprobacion. *Idem.*
—su naturaleza se considera bajo dos aspectos. I. 76.
—Dos cosas le instruyen: el instinto y la experiencia. *Idem.*
—Su vanidad. *Idem.*
—no es mas que embozo, hipocresía y mentira. I. 81.
—forma parte de un todo que no puede conocer. *Idem.*
—se compone de dos naturalezas opuestas. I. 98.
—lleno de errores, indelebles sin la gracia. I. 99.
—es para sí mismo el mas prodigioso objeto de la naturaleza. *Idem.*
—Su miseria. I. 100.
—desde niño abrumado de estudios. I. 101.
—adelantado en edad, lleno de cuidados y negocios. *Idem.*
—desgraciado si se hallase libre de estos cuidados. *Idem.*
—que solo se ama á sí, nada aborrece tanto como hallarse solo. I. 103.
—desgraciado si no se distrae fuera de sí. I. 104.
—tan ligero y tan vano, que la menor bagatela basta para distraerle. I. 108.
—Se disgustaria aun cuando no tuviese causa alguna exterior de disgusto. I. 107.
—Si comenzase por el estudio de sí mismo, conoceria su impotencia. I. 97.
—lleno de necesidades, solo ama á quien puede satisfacerlas. I. 124.
—no es mas que mentira, doblez, contradicciones. *Idem.*
—El estudio que nos es mas propio es el del hombre. I. 126.
—Su condicion es la inconstancia, la inquietud, el disgusto. 131.
—dueño de sí mismo, su retrato. 132 y siguientes.
—propende á la malignidad contra los soberbios. 133.
—ni es ángel ni bestia. 142.
—su curiosidad inquieta por cosas que no puede saber. *Idem.*
—Es difícil obtener nada de él sin complacerle. I. 145.
—Contrariedades pasmosas que se advierten en su naturaleza. II. 3 y sig.
—es incapaz de no desear la verdad y la dicha. 9.

—¿Por qué no es dichoso sino en Dios? ¿Por qué se manifiesta tan contrario á Dios? *Idem.*
—miserable en conocer que lo es; grande pues conoce su miseria. II. 10.
—misterio, rareza, caos, motivo de contradiccion. *Idem.*
—Su desgracia sin Dios. II. 13.
—Su estado lleno de miseria, de flaqueza de obscuridad. II. 15.
—Su verdadera naturaleza y verdadero bien son cosas de un conocimiento inseparable. 28.
—qué es lo que le importa conocer 34.
—Llega al no se conoce lleno de orgullo, de concupiscencia y de miseria. *Idem.*
—No puede negar su estimacion á una religion que conoce tan bien sus defectos. II. 35.
—Las contrariedades que se advierten en él, sirven de prueba á la verdadera Religion. 36.
—Su estado primitivo, su estado actual. 40.
—para sí mismo es una paradoja. 41.
—Si no se hubiese corrompido gozaria con certeza de la verdad y la dicha. *Idem.*
—incapaz de ignorar en lo absoluto, y de saber ciertamente. *Idem.*
—mas incomprensible sin el misterio de la transmision del pecado original, que lo es para el este misterio. II. 42.
—La verdadera Religion lo eleva sin engreirle. 45.
—Su duplicidad le hizo admitir dos almas. 43.
—Dios no le pide sino que le conozca y le ame. 47.
—se capaz de amor y de conocimiento. *Idem.*
—Origen del hombre cansado de buscar á Dios por medio del solo raciocinio. II. 50.
—La concupiscencia es su único enemigo. 75.
—Todo le instruye de su condicion. 98.
—Capaz e indigno de Dios al mismo tiempo. *Idem.*
—Cuanto hay sobre la tierra hace ver su impotencia. *Idem.*
—Debe ver bastante para conocer que ha perdido la verdad. II. 129.
—Habiendo perdido su lugar le busca con inquietud. 129 y 130.
—Su dignidad: en que consistia, y en que consiste. *Idem.*
—por el sometimiento de su razon puede llegar á conocerse. II. 134.
—Dos verdades de fe sobre su estado. 137.
—A fuerza de repetirle que es un necio, lo cree. 148.
—mantiene consigo una conversacion interior. *Idem.*
—Tres clases de hombres: sus caracteres. II. 159.

—visiblemente está hecho para pensar. 153.
—su injusticia y su corrupcion. 154.
—nace injusto. *Idem.*
—gozaria de alguna paz, si no tuviese mas que la razon sin las pasiones, ó estas sin aquella. *Idem.*
—para ser dichoso debe conformar su voluntad particular con la voluntad universal. II. 155 y 156.
—cree muchas veces no deponer mas que de sí, y quiere hacerse enarpo y contro de sí mismo. *Idem.*
—Solo la gracia puede hacer de él un santo. II. 164.
—¿Podrá merecer la comunicacion con Dios? 165.
—Sacarle de su miseria no es indigno de Dios. *Idem.*
—criado con dos amores, el uno para Dios y el otro para sí mismo. II. 176.
—Demasiado enfermo para juzgar sanamente de la serie de las cosas futuras. 181.
—En cada uno hay una serpiente, una Eva y un Adan. *Idem.*
Hombres: se gobiernan por el capricho mas que por la razon. I. 56.
—para hacerles bien es preciso muchas veces engañarlos. 87.
—Todas sus ocupaciones tienen por objeto la adquisicion de bienes. 91.
—El que todos sientan y conciban de una misma manera, es una suposicion muy gratuita. 94.
—Causa verdadera de la agitacion perpetua de su vida. 100.
—Origen de todas sus ocupaciones tumultuarias. *Idem.*
—Su desgracia proviene de no saber mantenerse en reposo. I. 102.
—Lo que los sostiene en los grandes empleos es el estar desviados de pensar en sí mismos. 105.
—propenden al reposo por la agitacion. 106 y 107.
—indignos de su condicion. 111.
—No se les enseña á ser hombres de bien. 129.
—Todos se aborrecen naturalmente. II. 164.
—Su virtud no se satisface por sí misma. I. 142.
—Todos desean ser felices. II. 6.
—no aman particularmente sino aquello que puede serlos provechoso. 18.
—Somos espíritu; pero igualmente somos cuerpo. 26 y 27.
—No se debe esperar de ellos verdad ni consuelo. 39 y 40.
—Causa de las contrariedades que los han asombrado y dividido. 41.
—son á la vez indignos y capaces de Dios. 93.

—Dios les ha dado suficiente luz para que si quieren le busquen y le sigan. 128.
—equivocan muchas veces su imaginacion con su corazon. 152.
—creen estar convertidos cuando solo han pensado convertirse. *Idem.*
—Cuan grande es su locura. II. 163.
—No los atiende Dios sino por el Mediador Jesucristo. 172.
—No se les enseña, y se vanaglorian de saber la única cosa que no aprenden. I. 129.
Homero: ha escrito una fábula, pero la da por tal. II. 55.
—no se ocupaba de una historia, sino de un entretenimiento. *Idem.*
Honor: Seria infame el que no sacrificase su vida por conservarle. I 77.
Honores: es necedad y bajeza de alma rehusarlos á los grandes. 165.
Horror á la muerte: natural y justo en Adan inocente. II. 177.
—Orígen del vicio de este horror. *Idem.*
Humildad: efecto de los discursos de humildad. I. 124.
—pocos hablan de ella humildemente. *Idem.*
—Los filósofos paganos no la reconocieron por virtud. I. 35.
—aparente, encubre una presuncion insufrible. 47.
Humor: sus extravagancias. 131.

I.

Ideas: la conformidad de ideas no es cierta, pero muy probable. 94.
—Casi todos los filósofos han confundido las de las cosas. 98.
Iglesia: ha puesto Dios en ella señales sensibles para darse á conocer II. 11.
—á pesar de los cismas y heregías, ha subsistido sin interrupcion. 31.
—siempre ha sido visible ó en la sinagoga ó en sí misma. 69.
—Se ha dicho: Creed á la Iglesia; no se ha dicho: Creed á los milagros. 117.
—Sus enemigos son los judíos, los hereges y los cristianos. 121.
—tiene milagros contra estos enemigos. *Idem.*
—merece la conversion de todos II. 132.
—fuera de ella son inútiles todas las virtudes, el martirio, la austeridad y las buenas obras. *Idem.*
—Lo que á ella le sucede, sucede á cada cristiano. II. 142.

—Su historia es propiamente *historia de la verdad.* 146.
—Solo juzga por el exterior. 158.
—absuelve cuando ve la penitencia en las obras. *Idem.*
—no la deshonra la conducta de los hipócritas. *Idem.*
—Pretender que no juzgue de lo interior ni de lo exterior, es querer que retenga en su seno hombres que la deshonran. II. 168.
—En otro tiempo no se entraba en ella sino despues de mucho trabajo. 194.
—Hoy sin trabajo alguno se logra la admision. *Idem.*
—Cual es su espíritu al conceder á los niños el bautismo. II. 196.
Ignorancia: una natural, otra sabia. I. 96.
—de la Religion: estado deplorable. II. 11.
Igualdad de bienes: justa, pero..... I. 120 y 121.
Ilusion: en qué sentido es cierto que todos viven en la ilusion. 112.
Imaginacion: abulta el tiempo presente, y minora la eternidad. 85.
—fuente de error. 89.
Impiedad: de ella proviene que sea penoso ejercer la piedad. II. 157.
Impíos: blasfeman de la Religion cristiana porque la conocen mal. 33.
—Tienen la Religion por un simple deismo. *Idem.*
—Capaces de la gracia. II. 44.
—Su indiferencia respecto de la Religion, prueba la corrupcion del hombre. 130.
—cómo abusan de su razon. 134.
—Se persuaden que no hay Dios. 153.
Importante: en la gracia la menor accion importa al todo. 164.
Impotencia: natural é inmutable en el hombre de tratar ciencia alguna en un órden absolutamente cumplido I. 35
—en que se halla de adquirir por sí mismo la virtud: remedio. á este mal. II. 28.
Impresion: todo nuestro raciocinio se reduce á ceder á ella. I 140.
—Los acostumbrados á juzgar por ella, nada comprenden de lo que está sujeto al raciocinio. 146.
Incierto (se trabaja por lo): y para mañana con razon. II. 167
Cuántas cosas se hacen por lo incierto. *Idem.*
Inclinacion á ser amado: es injusta. II. 154.
—nacemos con ella. *Idem.*
Incomprensibilidad de Dios y del alma. II. 169.

*

Inconstancia: su causa. I. 131.
Incontradiccion: no es señal de verdad. 94.
Incrédulos: la Religion nos obliga á considerarlos capaces de la gracia. II. 19 y 20
—es menester atraerlos á tener compasion de sí mismos. *Idem.*
—deben ser compadecidos y no injuriados. II. 127.
—son los mas crédulos. 169.
Incredulidad fundada en la de los judíos. 59.
Independencia: el soldado trabaja siempre por ella; el cartujo hace voto de no vivir jamas independiente. 148 y 149.
Indiferencia: sobre el estudio de la Religion, cuan temeraria es. 11 y siguientes.
—del hombre sobre los objetos permanentes. 135.
Indigencia: á veces se quiere ocultarla, y á veces descubrirla. I. 118.
Indivisible: su definicion. 49.
—multiplicado tanto cuanto se quiera, no puede formar jamas una extension. *Idem.*
—multiplicado tanto cuanto se quiera, no formará jamas sino un indivisible. I. 50.
—es un verdadero cero de extension. Véase *Cero.*
Infalibilidad: si residiese en uno seria un milagro extraño; en la multitud parece natural. II. 165.
Infalible: se quiere que en la fe lo sea el papa, y los doctores graves en las costumbres. 164.
Infinito: ignoramos su naturaleza. 22.
—hay un infinito numérico. *Idem.*
Infinita (cosa) é indivisible: qué es. II. 127.
Infinidades: observacion sobre las dos que se hallan en todas las cosas. I. 43.
—en todas las ciencias. 94 y 95.
Iniquidades: son los verdaderos enemigos del hombre. II. 75 y 76.
Injusticia: difícil de distinguir. I. 85 y siguientes.
—comun en los grandes, de exigir lo que no se les debe. 164.
Inmortalidad del alma: debe ser nuestro primer objeto. II 12.
—Cuan importante es este dogma. 135.
Inquisicion: ignorante ó corrompida toda ella. 160.
—y *Compañía:* azotes de la verdad. *Idem.*
Insensibilidad de los hombres respecto de las cosas eternas. II 16.
Inspiracion. Véase *Fé.*
Instruccion: á veces fuente de error. I. 90.
—cuando precedia al bautismo todos eran instruidos. II. 198.

Interes: fuente de error. I. 99.
Invenciones nuevas: en teología son errores. 26.
—de los hombres: aumentan cada siglo. II. 167.
Inventores: son raros, y se les trata de visionarios. I. 118.
Isaac: heredero de la promesa del Mesías. II. 31.
Israel: el antiguo era la figura del nuevo. 72.
—los paganos hablaban mal de Israel y tambien el profeta. 151.

J.

Jacob: vivia en espera del Mesías. 31.
—cumplimiento de su profecía sobre el Mesías. 89.
Jansenistas: semejantes á los hereges por la reforma de las costumbres. 126.
Jerusalen: fuera de sus muros no pueden sacrificar los judíos. 74.
—la celestial debe ser el objeto de nuestros suspiros. 147.
Jesucristo: hablaba al corazon. I. 143.
—En que consiste su Religion. II. 29 y 30.
—El cumplimiento de las profecías en su persona, prueba que es el Mesías. 32.
—Consideraciones sobre su persona. 30.
—rescató á los hombres, miserables por Adan. 45.
—desechado de los judíos: por qué. 57 y 58.
—Los que le crucificaron conservan los libros que dan de él testimonio. 60.
—El tiempo de su primera venida se predijo; el de la segunda no está predicho: por qué. 62.
—figurado por José. 68.
—y sus apóstoles nos descubren el espíritu de las antiguas
—Escrituras. 72.
—Qué hizo ver á los hombres. *Idem.*
—en él se concilian todas las contradicciones de la Escritura. II. 73.
—Consideraciones sobre él. 77.
—Es ridículo escandalizarse de su bajeza. 78.
—Jamas se presentó hombre alguno con mas brillo; y apénas le conocieron los historiadores. 79.
—Todo su brillo no fué sino para nosotros. *Idem.*
—habla sencillamente de las mas grandes cosas. *Idem.*
—Centro de ambos testamentos. II. 80.
—fué predicho y profeta. 81.
—probado por las profecías. *Idem.*
—Numerosas predicciones que le anuncian. II. 86 y sig.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—comparado con Mahoma. 95 y 96.
—vino para la santificacion de los unos y la ruina de los otros. 99.
—es un Dios oculto. *Idem.*
—vivió desconocido entre los hombres. II. 101.
—No se conoce á Dios útilmente sino por Jesucristo. 105.
—verdadero Dios de los miserables y de los pecadores. 109.
—Sin él vive el hombre sumergido en la miseria. *Idem.*
—En él se cifra toda nuestra dicha. *Idem.*
—Toda religion que hoy no reconoce á Jesucristo, es notoriamente falsa. II. 110.
—acreditó que era el Mesías, comprobando su doctrina y su mision por sus milagros. 111 y 112.
—Diferencia entre no estar por Jesucristo, diciéndolo; y fingir estar por él no estándolo. 113.
—en qué difiere del Antecristo. 114 y siguientes.
—Dos partidos habia entre los que le oian. 121.
—Sin él no subsistiria el mundo, y á no haberse destruido seria como un infierno. 129.
—Decir que no murió por todos, es favorecer la desesperacion. 130.
—*No vino á meter paz sino espada.* 138.
—Qué paz fué la que trajo. *Idem.*
—juzgado por los judíos y los gentiles. II. 146.
—Se ama á Jesucristo por ser miembro del cuerpo de que él es cabeza. 157.
—Se ofreció á Dios como holocausto y verdadera víctima. 171.
—Lo sucedido en él debe suceder en todos sus miembros. 172.
—La muerte misma es dulce en Jesucristo. *Idem.*
—fué todo lo humilde y todo lo elevado. *Idem.*
—su sacrificio duró toda su vida, y se cumplió por su muerte. II. 173.
—elevado en su ascension como el humo de las víctimas. 174.
—Así como él, nuestro cuerpo y nuestra alma deben padecer, morir, resucitar y subir á los cielos. 179.
Jesuitas: de todo concluyen que sus adversarios son hereges. I. 120.
—Excesos á que los ha conducido la pasion. *Idem.*
—Se juntan con los enemigos de la Iglesia. II. 121.
—Culpables en perseguir á Port-Royal. 124.
—Su dureza excede á la de los judíos. *Idem.*
—Se parecen mal á los hereges. II. 126.
Job, el mas desdichado de los hombres, es el que mejor ha hablado de la miseria humana. 151.

José: figura de Jesucristo. 68
—predice: Jesucristo obra. 69.
Judea (la) ántes de Jesucristo tuvo siempre hombres que le anunciaban y esperaban. 31.
Judíos: su estado ántes y despues de Jesucristo. 37.
—separados de los demas pueblos. 52.
—sus historias son las mas antiguas. 53.
—adoran un solo Dios. 52.
—se consideran los únicos á quienes Dios ha revelado sus misterios. *Idem.*
—esperan un libertador para todos. *Idem.*
—Pueblo compuesto de hermanos. II 53.
—procedentes de un solo hombre. *Idem.*
—forman una potencia de una sola familia. *Idem.*
—el mas antiguo pueblo conocido. *Idem.*
—singulares en su duracion. *Idem.*
—regidos por la ley mas antigua y perfecta. II. 54.
—admirables por su sinceridad *Idem.*
—conservan á costa de su vida un libro que bajo mil aspectos los deshonra. *Idem.*
—Observaciones sobre este pueblo. II. 56 y siguientes.
—acostumbrados á los grandes y ruidosos milagros, esperaban del Mesías cosas todavía mas admirables. 57.
—carnales: desconocieron al Mesías en su grandeza y en su abatimiento. 58.
—no conocieron la realidad cuando vino. 59.
—En su misma repulsa está la prueba del Mesías y el fundamento de nuestra creencia. *Idem.*
—Su concupiscencia les impedia conocer los verdaderos bienes. II. 61.
—Desechando á Jesucristo cumplian las profecías. 63.
—carnales, y judíos verdaderos. 64.
—Paralelo entre los judíos, los cristianos y los paganos. *Idem*
—Pueblo formado expresamente para servir de testigo al Mesías. II. 65.
—destinados á ser depositarios de los libros de Moises. *Idem.*
—Crucificando á Jesucristo pusieron el sello á su mision. II. 86.
—¿Cómo no han sido exterminados en castigo de tanta obstinacion? 89 y 90.
—No tenian por rey sino á César; luego Jesucristo era el Mesías. *Idem.*
—Su estado actual es una prueba de la Religion. II. 93.

—Su segunda destruccion es sin promesa de restablecimiento. *Idem.*
—Cautivos sin esperanza alguna. *Idem.*
—oprimidos y fieles á la ley. II. 94.
—testigos sospechosos si todos se hubiesen convertido. *Idem.*
—en ellos se manifiesta la proteccion de Dios. II. 98.
—Verdaderos judíos y verdaderos cristianos profesan una misma religion. 101.
—En qué consistia su religion. 102.
—fueron muy culpables en no haber dado crédito á los milagros que hizo Jesucristo. II. 111.
—La doctrina que habian recibido de Dios, no debia impedirles creer en Jesucristo. *Idem.*
—Su incredulidad prueba el misterio de la redencion. II. 130.
—eran aborrecidos entre los paganos. 136.
—llamados para someter á los reyes, y esclavos del pecado 51.
—Diferencia entre los judíos y los cristianos. *Idem.*
Juego, caza y demas diversiones: por qué agradan tanto á los hombres. I. 105.
Juicio: de los condenados: cuanto se confundirán al verse condenados por su propio juicio. II. 132.
—de los hombres: cuan difícil es proponerle una cosa sin corromperle. I. 130.
—recto: en la Iglesia no ha faltado jamas. II. 32.
Justicia: dificultad de conocer la verdadera: muda segun los climas. I. 85 y 86.
—es mudada por el afecto ó por el odio. 89.
—es lo que se halla establecido. 121.
—no pudiendo forzar al hombre á que la obedezca, se le ha hecho obedecer á la fuerza. *Idem.*
—Es justo que lo justo se siga. *Idem.*
—Sin la fuerza es impotente y contrariada. *Idem.*
—está sujeta á disputas. *Idem.*
—su imperio no es mas tiránico que el de la delectacion. I. 131.
—de Dios: es propio de ella abatir el orgullo. II. 146.
—tan infinita como su misericordia. 152.
—y severidad de Dios para con los réprobos, ménos asombrosa que su misericordia con los escogidos. 153.

K.

Koran: paralelo entre él y las divinas Escrituras. 95.

L.

Lacedemonios: por qué sus muertes generosas no nos causan una sensacion grande. 137 y 138.
Ladrones: establecen sus leyes y se sujetan á ellas. I. 132 y 133.
Lamech: transmitió la promesa del Mesías. II. 30.
Latinos: sus extravíos ántes de Jesucristo. 31.
Lazo: seguido voluntariamente, no es sensible. 138.
Lecturas: de Montaigne y Epicteto deben ser discretas. I. 160.
—la del uno puede servir de correctivo al otro. *Idem.*
—principal utilidad que pueden producir. I. 157.
Legisladores: su voluntad, regla única del órden de los bienes. 162.
—antiguos, griegos y romanos, tomaron sus principales leyes de las de los judíos. II. 54.
Ley de Moises: los profetas hicieron ver que era por cierto tiempo, y eterna la de Jesucristo. 32.
—Ley de Dios dada á los judíos. 53 y 54.
—Siendo la mas rigorosa se ha conservado cuando han variado todas. *Idem.*
—Su doctrina consistia en no adorar ni amar mas que á Dios solo. II. 63.
—era perpetua. *Idem.*
—tenia todas las señales de la verdadera Religion. *Idem.*
—era figurativa de la gracia. II. 69 y 70.
—no ha destruido la naturaleza. 158.
—no ha sido destruida por la gracia. *Idem.*
Ley de la circuncision: abolida por los apóstoles. II. 133.
Leyes antiguas: ¿Son las mas sanas? No; pero quitan la raiz de la diversidad. I. 112
—necesariamente reputadas por justas en razon de hallarse establecidas. 120.
—del pais: únicas reglas universales en las cosas comunes. *Id.*
—es bueno obedecerlas porque son leyes. I. 121.
—una vez establecidas es injusto violarlas. 163.
—deben ceder á la necesidad. II. 32.
—Bastan dos leyes para reglar la república cristiana. 133.
Lengua: es una cifra: una lengua desconocida es descifrable. I. 144.
Libros: los mejores son aquellos que cada lector crée haber podido escribir. 67.
Libros canónicos: resplandece en ellos la verdad á que infaliblemente estan unidos. II. 171.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Locura: en la del pueblo está fundado el poder de los reyes. I. 113
—lo es condenarse. 168.
—mas sabia que la sabiduría de los hombres. II. 53.
—de los incrédulos es un ejemplo que garantiza los otros. 128.
—el no ser loco seria serlo. 165.
Lógica: tal vez ha tomado las reglas de la geometría sin conocer su fuerza. I. 65.
Luces naturales: si hay un Dios, por ellas es infinitamente incompresible. II. 20
Llorar: de qué proviene que á veces se ria y se llore por un propio motivo. I. 130.

M.

Mágicos de Faraon: los milagros hacen distinguir entre ellos y Moises. II. 114.
Magistrados: es necesario su aparato. I. 114.
—y médicos: se atraen el respeto por vanos adornos. *Idem.*
Mahoma: su religion no es mas admisible que las otras. I. 52.
—para que subsistiese su libro prohibió que se leyese. II. 63.
—Diferencia entre él y Moises. *Idem.*
—no fué predicho. II. 94.
—no hizo milagros. *Idem.*
—carece de autoridad. *Idem.*
—comparado con la Escritura. II. 95.
—falso profeta al hablar bien de San Matéo. *Idem.*
—se estableció matando y prohibiendo que se le leyese. II. 96.
Mal: hay infinidad de ellos; el bien es casi único. I. 135.
—seria de desear hallar el secreto de gozar del bien sin tocar nunca al mal contrario. 136.
—No se halla en la Religion cristiana una santidad exenta de él. II. 45.
—Su vista corrige á veces mejor que el ejemplo del bien. 142.
—jamas se hace con tanta plenitud y alegria como cuando se obra por un falso principio de conciencia. 151.
Males: el mas grave de todos es la guerra civil. I. 112.
—No conocieron el remedio de los nuestros los antiguos filósofos. II. 39.
—La Providencia de Dios, árbitra y soberana, es su única y verdadera causa. 170.
Malicia de los que emplean en teología el raciocinio solo, en lugar de la Escritura y de los santos Padres. I. 26.
Malo: por la voluntad de Dios se debe juzgar qué es bueno ó malo. II. 133.

Máquina aritmética: sus efectos admirables no pueden dar lugar á decir que tiene voluntad. 162.
Marcial: defecto de su epigrama sobre los tuertos. I. 133.
Mártires: ningunos tormentos pudieron impedirles confesar la Religion cristiana. II. 35.
—El ejemplo de su muerte nos conmueve. 137.
—Son miembros nuestros; nuestra resolucion puede formarse por la suya. 138.
Martirio: inútil fuera de la Iglesia. 132.
Mascara: hay gentes que enmascaran toda la naturaleza. I. 143.
Materia: no puede conocerse á sí misma. 98.
Máximas: todas las buenas estan en el mundo. 119.
—Buenas máximas de las cuales se abusa. *Idem.*
Mediador: necesidad de él para acercarse á Dios. II. 108.
Médicos: se atraen el respeto por sus vanos adornos. I. 114.
Mediocridad: nada pasa por bueno sino ella. 123.
Medios de creer: hay tres: cuales son. II. 150.
Mentira: hay gentes que mienten por mentir. I. 128.
Meridiano (un)*:* decide la verdad. 86.
Mesias: prometido á los hombres. II. 30.
—siempre fué creido. 32.
—Figuras del Mesías. 58.
—recibido por los espirituales: desechado por los carnales. *Id.*
Profecías sobre él. II. 59 y siguientes.
—La religion judía formada segun su semejanza. 63.
—Ideas de los judíos y de los cristianos carnales sobre él. 64.
—El pueblo judío fue hecho para servirle de testigo. 65.
—Si las profecías tienen dos sentidos, no hay duda en que vino. 69.
—Conversion de los paganos reservada á su gracia. 80.
—Señales y efectos de su venida. 83.
—Conocible á los buenos, inconocible para los malos 99.
—Profecías obscuras sobre el 100 y 101.
Métodos: uno de convencer y otro de agradar. I. 56.
Miembros: cuerpos de miembros pensadores. II. 155.
Milagros: los de Jesucristo y sus apóstoles prueban la Religion cristiana. 32.
—no bastan para convertir á los hombres. 48 y 49.
—visibles, imágenes de los invisibles. 57.
—Falsas ideas de los judíos sobre los que Dios obró en su favor. *Idem.*
—eran necesarios ántes del cumplimiento de las profecías. II. 92 y 93.
—Pensamientos sobre ellos, y reglas para distinguirlos. 109.

—no pueden servir á una religion falsa. 110.
—deciden las dudas entre los pueblos. 113.
—de Jesucristo, mas claros que las sospechas que los judíos tenian contra él. 114.
—sirvieron para la fundacion, y servirán para la continuacion de la Iglesia II. 115.
—O Dios no permitirá falsos milagros, ó para destruirlos hará brillar los verdaderos. *Idem.*
—De la falta de caridad proviene la resistencia á creer los milagros verdaderos, y dar crédito á los falsos. II. 116.
—falsos: por qué hay tantos. 116 y 117.
—No se ha dicho: Creed á los milagros, sino creed á la Iglesia. *Idem.*
—que debe concluirse de los de Port-Royal. II. 123.
—de la santa espina. 124.
—son efectos que exceden á la fuerza natural de los medios empleados para obrarlos. 125.
—de Moises, de Jesucristo y sus apóstoles, no parecen desde luego convincentes. 129.
—se piden, y no se crée en ellos. 147 y 148.
—Dios no obra ningunos en la direccion ordinaria de su Iglesia. 165.
—Los incrédulos creen los de Vespasiano para no creer los de Moises. 169.
Miseria: conduce á la desesperacion. 45.
—del hombre, prueba su grandeza. I. 73.
—El orgullo es su contrapeso. 77.
—Reflexiones sobre ella. 100.
—del hombre: se concluye de su grandeza. II. 10.
—probada por la Encarnacion. I. 45.
—á cada instante sentimos sus efectos. 46.
—es necesario conocer la nuestra para conocer á Dios. II. 108.
—Los que mas han conocido y han hablado mejor de la miseria humana, son Salomon y Job. 151.
Misericordia de Dios: combate nuestra pereza estimulándonos á las buenas obras. 146.
—Nada se opone mas al ocio. 147.
—mas asombrosa que su justicia. 153.
Misterio: del cual en apariencia el acaso fué causa. 146.
Moda (la) hace el gusto y tambien la justicia. I. 120.
Modales del mundo: hacer papel de arrebatado. II. 17.
Moises: recibió y trasmitió la tradicion de Adan sobre el Mesías. 32.
—Diferencia entre él y Mahoma. 63.

—Observaciones sobre él. 65.
—Los milagros le distinguen de los magos de Faraon. 114.
—Una palabra suya da idea de su espíritu. 145.
Monarquía: donde se halla establecida es menester conservarla. 165.
Montaigne: nota sobre un pensamiento de este autor en su arte de confrontar. I. 93.
—discurre sobre los efectos, pero no siempre examina las causas. 115.
—Nota sobre un rasgo de este filósofo. 117.
—Su necio proyecto de retratarse. 129.
—Qué tiene de bueno, y qué de malo. 141.
—hablaba demasiado de sí mismo. *Idem.*
—Reflexiones sobre su doctrina comparada con la de Epícteto. I. 147.
—ha buscado una moral fundada en la sola razon. 149.
—pone todo en una duda universal. *Idem.*
—En qué consiste la esencia de su opinion. *Idem.*
—Motivos de su divisa. *Idem.*
—es puro pirrónico. I. 150.
—se burla de todas las seguridades. *Idem.*
—Qué dice sobre leyes y pleitos. *Idem.*
—combate á los hereges con una firmeza invencible. I. 151.
—confunde la impiedad. *Idem.*
—hace ver la vanidad de aquellos que se tienen por mas ilustrados. I. 152.
—pregunta si el alma conoce alguna cosa, si se conoce á sí misma. *Idem.*
—Serie de sus preguntas. *Idem.*
—desprecia la geometría y las demas ciencias. I. 153.
—pone la razon del hombre en paralelo con las bestias. 154.
—obra como pagano. *Idem.*
—su moral. *Idem y siguientes.*
—y Epicteto, los dos mayores defensores de las dos sectas mas célebres. I. 156.
—Sus sistemas. *Idem.*
—Descubrieron algo de la verdad. I. 157.
—confunde el orgullo de los incrédulos. 154.
—pernicioso á los que tienen alguna propension á la impiedad y á los vicios. 160.
—debe leerse con mucha discrecion. *Idem.*
—sus defectos son grandes: está lleno de palabras indecentes; sus sentimientos sobre la muerte y el suicidio son horribles;

inspira el descuido de la salvacion, y piensa acabar sus dias con ruindad hundido en la molicie. II. 144.
Moral: carece de punto fijo que pueda hacer distinguir lo bueno de lo malo. I. 120.
—De qué pueden servir las divisiones que hacen de ella los filósofos. 126 y 127.
—sus preceptos subsisten independientes unos de otros *Idem.*
—la del juicio se burla de la del espíritu. I. 146.
—en qué consiste. II. 127.
—Los antiguos filósofos han querido hacerla independiente del dogma de la inmortalidad del alma. 155.
Moribundo. Véase *Valor.*
Movimiento, número, espacio: estas tres palabras comprenden todo el universo. I. 41.
—Movimiento de grandeza y de bajeza. II. 46.
—El menor movimiento importa á toda la naturaleza. 164.
Muerte: han convenido los hombres en no pensar en ella. I. 110.
—mas tolerable es sufrirla sin pensarlo, que pensar en ella sin sufrirla. 134.
—amable, sufriendo con gusto la vida. II. 139.
—Para arrancar del todo la raiz del pecado, la muerte es tan apetecible como necesaria. 143.
—cumplimiento de un decreto de la Providencia de Dios, y no un efecto del acaso. 170.
—pena del pecado. 171.
—única que puede librar al alma de la concupiscencia de los miembros. *Idem.*
—sin Jesucristo, horrible, detestable; en Jesucristo, santa, dulce. II. 172.
—de la víctima, parte principal del sacrificio. 173.
—No debemos considerarla como paganos, sino como cristianos; es decir, con la esperanza. 175.
—es injusto no amarla cuando separa una alma santa de un cuerpo corrompido. 178.
—es la coronacion de la bienaventuranza del alma, y el principio de la del cuerpo. 179.
—del cuerpo no es mas que una imágen de la del alma. 180.
—Diferencia entre la generosidad de la de los paganos, y la cristiandad de la de los mártires. 137 y 138.
Muertos: Una de las mas sólidas caridades para con ellos, es hacer lo que nos mandarian si todavía viviesen. 181.
Muestra ó señal: no gustan de ella los hombres de bien. I. 123.
Multitud y unidad: ventaja de su reunion en la Iglesia. II. 165.
—La multitud que no se reduce á la unidad, es confusion. 168.

Mundo: es una esfera infinita cuyo centro se encuentra en todas partes, y en ninguna su circunferencia. I. 69.
—Quienes componen comunmente su séquito. 96.
—Su vanidad. 135.
—no se halla en él satisfaccion verdadera ni sólida. II. 13.
—no sé quien me ha puesto en él, ni qué cosa es. 14 y 15.
—Sus modales consisten en hacer papel de arrebatado. 17.
—Cuanto hay en él se debe dirigir á establecer la verdadera Religion. 33.
—no subsiste sino por Jesucristo. 97.
—subsiste para ejercer misericordia y juicio. 128.
—En él nos hallamos siempre en estado de vivir para mañana, y nunca para hoy. 142.
—Su bondad y su malicia en general siempre es la misma. 167.
—Incomprensible que sea criado, y que no lo sea. 169.
—Era menester en otro tiempo salir de él para entrar en la Iglesia. 194.

N.

Nacimiento: el primero da los pelagianos, y el segundo los católicos. 132.
Nada (de la) hacemos una eternidad, y de la eternidad una nada. I. 85.
—La certidumbre de ser reducido á ella seria un motivo de desesperacion. II. 17.
Naturaleza: inmensa en los seres mas imperceptibles. I. 69.
—muchas veces nos desmiente y no se sujeta á sus propias reglas. 94.
—nos hace infelices en todos los estados. 111.
—Como se ensoberbece. 123.
—No nos turba ella sino nuestros temores. 124.
—En las cosas naturales hay errores ventajosos. 142.
—Algunos la enmascaran: para ellos no hay rey sino un augusto monarca. 143.
—puede hablar de todo, aun de teología. 145.
—corrompida: la única religion que le es contraria es la que solamente ha subsistido siempre. II. 33.
—no se puede conocer su corrupcion sino por la verdadera Religion. 34.
—en todas partes nos muestra un Dios perdido. 43 y 44.
—no ofrece mas que duda é inquietud. 51.
—es una imágen de la gracia. 57.
—oculta con su velo el secreto de Dios. 118.

—su corrupcion está probada por la indiferencia misma de los impios. 130.
—Qué resulta de sus imperfecciones y defectos. 163.
—nos tienta continuamente. 182.
Necesidades: lleno de ellas el hombre, solo ama á quien puede satisfacerlas. I. 124.
—las de los inferiores los acercan á los grandes. 167.
Nestorianos: en qué erraban. II. 131.
Neutralidad: esencia del pirronismo. 6.
Niños: abusos en su educacion. I. 101.
Nobleza hereditaria: treinta años ganados sin trabajo. 117.
Noé: trasmitió la promesa del Mesías. II. 30.
Número, movimiento, espacio, tiempo: sean cuales fueren, siempre se pueden concebir mayores y menores. I. 42.
Números: son infinitos: no hay dos cuadrados de los cuales el uno sea el doble del otro. II. 5.
Novedad: sus atractivos nos seducen. I. 90.
Novedades celestiales y terrenas: su diferencia. II. 133.

O.

Obediencia: diferencia entre la de un soldado y un cartujo. 148 y 149.
—Mejor es obedecer á Dios que no á los hombres. 160.
Obra: cuál es la última cosa que se advierte al trabajar una obra, I. 145.
Ocultar: designio de Dios en ocultarse á unos y descubrirse á otros. II. 96.
—Dios se oculta por lo comun, y se descubre rara vez. 118.
—Jesucristo es verdaderamente un Dios oculto. *Idem.*
Ocupacion: sin ella y sin distraerse, la felicidad del hombre es enfermiza. I. 104.
Ocupaciones tumultuarias de los hombres. 100.
—las violentas é impetuosas los apartan de la vista de sí mismos. 106.
Odio ú afecto mudan la justicia. 89.
Oficio (eleccion de): lo mas importante de la vida. 84.
Oido: no se consulta mas que á él, porque no hay corazon. II. 168.
Omnes: cómo debe explicarse esta palabra. 164.
Opinion: maestra de error. I. 82.
—dispone de todo. 83.
—su imperio es dulce y voluntario. 113.
—es la reina del mundo. *Idem.*

—Cualquiera opinion puede ser preferida á la vida. I. 130.
Opiniones: se insinuan en el alma por el entendimiento y la voluntad. 52.
—cómo corren en el mundo. 112.
—antiguas, por qué prevalecen. *Idem.*
—El pueblo las tiene muy sanas. I. 117.
—comunes, muchas veces ocultan verdades. II. 101.
—relajadas, agradan á los hombres tan naturalmente, que es de extrañar les disgusten. 150.
Oracion: es el principal remedio contra la concupiscencia. 28.
—y sacrificios, remedio soberano á las penas de los difuntos. 181.
Oracion para pedir á Dios el buen uso de las enfermedades. 182.
Orden: Incapacidad del hombre para tratar ninguna ciencia en un órden absolutamente cumplido. I. 35.
Orgullo: contrapesa todas nuestras miserias. 77.
—hasta qué punto nos tiene sometidos. *Idem.*
—de los filósofos que conocieron á Dios sin conocer su propia miseria. II. 34.
—y concupiscencia, principales enfermedades del hombre. 40
—y pereza, fuentes de nuestros vicios y pecados. 44.
—y desesperacion, doble peligro á que siempre se halla expuesto el hombre. 45 y 46.
—extravio demasiado visible del hombre. 128.
Original. Véase *Pecado.*
Oscuridad: falsas ideas que se forman de la aparente de Jesucristo. 79.

P.

Pablo (San): los milagros deciden entre él y Barjesu. 114.
Padecimientos: en este mundo es preciso sufrirlos. 138.
—Jesucristo padeció los dolores y la muerte para santificarlos. 172.
—por ellos conoce Jesucristo á sus discípulos. 193.
Padres: temen que se borre en sus hijos el amor natural. I 91.
Paganos: paralelo entre los judíos, los cristianos y los paganos. II. 64.
—su conversion estaba reservada á la gracia del Mesías. 80.
—Los sabios no pudieron persuadirles á que adorasen únicamente al verdadero Dios. *Idem.*
—Su conversion prueba al Mesías. II. 83 y 84.
—En ellos se manifiesta el abandono de Dios. 98.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Los milagros aclaran lo dudoso entre los judíos y los paganos. 113.
—Los sabios paganos que dijeron no habia mas que un Dios, fueron perseguidos entre ellos. 136.
—hablaban mal de Israel, lo mismo que el profeta. 151.
Palabras: diferencia de una misma pronunciada por diversas bocas. I. 65.
—una sola de David y de Moises dan idea de su espíritu. II. 145
—hinchadas son odiosas. I. 68.
—Hay gentes que hablan bien y escriben mal. 140.
—influyen en el sentido. 45 y 46.
—Palabra de Dios; como debe entenderse. II. 74.
—Palabra de Jesucristo: su carácter. 79 y 80.
Papa: no hay salvacion fuera de su comunion. 132.
—Por qué se quiere que sea infalible. 164.
—Cómo debe juzgarse lo que es. *Idem.*
—Es el primero reconocido por todos. *Idem.*
—Cabeza de la Iglesia considerada como unidad. II. 165.
—Considerada la Iglesia como multitud, solo es parte de ella. *Idem.*
Páris: unas veces Paris; otras capital del reino. I. 143.
Partido: Cada uno se sirve de las razones del contrario para establecer su opinion. II. 10.
—cual debe tomarse en la importante cuestion de la existencia de Dios. 22 y siguientes.
Partidos (reg a de los) I. 115. Véase la nota.
—deben servir para la averiguacion de la verdad. II. 135.
Pasado: recordamos lo pasado como para detenerlo por demasiado pronto. I. 84.
—Lo pasado y lo presente son nuestros medios; lo futuro nuestro objeto. 85.
—Lo pasado no debe embarazarnos. II. 142.
Pascal: manifiesta sus sentimientos. 162.
Pasiones: turban los sentidos. I. 99 y 100.
—Agrada su combate; la que triunfa no interesa. 129.
—siempre vivas aun en los mismos que quieren renunciarlas. II. 9.
—Guerra en el hombre entre ellas y la razon. 154.
Patriarcas: su larga vida servia para conservar la memoria de los acaecimientos. 65.
Paz: (hay hombres que prefieren la guerra á la) I. 130.
Pecado: Ninguna religion sino la nuestra enseña que el hombre ha nacido en el pecado. II. 29.

—El Redentor nos ha librado de él, reuniendo en sí las dos naturalezas. 34.
—original, prueba la verdadera Religion. 38.
—Misterio de su transmision. 42.
—Este misterio repugna á la razon. *Idem.*
—Sin este misterio somos incomprensibles. *Idem.*
—Es una locura á juicio de los hombres. *Idem y siguiente.*
—Incomprensible, que le haya ó que no le haya. II. 169.
—no se consuma si la razon no consiente 182.
Pecadores purificados sin penitencia, &c. absurdos. 165.
Pecados: verdaderos enemigos del hombre. 76.
—por qué lo son. 139.
—dimanan de dos fuentes y tienen dos remedios. 146.
Pelagianos: los habrá siempre, porque nacemos tales. 132.
Penas y placeres: necesarios para santificar. 140.
Penitentes del diablo. *Idem.*
Penoso (es) ejercer la piedad, á causa de la impiedad que hay todavía en nosotros. II. 157.
Pensamiento: es el que constituye el ser del hombre. I. 73.
—ocupado siempre en lo pasado y lo futuro 85.
—olvidado, nos recuerda nuestra debilidad. 132.
—doble, uno oculto y otro descubierto. 161 y 162.
—Los grandes deben tener este pensamiento doble. 163.
—del hombre, admirable por su naturaleza. II. 153.
—adolece de tan grandes defectos, que nada es mas ridículo. *Idem.*
—Su órden es comenzar por sí, por su autor y por su fin. *Idem.*
—atras: es menester tenerle. II. 167 y 168.
Pensamientos: suelen brotar en otros de muy distinto modo que en su autor. I. 65.
—Unos mismos forman otro cuerpo de discurso por una disposicion diferente. 141.
Pensar en Dios (cuantas cosas nos desvian de). II. 153 y 154.
Pequeños: diferencia entre ellos y los grandes. I. 127 y 128.
Pereza: fuente de nuestros vicios. Véase *Orgullo.*
Perpetuidad: señal principal de la verdadera Religion. I. 37.
Persecuciones: confianza que se debe tener en medio de las que la Iglesia experimenta. II. 146.
Persona: no es amada ninguna, sino relativamente á sus calidades. I. 118.
Persuadir: en qué consiste este arte. 52.
—Para lograrlo es menester atender á la persona con quien se trata. 56.

*

—Persuaden mejor las razones que le ocurren al mismo á quien se quiere persuadir. 141.
Piedad: diferente de la supersticion. II. 48.
—Llevarla hasta la supersticion es destruirla. *Idem.*
—verdadera, en qué consiste. II. 141.
—no consiste en una amargura sin consuelo. *Idem.*
—llena de satisfacciones. *Idem.*
—Siempre hay obligacion de no desviar de ella á los piadosos. II. 144.
—tiene sus penas de que ella no es causa. 157.
Pintura: su vanidad. I. 145.
Pirro: no podia ser dichoso ántes ni despues de conquistar el mundo. 107.
Pirrónicos: II. 3 y siguientes.
—Jamas ha habido ninguno efectivo ni perfecto. II. 6.
—La naturaleza los confunde. *Idem.*
Pirronismo: ha servido á la Religion. II. 126.
Placer: sus principios no son firmes y estables. I. 57.
—diverso en todos los hombres. *Idem.*
—¿Qué es en nosotros lo que siente el placer? I. 73.
—moneda por la cual damos cuanto nos piden. 145.
Placeres: el conocimiento de la falsedad de los presentes, y la ignorancia de la vanidad de los ausentes, causan la inconstancia. 132.
—La Religion que los combate á todos es la que solamente ha subsistido siempre. II. 33.
—y penas, necesarios para santificar. 140
—de los mundanos. *Idem.*
Platon: falsa idea que de él se forma. I. 133.
Platónicos: creen que solo Dios es digno de amor y admiracion. II. 157.
—han deseado ser amados y admirados de los hombres. *Idem.*
—Injusticia de estos filósofos. *Idem.*
Pluralidad: se sigue, no porque sea mas razonable, sino por ser mas fuerte. I. 112.
—regla de las cosas extraordinarias. 120 y siguientes.
—Los reyes no la siguen. *Idem*
—es la mejor via, y la opinion de los ménos inteligentes. 121.
Pobre (el) siempre deja alguna cosa cuando muere. II. 162.
Pobreza: medio grande para conseguir la salvacion. *Idem.*
Poesia: se ignora la gracia que tiene por objeto. I. 144.
Poetas: Las gentes honradas hallan gran diferencia entre el oficio de poeta y el de bordador. 123.
—Sus teologías ántes de Jesucristo. II. 31.

Pompeyo: sin saberlo trabajó por la gloria del Evangelio. 94.
Port-Roval: las religiosas perseguidas se ofrecen á Dios. 119 y 120.
—qué se debe pensar de los milagros obrados allí. 123.
Porvenir: el hombre le anticipa y jamas se reduce á lo presente. I. 84.
—él solo es nuestro objeto. 85.
—no debe inquietarnos. II. 142.
Potestad de los reyes, fundada en la razon y en la locura del pueblo. I. 113.
Potestad real: no solo imágen, sino participacion de la de Dios. II. 166
Precipicio: se corre á él poniéndose cualquier venda á los ojos por no verle. 17.
Predicciones (designio de Dios en las). 58.
Preocupaciones: fuentes de error. I. 89 y siguientes.
Presente (lo) jamas es nuestro fin. 85.
—La imaginacion abulta lo presente. 89.
—El presente es el único tiempo que en realidad nos pertenece. II. 142.
Presuntuoso: lo es el hombre hasta el punto de querer ser conocido de toda la tierra. I. 77.
Prevision: Dios no ha querido que exceda de los límites á que debemos reducirnos. II. 142.
Príncipe (un) puede llegar á ser la fábula de la Europa, y solo él no advertirlo. I. 81.
—desterrado por sus súbditos, es mas tierno respecto de aquellos que se le mantienen fieles. II. 139.
Príncipes: es preciso estar en pié en sus habitaciones. I. 165.
—que han combatido la Religion cristiana, han servido para probar que ella es la verdadera. II. 35.
Principio: la omision de un principio conduce al error. I. 138.
—falso de conciencia, hace cometer el mal en toda su plenitud. II. 151.
Principios: de la teología; superiores á la naturaleza y la razon. I. 24.
—naturales: son nuestros acostumbrados principios. 91.
—Diversidad de las consecuencias que de ellos se deducen. 13.
—Los que raciocinan por principios, nada pueden juzgar por la impresion. 146 y siguientes.
—puede abusarse de ellos; y este abuso merece castigo. *Idem.*
—de las cosas: presuncion de los que pretenden comprenderlos. II. 163.

Prision: un suplicio; por qué. I. 105.
Probabilidad: sus efectos. II. 163.
—Seria inútil el celo ardiente de los santos per el bien, si ella fuese segura. *Idem.*
Profecías: su cumplimiento prueba al Mesías. II. 32 y 33.
—su cumplimiento admirable. 37.
—confiadas á los judíos que no reconocian en ellas al Mesias. 59.
—Su doble sentido. 60.
—prueban los dos Testamentos. 69.
—Para examinarlas es preciso entenderlas. *Idem.*
—tienen dos sentidos. II. 69, 75 y 76.
—¿denotan realidad ó figura? 71 y siguientes.
—Pruebas de Jesucristo por las profecías. 81.
—que representan á Jesucristo pobre, le representan igualmente Señor de las naciones. 91.
—Diferencia entre las que predicen la primera y la segunda venida. *Idem.*
—solas no podian probar á Jesucristo durante su vida. II. 111.
Profetas: predijeron al Mesías y anunciaron su nueva ley. 30.
—se sucedieron durante dos mil años. 36.
—no entendian la ley á la letra. 64.
—En su tiempo el pueblo descuidaba la ley. 65.
—Por qué hablaban por figuras. 68.
—predijeron, y no fueron predichos. 81.
Promesas figurativas de la ley y de los profetas. 82 y sig.
Proposicion: siempre que es inconcebible una proposicion, es menester suspender el juicio sobre ella. I. 44.
Pueblo: él y los hombres diestros componen el séquito del mundo. 96.
—Todas sus opiniones son muy sanas. 111 y 117.
—no es tan vano como se dice. 111.
—Crée la verdad en donde ella no está. 112.
—honra á las personas de distiguido nacimiento. *Idem.*
—crée que la nobleza es una grandeza real. I. 164.
Pueblo de Dios: su carácter. II. 52.
Pueblo cristiano: figurado en el judío. 56.
Pueblos: por qué se hallan sujetos á las conmociones. I. 87, 121 y 122.
Puerto: regla de los que van á bordo. 120.
Punto, que con una viveza infinita se mueve en todas partes. II. 127.
Pureza de la Religion: contraria á las opiniones relajadas. 159 y 160.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Monterrey, Mexico

Q.

Quimera: el hombre. 10.

R.

Raciocinio y autoridad. I. 23.
—Sus efectos se aumentan de continuo. 28.
—Por qué nos enfadamos contra los que dicen que discurrimos mal. 110.
—Se reduce á ceder á la impresion. 140.
—Las personas sencillas creen sin raciocinar. II. 49.
—Diferencia entre las cosas de raciocinio y de impresion. I. 146.
—Imágen de un hombre cansado de buscar á Dios por medio del solo raciocinio. II. 50.
—falso es una enfermedad: con qué se cura. I. 66.
Rayo: Qué resultaria si cayese en los lugares bajos. 143.
Razon: debe conocer de lo que está sujeto á los sentidos I. 25
—siempre alucina por la inconstancia de las apariencias. 95.
—y sentidos, recíprocamente se engañan. 99.
—Lo que se funda en ella solamente, está muy mal fundado. 113.
—Su imperio. 119.
—Cede por cualquier aspecto. 140.
—Hay una infinidad de cosas que le son superiores. II. 47.
—sometimiento y uso de ella. *Idem.*
—Cuándo debe someterse. *Idem.*
—Tres principios que deben reglarla. *Idem.*
—Nada hay tan conforme á ella como el desconocerla en materias de fe. II. 48.
—Su exclusion y admision exclusiva, son dos excesos igualmente peligrosos. *Idem.*
—Cómo puede servirnos para que nos conozcamos. II. 134.
—Cómo abusan de ella los impíos. *Idem.*
—no basta pasa convencer á los incrédulos; pero ella no los justifica. II 135 y 136.
—natural, guia de tódas las falsas religiones y sectas. 150.
—Dios no la excluye; pero quiere que ceda á las pruebas. 151 y 152.
—Diferencia entre ella y el sentimiento. *Idem.*
—obra con lentitud. *Idem.*
—Ella y las pasiones producen una guerra en el hombre. II. 154.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Razones: son visibles solo para el espíritu. I. 115.
—persuaden mejor las que ocurren al mismo á quien se quiere persuadir. 141.
—El corazon tiene sus razones que no conoce la razon. II. 127.
Recompensa eterna: es ridículo decir que se ha ofrecido á las costumbres licenciosas. 159 y 160.
Redencion: sus pruebas. 130.
—No es justo que todos la vean. *Idem.*
Redentor: cómo sacó á los hombres del pecado para reconciliarlos con Dios. II. 34.
—Cuan importante es conocerle. *Idem.*
Reglas tan seguras para agradar como para demostrar. I. 57.
—para las definiciones. 59 y 61.
—para los axiomas. *Idem.*
—para las demostraciones. *Idem.*
—Seria necesaria una para distinguir de la fantasía la sensacion. I. 140.
—Lo que son quienes juzgan por reglas que otros no conocen. *Idem.*
—es menester sujetarse á ellas y ser contrario á la excepcion. I. 141.
—Los cristianos deben tomarlas fuera de sí mismos, y recibirlas de Jesucristo. II. 150.
Reir: de qué proviene que se llore y se ria por un propio motivo. I. 130.
Religion católica: manda descubrir á un hombre solo el fondo del corazon; y esta ha sido una de las razones por que se ha sublevado contra la Iglesia gran parte de la Europa. 79 y 80.
—cristiana: sus maravillas. 103.
—Necesidad de estudiarla. II. 11.
—Los que la combaten sepan ántes lo que es. *Idem.*
—Descuido de los que la combaten. *Idem.*
—La cubren de honor y gloria unos enemigos tan desrasonables. II. 16.
—Señales de la verdadera Religion. 28.
—Solo la cristiana ha implorado de Dios el amarle y seguirle. *Idem.*
—Ninguna otra ha conocido nuestra naturaleza. *Idem.*
—Mezclada de interior y exterior, se proporciona á todos. II. 29.
—Ninguna otra ha conocido que el hombre es la mas excelente y la mas miserable de todas las criaturas. *Idem.*
—Otras pruebas. II. 30.

—Siempre ha durado, y siempre ha sido combatida. 31.
—Dios la ha salvado siempre por aquellos medios extraordinarios en que descubre su poder. *Idem.*
—Jamas ha transigido: se ha mantenido siempre inflexible, siempre firme. II. 32.
—Unica contraria de la naturaleza, es la única que siempre ha subsistido. 23.
—Todo debe dirigirse á su engrandecimiento. *Idem.*
—Consiste propiamente en el misterio del Redentor. II. 34.
—Enseña dos verdades importantes. *Idem.*
—Sus pruebas reunidas. II. 34 y siguientes.
—Ha subsistido sin interrupcion desde el principio del mundo. 37.
—Debe hacernos ver la grandeza y miseria del hombre. 38.
—Nos enseña á curarnos del orgullo y de la concupiscencia. 39.
—Hace temblar á los que justifica, y consuela á aquellos que condena. 44 y 45.
—abate sin desesperar; eleva sin envanecer. *Idem.*
—Su doctrina es la mas propia para el hombre. *Idem.*
—Disposicion de los que la creen sin examinarla. II. 49.
—Divina y probada por el estado presente y pasado de los judios. 66 y 67.
—aborrece casi igualmente el ateismo y el deismo. 108.
—En su obscuridad misma es menester reconocer su verdad. 101.
—La distinguen la perpetuidad, la buena vida y los milagros. 120.
—Necesidad de los milagros para su establecimiento. 92 y 93.
—Tiene no sé qué de admirable. 128.
—Los que parecen mas opuestos á su gloria, no le serán inútiles respecto de los demas. *Idem.*
—Se funda en una religion precedente. II. 129.
—Era menester que enseñase la grandeza y la miseria. *Idem.*
—Es justo que sean privados de ella los que no quieren buscarla. *Idem.*
—La gracia hace abrazar sus pruebas; la concupiscencia repelerlas. II. 136.
—Es digna de admirarse y de abrazarse. *Idem.*
—Dios considera con particular bondad á los que defienden su pureza. II. 139.
—Cómo se puede atraer á los que la repugnan. 145.
—Poco hay que perder en engañarse teniéndola por verdade.

ra; nada hay comparable á la desdicha de engañarse teniéndola por falsa. *Idem.*
—No admite por hijos verdaderos á los que creen sin inspiracion. II. 150.
—No es única; y esto prueba que es la verdadera. 165.
—Judaica: cuan digna es de nuestra atencion. 52 y sig.
—ridícula en la tradicion del pueblo; incomparable en la de sus santos. 63.
—es toda divina, y sirve para reconocer la verdad del Mesias. *Idem*
—en qué consistia. II. 102.
—el que la juzgue por los judíos groseros la conocerá mal. 64.
—La de los verdaderos judios y la de los verdaderos cristianos es una misma. 101.
—mahometana: sus defectos. 94 y 95.
Religiones: es falsa la que dice que Dios no está oculto. 29.
—contrarias, y en consecuencia, á excepcion de una, todas falsas. 33.
—cada una amenaza á los incrédulos. *Idem.*
—diversas: no tienen moral que se deba admitir, ni pruebas que puedan resolver. II. 52.
—sin indicios de verdad. *Idem.*
—Toda religion que no reconoce hoy á Jesucristo es falsa. II. 110.
—no las hay falsas sino porque hay una verdadera. 117.
—Ménos la cristiana, todas han tenido por guia la razon natural. 150.
Reliquias de los santos: por qué son tan dignas de veneracion. 143.
—de los difuntos: por qué las honramos. 176.
Repeticiones necesarias. I. 143.
Reposo: cada uno debe mantenerse en aquel donde la naturaleza le tiene colocado. 85.
—Dificultad que encuentra el hombre en conservarle. 102.
—Se cree buscarle cuando solo se busca la agitacion. 85.
—Cuando se logra viene á ser insufrible pensando entónces en las miserias que nos afligen, ó en las que nos amenazan. 107.
Reprobos: hay bastante obscuridad para cegarlos, y bastante claridad para condenarlos. II. 97.
—Todo cede en su daño. 99.
—ignorarán sus crímenes. 143.
República: seria un mal grave contribuir á destruirla, y establecer un rey. 165.

Repugnancia á la religion: cómo debe curarse. 379.
Respeto: en qué se le hace consistir. I. 116.
—quién le da. 83.
—mutuo, es necesario. 235.
—Dos suertes de respetos debidos á dos suertes de grandezas. 165.
Resurreccion de los cuerpos: no es mas difícil de creer que la creacion. II. 136.
Revelacion: sin su auxilio está expuesto el hombre á caer en los sistemas de los epicureos ó de los estoicos. I. 156.
—acuerda las contrariedades mas formales, y cómo. 158.
Rey que todas las noches se sonase artesano. 98.
—que se ve á sí mismo, es un hombre lleno de miseria, 104.
Reyes: su dignidad no basta para hacerlos dichosos. *Idem.*
—Por qué su semblante inspira el respeto y el terror. I. 113.
—Es menestar hablarles de rodillas. 165.
—de la tierra: diferencia entre ellos y el Rey de los reyes. II. 139 y 140.
Reino de Dios: los violentos le arrebatan. 138.
—está en nosotros. 149.
Rios: son caminos que marchan. I. 146.
Romanos (antiguos) no era su religion mas admisible que las otras. II. 52.
—Sus legisladores se aprovecharon de las leyes que Dios dió á los judios. 94.
—trabajaron sin saberlo para gloria del Evangelio. 94.
Ruido: el menor es capaz de turbar el espíritu del hombre mas grande. I. 88.
—y tumulto: por qué agradan tanto á los hombres. I. 105.
Ruina del templo y del universo, comparada con la del hombre viejo. II. 143.

S.

Sabiduría de Dios: su grandeza invisible á los hombres de entendimiento. 77.
Sabios imaginarios: favorecidos por calificadores á quienes se parecen. I. 83.
—entre los paganos perseguidos por haber dicho que solo hay un Dios. II. 136.
—Su conclusion sobre la existencia de Dios. 153.
Sacrificios antiguos: figuras, 69 y 70.
—Consideraciones sobre el sacrificio de Jesucristo. 171 y sig.
Salomon: el mas feliz de los hombres conociendo por experiencia la vanidad de los placeres. 151.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Salvacion: la esperanza de ella siempre la aseguró Dios á los hombres. 30.
Santidad: en el cristianismo no está exenta de mal. 45.
Santificacion: para ella son necesarias penas y placeres. 140.
Santos: su grandeza. 77.
—Diferencia entre ellos y Jesucristo. 80.
—Por qué sus reliquias son venerables. 176.
—Falsa excusa que se opone á su ejemplo, el cual no es desproporcionado á nuestro estado. 144.
—No se han callado nunca. 160.
—Solo la gracia puede hacer de un hombre un santo. 164.
—El Espíritu Santo habita en sus cuerpos hasta el dia de la resurreccion. 176.
Sectas: de qué proviene su diversidad entre los antiguos filósofos. 44.
—todas han tenido por guia la razon natural. 150.
Seguridad: es menester saber asegurar cuando se debe. 47.
—solo la verdad puede darla. 137.
Sem que vió á Lamech, el cual vió á Adan, por lo ménos vió á Abraham, y este á Jacob. 66.
Semisabios: se burlan del pueblo I. 117.
Sencillos (hombres): creen sin razonar. II. 49.
—Estos juzgan por el corazon como los otros por el entendimiento. 50.
Sentido: varia segun las palabras que le explican. 145.
—La Religion que parece oponerse al buen sentido, es la única que siempre ha subsistido. 33.
—espiritual de las profecías, debia cubrirse bajo el velo del carnal. 60.
—Este sentido no podia inducir á error mas que á un pueblo carnal. 61.
—oculto de las divinas Escrituras. 69.
—literal y místico. 119.
Sentidos: fuentes de error I. 90.
—Ellos y la razon se engañan recíprocamente. 99.
—muchas veces tiranos de la razon. II. 41.
—Si no se opusiesen á la penitencia, no nos seria penosa. 157.
Sentimiento: así como el espíritu, se forma por las conversaciones. I. 142.
—Diferencia entre él y la razon. II. 152.
Señal para conocer á los que tienen fe. 133.
Ser: necesario, eterno é infinito. I. 76.
—descuidamos el verdadero nuestro. *Idem.*

—Es una ceguedad no natural el descuido en la averiguacion de nuestro ser. II. 155.
Sermones: muchos los oyen como oyen las vísperas. I. 146.
Sibilas: sus libros sospechosos y falsos. II. 55.
Silencio: Es preciso mantenerse en él cuanto se pueda, y hablar solo de Dios. 148.
—es la mayor persecucion. 160.
Sí mismo (La propension exclusiva de cada uno á) es contra el órden general. 154.
Sinagoga: era la figura de la Iglesia. 69.
—Por qué cayó en la servidumbre. *Idem.*
Soberbia: la grandeza la inspira. II. 45.
Sócrates y Séneca: nada ofrecen que pueda persuadirnos y consolarnos en la aflicciones. 171.
—fueron víctimas del error que en Adan cegó á todos los hombres. *Idem.*
—Sus producciones bajas y pueriles. *Idem.*
Soldados: se establecen por la fuerza. I. 114.
Soledad: pocos pueden sufrirla. 105.
Sometimiento de la razon. II. 47.
Sueños: sus efectos. I. 92 y siguientes.
—La vida es un sueño. 94.
Suizos: se ofenden de que se les llame caballeros. 115.
Superiores: es menester obedecerlos; por qué. 121.
Supersticion: diferente de la piedad. II. 48.
Suposiciones: de vivir siempre; de no estar seguro de vivir largo tiempo; de estar incierto de vivir una sola hora. 135.
Sutileza de espíritu: en qué consiste. I. 137.

T.

Talento: al que le tiene extremado se le acusa de loco. 123.
Temor: caracteres del bueno y del malo. II. 151.
—el bueno inclina á la esperanza; el malo á la desesperacion. *Idem.*
Temores: los que nos damos son los que nos turban, no la naturaleza. I. 124.
Tentar: diferencia entre tentar é inducir á error. II. 113.
Teología: centro de todas las verdades. I. 159.
Teresa (Santa): en su persecucion era una religiosa como las demas. II 144.
Testamento (Antiguo): ciega á los unos é ilumina á los otros. 62.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Ambos se prueban por las profecías que contiene el uno verificadas en el otro 69.
—El Antiguo figuraba el Nuevo. 70.
—Uno y otro miran á Jesucristo. 88.
—Sus caracteres. 145 y 146.
Testigos que se dejan degollar. 151.
Testimonio: Jesucristo no quiso el de los demonios. 143 y 144.
Tiempo: quién podra definirle? I. 37.
—Jamas nos reducimos al presente: anticipamos el que está por venir, ó recordamos el pasado. 84.
—El pasado y el presente son nuestros medios; nuestro fin el futuro. 85.
—Los entretenimientos vanos y engañosos nos hacen perderle. 110.
—amortigua las aflicciones y las quejas. 131.
—presente es el único que nos pertenece. II. 142.
Tiranía: consiste en el deseo de una dominacion universal y fuera de órden. 122.
Títulos de posesion: en su orígen capricho de los legisladores. 91.
—de bienes: en qué se fundan. 162 y 163.
Tradicion de Adan: reciente todavía en Noé y en Moises. II. 32.
Trinidad: dificil de probar por razones naturales. 21.
Trismegisto: sus libros sospechosos y falsos. 55.
Tristeza: de los mundanos y de los verdaderos cristianos. 141.
—en la piedad viene de nosotros, y no de la virtud. 142.

U.

Unidad: no entra en la clase de los números; por qué. I. 48.
—unida al infinito en nada lo aumenta. II. 22.
—y multitud, ventaja de su reunion en la Iglesia. II. 165.
—que no depende de la multitud es tiranía. *Idem.*
Usurpacion: introducida sin razon viene á ser razonable. I. 87 y 88.
—Su principio y su imágen. 133.

V.

Vacío: no hay vacío; luego hay un Dios. II. 21.
Valor: ¿puede serlo el hacer frente en la agonía á un Dios omnipotente y eterno? 151.
Vanidad del hombre: arraigada en su corazon. I. 77.

—Diversos ejemplos de vanidad. 108 y siguientes.
—del mundo: admirable que sea tan visible y tan poco conocida. 134.
—Quién no la ve es bien vano. *Idem.*
Velo: el que oculta á los judíos los libros santos, los encubre tambien á los malos cristianos. II. 64.
Venidas de Jesucristo: caracteres de ambas. 62.
—Aplicacion moral del discurso de Jesucristo sobre la última. 142
Verdad: Tres principales objetos que deben proponerse en su estudio. 33.
—Método de probarla. I. 32 y siguientes.
—El amor propio es su enemigo respecto de nosotros mismos y de los demas. 78.
—Aborrecemos á ella y al que nos la dice. 81.
—Medicina amarga al amor propio. 80.
—Util á quien la oye; pero desventajosa al que la dice. 31.
—por esta parte de los Pirineos, error por la de allá. 86.
—un meridiano la decide. *Idem.*
—Dificultad de hallarla. I. 82 y 90.
—La falta de contradiccion no es señal de verdad. 94.
—Tiene dos principios; pero uno á otro se engañan. 99.
—El pueblo crée hallarla donde no puede estar. 112.
—Agrada investigarla, mas no el detenerse á contemplarla cuando se encuentra. 128 y 129.
—no agrada si no se ve nacer de la disputa. *Idem.*
—esencial, del todo pura y verdadera, la mezcla, la deshonra y anonada. I. 135.
—La buscamos ansiosos. II. 3.
—La deseamos, y solo hallamos en nosotros incertidumbre. 9.
—Señal visible de ella. 32.
—Estado del hombre respecto de ella. 41.
—Sentimos su imágen, y solo poseemos la mentira. 42.
—Sus tres estados. 63.
—Entre los judíos solo existia en figura. *Idem.*
—no se altera sino por la mudanza de los hombres. II. 65.
—permanece oculta entre las opiniones. 101.
—En sus combates contra el error, los milagros deciden. 114,
—Error de los que siguen una excluyendo otra. 131.
—Cuan importante es su investigacion. 134 y sig.
—Su averiguacion sincera da el reposo, y su conocimiento la seguridad. 137.
—Cuan agradable á Dios es defenderla. 139.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—La historia de la Iglesia es la *historia de la verdad*. 146.
—Despues de haberla conocido, es menester procurar hacérnosla sensible. 152.
—Fuera de la caridad, la verdad no es Dios; se convierte en un ídolo. 158.
Verdadero (lo) está mezclado de lo malo y lo falso. I. 135.
—Muchos lo ven sin poder alcanzarlo. II. 159.
Verdades: arte de hacer ver su enlace con sus principios. I. 57.
—Casi no hay verdades sobre las cuales pudiésemos quedar siempre de acuerdo. *Idem.*
—divinas, solo Dios puede colocarlas en el alma. I. 53.
—El abuso de ellas debe ser castigado. 146.
—espirituales: figuradas por las cosas carnales. II. 58.
—de la Religion: dos modos de persuadirlas. 128.
—de la fé ó de la moral: peligroso excluirlas ó ignorarlas. 131.
—Las hay al parecer repunantes, y aun contrarias. *Idem.*
Vergüenza: no la hay sino en no avergonzarse. II. 19.
Vespasiano: los incrédulos creen sus milagros para no creer los de Moises. 169.
Vestido: sirve para atraer el respeto. I. 114 y 117.
Vicio: nos es natural. 396.
—Sufrimos á medida que se resiste á la gracia. II. 157.
—arraigados en nuestro corazon por otros vicios. I. 122.
—de los grandes: los abaten y nivelan al comun de los hombres. 128.
Vida: se pierde con gusto por conservar el honor. 77.
—Nos afanamos sin cesar en la conservacion y adorno de una vida ideal. 76.
—humana: perpetua ilusion. 81.
—es un sueño. 94.
—es menester sufrirla deseando la muerte. II. 139.
—religiosa: difícil segun el mundo, fácil segun Dios. 145.
—de los cristianos: sacrificio continuo que solo con la muerte se puede terminar. 171.
—Sus accidentes no deben hacer impresion en los cristianos sino con relacion á este sacrificio. 172.
Violencia que padece nuestro corazon al ser tocado por Dios. 138.
Virgen Santísima: su parto no es ménos creible que la creacion. 136.
Virtud: no basta poseer una virtud, si no se posée tambien la opuesta. 125.

—¿Por qué cuatro especies de virtudes, y no diez? 127.
—por qué regla se debe medir. *Idem.*
—Solo la verdadera religion da á conocer la imposibilidad en que está el hombre de adquirirla por sí mismo. II. 28.
—verdadera: en qué consiste. 149.
Virtuoso: el verdadero cristiano. 46.
Vivir (diferentes modos de) en el mundo. 135.
—Si es una ceguedad no natural vivir en el descuido de la averiguacion de nuestro ser, lo es mas el vivir mal creyendo en Dios. 155.
Voces primitivas: inútil definirlas. I. 36.
Volubilidad de nuestro espíritu: nada puede fijarla. II. 147.
Voluntad: uno de los principales órganos de la creencia. I. 89.
—Cómo se adhiere á lo falso. 141.
—Principios que dividen la voluntad de los hombres. II. 61.
—El designio de Dios es perfeccionarla. 98.
—Si las manos y los piés tuviesen una voluntad particular, nunca podrian estar en su órden sin someterla á la del cuerpo. 156
—de Dios, debe ser la regla para juzgar qué es bueno ó malo. 133.
Voluntad de Dios: es pecado no conformarse con ella. 139.
—propia: queda satisfecha desde el instante en que la renunciamos. 149.

Z.

Zelo: entre los judíos, el del pueblo siguió al de los profetas 65.

FIN DE LA TABLA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TABLA DE MATERIAS.

Prefacio.....Página. 3

PRIMERA PARTE

QUE CONTIENE LOS PENSAMIENTOS CONCERNIENTES A LA FILOSOFIA, MORAL Y BELLAS LETRAS.

ARTICULO I. *Sobre la autoridad en materia de filosofia*.... 23
—II *Reflexiones sobre la geometria en general*..... 32
—III. *Sobre el arte de persuadir*..... 52
—IV. *Conocimiento general del hombre*..... 68
—V. *Vanidad del hombre. Efectos del amor propio*..... 76
—VI. *Flaqueza del hombre. Incertidumbre de sus conocimientos naturales*..... 81
—VII. *Miseria del hombre*..... 100
—VIII. *Causas de algunas opiniones populares*..... 111
—IX. *Pensamientos morales sueltos*..... 119
—X. *Diversos pensamientos filosóficos y literarios*..... 136
—XI. *Sobre Epicteto y Montaigne*..... 147
—XII. *Sobre la condicion de los grandes*..... 161

SEGUNDA PARTE

QUE CONTIENE LOS PENSAMIENTOS INMEDIATAMENTE RELATIVOS A LA RELIGION.

ARTICULO I. *Contrariedades asombrosas que se hallan en la naturaleza del hombre sobre la verdad, la felicidad, y otras muchas cosas*..... 3
—II. *Necesidad de estudiar la Religion*..... 11
—III. *Aun cuando fuese dificil demostrar la existencia de Dios por las luces naturales, lo mas seguro seria creerla*..... 20
—IV. *Señales de la verdadera Religion*..... 28
—V. *Verdadera Religion, probada por las contrariedades que se hallan en el hombre, y por el pecado original*. 38
—VI. *Sometimiento y uso de la razon*..... 47
—VII. *Imágen de un hombre que cansado de buscar á Dios por medio del solo raciocinio, empieza á leer la Escritura*..... 50
—VIII. *Los judíos considerados relativamente á nuestra Religion*..... 56
—IX. *De las figuras. Que la ley antigua era simbólica*... 67
—X. *De Jesucristo*..... 77
—XI. *Pruebas de Jesucristo por las profecías*..... 81
—XII. *Diversas pruebas de Jesucristo*..... 91
—XIII. *Designio de Dios en ocultarse á unos y descubrirse á otros*..... 96
—XIV. *La religion de los verdaderos cristianos y los verdaderos judíos, es una misma*..... 101
—XV. *No se puede conocer á Dios útilmente sino por Jesucristo*..... 105
—XVI. *Pensamientos sobre los milagros*..... 109
—XVII. *Pensamientos diversos sobre la Religion*..... 126
—XVIII. *Pensamientos sobre la muerte, extractados de una carta escrita por Pascal con motivo del fallecimiento de su padre*..... 170
—XIX. *Oracion para pedir á Dios el buen uso de las enfermedades*..... 182
—*Comparacion de los antiguos cristianos con los de hoy*... 194
—*Fragmento de un escrito sobre la conversion del pecador*. 199
—*Tabla alfabética*..... 207

FIN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

ERRATAS MAS NOTABLES.

TOMO I.

PAG.	LIN.	DICE.	LEASE.
27	18	elias	ellos
31	23	pr porciones	proposiciones.
36	29	vez	voz
76	16	apariencia	experiencia
90	4	llegan	llega
102	2	pasiones	empresas
119	28	de los que	los que
145	5	que no las hace sentir	que nos la hace sentir
160	18	inquietud	impiedad

TOMO II.

6	2	de la fuerza	*omítase*
6	última	á otro	y á otro
80	23	inventaron	intentaron
117	14	y mas aunque	y mas aun que
129	31	sin buscarla?	si la buscan?
139	17	la virtud	la verdad
170	21	ni atendemos	si atendemos
172	23	, pues,	*omítase*
178	4	herirla	huirla

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

8283 201 P278p

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
NO. ADQ. 8283
NO. CLAS. 201 P278p

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
8283 201 P278p
Pascal, Blaise, 1623-1662
Pensamientos sobre la religión y otras materias,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS